DION CASIO

HISTORIA ROMANA

LIBROS XLVI-XLIX

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

HISTORIA ROMANA

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 393

DION CASIO

HISTORIA ROMANA

LIBROS XLVI-XLIX

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

JUAN PEDRO OLIVER SEGURA



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JUAN MANUEL GUZMÁN HERMIDA.

López de Hoyos, 141, 28002-Madrid.
www.editorialgredos.com

Primera edición: abril de 2011

Depósito legal: M-11.822-2011

ISBN 978-84-249-1953-5

NOTA SOBRE LA PRESENTE TRADUCCIÓN

Para la presente traducción nos hemos basado en la edición de Boissevain, a través de texto ya depurado por E. Cary, en la colección «Loeb Classical Library», Cambridge, Massachusetts, Londres, 1917. También hemos tenido en cuenta las ediciones, en la colección «Belles Lettres», de V. Fromentin y E. Bertrand, París, 2008, para el libro XLVI y de M.-L. Freyburger y J.-M. Roddaz, París, 2002, para los libros XLVIII y XLIX. Las divergencias con respecto a la edición de E. Cary, muy pocas, se indican en nota a pie de página.

LIBRO XLVI

SINOPSIS

En el libro cuadragésimo sexto de la *Historia romana* de Dion se incluye lo siguiente:

1. Cómo Caleno replicó a Cicerón en defensa de Antonio (§ 1-28).
2. Cómo Antonio fue derrotado por César (Octavio) y los cónsules cerca de Módena (§ 29-38).
3. Cómo César (Octavio) llegó a Roma y fue nombrado cónsul (§ 39-49).
4. Cómo César (Octavio), Antonio y Lépido se conjuraron (§ 50-56).

La duración del tiempo ocupa un año solo, durante el cual los magistrados que están registrados como cónsules fueron estos:

[711 / 43 a. C.] G. Vibio Pansa Cetroniano[1], hijo de G., y Aulo Hircio, hijo de Aulo (§ 1-56).

[**1**] Después de decir tales cosas Cicerón, Quinto Fufio Caleno[2] se levantó y dijo:

«En otras circunstancias no estaría obligado a hablar ni para defender a Antonio ni para acusar a Cicerón. Pues en este tipo de exámenes sobre la situación política, como es el debate de hoy, creo que no se debería hacer ninguna de esas dos cosas, sino simplemente manifestar lo que uno piensa, pues lo primero atañe a los tribunales y esto último, a la asamblea. [2] Pero puesto que ese[3] se propuso acusar a Antonio a causa de la enemistad que hay entre ambos[4] —al que tendría que haber denunciado, si aquel había cometido alguna injusticia— y, es más, también hizo una mención calumniosa contra mí —él nunca podría hacer ostentación de su virtuosismo si [3] no es enlodando vergonzosamente a algunos—, me veo obligado a desbaratar algunas de sus acusaciones y atacar con otras, para que a ese no le sean de provecho ni su habitual acritud con que ofende en las réplicas ni mi silencio, que sembraría sobre mí la sospecha de ser consciente de mi maldad; y para que tampoco vosotros, engañados por lo que dijo, toméis peores decisiones por anteponer el odio particular de aquel [**2**] contra Antonio a las cosas que convienen a la comunidad. Pues lo que pretende llevar a cabo no es otra cosa que hacernos caer de nuevo en discordias civiles, si dejamos de velar por las instituciones más sólidas del Estado. Y esto no lo hace ahora por primera vez sino desde el principio: justo desde que entró en la política ha venido poniéndolo todo patas arriba. ¿O acaso no fue ese el que enfrentó a César contra Pompeyo [2] y a Pompeyo contra

César e impedía que se reconciliaran? ¿O no fue él quien os persuadió para que aprobarais aquellas resoluciones contra Antonio, con las que tanto enfureció a César[5], y también el que persuadió a Pompeyo para que abandonara Italia y se trasladara a Macedonia[6]? Lo cual fue de algún [3] modo la causa principal de todos los males que nos sucedieron después. ¿Y no es ese el que asesinó a Clodio sirviéndose de Milón[7] y a César sirviéndose de Bruto[8]? ¿Y el que incitó a Catilina a la guerra contra vosotros y el que eliminó a Léntulo[9] [**3**] sin juicio? Por eso al menos yo me asombraría mucho de vosotros si, después de rectificar sobre aquellos acontecimientos y condenarlo[10], aún vais a dejaros persuadir por quien [2] dice y hace las mismas cosas también ahora. ¿O no veis además que después de la muerte de César, cuando vuestra situación se apaciguó tantísimo gracias a Antonio —como que ni él puede negarlo—, se exilió creyendo que vuestra vida en concordia le era ajena y peligrosa, pero cuando supo que la situación de nuevo estaba agitada, mandando a paseo a su hijo [3] y a Atenas, regresó[11]? ¿Y no es él el que ultraja e injuria a Antonio, a quien entonces decía amar, mientras se asocia con César (Octavio)[12], a cuyo padre mató[13]? Pero, si algún día tiene [4] ocasión, no tardará mucho en atacarlo. Pues es infiel por naturaleza, y un agitador, y no hay nada de quietud en su alma, sino que todo lo sacude y revuelve, dando más vueltas que las corrientes a donde huyó[14], por lo que también lo llamarón “tránsfuga”[15], en la idea de que todos vosotros llamaréis amigo o enemigo a quien él ordene.

»¡Por todo esto, tened cuidado con este hombre! Es un encantador [**4**] y un mago, y con los males ajenos se enriquece y crece —denuncia, arrastra y despedaza, como hacen los perros, a los que ninguna injusticia han cometido—; pero en situaciones de concordia general se queda sin recursos y se consume. Pues ni la amistad ni el afecto, como el que mantenemos unos con otros, puede alimentar a semejante orador. ¿Cómo, si no, creéis [2] que se ha enriquecido o cómo creéis que se ha hecho grande? Pues su padre el batanero, el que siempre traficaba con las uvas y los olivos, no le dejó ni linaje ni riqueza[16]: era un hombre que bien se daba por contento con sobrevivir con sus trapicheos y sus lavaderos, y cada día y cada noche se enfangaba en lo más [3] nauseabundo. No es sorprenderte que este, que mamó de semejante ambiente, pisotee y hunda, como pieles en un batán, a los que son mejores que él recurriendo a esa clase de injurias que se aprenden en tiendas y mentideros.

»¿Y tú, aun siendo tal, habiendo crecido desnudo entre desnudos [**5**] y recolectado cagarrutas de cabra, estiércol de cerdo y excrementos humanos, osaste, oh infame, censurar primero la juventud de Antonio, un hombre que se ha educado entre pedagogos y maestros en consonancia con la dignidad de su linaje, y acusarlo después porque, celebrando las fiestas ancestrales de las Lupercales[17], entró desnudo en el foro[18]? Pero dime tú, que [2] a causa del oficio de tu padre siempre has utilizado ropas ajenas, porque

te quitabas las tuyas ante todo el que te salía al encuentro o te conocía, ¿qué debía hacer un hombre como Antonio que no solo era sacerdote sino jefe de su colegio sacerdotal[19]? ¿No celebrar la fiesta, no desfilar en la procesión, no hacer los sacrificios [3] ancestrales, no desnudarse, no ungirse? "Pero no le censuro eso —dice—, sino que estuviese desnudo en el foro y que pronunciara tal discurso." ¡Con qué exactitud ha aprendido en el batán todo lo que es conveniente o no para darse cuenta de un verdadero error y poder censurarlo justamente!

[**6**] »Más tarde yo diré todo lo conveniente en defensa de aquel comportamiento, pero ahora quiero hacerle a ese una pregunta. ¿Tú no te has alimentado, por cierto, con los males ajenos y te [2] has educado con las desgracias de los que están cerca de ti, y por eso no sabes ninguna enseñanza noble, pero has creado una especie de despacho y ahí siempre esperas clientes, como esperan las prostitutas a alguien que les dé algo, y con tus muchos delatores de los asuntos públicos urdes a tu antojo quién ha injuriado a quién, o parece haber injuriado; quién odia a [3] quién o quién conspira contra quién[20]? Y en ellos te sustentas y por ellos te alimentas, vendiéndoles esperanzas de una suerte mejor y amañando las sentencias de los jueces; y consideras amigo solo a quien te da siempre algo más y enemigos a todos [4] los que no colaboran contigo o recurren a otro abogado, pues finges no conocer siquiera a los que ya están en tus manos —los consideras una molestia—, pero a los que de primeras se acercan a ti los recibes con muchas zalamerías y risas, como las mesoneras.

»¡Cuánto mejor sería que tú fueras Bambalión[21], si el tal [**7**] Bambalión se llama así por tartaja, antes que abrazar una vida tal, en la que es del todo inevitable que vendas el discurso en defensa de un hombre inocente o incluso que salves a los culpables! Sin [2] embargo, tú ni si siquiera eso puedes hacerlo bien, aunque has vivido en Atenas tres años[22]. ¿En qué me baso? ¿Por qué lo digo? Porque tú eres el que entras siempre temblando a los tribunales, como si fueras a combatir en primera fila, y te retiras hablando con voz baja y mortecina, pues llegas sin recordar nada de lo que has leído en casa, incapaz de improvisar nada. Pero es que por tu [3] audacia superas a todos los hombres en decir y prometer cosas; y en los debates, aparte de injuriar y hablar mal de alguien, eres el más débil y cobarde. ¿O crees que hay alguien que desconozca que no has pronunciado ninguno de esos admirables discursos tuyos que has publicado, sino que todos ellos los has escrito después, como los que modelan de arcilla a los generales y a los jefes de la caballería? Si no te lo crees, recuerda cómo acusaste a Verres[23]: [4] te orinaste encima haciéndole una demostración de tu arte —quiero decir del aprendido de tu padre[24] —. Pero no sigo por ahí, no sea que parezca que yo, al decir con detalle lo que a ti te cuadra, haga un discurso que no se acomode a mi persona[25].

[**8**] »Eso no lo permitiré. Y, por Júpiter[26], recordemos a Gabinio, contra quien,

después de haber manipulado incluso a los acusadores, llevaste su defensa de tal modo que fue condenado[27]; y los libelos que compones contra tus amigos, un asunto del que eres tan consciente de obrar mal, que no te atreves a publicarlos[28]; y, sin embargo, eso es lo más infame y lamentable: el no poder negar algo cuyo reconocimiento resulta ser lo [2] más vergonzoso de todo. Pero voy a dejar este tema y reanudaré con lo demás. Pues nosotros que, según dices, hemos regalado a nuestro maestro de retórica dos mil *pletros* de la tierra de Leontinos[29], no hemos aprendido nada digno de esa cantidad; pero ¿quién no se queda admirado con tu saber? ¿Que [3] cuál es ese saber? Envidias siempre al que es mejor que tú, hechizas siempre a quien se te acerca, calumnias al que es más admirado que tú, denuncias al poderoso y odias a todos los buenos por igual, mientras finges amar solo a aquellos que [4] crees que te servirán para cometer algún delito. Por eso azuzas a los jóvenes contra los ancianos; y a los que confían en ti, aunque sea mínimamente, los conduces a posiciones peligrosas y los abandonas.

»La prueba: nunca, ni en la guerra ni en la paz, has realizado [**9**] una acción digna de un hombre insigne. ¿Qué guerras ganamos siendo tú pretor[30]? ¿Qué región conquistamos siendo tú cónsul[31]? Pues en tu vida privada, engañando siempre a algunos de los principales ciudadanos y apropiándotelos, gobiernas a través de ellos y gestionas todo lo que quieres; pero en la vida [2] pública gritas otras cosas, graznando aquellas palabras infames: "Yo soy el único que os ama", y si se tercia, "y fulano también, pero todos los demás os odian"; y "Yo soy el único que piensa en vosotros, todos los demás conspiran contra vosotros"; y otras cosas por el estilo con las que a unos, alentándolos y animándolos, después los traicionas y a los demás, asustándolos, los añades a tu causa. Y aunque suceda algo bueno gracias a uno cualquiera, [3] le quitas el puesto y pones tu nombre sobre el suceso repitiendo: "Ya lo dije yo", "Ya lo escribí yo" y "Gracias a mí los hechos han sucedido así". Pero si ocurre algo que no debía, tú te excluyes y acusas a todos los demás diciendo: "¿Es que era [4] yo el pretor?", "¿Era yo el embajador?", "¿Era yo el cónsul?". E injurias a todos en todas partes y en todo momento; y, puesto que valoras más el poder que obtienes por parecer que dices la verdad con audacia que por decir algo que es necesario, das una imagen indigna del discurso de un orador. ¿Pues qué cosa de la [**10**] comunidad se ha salvado o se ha restablecido gracias a ti? ¿A quién de los que ultrajaban realmente la ciudad has denunciado o a quién de los que realmente conspiraban contra nosotros has señalado?[32] Pero pasemos por alto los demás hechos y vayamos [2] a esos mismos hechos que ahora reprochas a Antonio, y que son tantos y tan graves que nadie podría proponer un castigo digno de ellos. ¿Por qué, si tú veías que nosotros éramos injuriados por él desde un principio, tal como tú afirmas, no te enfrentaste [3] a él desde el primer momento ni lo acusaste, y por qué nos dices ahora cuántas ilegalidades cometió mientras fue tribuno[33] y cuántos delitos mientras fue jefe de

la caballería[34] y cuántas maldades mientras fue cónsul, cuando entonces te era posible recibir de inmediato la justa satisfacción por cada uno de los delitos? Así tú te habrías mostrado como un verdadero patriota y nosotros habríamos aplicado para dichas injusticias un castigo [4] ineludible y sin correr riesgos. Porque es forzoso una de estas dos cosas: o bien tú, a pesar de estar convencido entonces de que las cosas eran así, te has desentendido de entablar pleitos para defendemos o bien, no pudiendo probar nada, denuncias ahora en vano.

[**11**] »Que esto es así, senadores, os lo demostraré haciendo un examen punto por punto. "Durante su tribunado, Antonio hablaba en defensa de César", dice. Pues también Cicerón y algunos otros lo hacían en defensa de Pompeyo: ¿por qué, entonces, le censura que eligiese la amistad de César, pero es indulgente consigo mismo y con los demás que eligieron el bando contrario? "En algunas ocasiones, Antonio impidió que entonces se [2] votara contra César." Pero también ese impedía todo, por así decir, cuanto se promulgaba en defensa de César. "Antonio era un obstáculo —dice— frente a la voluntad unánime del Senado." En primer lugar, ¿cómo un solo hombre pudo tener tanta fuerza? Y después, si es verdad que fue condenado por este motivo, según él afirma, ¿cómo es que no fue castigado? "Porque huyó —dice—, huyó a refugiarse con César escapando de la [3] ciudad." Pues bien, también tú, Cicerón, has obrado igual: esta vez no fue un simple cambio de domicilio, sino que huiste, igual que hiciste antes[35]. Pero no eches tan a la ligera sobre todos nosotros tus propias vergüenzas. Pues huir es precisamente lo que has hecho, por temor a los tribunales y por conocer de antemano cuál sería tu condena. Y, claro, fue decretado tu regreso. [4] ¿Cómo y por obra de quién? No lo digo[36]. Pero, en efecto, se publicó ese decreto, y tú no volviste a Italia hasta que te fue concedido el regreso. Antonio, al contrario, partió junto a César, pero para informarle de lo que había sucedido, y después regresó sin solicitar ningún decreto, y finalmente la paz y la [5] amistad que César le ofreció la extendió a todos los que entonces se encontraban en Italia. Y los demás habrían podido participar de ellas si no hubieran huido convencidos por ti[37].

»¿Y aun siendo los hechos así te atreves a decir que empujó [**12**] a César contra la patria, promovió una guerra civil y fue el principal causante de los males que a consecuencia de ella cayeron sobre nosotros? No fue él, sino tú, el que diste a Pompeyo legiones que no le correspondían y el mando, mientras intentabas privar a César de las que se le habían concedido; tú, el que [2] aconsejaste a Pompeyo y a los cónsules no acceder a ninguna de las propuestas de César y abandonar la ciudad y toda Italia; tú, el que ni siquiera viste a César entrar en Roma, pues habías huido a Macedonia para estar junto a Pompeyo. Pero tampoco [3] cooperaste en nada con este, sino que, observando con indiferencia los acontecimientos, lo abandonaste más tarde, cuando la suerte se volvió contra él. Así, ni le ayudaste al principio, cuando supuestamente estaba obrando

de la forma más justa, ni tampoco después, cuando promovió la sedición y perturbó el orden social, sino que entonces espiabas a ambos desde una posición [4] segura. Pero, en cuanto Pompeyo fracasó, te apartaste de él inmediatamente, como si hubiera cometido algo injusto, y te pusiste del lado del vencedor, como si fuera más justo. Y así, además de otros muchos defectos, también eres un desagradecido, hasta el punto de no reconocerle que fuiste salvado por él[38], sino que te indignas incluso por no haber sido nombrado maestro de la caballería.

[**13**] »¿Y aun sabiendo tú que eso es así te atreves a decir que Antonio no debía ser jefe de la caballería por un año entero? Entonces tampoco César debería haber sido dictador por un año entero[39]. Pero acertada u obligadamente sucedió así, y ambas cosas fueron votadas por igual y nos parecieron bien a nosotros [2] y al pueblo. A ellos pues, Cicerón, repróchaselo, si votaron algo ilegal; pero no, por Júpiter, a quienes fueron honrados por ellos, pues simplemente se mostraron dignos de recibir tan gran honor. Porque si nosotros, desbordados por los acontecimientos de entonces, nos vimos obligados a hacer esas mismas cosas, incluso en contra de lo conveniente, ¿por qué ahora culpas a Antonio de eso, pero no dijiste nada contra él entonces, aunque podías? ¡Porque tenías miedo, por Júpiter! ¿Y tú, que callaste [3] entonces, pretendes comprensión para tu cobardía, pero ese, porque fue honrado por encima de ti, deberá recibir un castigo por su virtud? ¿Dónde has aprendido esa idea de justicia o dónde has leído esas leyes?

»"Pero no actuó rectamente durante su etapa de jefe de la [**14**] caballería."¿Por qué? "Porque compró —dice— los bienes de Pompeyo[40]." ¡Cuántos otros compraron otras tantas cosas y nadie les pide cuentas! Pues es por ese procedimiento como se confiscan las propiedades: se sacan al mercado y son pregonadas por la voz de un heraldo del Estado, para que cualquiera las compre. "Pero no tenía que haber comprado las posesiones de [2] Pompeyo." Entonces fuimos nosotros quienes cometimos una falta y obramos mal al ponerlas a la venta. A menos que, para que nadie nos eche la culpa a ti o a nosotros, fuera César quien delinquió de lleno al ordenar que se hiciese así; al cual, por cierto, no le hiciste ningún reproche. Pero es en lo que sigue [3] donde se hace evidente que Cicerón está totalmente loco. Y es que ha acusado a Antonio de dos cosas de lo más contradictorias. Una, porque dice que, habiendo colaborado con César en muchísimos asuntos y recibido por eso enormes recompensas de aquel, después se le tuviera que reclamar por la fuerza el valor de las mismas. La otra, porque dice que, puesto que no [4] heredó nada de su padre y, además, todo cuanto tenía lo devoró como Caribdis[41] (siempre nos trae referencias de Sicilia, para que no se nos olvide que estuvo exiliado allí), no llegó a pagar el valor de lo que compró.

[**15**] »En estas acusaciones, al decir cosas tan contradictorias, nuestro admirable orador se refuta a sí mismo. ¡Pero, por Júpiter, también en las demás acusaciones! Porque unas veces dice que Antonio colaboró en todo lo que hacía César y que por ello

es el máximo responsable de todos los males patrios; pero otras veces, afeándole su cobardía, le reprocha que no participara en [2] nada salvo en lo que llevó a cabo en Tesalia[42]. Otro ejemplo: lo acusa diciendo que trajo a algunos de los que estaban en el exilio y, por otro lado, le censura que no concediera el regreso también a su tío[43], como si alguien creyera que, de haber podido traer a cualquiera, no habría hecho regresar a aquel el primero, porque ni Antonio tenía ninguna queja contra su tío ni este contra [3] Antonio, como ese sabe muy bien. Por supuesto que ha hecho muchas y temerarias acusaciones contra él, pero no se atrevió a decir nada semejante. En definitiva, no le importa en absoluto soltar, como escupitajo[44], todo lo que le viene a la lengua.

[**16**] »¿Para qué seguir más lejos con este asunto? Pero cuando ese pasea declamando como en una tragedia, y ahora habló así al afirmar que Antonio ofrecía la cara más negativa del maestro de la caballería por recurrir en todo lugar y con cualquier pretexto a la espada, a la púrpura, a los lictores y a los soldados, que me diga claramente en qué[45] fuimos víctimas de estas cosas[46]. Pero él nada puede decir, porque si pudiera, es lo primero [2] que habría contado. Pues muy al contrario, los que se rebelaron entonces y cometieron toda clases de tropelías eran Trebelio y Dolabela[47], mientras que Antonio, incluso en aquellos momentos, no cometió ningún delito y hacía todo en vuestro favor, de modo que la guardia de la ciudad que vosotros le habíais confiado la volvió contra aquellos, sin que se opusiera ese admirable orador (pues estaba presente); es más, incluso con su consentimiento. O que señale qué palabra salió de su boca cuando vio el [3] desenfreno y la barbarie, como él mismo censura, para no hacer nada de lo que había que hacer, aunque había recibido de vosotros tanta autoridad. No podría señalar ninguna. Así es ese gran orador y amante de la ciudad, que en todo lugar y a todas horas va con la misma cantinela diciendo: "Yo soy el único que lucho [4] por vuestra libertad, yo soy el único que hablo abiertamente en defensa de vuestra democracia; ni el favor de los amigos ni el miedo de los enemigos me aparta de mirar por vuestro interés; yo, si he de morir por los discursos que pronuncio en vuestra defensa, moriré con sumo agrado". Ni una sola palabra de las que ahora grita se atrevió a decir entonces. Pero es muy natural. [5] Pues le ocurría que encontraba razonable aquel comportamiento: Antonio recurría a los lictores y al vestido bordado con púrpura[48] de acuerdo con las costumbres ancestrales sobre los maestros de la caballería, mientras que la espada y los soldados los utilizaba contra los rebeldes en casos de necesidad. ¿Qué fechoría entre las más terribles no habrían cometido aquellos, si Antonio no les hubiera hablado con esa protección, cuando incluso así algunos lo despreciaban?

[**17**] »Que, en efecto, esas prácticas y todas las demás se realizaron de un modo correcto y siguiendo el estricto criterio de César, lo demuestran los hechos. Pues la sedición no fue más allá, y Antonio no solo no rindió cuentas por esos actos, sino que [2] después de aquello fue designado cónsul[49]. Y, por favor, observad cómo ejerció ese

poder; pues encontraréis que su mandato, si lo examináis detalladamente, fue muy apreciado por la ciudad. Y sabiendo eso Cicerón no controló su envidia, sino que se atrevió a calumniarlo por las mismas acciones de las que se [3] habría ufanado de haberlas hecho él. Por eso ha traído aquí lo de la desnudez, lo del ungüento y aquellos antiguos mitos[50], no porque hoy necesitara mencionarlo, sino para ensombrecer con [4] su charlatanería el ingenio y el éxito de Antonio. Fue Antonio el que, ¡oh, tierra y dioses! (voy a clamar más alto que tú[51] y voy a invocarlos con más justicia), viendo que la ciudad, de hecho, ya estaba tiranizada —puesto que todas las legiones obedecían a César —, y que todo el pueblo junto con el Senado se le sometía, [5] hasta el punto de votar, entre otros acuerdos, que fuese dictador de por vida[52] y que usara el ropaje de los reyes[53], fue él quien se lo reprobó de la manera más inteligente y lo contuvo con la mayor firmeza, hasta que, haciéndole sentir vergüenza y temor, César rechazó el título de rey y la diadema que él, en contra de nuestra voluntad, se iba a otorgar a sí mismo. Cualquier [6] otro habría dicho que fue César quien le ordenó hacer aquellas cosas y habría pretextado obediencia debida y solicitado el perdón con esa excusa: ¿cómo no, cuando nosotros votábamos tales acuerdos y los soldados ostentaban tanto poder? Pero Antonio, puesto que estaba familiarizado con el modo [7] de pensar de César y conocía al detalle todo cuanto se iba a llevar a cabo, lo apartó de aquellas pretensiones de la forma más sensata hasta disuadirlo totalmente. Y la prueba es que César ya [8] no hizo absolutamente nada como un monarca; es más, se relacionaba con todos nosotros en público y sin guardia personal: ese fue el principal motivo por el que pudo acabar como acabó.

»Eso, Cicerón o Ciceroncito o Ciceroncín o Ciceroncillo o [**18**] Grieguecito[54], o como te guste llamarte, es lo que hizo el que carecía de cultura e iba desnudo y perfumado. Nada de lo cual [2] has hecho tú, el experto, el sabio, el que consumes mucho más aceite que vino[55], el que dejas que la toga te caiga hasta los tobillos[56]; pero no, por Júpiter, como los bailarines, que te enseñan una gran variedad de pensamientos con sus posturas, sino para ocultar la ridiculez de tus piernas. Pues no haces esto por [3] recato, tú, que hasta la saciedad has hablado sobre el modo de vida de Antonio. ¿Quién no ve los delicados mantos que llevas? ¿Quién no huele tus canas repeinadas? ¿Quién no sabe que repudiaste a tu primera mujer[57], que te dio dos hijos, y, siendo ya viejísimo, tomaste a otra[58], que era una adolescente, para pagar [4] tus préstamos? Sin embargo, tampoco retuviste a esta, para poder tener así segura a Cerelia[59], con la que cometiste adulterio —aunque era tan vieja que te llevaba más años que tú a la joven aquella con la que te casaste— y a la que escribes unas cartas como las que podría escribir un hombre rijoso y deslenguado [5] atraído por una mujer septuagenaria. Por lo demás, fui arrastrado a decir todo esto, senadores, para que tampoco él salga con menos daño que

yo en tales temas. Sin embargo, se atrevió a censurar a Antonio por cierto banquete mientras él, según dice, solo bebe agua, para pasar la noche escribiendo los discursos contra nosotros; pero cría a su hijo con tal cantidad de alcohol, [6] que no está cuerdo ni de noche ni de día. Además comenzó a calumniar la boca de Antonio, cuando él ha utilizado a lo largo de toda la vida tal libertinaje y sordidez, que ni siquiera excluyó a los parientes, sino que prostituyó a su mujer y mantuvo relaciones con su hija.

[**19**] »Pero dejaré estos asuntos para volver al punto donde me aparté del discurso. Pues Antonio, aquel contra el que ese se ha lanzado, viendo a César alzarse sobre nuestra república, consiguió que no hiciera nada de lo que se proponía, y para ello recurrió [2] a aquellas cosas que parecían agradar más a César. Pues nada disuade tanto a quienes por desear alcanzar el éxito actúan de forma incorrecta, como que aquellos que temen sufrir esas [3] desgracias hagan creer que desean soportarlas. En efecto, los poderosos, conscientes de las injusticias que cometen, son desconfiados y, si creen que han quedado en evidencia, se avergüenzan y tienen miedo, y entonces interpretan lo que se les dice con un sentido diferente: lo dicho en tono crítico lo toman como adulación y, cuando se les dice con pudor las consecuencias que puedan tener estas cosas, sospechan de una conspiración. Pero Antonio, que sabía esto perfectamente, optó primero [4] por participar en las Lupercales y en aquella procesión, para asegurarse que César, libre de todo prejuicio en el ambiente festivo de aquellos actos, volviera a la sensatez; y después por ir así hasta el foro y a la tribuna de oradores[60], para que César sintiera vergüenza ante aquellos lugares. Y canalizó los mandatos [5] que le llegaban del pueblo, para que César al oírlos razonara no que todos ellos eran cosas que decía entonces Antonio, sino que era lo que el pueblo romano habría encargado decir a alguien. ¿Cómo iba a creer César que el pueblo romano le habría encargado a alguien decir tales cosas, cuando ni sabía que el pueblo hubiera votado nada en tal sentido ni habían llegado a sus oídos gritos pidiéndolas[61]? En efecto, era necesario que César [6] oyera esos mandatos del pueblo en el foro romano, en donde muchas veces habíamos adoptado muchas decisiones en defensa de la libertad; y en la tribuna de oradores, desde donde en innumerables ocasiones hicimos surgir innumerables iniciativas en defensa de la democracia; y en la procesión de las Lupercales, para que se acordara de Rómulo[62]; y de labios del cónsul, para que tuviera en mente las acciones de los antiguos cónsules; y en nombre del pueblo, para que tuviera presente en su ánimo [7] que intentaba ser tirano no de africanos, galos o egipcios, sino de los propios romanos. Esas palabras de Antonio lo disuadieron y lo volvieron más humilde. Pues se habría puesto muy pronto la diadema, si cualquier otro se la hubiera ofrecido; pero desde entonces aquellos hechos lo dejaron conmocionado, estremecido, atemorizado.

[8] »Ahí tienes las obras de Antonio. Él en modo alguno puso el pie en un barco para huir, ni se quemó la mano por temor a Porsena, sino que puso fin a la tiranía de

César con sabiduría y [**20**] pericia, superando la lanza de Decio y la espada de Bruto[63]. Pero tú, Cicerón, en tu consulado, ¿qué cosa hiciste que se pueda considerar sabia o buena, y no digna del mayor castigo? Y a nuestra ciudad, que estaba tranquila y en armonía, ¿no la soliviantaste y sublevaste llenando el foro y el Capitolio entre otras [2] gentes también con esclavos que llamaste para tu servicio? Y a Catilina, solo por aspirar a cargos públicos, pero que ninguna otra cosa terrible había hecho, ¿no lo eliminaste de mala manera? Y a Léntulo y sus seguidores, que ni habían cometido injusticia alguna, ni fueron juzgados ni se confesaron culpables, ¿no los aniquilaste de un modo lamentable, aunque, eso sí, tú en muchas ocasiones y en muchos lugares no has dejado de parlotear sobre leyes y tribunales? Pero si alguien quitara de tus discursos [3] esas disertaciones jurídicas, nada queda. Pues a Pompeyo lo acusabas porque hizo un juicio a Milón en contra de las normas establecidas; pero tú no aplicaste a Léntulo nada, ni grande ni pequeño, de lo que hay legislado para estos casos, sino que arrojaste a Léntulo a la cárcel, un hombre respetable y anciano que desde sus antepasados había dado muchas y grandes pruebas de su amor a la patria, y que por su edad y actitudes era totalmente incapaz de tramar nada. Pues, ¿qué mal padecía que [4] habría sanado con el cambio de la situación política? ¿O cuál de los bienes que tenía no corría el riesgo de perderlo si se implicaba en una conspiración? ¿Qué armas había acumulado o cuántos aliados tenía dispuestos para que un hombre, que había sido cónsul y entonces era pretor, y que ni pudo hablar para defenderse ni oír de qué se le acusaba, cayera en la cárcel de forma tan lamentable e impía y allí se consumiera como el peor de los malhechores? Pues así fue como lo deseó precisamente [5] ese bello Tulio, para matar en el lugar de su mismo nombre[64] al nieto de aquel Léntulo que una vez fue príncipe del Senado[65]. [**21**] Y, sin embargo, ¿qué habría hecho él entonces si hubiera dispuesto de un poder armado, él, que ha llevado a cabo tales y tan graves atrocidades con solo sus discursos? Estos son tus ilustres éxitos; esos, tus grandes hazañas militares. Con ellos alcanzaste tanta gloria, que no solo fuiste condenado por los demás, sino que tú votaste contra ti mismo, de modo que marchaste al exilio antes incluso de ser juzgado[66]. Sin embargo, ¿qué otra prueba [2] mayor de tu perfidia que el hecho de que estuvieras a punto de perecer a manos de aquellos mismos en cuyo beneficio pretextabas haber actuado así y de que, de entre ellos, temieras a aquellos mismos de los que decías haber sido su benefactor y de que no esperaras ni a oír una palabra de ellos ni a decirles una palabra, tú, el genio, el entendido, el que ayudaba a los demás, pero que encontraste la salvación en la huida, como si escaparas [3] de una batalla? Y eres tan desvergonzado, que te pusiste a escribir una obra[67] acerca de estos hechos que son de tanta gravedad, cuando era necesario que suplicaras que ninguno de los otros escribiera nada sobre aquellos hechos, a fin de conseguir una cosa: que se perdieran contigo todas las cosas hechas por ti y no dejaras ningún recuerdo de ellas a las generaciones venideras. [4] Y para que también riáis, oíd

cuál es su sabiduría. Pues habiéndose propuesto escribir todo lo que ha sucedido en Roma (porque él se presenta como sofista, poeta, filósofo, orador e historiador), comenzó no a partir de la fundación de la ciudad, como han hecho los demás historiadores, sino a partir de su consulado, para, avanzando hacia atrás, hacer que sea su consulado el comienzo de esa historia y el final, el reinado de Rómulo.

[**22**] »Di entonces, tú que escribes tales cosas pero haces esas otras, ¿cuáles son las que un hombre bueno debe decir en la tribuna y hacer de hecho? Pues tú eres mejor exhortando a los otros para cualquier cosa que haciendo lo que se debe, y eres [2] mejor censurando a los otros que corrigiéndote a ti mismo. Sin embargo, ¡cuánto mejor sería que tú, en vez de la cobardía que le reprochas a Antonio, te desprendieras de tu molicie de alma y de cuerpo y, en vez de la deslealtad que le echas en cara, no hicieras nada desleal ni desertaras y, en vez de la ingratitud de que lo acusas, no cometieras injusticias con tus benefactores! [3] Pues, en efecto, todos los vicios connaturales en él[68] se resumen en este solo: que de todos odia especialmente a quienes le han hecho algún beneficio, y a los otros siempre los halaga, pero al mismo tiempo conspira contra ellos. Para dejar lo demás, solo diré que a pesar de haber obtenido la compasión de César y, gracias a él, haberse salvado e inscrito entre los patricios[69], lo mató, no por propia mano (¿cómo, siendo cobarde y mujeril?) sino convenciendo y sobornando a los que lo hicieron. Y que esto que digo es verdad, os lo mostrarán aquellos mismos: [4] cuando entraron corriendo en el foro con las espadas desenvainadas, lo llamaron una y otra vez por su nombre diciendo "¡Cicerón!", como todos oísteis[70]. Él, en efecto, mató a aquel que [5] era su benefactor, César; y de él, de Antonio, habiendo recibido el sacerdocio y la salvación (cuando a punto estuvo de perecer en Brindis[71] a manos de los soldados[72]), le devuelve casualmente tales favores acusándolo de aquello que ni él ni nadie le reprochó nunca y recurriendo a imputaciones que alababa en otros. Y en cuanto al César actual (Octavio), aunque no tenía [6] edad[73] para desempeñar cargos ni para gestionar ningún asunto político ni había sido elegido antes por nosotros, viendo que conseguía una fuerza armada y que se ponía al frente de una guerra sin que lo hubiéramos votado ni se la hubiéramos encomendado, ¡no solo no le pide cuentas, sino que lo alaba! Así, ni [7] busca lo que es junto de acuerdo con las leyes ni lo que conviene atendiendo al bien común, sino que todo lo realiza a su capricho: por los mismos hechos glorifica a unos y denuncia a [**23**] otros, acusándoos falsamente y calumniándoos. Pues todo lo que ha hecho Antonio después de la muerte de César encontraréis que ha sido ordenado por vosotros. Y en lo referente a la administración del dinero y a la interpretación de los documentos [2] de César[74] creo que huelga hablar de ello. ¿Por qué? Porque, primero, sería entrometerse en lo que corresponde a quien ha heredado la hacienda de César y, segundo, si es que hay algo de verdad respecto a una fraudulenta interpretación del testamento, entonces es necesario impedirlo al instante. Pues ninguna cosa, Cicerón, se

hizo bajo cuerda, sino que todo se escribió en [3] estelas, como tú mismo reconoces[75]. Pero si aquel delinquió tan clara y desvergonzadamente como dices y se apoderó de toda Creta porque supuestamente, según los escritos de César, debía quedar libre tras el mandato de Bruto[76] (y dices que Bruto recibió de nosotros ese mandato después de la muerte de César), ¿cómo tú habrías podido callar o cómo cualquier otro podría [4] haberlo soportado? Pero todo esto, como dije, lo dejaré a un lado. Pues la mayoría de esas acusaciones se han formulado sin dar nombres y Antonio, que es el único que puede explicaros cada una de las cosas que ha hecho, no está presente, Y en cuanto a Macedonia, la Galia y las demás provincias y legiones ahí están vuestros decretos, senadores, según los cuales a cada uno le encargasteis una provincia, y a Antonio le confiasteis la Galia con los soldados. Y esto también lo sabe Cicerón; pues estaba presente, y todas las demás decisiones habían sido votadas [5] igualmente por vosotros. Sin embargo, ¡cuánto mejor habría sido oponerse entonces —si alguna de esas cosas no se hacía de un modo conveniente— y revelarnos lo que ahora propone, que callar en aquel instante, dejando que entonces os equivocarais, y ahora denunciar de palabra a Antonio pero de hecho acusar al Senado!

»Pues de ninguna manera podría decir esto alguien sensato: [**24**] que Antonio os forzó a votar esas medidas; porque tampoco él tenía ninguna fuerza como para obligaros a hacer algo en contra de vuestra opinión, y además su proceder ha sido siempre en defensa de la ciudad. Y, puesto que las legiones habían sido [2] enviadas por delante y estaban agrupadas y, además, había miedo de que estas, al enterarse de la muerte de César, se sublevaran y, eligiendo a algún irresponsable, de nuevo entraran en guerra, a vosotros os pareció lo mejor —y actuabais recta y acertadamente— poner a Antonio al mando de las legiones, pues era el cónsul, el que os había guiado a la concordia y el que había extirpado la dictadura de nuestro sistema político. Por eso [3] le disteis la Galia en vez de Macedonia, para que, estando entonces en Italia[77], no llegara a cometer ningún desliz y cumpliera al punto lo que le habíais ordenado.

»A vosotros os dije esto para que supierais que habéis deliberado [**25**] correctamente. Y en cuanto a Cicerón me bastaría con destacar los siguientes puntos: que cuando sucedieron todos esos hechos él estaba presente y votó con nosotros esas decisiones, y que Antonio ni tenía ningún soldado ni en absoluto podía amenazarnos con algo espantoso, lo cual podría habernos impedido tomar alguna decisión conveniente. Pero si entonces callaste, [2] dime ahora, ¿qué teníamos que haber hecho nosotros si las cosas estaban así? ¿Dejar las legiones sin mando? ¿Cómo no iban a causar innumerables males en Macedonia y en Italia? ¿Poníamos al frente a algún otro? Pero ¿a qué otro habríamos encontrado [3] más idóneo y adecuado que Antonio, que era el cónsul, el que dirigía todos los asuntos de la ciudad, el que tanto vigilaba nuestra concordia, el que daba innumerables muestras de buena voluntad [4] para con la comunidad? ¿O elegíamos a

uno de los asesinos? Por lo demás, ni siquiera para ellos era seguro vivir en Roma. ¿Elegíamos a alguno de los que estaban en el bando contrario de estos[78]? Todos sospechaban de esos otros. Y, aparte de Antonio, ¿quién había más digno o quién sobresalía en experienda? [5] Pero tú estás indignado porque no te elegimos. Pero ¿qué cargo desempeñas ahora? ¿Qué cosa no te habrías atrevido a hacer con armas y soldados, tú, que perturbaste tanto y hasta tal punto la ciudad bajo tu consulado con esas antítesis a las que [**26**] recurres, lo único en lo que eres un maestro consumado? Pero vuelvo sobre lo mismo: que también estabas presente en esos momentos, cuando se tomaron aquellas decisiones, y nada dijiste en contra, sino que estuviste de acuerdo con todas ellas por ser evidente que eran las mejores y además necesarias. Y en modo alguno estabas falto de libertad de expresión, pues mucho ladras [2] en vano. Tampoco temías a nadie. ¿Cómo podrías temer a uno desnudo, tú, que no temes a un hombre armado? ¿Cómo podrías temer a un hombre solo, tú, que no temes al que tiene tantos soldados[79]? Porque al menos tú te vanaglorias de esto, de que, según dices, desprecias la muerte[80].

[3] »Estando así las cosas, ¿quién os parece que actuaba más injustamente, Antonio, que dosificaba los poderes que le fueron concedidos por vosotros, o César (Octavio), que se rodeaba de tanta fuerza propia[81]? ¿Antonio, que ha partido para hacerse cargo del poder que le ha sido encomendado por nosotros, o (Décimo) Bruto[82], impidiéndole llegar a la región[83]? ¿Antonio, que [4] quiere obligar a nuestros aliados a cumplir nuestros decretos, o los aliados, que no reciben al gobernador que les hemos enviado, pero acogen a quien ha sido apartado por vuestros decretos? ¿Antonio, que mantuvo juntos a nuestros soldados, o los [5] soldados, que abandonaron a su jefe[84]? ¿Antonio, que no dejó entrar en Roma a ninguno de los soldados que le fueron entregados por nosotros, o César (Octavio), que trajo hasta aquí mediante soborno a soldados que eran antiguos veteranos? Yo creo [6] que no se necesitan más palabras para demostrar que Antonio ha llevado a cabo rectamente todo lo que le hemos ordenado, mientras que esos deben ser castigados por lo que se atrevieron a hacer por iniciativa propia. Por eso os hicisteis proteger con los [7] soldados, para deliberar con seguridad sobre la situación del momento, no por causa de Antonio, porque pudiera hacer algo en su provecho u os provocara temor por algo, sino por causa de aquel[85] que ha reunido una fuerza contra Antonio y en muchas ocasiones mantiene muchos soldados en la propia Roma.

»Estas cosas las dije, en efecto, a causa de Cicerón, pues él [**27**] empezó al pronunciar ante vosotros un discurso injusto; porque yo de ninguna manera soy pendenciero como ese ni me cuido de entrometerme en los males ajenos, como ese se vanagloria siempre de hacer. Pues lo que a vosotros os exhorto, que no es ni por complacer a Antonio ni por calumniar a César (Octavio) o a (Décimo) Bruto, sino deliberando en defensa de lo que conviene a la comunidad, sea lo que sea, ahora ya lo

voy a explicar. [2] Afirmo que ni hay que considerar enemigo a ninguno de aquellos que han tomado las armas, ni tampoco hay que hacer una investigación escrupulosa sobre qué han hecho o cómo han actuado. Pues tampoco el momento presente es adecuado para esto siendo todos ellos ciudadanos nuestros por igual: si alguno de ellos cayera en desgracia, se perderá para nosotros, y, si [3] triunfa, se levantará contra nosotros. Por eso, en efecto, creo que es necesario tratarlos patriota y amistosamente y enviarles a todos por igual mensajeros que les ordenen deponer las armas y ponerse a nuestra disposición tanto ellos como sus legiones; y que por el momento no declaremos la guerra contra ninguno de ellos, sino que, según las respuestas que nos den, elogiemos a quienes acepten obedecer estas órdenes que les enviamos y [4] hagamos la guerra a los que desobedezcan. Pues lo justo y conveniente para nosotros es no apresurarse ni hacer nada precipitadamente, sino aguardar y, después de haberles dado a estos y a sus soldados una oportunidad para cambiar su forma de pensar, entonces sí, si fuera necesaria la guerra, ordenarles a los cónsules que la lleven adelante.

[**28**] »Y a ti. Cicerón, te exhorto a no tener un ánimo mujeril, a no imitar a Bambalión[86] y a no provocar guerras ni, a causa de tu particular enemistad con Antonio, por llevarla al terreno público, [2] a poner en peligro toda la ciudad. Actuarás bien si te reconcilias con aquel con quien en muchas ocasiones mantuviste relaciones de amistad. Pero si mantienes sentimientos irreconciliables hacia él, evítanos esa decepción y, puesto que has sido el causante de que exista esa amistad entre nosotros, no la rompas; por el contrario, recuerda aquel día y aquel discurso que [3] pronunciaste en el recinto sagrado de la diosa Tierra[87], y aprovéchate de esa Concordia[88] con la que ahora estamos deliberando para no volver a proferir aquellas calumnias, pronunciadas no desde una intención recta sino guiado por algún otro interés. Pues esto conviene a la ciudad y esto te aportará la mayor [4] gloria. Y no creas que mantener tu animosidad te da fama y seguridad, ni digas que desprecias la muerte ni confíes en que te elogiarán por eso. Pues de tales hombres todos sospechan y [5] los odian, en la idea de que se atreverían a cualquier disparate por demencia. Sin embargo, a los que ven que tienen en la mayor estima su propia salvación, los alaban y elogian en la idea de que voluntariamente no hacen nada que los lleve a la muerte. Si tú, en efecto, quieres salvar la patria, ¡di y haz cosas tales con [6] las que te salves tú mismo y no, por Júpiter, con las que nos destruirás a todos!».

Cuando Caleno terminó de decir tales cosas, Cicerón no lo [**29**] soportó nada bien, pues siempre utilizaba contra todos por igual un lenguaje directo y desmedido; pero no consideraba digno que los demás emplearan con él esa misma libertad de lenguaje[89]. Entonces Cicerón, dejando el análisis de la situación política, se instaló en la injuria contra Caleno, de modo que aquel día transcurrió totalmente en vano a causa de este incidente. Pero [2] durante el siguiente día y el tercero se pronunciaron muchos y

diferentes discursos por ambos bandos, imponiéndose los partidarios de César (Octavio). Así, se aprobó por votación lo siguiente: por una parte, que se erigiera una estatua al propio César (Octavio) y que se le admitiera en las deliberaciones del Senado entre los que ya habían sido cuestores[90]; que pudiera presentarse a las demás magistraturas diez años antes de lo dispuesto [3] por la ley, y que tomara de la ciudad el dinero que había gastado en soldados, pues los había equipado a su costa en defensa de la ciudad. Por otro lado, se aprobó que a los soldados, tanto a los suyos como a los que habían abandonado a Antonio[91], se les impidiera entrar en ninguna otra guerra y que [4] se les dieran tierras de inmediato, y que se enviase a Antonio una embajada para ordenarle que dejara las legiones y la Galia y se dirigiera a Macedonia. A los que luchaban junto a él les avisaron de que debían regresar a sus ciudades dentro de un plazo fijado, o saber que se les pondría en el bando de los enemigos de Roma; y, más aún, a los senadores que habían sido nombrados por Antonio gobernadores de provincias los destituyeron [5] y resolvieron enviar otros en su lugar. Fueron entonces ratificadas estas medidas; pero no mucho después, incluso antes de que se conociera la opinión de Antonio, votaron que la situación era de desorden general[92] y se despojaron de las ropas de senador[93] y ordenaron a los cónsules y a César (Octavio) —a este otorgándole una especie de mando de general[94] — dirigir la guerra contra Antonio. Y ordenaron a Lépido[95] y a Lucio Munacio [6] Planco[96], a la sazón gobernador de una parte de la Galia Transalpina, que los ayudaran.

Así los senadores le dieron a Antonio, que por lo demás deseaba [**30**] la guerra, un pretexto para la enemistad. Cogió con agrado los decretos y al punto llenó de injurias a los embajadores, porque no lo habían tratado ni rectamente ni igual que al muchacho, refiriéndose a César (Octavio). En respuesta envió a otros embajadores, [2] para que recayera sobre los senadores la responsabilidad de la guerra, y exigió a su vez algunas cosas que le hacían quedar bien, pero que resultaban imposibles de cumplir para César (Octavio) y para los demás que se habían puesto del lado de este. Pues Antonio no iba a hacer nada de lo que se le ordenaba; [3] pero, sabiendo bien que tampoco los senadores llevarían a cabo ninguna de sus peticiones, prometía lógicamente que iba a cumplir todas las resoluciones de aquellos, para así, aun cumpliendo su parte, tener un escape, mientras que la actitud de la parte contraria, al ser rehusadas las condiciones que pidió, pasaba a ser la [4] causa primera de la guerra. Decía, en efecto, que iba a abandonar la Galia y a despedir las legiones, si concedían a esas legiones lo mismo que votaron para las de César (Octavio) y elegían como cónsules a Casio[97] y a Marco Bruto. Exigió esto para ganarse a los dos, con objeto de que no guardaran resentimiento contra él por todo lo que había hecho contra Décimo[98], que estaba implicado en la conjuración de aquellos.

[**31**] Antonio prometía esto sabiendo claramente que no se cumpliría ninguna de las

dos condiciones. Pues César (Octavio) nunca consentiría que los asesinos de su padre[99] llegaran al consulado ni que los soldados de Antonio, al recibir lo mismo [2] que los suyos, se volvieran más adictos a la causa de aquel. Por consiguiente, no se sancionó nada de estas propuestas, sino que, por el contrario, de nuevo declararon la guerra a Antonio y ordenaron a los que estaban con él que lo abandonaran fijando otro día como fecha límite. Todos se vistieron con las clámides militares, incluso los que no iban a partir en las expediciones; encargaron a los cónsules la custodia de la ciudad y escribieron aquel añadido que se acostumbra en los edictos: «Que ningún [3] daño sufra la ciudad[100] ». Y, puesto que se necesitaba mucho dinero para la guerra, todos entregaron el veinticinco por ciento de los bienes que tenían, y los senadores además diez ases[101] por cada teja de las casas que tenían en la ciudad, tanto de las que eran propietarios como de las que habitaban siendo de otros. A parte de esto, los muy ricos se hicieron cargo de otros [4] gastos, que no fueron pocos, y numerosas ciudades y numerosos particulares costearon las armas y las demás cosas necesarias para el ejército. Pues el erario público tenía entonces tanta falta de liquidez, que no podían celebrarse las fiestas que en aquel tiempo debían tener lugar, excepto algunas, de breve duración, a causa de su carácter sagrado. Eso lo hacían de buena [**32**] gana cuantos se complacían con César (Octavio) y odiaban a Antonio; pero la mayoría, gravados con la participación militar y los impuestos, estaban disgustados, y especialmente porque no sabían cuál de los dos se impondría; pero era claro que se convertirían en esclavos del vencedor. También eran muchos, [2] en efecto, los partidarios de Antonio: unos partieron a su encuentro, entre ellos había algunos tribunos y pretores, y otros se quedaron en sus ciudades, uno de ellos era Caleno, y hacían todo cuanto podían en favor de aquel, defendiéndolo unas veces a escondidas y otras abiertamente. Sin embargo, ellos ni [3] siquiera cambiaron sus vestiduras[102] de inmediato, sino que incluso convencieron al Senado para enviar de nuevo a Antonio otros embajadores, entre los que debía estar Cicerón, en apariencia para persuadir a Antonio de que aceptara las propuestas, pero en realidad para desembarazarse de ellos. Cicerón, [4] que se percató de esta estratagema, tuvo miedo y no se atrevió a exponerse a las armas de Antonio. Por este motivo tampoco partió ninguno de los otros embajadores.

[**33**] Al tiempo que sucedían estos hechos, de nuevo se produjeron prodigios no pequeños en la ciudad y en la persona del cónsul Vibio. Pues en la última sesión, aquella en la que él exhortó a la guerra, un hombre que padecía la llamada enfermedad sagrada[103] [2] cayó al suelo mientras Vibio estaba hablando. Y una estatua de bronce de él que estaba en el portal de su casa se giró ella sola y se puso de espaldas el mismo día y a la misma hora en que él partió con la expedición. Y los arúspices no pudieron interpretar las víctimas de los sacrificios que se hacen antes de la guerra a causa de la gran cantidad de sangre. Y un hombre que en ese momento le ofrecía una palma resbaló en la sangre derramada y al caer contaminó la palma. Todo esto le sucedió a [3] Vibio. Si

esto le hubiera sucedido siendo un particular, le habría afectado a él solo; pero, como era cónsul, les afectó a todos por igual: como la estatua de la Madre[104] de los dioses sita en el Palatino, que miraba antes hacia la salida del sol y se dio la [4] vuelta ella sola para mirar hacia las puestas del sol[105]; y así también la estatua de Minerva[106] que era adorada cerca de Módena (cerca de allí se libraron los mayores combates), pues manaba mucha sangre, y después de estos hechos también leche; y otro suceso más fue también el que los cónsules emprendieran la campaña antes de las fiestas Latinas[107], pues nunca sucedió que salieran los cónsules en esas fechas y la empresa resultara con éxito. Como era de prever, entonces perecieron los dos cónsules [5] y una gran cantidad de gente de todas las clases, unos en esos momentos y otros después: entre ellos muchos caballeros y senadores, y, sobre todo, personas que se contaban entre las más importantes de su clase. Pues primero las batallas y después [6] los asesinatos en las ciudades, que se produjeron de nuevo a la manera de los tiempos de Sila[108], acabaron precisamente con toda la flor y nata de los ciudadanos, excepto aquellos que realizaron esos crímenes.

Los causantes de esos males fueron los propios senadores [**34**] contra sí mismos. Pues era necesario que ellos hubieran puesto al frente a alguien con las más nobles intenciones y hubieran actuado unidos siempre a sus órdenes; pero no hicieron eso; pues, ganándose a algunos y reforzándose, los lanzaron contra el bando contrario; y después intentaron eliminar también a estos, de modo que no tuvieron a nadie como amigo sino a todos como enemigos. Pues algunos no se comportan del mismo [2] modo con los que les ocasionaron daños que con los que les hicieron el bien, sino que, sin ser conscientes, mantienen en la memoria la cólera, pero voluntariamente se olvidan de los favores: por un lado consideran indigno dar la impresión de que han recibido un favor de otros, porque entonces se mostrarían más débiles que aquellos; mientras que, por otro lado, se enojan si creen haber recibido un daño de alguien y lo dejan impune, porque ganarían fama de cobardes. Así, los senadores, como no [3] habían aceptado a ninguno como jefe, sino que unas veces se ponían de parte de un bando y otras de parte del otro, unas veces votaban y actuaban en defensa de ellos mismos y otras en contra, de modo que muchas veces sufrieron muchos males [4] bien a causa de ellos mismos bien recibiéndolos de los otros. Pues para todos ellos la motivación de la guerra era una sola: disolver las instituciones democráticas e instaurar un poder unipersonal; unos (los vencidos) iban a luchar para ser esclavos del [5] que ganara y los otros (los vencedores) para hacerlo su amo. Unos y otros minaban por igual el sistema político, pero la Fortuna hizo que los de cada bando obtuvieran una fama diferente: unos fueron considerados piadosos y patriotas por obrar bien; los que fracasaron fueron llamados enemigos de la patria y malditos. Sí, a ese estado fue arrastrada entonces la situación política de Roma; pero voy a mencionar además uno por uno los sucesos. [**35**] Pues ciertamente me parece que la explicación más convincente estaría en lo siguiente: si uno, al exponer los hechos

con razonamientos, puede poner en evidencia la naturaleza de los primeros mediante los segundos y, además, puede demostrar la veracidad de los razonamientos por su correspondencia con los hechos.

[2] Antonio cercaba a Décimo, que estaba en Módena[109], porque, para decirlo con exactitud, no le entregó la Galia[110]; pero, según Décimo creía, porque había sido uno de los asesinos de César. Pues Antonio, puesto que la verdadera causa de la guerra tampoco le aportaba prestigio y al mismo tiempo veía que las simpatías del pueblo se inclinaban hacia César (Octavio), porque se ocupaba de la venganza de su padre, alegó también ese [3] pretexto para la guerra; pero lo pretextaba para poseer la Galia, y él mismo lo dejó claro cuando pidió que Casio y Marco Bruto fueran designados cónsules[111]. Pues, en efecto, Antonio utilizaba ambos argumentos en su propio beneficio aunque eran totalmente contradictorios. César (Octavio) atacaba a Antonio antes [4] de que se votase la guerra contra él, aunque hasta entonces, ciertamente, no había hecho nada digno de mención; pero cuando supo de los decretos[112] aceptó los cargos y se alegró, y sobre todo también, porque, cuando recibió las insignias y el rango de pretor, al hacer el sacrificio a los dioses, encontró dos hígados en cada víctima, que eran doce. Pero al mismo tiempo estaba [5] molesto porque habían enviado a Antonio mensajes y embajadores, en vez de declararle la guerra de inmediato sin heraldos; y, especialmente, porque se enteró de que los cónsules habían [6] enviado en secreto a Antonio propuestas de reconciliación, de que este había enviado a algunos senadores cartas, que habían sido interceptadas y a las que los senadores respondieron a sus espaldas, y de que, con el pretexto del invierno, no se afanaban ni se daban prisa para empezar la guerra. Puesto que no sabía [7] cómo sacar a la luz estos hechos, pues no quería ni empujarlos al bando contrario ni podía persuadirlos ni obligarlos, mantenía la tranquilidad retirado en los cuarteles de invierno en Forum Cornelii[113], hasta que se asustó con lo de Décimo.

Aquel hasta entonces mantenía a raya a Antonio y, en cierta [**36**] ocasión, sospechando que este había enviado a algunos a la ciudad [114] para corromper las tropas, convocó a todos los que estaban presentes y, dándoles antes unas breves indicaciones, pregonó con heraldos que acudieran a cierto lugar que había señalado antes, unos con las armas para cumplir cierta misión y los particulares para cumplir otra, y así acorraló y apresó a los hombres de Antonio, que no sabían adonde dirigirse y se habían quedado aislados. Después fue totalmente sitiado. César (Octavio), [2] temiendo que Décimo fuera apresado por la fuerza o que llegara a un acuerdo por falta de alimentos, obligó a Hircio[115] a emprender una expedición con él; pues Vibio aún estaba realizando en Roma las listas de reclutamiento y derogando las leyes [3] de los Antonio[116]. Atacaron Bolonia[117], que había sido abandonada por la guarnición, y la tomaron sin combate, y a los jinetes que después les salieron al encuentro los pusieron en fuga; pero a causa del río

que hay antes de Módena[118] y de las [4] tropas que lo vigilaban, no pudieron avanzar más lejos. Y, como querían señalar su presencia a Décimo, no fuera que se precipitara y llegara a algún acuerdo, primero hacían señales con fuego desde los árboles más altos; pero como no lo entendía, escribieron un mensaje en una fina lámina de plomo, la enrollaron como un pequeño papiro y se la dieron a un buzo para que la pasara [5] de noche al otro lado. Y así Décimo, al saber de la presencia de ellos y a la vez del compromiso de auxiliarle, les respondió con el mismo procedimiento y desde entonces ya se comunicaban continuamente todo.

[**37**] Antonio, viendo que Décimo no se entregaría, dejó a su hermano Lucio[119] encargado del asedio a Décimo y él partió contra César (Octavio) e Hircio. Como los ejércitos de ambos bandos estaban acampados uno frente a otro, muchos días se producían [2] encuentros entre la caballería, breves e igualados; hasta que los jinetes germanos[120], de los que César (Octavio) se había adueñado junto con los elefantes[121], se volvieron de nuevo con Antonio: saliendo del campamento con los demás, se adelantaron como si fueran a enfrentarse con los enemigos que venían contra ellos; pero al poco se dieron la vuelta de repente y, cayendo sobre los que los seguían, que no se lo esperaban, mataron a muchos de ellos. Después de este suceso, algunos que salieron [3] en busca de alimentos, de uno y otro bando, llegaron a las manos y en seguida, corriendo los demás en ayuda de sus respectivos compañeros, se produjo un violento combate y venció Antonio. Enardecido por estos hechos y enterado de que Vibio se acercaba, atacó las fortificaciones de los que estaban acampados frente a él, por si, tomando el sitio antes de que llegara Vibio, podía llevar la guerra en adelante con la misma facilidad. Y puesto [4] que, por lo demás, estos tomaban precauciones tanto para prevenir nuevas desgracias como por la esperanza puesta en la llegada de Vibio y no hacían salidas, abandonó el sitio y dejó allí una parte del ejército, ordenándoles que realizaran incursiones, para que, sobre todo, pareciera que él estaba presente y, al mismo tiempo, impidieran que lo atacaran por la espalda. Después [5] de disponer estas cosas, partió ocultamente de noche contra Vibio, que venía de Bolonia, y, preparándole una emboscada, lo hirió; y mató a la mayoría de los soldados y a los demás los encerró dentro de sus trincheras. Y los habría aniquilado si les hubiera puesto sitio el tiempo suficiente. Pero ahora, puesto que [6] en este primer ataque no culminó nada, temió entretenerse y en ese tiempo sufrir algún contratiempo por parte de César (Octavio) o de los otros, y de nuevo se volvió hacia los suyos. Y en [7] esos momentos en que Antonio, agotado a causa de la expedición de ida y vuelta y del combate, no podía imaginar que le atacaran a él, que acababa de vencer al enemigo, Hircio le salió al frente y consiguió una gran victoria. Y es que, cuando conocieron que Antonio se había marchado, César (Octavio) permaneció de guardia en el campamento mientras Hircio salió al encuentro de Antonio. Después de la derrota de Antonio, no [**38**] solo Hircio, sino también Vibio, aunque escapó malamente, y César

(Octavio), que ni siquiera había luchado, fueron aclamados [2] como *imperatores*[122] por los soldados y el Senado. Para los que habían participado en el combate y habían muerto se votó celebrar funerales de Estado en su honor y entregar a sus hijos y a sus padres todas las ganancias que aquellos habrían recibido si hubieran seguido vivos.

[3] Mientras sucedieron estos hechos, Pondo Áquila, uno de los asesinos (de César) y lugarteniente de Décimo, venció en varios combates a Tito Munacio Planco[123], que le hacía frente; y Décimo, cuando cierto senador desertó al bando de Antonio, [4] no mostró cólera contra aquel, sino que incluso le envió su equipaje y todo cuanto se había dejado en Módena; y por este hecho los soldados de Antonio se cambiaban de bando y algunas poblaciones que antes simpatizaban con él comenzaron a [5] rebelarse. César (Octavio) e Hircio estaban encantados con estos hechos y, dirigiéndose a las fortificaciones de Antonio, lo incitaban a pelear; pero aquel, entre tanto, estaba consternado y se mantenía pasivo, hasta que después, cuando le llegó una [6] fuerza enviada por Lépido, recobró el ánimo. Pero Lépido no aclaró a quién de los dos enviaba el ejército, pues confraternizaba con Antonio por ser pariente suyo[124] y había sido reclamado por el Senado[125] para ir contra Antonio. Por esto, y porque al mismo tiempo se preparaba un refugio tanto con uno como con el otro, no dio órdenes precisas a Marco Silano, el jefe de la [7] expedición. Pero este, que conocía al detalle los pensamientos de Lépido, se dirigió por propia iniciativa al lado de Antonio. Al llegar este en su auxilio, Antonio cobró ánimos y realizó una salida imprevista pero, produciéndose muchas muertes de uno y otro lado[126], se dio la vuelta y huyó.

Durante este tiempo, César (Octavio) acrecentó su figura entre [**39**] el pueblo y el Senado, y por ello esperaba entre otros honores ser nombrado cónsul de inmediato. Pues sucedió que Hircio pereció en la toma del campamento de Antonio y Vibio no mucho después a consecuencia de las heridas, por lo que cargó con la culpa de la muerte de aquellos, porque así había conseguido el poder. El Senado, al principio, mientras no veía claro quién de [2] los dos iba a ganar, derogó todas las leyes excepcionales que anteriormente había aprobado para legalizar el poder absoluto y que habían sido concedidas a algunos ciudadanos en contra de las costumbres ancestrales. Los senadores votaban estas resoluciones para aplicarlas a los dos aspirantes y con ellas estar prevenidos contra el vencedor, pero pensando en echar la culpa de ellas al que saliera derrotado. En primer lugar decretaron que [3] nadie gobernaría por un período de más de un año, y en segundo lugar publicaron que una persona sola no podría ser ni intendente del trigo ni supervisor de los alimentos. Pero cuando supieron lo sucedido, se alegraron de la derrota de Antonio, cambiaron sus vestidos y celebraron fiestas de acción de gracias durante sesenta días[127]. Y a todos los que se les acreditó su colaboración con él los colocaron en el bando de los enemigos públicos y les confiscaron sus bienes, así como los del propio Antonio. Y a [**40**] César (Octavio), precisamente, no solo no lo tuvieron en

gran consideración, sino que incluso intentaron anularlo dándole a Décimo todo cuanto aquel esperaba recibir; pues aprobaron celebrar en honor de Décimo no solo sacrificios sino incluso un triunfo, y también que se hiciera cargo de la continuación de la [2] guerra y de las legiones de Vibio entre otras. Y para los soldados que habían quedado cercados con él acordaron concederles los elogios y demás privilegios que antes habían decretado para los de César (Octavio), aunque en nada habían contribuido a la victoria, sino que la vieron desde las murallas. Y a Áquila, que murió en el combate, lo honraron con una estatua, y el dinero que había gastado de su cuenta en el mantenimiento de las tropas [3] de Décimo lo reintegraron a sus herederos[128]. Para decirlo en una palabra: cuantos galardones había obtenido César (Octavio) por encima de Antonio, ahora los votaban para otros por encima de César (Octavio). Y para que no intentara ni pudiera llevar a cabo nada malo, fortalecieron a todos sus enemigos: a Sexto Pompeyo[129] le confiaron la escuadra; a Marco Bruto, Macedonia; a Casio, [4] Siria y la guerra contra Dolabela[130]. Y ciertamente le habrían quitado todas las legiones que tenía si no hubieran temido votar esa resolución abiertamente, porque sabían que los soldados le eran adictos. Pero intentaron, en efecto, que se sublevaran tanto [5] entre ellos mismos como también contra él. Pues los senadores no quisieron alabar y honrar a todos los pretendientes, no fuese que elevaran la ambición de aquellos a mayores cotas; ni tampoco deshonrar y despreciar a todos, no fuese que se les pusieran en contra más aún y, en esas circunstancias, los llevaran a ponerse de acuerdo. Actuaron a medias tintas, pues esperaban que, si [6] elogiaban a unos sí y a otros no y otorgaban guirnaldas de olivo para que las lucieran en las fiestas a unos sí y a otros no y, más aún, en cuanto al dinero, si votaban concederles diez mil sestercios[131] a unos y a otros ni un bronce, que se enfrentarían unos con otros y, de resultas, se debilitarían.

Y a los que iban a llevarles estos acuerdos no los enviaron [**41**] directamente a César (Octavio), sino a sus soldados. Así que, muy enojado por estas prácticas, accedió, solo de palabra, a que los embajadores se entrevistaran con el ejército sin su presencia, aunque antes previno a sus soldados para que no les dieran ninguna respuesta y que de inmediato reclamaran su presencia; entonces, entrando en el campamento y oyendo con ellos las disposiciones de los embajadores, se los ganó aún más con aquel gesto. Los aspirantes que habían sido distinguidos por encima [2] de los otros no se sentían tan contentos con la prodigalidad recibida, pues sospechaban de aquel reparto, inducidos por César (Octavio) lo más posible. Y los que habían resultado agraviados no se enojaron con los otros, sino que, denunciando la intencionalidad de los decretos votados y su propio deshonor, extendían a todos los demás su malestar y les hacían partícipes de su enojo. Cuando los senadores que estaban en Roma conocieron estos [3] hechos, tuvieron miedo y ni siquiera designaron a César (Octavio) cónsul, lo que ansiaba tan vivamente; pero lo adornaron con los honores consulares[132], de modo que podía exponer su opinión

con los ex cónsules. Sin embargo, puesto que no tuvo ningún aprecio por esta distinción, votaron que primero lo designarían pretor[133] y después, cónsul. Unos creyeron que así manipulaban [4] sabiamente a César (Octavio), como si, tal como propalaban, fuera realmente un muchacho o un niño[134]. Pero él, encolerizándose no por todo lo otro que le habían hecho sino por eso mismo, porque lo llamaban niño, sin más dilaciones se lanzó contra las [5] armas y el poder de los senadores. Mandó secretamente heraldos a Antonio, y a los soldados que habían desertado en la batalla —a los que él mismo había vencido y el Senado consideró enemigos— los reunió y ante ellos formuló muchas acusaciones contra el Senado y contra el pueblo.

[**42**] Cuando los de la ciudad oían estas cosas, lo seguían teniendo en poca consideración; pero cuando se enteraron de que Antonio y Lépido habían llegado a un acuerdo, comenzaron a halagarlo de nuevo e, ignorantes de las propuestas que le había [2] hecho a Antonio, lo pusieron al frente de la guerra contra ellos. César (Octavio) aceptó esta guerra, en la idea de que a causa de ella sería nombrado cónsul. Y él, de algún modo, maniobró mucho para que lo eligieran cónsul, recurriendo incluso a Cicerón entre otros, hasta el punto de prometerle hacerlo su colega en el [3] consulado. Sin embargo, puesto que ni incluso así fue elegido, se preparó como si estuviera decidido a luchar, tal como se le había decretado pero, al mismo tiempo, indujo a sus soldados —pero como si fuera por iniciativa de ellos, naturalmente— a jurar de forma espontánea que no lucharían contra ninguna de las legiones que habían sido de César (Julio) —esto afectaba a Antonio [4] y a Lépido, pues la mayoría de las tropas de ambos procedían de aquellas legiones—, y se mantuvo inactivo y envió al Senado a cuatrocientos de sus soldados como embajadores con aquel [**43**] mensaje. Lo de la embajada era para los soldados un pretexto, porque ellos exigían que se les diera íntegramente el dinero que se había aprobado para ellos y que nombraran a César (Octavio) [2] cónsul. Como los senadores les dieron largas aduciendo que la respuesta necesitaba un análisis, pidieron la amnistía para uno de los colaboradores de Antonio —esa era presumiblemente una decisión del propio César (Octavio)—, pero no porque desearan obtenerla, sino para probarlos y ver si se la concedían o, en caso contrario, tener un pretexto para montar en cólera mostrando que les sentaba muy mal que se la denegaran. Al no conseguirla [3] (pues nadie se opuso, pero, como aquel día otros muchos solicitaban eso mismo en favor de los del otro bando, todo lo relacionado con ellos, como sucedía muchas veces, se dejó convenientemente para otra ocasión), todos los soldados dieron ostensibles muestras de irritación, y uno de ellos salió del Senado y cogiendo su [4] espada (pues habían entrado desarmados) la empuñó y dijo: «Si vosotros no otorgáis el consulado a César (Octavio), esta lo otorgará». Y Cicerón le replicó: «Si lo reclamáis de ese modo, lo tendrá». Este fue uno de los sucesos que contribuyó al fin de [5] Cicerón. César (Octavio) no censuró el comportamiento del soldado, sino que, por el contrario, se quejaba de que fueron

obligados a dejar las armas[135] para entrar en la sala del Senado y de que uno de los senadores les preguntó si venían enviados por las legiones o por César (Octavio). Entonces convocó a toda prisa a [6] Antonio y a Lépido (incluía a este por su amistad con Antonio), y él mismo marchó contra Roma con todos sus soldados, obligado por ellos, claro está.

Sus soldados degollaron a uno de los caballeros y a otros [**44**] más de los que sospechaban que habían estado espiándolos. Devastaron las tierras de los que no eran de su bando y con ese pretexto cometieron muchas felonías. Cuando los senadores supieron [2] de la llegada de aquellos, les enviaron el dinero antes de que se acercaran, como si por cogerlo fueran a retirarse, y después, como aquellos proseguían su marcha, nombraron a César [3] (Octavio) cónsul. Sin embargo, ni siquiera con esto los senadores se beneficiaron en nada. En efecto, puesto que no lo hicieron voluntariamente sino obligados, los soldados no tuvieron ningún miramiento con ellos; es más, como hasta entonces les habían [4] tenido miedo, ahora estaban envalentonados. El Senado, percatándose de esto, cambió de actitud y promulgó un edicto contra aquellos por el cual no podían acercarse a la ciudad, sino mantenerse a más de setecientos cincuenta estadios[136] de ella. Los senadores de nuevo cambiaron sus ropas[137] y pusieron la defensa de la ciudad en manos de los pretores, como era costumbre. [5] Y, entre los puntos que defendieron con guarniciones, también ocuparon el Janículo[138] con soldados de la ciudad y con otros venidos de la provincia de Africa.

[**45**] Estas fueron las medidas que se adoptaron mientras César (Octavio) estaba aún en camino. Todos los que entonces estaban en Roma las aplaudían unánimemente, pues a la masa, hasta que llegan a ver y experimentar lo terrible, le gusta envalentonarse. [2] Pero cuando aquel estuvo a las puertas de la ciudad, temieron. Primero algunos de los senadores, y después el pueblo en masa, se cambiaron a su bando. Y a partir de ahí los pretores [3] bajaron del Janículo y se entregaron a él con los soldados. Así, César (Octavio) se apoderó de la ciudad sin lucha y fue designado cónsul también por el pueblo; y entonces fueron elegidos dos hombres para ejercer de cónsules[139] y presidir elecciones, puesto que era imposible, faltando tan poco tiempo para celebrar las mismas, declarar un interregno[140] según la tradición, porque muchos ciudadanos que desempeñaban cargos que correspondían a los patricios se habían exiliado[141]. En efecto, toleraban [4] mejor el hecho de que los dos hombres fueran elegidos directamente por el pretor urbano que no que los cónsules fueran elegidos en una votación controlada por él, porque solo iban a ejercer el cargo hasta las elecciones y, siendo así, en ningún momento iba a parecer que estaban desempeñando un cargo más importante que él[142]. Y de algún modo estos hechos sucedieron [5] así a causa de las armas: César (Octavio), para que no pareciera que ejercía sobre ellos ninguna presión, no asistió a la asamblea: ¡como si algunos temieran su presencia física y no su fuerza militar!

Así pues fue elegido cónsul de ese modo, y le dieron a [**46**] Quinto Pedio[143] como colega —si hay que llamarlo así y no su [2] «subalterno»—. Daba la mayor importancia al hecho de que iba a ser cónsul a una edad en la que nadie lo había sido nunca, y también porque el primer día de las elecciones, al entrar en el Campo de Marte, vio seis buitres y después, mientras arengaba [3] a las tropas, vio otros doce. César (Octavio), comparándose con Rómulo y con el augurio que le había sucedido, supuso que iba a recibir también la monarquía de Rómulo[144]. Sin embargo, no se vanaglorió de ser cónsul por segunda vez, puesto que ya había sido adornado antes con los honores consulares[145]. Y este comportamiento fue observado después también por todos los que pasaron por una situación semejante hasta llegar a [4] nosotros. Pues el emperador Severo[146], que honró a Plauciano[147] con los honores consulares y más adelante lo hizo ingresar en el Senado y lo nombró cónsul, fue el primero en proclamar que en ese momento lo nombraba cónsul por segunda vez, y [5] desde entonces eso mismo les sucedió a otros. César (Octavio) dispuso todos los demás asuntos de Roma según le pareció. Repartió dinero entre los soldados: a unos de acuerdo con las cantidades y los fondos que habían sido aprobados en el decreto y a los demás individualmente; decía que pagó con su propió [6] dinero pero, de hecho, lo hizo con dinero público. De ese modo y por esa causa recibieron los soldados el dinero. Algunos, mal informados sobre este hecho, sencillamente creyeron que siempre había que entregar diez mil sestercios[148] a todas las legiones urbanas que llegaran a Roma con las armas. Por [7] eso también los soldados que acompañaban a Severo, cuando llegaron a Roma para derrocar a Juliano[149], se mostraron temibles para el propio Severo y para nosotros reclamando aquella cantidad; pero Severo los contentó con mil sestercios, pues ninguno de ellos sabía entonces el valor de lo que los otros exigían en aquella ocasión.

Así pues, César (Octavio) dio el dinero a los soldados y les [**47**] mostró su mayor y más sincero agradecimiento, pues sin la guardia que le proporcionaban ni siquiera se atrevía a entrar en la sala del Senado[150]. Y en el Senado les dieron las gracias, pero de un modo fingido y afectado. Pues aquello que consiguió obligándolos por la fuerza lo ponía, claro está, en la parte de los beneficios recibidos, como si lo hubiera obtenido de ellos voluntariamente. Y a su vez, aquellos también se vanagloriaban [2] de lo mismo, como si lo hubieran dado voluntariamente, y es más, a quien antes ni siquiera habían querido elegir cónsul, a ese le concedieron el honor de que, una vez finalizado su mandato, y siempre que estuviera en el ejército, tuviera más poder que los demás cónsules de ese momento, y a quien iban a llevar [3] ante la justicia porque acumuló para sí tropas que nadie había votado para él, le encargaron que reclutara más legiones, y aquel para cuya deshonra y eliminación habían ordenado a Décimo luchar contra Antonio, a ese le asignaron las legiones de Décimo[151]. Y, finalmente, recibió la guardia de la ciudad, de [4]

modo que podía hacer todo cuanto quisiera dentro de lo permitido por la ley. También fue admitido en la familia de César según la manera acostumbrada, y de ahí que cambiara el cognomen. [5] Primero, según dicen algunos, él se llamaba a sí mismo «César», de quien recibió este nombre con la herencia; pero esa denominación ni la usaba con rigor ni con todas las personas, hasta que después la fue consolidando como es tradicional; y así, por su padre adoptivo, fue llamado Gayo Julio César Octaviano[152]. [6] Pues, si alguien es adoptado, es costumbre que tome el nombre completo del adoptante, pero conservando uno de sus nombres anteriores, aunque alterado de algún modo. Y así fue, [7] en efecto. Pero yo no lo llamaré Octaviano, sino César, porque ha prevalecido esa denominación para todos los que alcanzaron [8] el poder en Roma. Añadió también otro nombre más, el de Augusto[153], y por eso se lo añaden también los emperadores que le sucedieron. Si uno acude a los libros de historia, encontrará que se le llama con este nombre, pero, mientras tanto, el apelativo de «César» será suficiente para referimos a Octaviano[154].

[**48**] Este César, tan pronto como se ganó a los soldados y sometió al Senado, volvió a ocuparse de vengar a los asesinos de su padre[155]; pero, temiendo con esto alterar de algún modo a la gente, no manifestó sus intenciones hasta haber pagado al pueblo lo que aquel les había legado. Y, cuando se aseguró su apoyo con [2] el dinero, aunque procedía de fondos públicos y había sido reunido con el pretexto de la guerra, se dirigió de inmediato contra los asesinos. Para parecer que no lo hacía por la violencia sino con cierta justicia, promulgó una ley[156] sobre el juicio de aquellos y constituyó tribunales incluso para los que se encontraban ausentes. La mayoría de ellos estaban fuera y algunos eran incluso [3] gobernadores de provincia. Los que estaban presentes ni siquiera le hicieron frente por miedo; es más, escaparon a escondidas. Y no solo fueron condenados en rebeldía los autores materiales del asesinato de César y los que estaban conjurados con ellos, sino también otros muchos que no habían tramado nada contra César (Julio) o que ni siquiera estaban entonces en la ciudad. Esto estaba especialmente destinado contra Sexto Pompeyo. [4] Pues, aunque aquel no había participado ni lo más mínimo en el atentado, sin embargo fue condenado por ser su enemigo. Aquellos fueron privados de fuego y agua[157], y sus haciendas, confiscadas. En cuanto a las provincias, no solo aquellas que algunos de los asesinos administraban, sino que también todas las demás, fueron adjudicadas a los amigos de César.

Entre los acusados se encontraba el tribuno Publio Servilio [**49**] Casca. Y, puesto que ya desconfiaba de César y escapó antes incluso de que aquel entrara en la ciudad, fue cesado en el cargo por haber actuado en contra de las costumbres patrias al no asistir a una reunión de la plebe convocada por Publio Ticio, su colega, y de ese modo fue condenado. Y, como no mucho después [2] murió Ticio, se confirmó lo que se venía observando desde antiguo: nadie que había expulsado a un colega sobrevivió un año a la

expulsión. Así, Bruto murió después del cese de Colatino[158]; Graco fue degollado después de la destitución de Octavio[159]; y Cinna, el que expulsó a Marulo y a Flavo[160], pereció no mucho [3] después. Esto es lo que se ha observado. Fueron muchos los que acusaron a los asesinos de César para congraciarse con su hijo, y otros muchos los incitados por las recompensas. Pues recibían parte del dinero de los bienes del que resultaba condenado, y también sus títulos y cargos, si es que tenía alguna de estas cosas, y el privilegio de que ni él ni sus hijos ni sus nietos tenían [4] que prestar ya servicios en el ejército. Y de los que actuaban como jueces de aquellos, la mayoría emitían una sentencia condenatoria por halago o por temor a César, pero lo hacían como si actuaran justamente e indicaban en qué aspectos legales se basaban; hubo otros que dieron el voto según establecía la ley para el castigo de sus delitos y otros, en fin, según se lo indicaban las [5] armas de César. Así, un tal Silicio Corona, senador, emitió abiertamente su voto favorable para Marco Bruto, y entonces mucho se ufanaba por esto y recibía en secreto elogios de los demás y, puesto que no murió en seguida, dio fama de benevolente a César; pero más tarde, tras ser declarado proscrito, fue ejecutado.

[**50**] César, en efecto, después de llevar a cabo estas acciones, emprendió la guerra, se supone, contra Lépido y contra Antonio. Pues Antonio, como entonces huyó de la batalla[161] y no lo persiguieron ni César, por haberle sido encomendada a Décimo esa guerra, ni Décimo, que no quería librarle a César de un rival, reunió a cuantos pudo de los que habían sobrevivido a la [2] batalla y se presentó ante Lépido[162], que se disponía a llevar el ejército a Italia según el decreto[163]; pero de nuevo se le ordenó permanecer donde estaba. Pues los senadores, cuando supieron [3] que Silano[164] abrazó la causa de Antonio, tuvieron miedo de Lépido y de Planco Lucio[165], no fuese que estos se coaligaran con Antonio, y les enviaron un comunicado diciendo que por el momento nada necesitaban de ellos. Para que no sospecharan [4] nada y no cometieran algún desafuero, les ordenaron que ayudaran a fundar una colonia a los que en cierta ocasión fueron expulsados de la Vienna[166] narbonense por los alóbroges[167] y se habían establecido en la zona entre el Ródano y el Saona[168], en la confluencia entre ambos. Así fue como aquellos fundaron la [5] entonces llamada Lugudun, hoy conocida como Lugdunun[169], no porque no hubieran podido pasar a Italia con las armas si hubieran querido —pues los decretos referidos a los que tenían tropas bajo su control apenas si tenían ya vigor—, sino porque, [6] mientras esperaban al desenlace de la guerra de Antonio, querían mostrar que obedecían al Senado y al mismo tiempo ambos querían fortalecer sus propias posiciones.

Lépido, claro está, censuraba con dureza a Silano por su [**51**] alianza con Antonio y, cuando aquel vino, no se entrevistó con él de inmediato, sino que incluso envió un escrito al Senado acusándolo, de modo que recibió alabanzas por esto y la dirección [2] de la

guerra contra él[170]. Durante un tiempo ni se acercaba a Antonio por este motivo ni lo rechazaba, pero le permitía estar cerca y tratar con sus compañeros de armas, aunque él no llegó a mantener una entrevista con Antonio; pero cuando tuvo noticias del acuerdo al que había llegado con César, entonces él [3] mismo se añadió al acuerdo de los otros dos[171]. Y al conocer el hecho Marco Juvencio[172], su lugarteniente, al principio trataba de disuadirlo pero, como no lo convenció, él mismo se dio [4] muerte ante los ojos de los soldados. El Senado aprobó en su honor elogios fúnebres, una estatua y un funeral de Estado, mientras que a Lépido le quitaron la estatua que tenía erigida en la tribuna de oradores y lo declararon enemigo. Y fijaron cierto día para sus compañeros de armas: los amenazaron con la guerra [5] si no lo abandonaban antes de ese día. Una vez más cambiaron sus vestidos[173] (pues durante el consulado de César se habían vestido de nuevo con la ropa de ciudadanos) y enviaron a Marco Bruto, a Casio y a Sexto contra ellos. Pero, puesto que aquellos parecían demorarse, encargaron la guerra a César, sin saber [**52**] la conjuración que había entre estos. Este aceptó de palabra, aunque había hecho pronunciar a sus soldados, voz en grito, el juramento antes mencionado[174]; pero, de hecho, no hizo nada por iniciativa suya: no porque estuviera conjurado con Antonio y, a través de él, con Lépido, pues esto le importaba muy poco, [2] sino porque veía que eran poderosos y se daba cuenta de que eran del mismo parecer por razón de su parentesco. Y, puesto que tampoco podía emplear la fuerza contra ellos, esperó a que Casio y Bruto, que gozaban ya de un gran poder, fueran eliminados por aquellos y a que, a continuación, también ellos se destruyeran entre sí. Por esta razón mantuvo contra su voluntad [3] los pactos con ellos y promovió la reconciliación de aquellos con el Senado y con el pueblo, pero sin dirigirla personalmente, para que no se sospechara sobre nada de lo que había sucedido. Él salió de campaña como si fuera a luchar contra ellos, mientras Quinto[175], como si fuera por iniciativa propia, aconsejó que se les concediera el perdón y el regreso. Sin embargo, no admitieron [4] esta propuesta hasta que el Senado la comunicó a César, que actuaba como si desconociera lo que estaba sucediendo, y él, en contra de su voluntad, naturalmente, fue obligado por sus soldados a aceptarla.

En tanto sucedían estas cosas, Décimo, al principio, se puso [**53**] en marcha también para atacar a aquellos, y se asoció con Lucio Planco, puesto que se le había asignado como colega en el consulado para el año siguiente. Sin embargo, al conocer su propia [2] condenación con la reconciliación de aquellos[176], quiso atacar con su ejército a César; pero, abandonado por Planco, que estaba en el bando de Lépido y de Antonio, resolvió dejar la Galia y apresurarse para ir por tierra a Macedonia junto a Bruto, a través de Iliria[177], y envió por delante algunos soldados, mientras arreglaba los asuntos que llevaba entre manos. Pero, como [3] esos soldados se cambiaron al bando de César y los demás, acosados por Lépido y Antonio, se sumaron también a la causa de estos alentados por los otros, Décimo se quedó solo y fue sorprendido por cierto enemigo personal. A punto de

ser degollado, suplicaba y gemía, hasta que un tal Helvio Blasión, sintiendo compasión hacia él por haber estado luchando a su lado, se suicidó primero ante sus ojos.

[**54**] Así murió Décimo. Entre tanto, Antonio y Lépido dejaron lugartenientes en la Galia y marcharon a Italia para encontrarse con César, llevándose la parte mejor y más numerosa del ejército. [2] Pues ni confiaban plenamente en él ni querían recibir ningún favor de su parte, como si hubieran obtenido el perdón y el regreso a causa de sí mismos y de sus propias fuerzas y no gracias a aquel. Más aún, también esperaban que César y los demás que estaban en Roma harían todo cuanto deseaban debido [3] a la superioridad de sus ejércitos. Marchaban a través del país con tal idea, como si el país simpatizara con su causa. Pero por la multitud y la osadía de aquellos, el país sufría más que en cualquier otra guerra. César les salió al encuentro con muchos soldados cerca de Bolonia, muy bien pertrechado para defenderse [4] si sufría alguna violencia. Sin embargo, no necesitó entonces emplear ninguna arma. Pues se tenían un odio tremendo entre sí y, al tener fuerzas parejas y querer cada uno vengarse de sus dos rivales sirviéndose del otro, llegaron a un acuerdo falaz. [**55**] No acudieron solos a la negociación, sino cada uno con un número igual de soldados, en una pequeña isla del río[178] que corre junto a Bolonia, de modo que nadie más pudiera unirse al bando [2] de los otros dos. Y así, reuniéndose lejos de la escolta de los otros, se cachearon los tres concienzudamente, no fuera que alguno escondiera un puñal bajo la axila. Y después de hablar, ya sin recelos, sobre ciertos temas, se conjuraron en suma para conseguir el poder absoluto y contra sus enemigos[179]. Pero para que no pareciera que aspiraban abiertamente a la oligarquía y que naciera cierta envidia contra ellos y, a raíz de esto, también la oposición de los demás, llegaron a los siguientes acuerdos. [3] En cuanto a lo que harían en común, los tres serían elegidos como una especie de encargados y controladores de la administración y del restablecimiento de los asuntos públicos, y esto, claro está, no para siempre sino por cinco años; de modo que, aunque no revelarían nada de estos acuerdos ni a la plebe ni al Senado, todos los asuntos quedarían en sus manos, y los cargos y honores los darían a quienes ellos quisieran[180]. Y en cuanto a [4] lo que tocaba a cada uno de ellos, para que no creyeran que se habían adueñado de todo el poder, a César se le asignó el gobierno de las dos Libias[181], Cerdeña y Sicilia; a Lépido, toda Hispania y la Galia Narbonense; y a Antonio, el resto de la Galia, [5] la de este lado de los Alpes y la del otro lado. Se llamaba la primera Galia «Togata[182]» porque, como ya expliqué[183], parecía que era más pacífica que las otras y porque ya llevaban ese atuendo típico de la ciudad de Roma; y la segunda, «Comata», porque los galos de esa parte, dejándose crecer el pelo para formar una cabellera lo más larga posible, se distinguían de los demás por eso.

[**56**] Así fue como se repartieron las provincias, para quedarse ellos con las más importantes y dar la impresión a los demás de que no aspiraban a todo. Y se pusieron de

acuerdo para asesinar a sus enemigos y también para que Lépido, designado cónsul en lugar de Décimo, se quedara vigilando Roma y el resto de Italia, [2] mientras los otros dos marcharían contra Bruto y Casio. Y sancionaron estos acuerdos con juramentos. Después de esto convocaron a los soldados, como si hubieran sido oyentes y testigos, claro está, de lo que había sido acordado por ellos, y los arengaron diciéndoles solo cuanto para sí mismos era conveniente y seguro [3] decirles. En esto los soldados de Antonio propusieron que él, como señal de conciliación, diera a César como esposa a la hija que Fulvia, su mujer, había tenido de Clodio, aunque César ya estaba comprometido con otra[184]: era evidente que esta propuesta fue sugerida por el propio Antonio. Y César no se negó, pues [4] ni siquiera consideró que por esa boda tendría algún impedimento en lo que tenía pensado hacer contra Antonio. Entre otras cosas porque sabía que su padre, César (Julio), a pesar de haber emparentado con el linaje de Pompeyo[185], había llevado a cabo todo cuanto quiso contra este.

[1] *Kaitrónianós* Fromentin: *Kapronianós* códices (Boissevain y Cary). Tras la muerte de estos dos cónsules, ese mismo año fueron cónsules *suffecti* Julio César Octaviano, en su primer consulado, y Q. Pedio *(cf. infra* § 46, 1), y, tras la muerte de Q. Pedio y la renuncia de Octavio, lo fueron G. Carrinas y P. Ventidio Baso *(cf.* § XLVII 15, 2).

[2] Esta sesión del Senado se celebró el 1 de enero del año 43 a. C. *(cf.* XLV 17, 8-9). Quinto Fufio Caleno, cónsul en el año 47 a. C., lugarteniente de Antonio y viejo enemigo de Cicerón, replica con este contundente discurso a Cicerón, quien lo acaba de citar acusándolo de actuar abiertamente a favor de Marco Antonio *(cf.* XLV 46, 1), que entonces estaba en la Galia *(cf.* XLV 13, 5).

[3] Cicerón.

[4] Todo comenzó cuando el padrastro de Antonio, Publio Cornelio Léntulo Sura, fue ejecutado en la cárcel, acusado por Cicerón de estar implicado en la conjuración de Catilina *(cf.* XLV 42, 6; *infra* XLVI 2, 3 y nota; PLUTARCO, *Antonio* 2, 1). Además estaban todos los ataques que Cicerón lanzaba contra Antonio en las *Filípicas.*

[5] Se refiere a la propuesta de César, y que Antonio presentó al Senado, por la cual César y Pompeyo debían deponer las armas simultáneamente, pero fue rechazada por los senadores; según dice aquí Caleno, persuadidos por Cicerón *(cf.* XLI 1-3).

[6] Cicerón no huyó de Roma para unirse a Pompeyo hasta que creyó segura la victoria de Pompeyo sobre César: los senadores fueron llamados a Macedonia por Pompeyo para mantener la legalidad creando un Senado en el exilio *(cf.* XLI 18, 4-6). Pero ninguna fuente informa de que Cicerón fuera uno de los que aconsejó a Pompeyo que huyera a Macedonia.

[7] Tito Annio Milón mató en un encuentro callejero a Publio Clodio Pulcro *(cf.* § XL 48, 2). Cicerón odiaba a Clodio porque este, hábilmente manipulado por César, fue el autor de la propuesta por la que se le enviaba al exilio y se le confiscaban los bienes *(cf.* XXXVIII 12, 1; 14, 2-4; 17, 4-6). Clodio fue el primer marido de Fulvia, que, después de la muerte de su segundo marido, G. Escribonio Curión, se casó con Marco Antonio.

[8] Marco Junio Bruto, el más célebre de los asesino de César (no confundir con Décimo Bruto), luchó al lado de Pompeyo contra Julio César, pero fue perdonado por César, que lo tenía en gran estima a pesar de que Bruto nunca ocultó sus ideas en defensa de la república. No hay pruebas de la influencia de Cicerón sobre Bruto para que matara a César *(cf.* XLV 41).

[9] Léntulo era uno de los principales implicados en la conjuración de Catilina. Cicerón impidió primero la huida de los conjurados y después consiguió del Senado la pena de muerte para todos ellos, de modo que finalmente fueron ejecutados *(cf.* § XXXVII 35, 3-36, 3). Caleno cree que Léntulo era inocente *(cf. infra* § 20, 3 y sigs.).

[10] Cicerón fue condenado al exilio por su conducta con los conjurados (véase nota anterior). Primero fue un exilio voluntario (año 58 a. C.), pero

[11] *Cf.* XLV 15, 4.

[12] En este libro XLVI (hasta el § 47) siempre añadiremos a César el sobrenombre de «Octavio» entre paréntesis cuando Dion se refiera a Augusto, para distinguirlo de su tío y padre adoptivo, Julio César (véase *infra* § 47, 5-8 y nota).

[13] Según lo que acaba de decir Caleno (*cf.* § 2, 3 y nota), Cicerón sería el instigador de la muerte de Julio César, padre adoptivo de Octavio. El verdadero padre de Augusto, G. Octavio, murió cuando este contaba cuatro años; pero según contaba su madre. Acia, el padre habría sido el dios Apolo (*cf.* XLV 1, 2).

[14] El canal de Euripo, entre la isla de Eubea y la tierra firme de Grecia: una alusión a su exilio en Grecia.

[15] *Cf.* XXXVI 44, 2; XXXIX 63, 5.

[16] Cicerón es un *homo novus:* el primero de su familia en llegar a cónsul (también se decía del primero que llegaba a ser senador).

[17] Fiestas que se celebraban el 15 de febrero y en las que los *luperci* (hombres disfrazados del dios Fauno) se quitaban la toga (de ahí lo de «desnudo») y, cubiertos con tiras de piel de lobo, corrían azotando a la gente en un rito de purificación.

[18] *Cf.* XLV 30, 1.

[19] El Colegio Julio, creado en honor de Julio César (*cf.* XLV 30, 2).

[20] Sobre el gran poder que alcanzó Cicerón y su red de informadores *cf.* XXXVII 33, 1.

[21] Bambalión es un apodo onomatopéyico que significa «tartaja». Cicerón había terminado su discurso burlándose de Marco Fulvio Bambalión, padre de Fulvia, y, por lo tanto, suegro de Antonio (*cf.* XLV 47, 4).

[22] En Atenas estaban los mejores maestros de retórica (*cf.* CICERÓN, *Bruto* 315-316).

[23] G. Licinio Verres fue un pésimo y corrupto gobernador de Sicilia, y los sicilianos contrataron a Cicerón para denunciar sus abusos.

[24] Los bataneros recogían orina humana por sus excelentes propiedades para el curtido de las pieles. En Roma, la recogida de orina humana llegó a estar gravada con un impuesto (*cf.* SUETONIO, *Vespasiano* 23, 3).

[25] Dion pone en boca de Caleno palabras tomadas casi textualmente de Demóstenes (*cf. Sobre la corona* 129).

[26] Dion siempre llama a los dioses romanos por su nombre griego; en este caso, Zeus.

[27] En el primer juicio, en el que Aulo Gabinio era acusado de haber restaurado a Tolomeo en el trono de Egipto, Cicerón actuó como acusador y Gabinio fue absuelto; en el segundo juicio, en el que se acusaba a Gabinio de cuestiones menores, Cicerón, presionado por Pompeyo, actuó esta vez como defensor y Gabinio fue condenado *(cf.* XXXIX 55-63).

[28] *Cf.* XXXIX 10, 2-3.

[29] Antonio había regalado a su maestro de retórica. Sexto Clodio, dos mil *pletros* de tierra en Leontinos (Sicilia), que pertenecían al Estado romano *(cf.* XLV 30, 2; CICERÓN, *Filípica* II 43). Y, puesto que un pletro son cien pies (29, 60 m) y un *pletro* cuadrado (un cuadrado de 100 x 100 pies, y no cien pies cuadrados) son 876 m^2, la extensión de ese terreno sería de unas 175 Ha, el equivalente a un cuadrado de unos 1.323 m de lado.

[30] Cicerón fue pretor en el 66 a. C.

[31] Cicerón fue cónsul en el 63 a. C., y elogiado por su labor *(cf.* XLV 46, 3).

[32] Catilina y Léntulo, en opinión de Caleno, eran inocentes *(cf. infra* § 20, 2 y sigs.).

[33] Marco Antonio fue tribuno de la plebe en el 49 a. C.

[34] Marco Antonio fue designado por César *magister equitum* en el año 48 y continuó en el 47 a. C.

[35] Cicerón se exilió dos veces: cuando, en el 58 a. C,, fue denunciado por Clodio por haber ejecutado ilegalmente a los que participaron en la conjura de Catilina *(cf. supra* § 3, 1-2 y nota; XXXVIII 17, 4) y en el 49 a. C., durante la guerra civil, para unirse a Pompeyo en Macedonia *(cf.* XLI 18, 4). Finalmente, tras el asesinato de César en el 44 a. C., había viajado a Grecia acompañando a su hijo, al que quería educar en Grecia, viaje que Caleno considera un exilio *(cf. supra* § 3, 2).

[36] Regresó al año siguiente, en el 57 a. C., gracias a Pompeyo *(cf.* XXXIX 8, 2).

[37] Los que se exiliaron para unirse a Pompeyo en la guerra contra César.

[38] César no tomó represalias contra Cicerón por haberse puesto del lado de Pompeyo y ser un oponente formidable: cuando Cicerón, derrotado, le salió al encuentro, fue perdonado por César *(cf.* PLUTARCO, *Cicerón* 39, 5).

[39] El jefe de la caballería, *magister equitum*, era un cargo de confianza elegido por el dictador y su duración estaba ligada a la del dictador, seis meses; pero ese año (48 a. C.) todo fue excepcional: César estuvo un año entero como dictador *(cf.* XLII 21, 1-2; XLV 28, 1) y Antonio continuó al año siguiente también como *magister equitum (cf.* XLII 32, 1).

[40] *Cf.* XLV 28, 3.

[41] Junto con Escila, son las mujeres monstruo que aparecen en la *Odisea,* y que se tragan a los marineros que pasaban entre ellas; tradicionalmente se ubicaban en el

estrecho de Mesina, entre Italia y Sicilia. Cicerón, en efecto, hizo alusión a Escila con estas mismas palabras *(cf.* XLV 28, 4).

[42] Se refiere a la batalla de Farsalo, ciudad de Tesalia situada en la zona centro-este de Grecia, donde César, que había confiado el ala izquierda a Antonio, derrotó definitivamente a Pompeyo (año 48 a. C.).

[43] Gayo Antonio Híbrida, cuya hija, Antonia, fue la segunda mujer de Marco Antonio, y, por lo tanto, prima camal suya *(cf.* XLV 47, 3).

[44] Lei *ptýsma: pneûma* códices (Boissevain): *plýma* Naber (Cary).

[45] *kaì tí* códices (Boissevain): *pôs kaì tí* Cobet (Cary).

[46] Sobre la ostentación de poder de Antonio *cf.* XLII 27, 2 y XLV 29, 2.

[47] Lucio Trebelio fue partidario de César y después de M. Antonio. Publio Cornelio Dolabela, casado con Tulia, hija de Cicerón, cambió de bando en numerosas ocasiones: de Pompeyo se pasó muy pronto a César, luego a los asesinos de César, después se pasó a Marco Antonio, y murió en su enfrentamiento con Casio. Sobre los hechos a los que se aluden aquí véase XLI 129, 1.

[48] Es la túnica angusticlavia, con las franjas algo más estrechas (de unos dos dedos) que la laticlavia de los senadores (véase nota al § 29, 5)

[49] Año 44 a. C. Eso fue tres años después de ser maestro de la caballería (años 48 y 47 a. C.).

[50] *Cf.* XLV 30, 1. Los antiguos mitos se refieren a los ritos de las Lupercales.

[51] El «¡oh, tierra y dioses!» lo había pronunciado antes Cicerón *(cf.* XLV 29, 2).

[52] El cargo estaba limitado a seis meses (véase *supra* § 13, 1 y nota; XLIV 8, 4).

[53] El Senado le autorizó que usara siempre una túnica totalmente purpúrea, que solo usaban los antiguos reyes de Roma y los triunfadores el día de su triunfo *(cf.* XLIV 6, 1).

[54] Por haber estudiado retórica en Grecia, con lo que Caleno se burla de la incapacidad natural de Cicerón para la oratoria *(cf. supra* § 7, 2.).

[55] Cicerón era abstemio y se quedaba escribiendo hasta altas horas de la noche a la luz de lucernas de aceite *(cf. infra* 18, 5).

[56] Era un signo de afeminamiento *(cf.* HORACIO, *Sátiras* I 2, 25).

[57] Terencia, con la que tuvo dos hijos, Tulia y Marco.

[58] Publilia, una joven y rica heredera. Cicerón tenía sesenta años y el matrimonio duró solo un año.

[59] Amiga de Cicerón, con la que al parecer mantuvo una relación epistolar de carácter intelectual y de amistad.

[60] En latín recibía el nombre de *Rostro,* porque allí se colocaron los espolones *(rostra)* de las naves que Gayo Menio derrotó en el 338 a. C. También era el lugar donde

se colgaban las cabezas de los enemigos de la ciudad *(cf.* XLVII 8, 3).

[61] En efecto, cuando Antonio ofreció a César la diadema y lo llamó rey, César consideró que lo que hacía Antonio era un mandato del pueblo *(cf.* XLIV 11); pero había también una amplia corriente que censuraba su pretensión de convertirse en rey.

[62] *Cf* XLV 30, 1.

[63] Personajes de la Roma antigua nombrados antes por Cicerón *(cf.* XLV 32, 3). Porsena fue el rey etrusco contra el que atentó G. Mucio Escévola; pero, al fallar y ser descubierto, metió la mano derecha en las ascuas de un sacrificio y, ante la atónita mirada de Porsena, se la dejó quemar para demostrar su valor *(cf.* TITO LIVIO, II 12; DION, IV 14). L. Junio Bruto dirigió la revuelta contra Tarquinio el Soberbio enarbolando la espada con la que se había suicidado Lucrecia, tras ser violada por un hijo de Tarquinio *(cf.* DION, II 13 y sigs.; TITO LIVIO, II 12; etc.); L. Junio Bruto y L. Tarquinio Colatino, el marido de Lucrecia, fueron los dos primeros cónsules de Roma. P. Decio Mure, padre, hijo y nieto, se consagraron a los dioses infernales para dar la victoria a los romanos en tres batallas diferentes *(cf.* TITO LIVIO, VIII 9, 6-8; X 28, 13).

[64] Porque Tullianum (por Servio Tulio) era el antiguo nombre de la cárcel Mamertina (entre el foro y el Capitolio, próxima a la Curia) y Cicerón se llamaba M. Tulio *(Tullius).*

[65] El abuelo de Léntulo, P. Cornelio Léntulo, había sido cónsul *suffectus* en el 162 a. C. y *princeps senatus:* no era el presidente, sino el senador de más prestigio y el primero en dar su opinión (y, por lo tanto, orientaba el voto).

[66] *Cf. supra* § 3, 2 y nota.

[67] Obra perdida en la que Cicerón ponía en verso su gestión durante su consulado, y que fue objeto de burlas.

[68] Cicerón.

[69] César perdonó a Cicerón tras la batalla de Farsalo (*cf. supra* § 12, 4). Sobre si Cicerón accedió a la clase de los patricios gracias a César, no tenemos más datos que este de Dion.

[70] *Cf.* XLIV 20, 4.

[71] Su nombre antiguo era Brentesio en griego y Brundisium en latín; en italiano, Brindisi. Era una importante ciudad portuaria en el sur de Italia para cruzar el Adriático y pasar a Grecia y a Asia Menor.

[72] Según Caleno, Cicerón le debe el sacerdocio a Antonio porque este retiró su candidatura. Y quien le salvó la vida a Cicerón en Brindis fue Catón *(cf.* PLUTARCO, *Cicerón* 39, 2),

[73] Octavio, que había nacido en el 63 a. C., tenía entonces (1 de enero del 43) diecinueve años.

[74] Antonio se quedó con el testamento de César *(cf.* XLIV 53, 2).

[75] *Cf.* XLV 23, 7.

[76] Cicerón le reprochaba a Antonio que César no había dejado escrito nada sobre Creta *(cf.* XLV 32, 4).

[77] Se entiende que es la Galia Cisalpina, al sur de los Alpes *(cf. infra* § 55, 4).

[78] Se refiere a Lépido: si quitamos a los asesinos de César y a los defensores de César (Antonio y Octavio), y a Sexto Pompeyo, que estaba en España, solo nos queda Lépido, que en verdad actuó de inmediato contra los asesinos *(cf.* XLIV 22, 2; 34, 5).

[79] El desnudo es el Antonio de las Lupercales, el armado con tantos soldados es Octavio *(cf. infra* § 26, 3).

[80] *Cf.* XLV 46, 4-5.

[81] *Cf.* XLV 12, 2-4; 13, 3-4.

[82] Décimo Junio Bruto Albino, uno de los asesinos de César (no confundir con Marco Bruto), había sido lugarteniente de Julio César, luchó a su lado contra Pompeyo y fue nombrado gobernador de la Galia Cisalpina en el 43 a. C., región en la que se hará fuerte.

[83] Es la Galia Cisalpina; en concreto, como se verá más adelante, en tomo a Módena y Bolonia. Octavio había pactado con Décimo Bruto (a pesar de ser uno de los asesinos de César) para ir contra Antonio *(cf.* XLV 15, 1-2).

[84] Dion alude a los soldados de Antonio que se pasaron a César *(cf.* XLV 13, 2-4).

[85] Octavio.

[86] *Cf. supra* §, 1 y XLV 47, 4.

[87] El templo de la diosa Tellus estaba en el Esquilino. Sobre el discurso de Cicerón, pronunciado 17 de marzo del 44 a. C., días después del asesinato de César, con motivo de la festividad de esta diosa *cf.* XLIV 22, 3 y sigs.

[88] La diosa Concordia tenía su templo en el foro, al pie del Capitolio.

[89] Sobre el carácter altivo de Cicerón *cf.* XXXVIII 12, 7.

[90] Así, como si ya hubiera sido cuestor, se le facilitaba a Octavio el camino al Senado, pues antes había que ser o edil o cuestor.

[91] *Cf.* XLV 13, 3-4.

[92] Decretaron el estado de excepción *(tumultum decernere).*

[93] Es la túnica laticlavia, que se distinguía por los cuatro dedos de ancho que tenían las dos franjas de color púrpura que caían verticalmente desde los hombros hasta el borde inferior, y que los senadores llevaban bajo la toga pretexta. Cuando la situación política era de aflicción o prebélica, los senadores la cambiaban por la «angusticlavia», de franjas más estrechas (de unos dos dedos), propia del orden ecuestre *(cf.* XXXVII 33, 3;

XL 46, 1; XLVIII 16, 1; etc.). En señal de duelo por un desastre nacional, o en señal de protesta, los senadores podían cambiartambién la toga pretexta, blanca y con un ribete púrpura, por la toga *pura* o *virilis,* toda blanca; los demás vestían en esas ocasiones la toga *pulla,* de color oscuro: gris o negra.

94 Dion parece no estar seguro del cargo: «pretor» se traducía en griego como *stratēgós,* «general» (y así siempre en Dion), y «propretor» como *antistrátēgos,* que fue el cargo que en concreto asignaron a Octavio *(cf.* CICERÓN, *Filípica* V 46).

95 Marco Emilio Lépido, partidario de Julio César y cónsul en el 46 a. C., era gobernador de la Galia Narbonense (Provenza) y se conjurará con M. Antonio y Octavio para formar el triunvirato.

96 Al año siguiente, en el 42 a. C., será cónsul. Era partidario de Julio César y luego lo será de Marco Antonio en la guerra contra Octavio. Pero finalmente se pasó al bando de Octavio y fue quien propuso que Octavio adoptara el título de «Augusto» *(cf.* SUETONIO, *Augusto* 7, 2). Augusto lo nombró censor y, junto a L. Emilio Lépido Paulo, fueron los últimos censores de Roma en el 22 a. C.

97 Gayo Casio Longino, uno de los asesinos de César y cuñado de Marco Bruto, participó con Craso en la campaña contra los partos y él dirigió la retirada tras el desastre de Carras. Luchó al lado de Pompeyo contra César.

98 Décimo Junio Bruto Albino fue otro de los asesinos de Julio César, como los dos nombrados antes, Casio y Marco Junio Bruto (con el que no se debe confundir).

99 Julio César, su padre adoptivo *(cf. infra* § 47, 5).

100 La fórmula latina es: *Ne quid res publica detrimenti caperet.*

101 Dion habla de cuatro óbolos. El óbolo (una moneda griega equivalente 0,7 g de plata) era la sexta parte de la dracma griega (4,3 g de plata). La dracma se consideraba equivalente al denario romano (3,89 g). Y un denario equivalía a cuatro sestercios (moneda de plata de casi 1 g) o a dieciséis ases (moneda de bronce que equivalía a 0,25 g de plata). Por tanto, esos cuatro óbolos (unos 2,8 g de plata) equivalían aproximadamente a diez ases o tres sestercios por teja.

102 Véase nota a § 29, 5.

103 La epilepsia.

104 La Magna Mater, como se la conocía en Roma, es la diosa Cíbele, de origen frigio; su estatua fue traída a Roma en el 204 a. C. y tenía su templo en el Palatino.

105 La interpretación es clara: oriente es el «nacimiento» del sol y «occidente», la muerte del sol.

106 Dion la llama por su nombre gnego, Atenea.

107 Se celebraban en el monte Albano para conmemorar la confederación de los pueblos latinos. Las organizaban los cónsules entrantes poco después de tomar posesión,

y no debían salir en campaña antes de celebrarlas *(cf.* XXXIX 30, 4; XLIV 4, 3).

108 Sobre los asesinatos y las listas de proscritos en tiempos de L. Cornelio Sila *cf.* XXX-XXXV 109, 4-21 y XLVII 3 y sigs.

109 Su antiguo nombre era Mutina.

110 El Senado había encargado a Antonio que se hiciese cargo de la Galia, en esos momentos en manos de Décimo (véase *supra* § 26, 3).

111 *Cf. supra* § 30, 4.

112 *Cf. supra* § 29, 2-3.

113 Ciudad fundada por Cornelio Sila (hoy Imola, entre Bolonia y Rávena).

114 Módena.

115 A. Hircio y G. Vibio Pansa eran los cónsules ese año (43 a. C.).

116 Los hermanos Marco A., Gayo A. y Lucio A.

117 Su antiguo nombre era Bononia.

118 El río Panaro.

119 El hermano menor de Marco Antonio. De los tres hijos de M. Antonio Crético, el mayor era Marco A.; el segundo, Gayo A., y el tercero, Lucio A.

120 Dion llama a los germanos «celtas» *(Keltoí).*

121 *Cf.* XLV 13, 4.

122 Es el título que otorgaba el Senado, o incluso las propias tropas, al general vencedor.

123 T. Munacio Planeo Bursa era lugarteniente de Antonio y hermano de Lucio Munacio Planeo *(cf. supra* § 29, 6).

124 Antonio había dado en matrimonio a su hija para que se casara con el hijo de Lépido *(cf.* XLIV 53, 6).

125 *Cf. supra* § 29, 6.

126 Entre los muertos estaba el cónsul Hircio, como Dion cuenta en seguida.

127 La fiesta de acción de gracias era la *supplicatio:* los templos permanecían abiertos y las estatuas de los dioses se sacaban afuera, para que el pueblo pudiera hacerles sacrificios de acción de gracias. Según otros autores fueron cincuenta días *(cf.* APIANO, *Guerras civiles* III 74; CICERÓN, *Filípicas* XIV 29 y 37).

128 Sorprendente premio para este asesino de César, citado ya antes *(cf* § 38, 3).

129 Es el hijo menor de Gneo Pompeyo Magno. Tras la derrota de los hijos de Pompeyo en la batalla de Munda (España) contra César, en el año 45 a. C,, Sexto logró escapar y se refugió en Sicilia, adonde acudieron muchos pompeyanos, y allí creó una importante flota *(cf.* XLVII 12, 2).

[130] Los futuros triunviros, César, Antonio y Lépido, se han quedado fuera del reparto.

[131] Dion habla de 2.500 dracmas, unos diez kilos y medio de plata (véase nota a § 31, 3)

[132] Una especie de cónsul honorífico.

[133] Es decir, lo ascendieron de propretor a pretor (véase nota al § 29, 5).

[134] Augusto tenía entonces diecinueve años.

[135] Si la sesión del Senado se celebró en la sede entonces provisional, el teatro de Pompeyo (donde fue asesinado César), o en cualquier otro edificio fuera del pomerio, se podían llevar armas (véase nota a XLIX 15, 3).

[136] La milla romana (mil pasos) equivalía a unos 1.480 m; por tanto esas cien millas son casi 150 km). Dion lo expresa con medidas griegas y habla de 750 estadios (un estadio equivale para los romanos a unos 185 m (la octava parte de la milla), lo que viene a ser unos 140 km (750 x 185 = 139).

[137] Véase *supra* nota a § 29, 5.

[138] El Janículo (por el dios Jano) es una colina de Roma situada en la margen derecha del Tíber (hoy el Trastévere), de gran importancia defensiva para la ciudad *(cf* XXXVII 28, 1-2).

[139] Los dos cónsules, G. Vibio y A. Gelio, habían muerto *(cf.* § 39, 1) y ahora estos iban a actuar, en realidad, como procónsules, pues los cónsules iban a ser Octavio y Quinto Pedio *(cf. infra* § 46, 1; XLVII 15, 2).

[140] El *interregnum* suponía la ruptura de la legitimidad religiosa de las magistraturas por la ausencia de los dos cónsules (en caso de muerte o renuncia). Entonces, todos los patricios renunciaban a sus cargos y el Senado, en quien ahora recaían los auspicios, elegía un *interrex* y este, al cabo de cinco días, elegía un segundo *interrex*, y así sucesivamente hasta que a la mayor brevedad se celebraban nuevos comicios y, a partir de ahí, se restablecía de nuevo la legitimidad religiosa de las magistraturas.

[141] Para designar a un *interrex* era imprescindible la presencia de los patricios, en quienes habían recaído los auspicios (véase nota anterior).

[142] Octavio.

[143] Era hijo (o quizá nieto) de Julia, la hermana de Julio César, de quien fue lugarteniente. Fue pretor de Hispania Citerior en los años 46-45 a. C. y participó en la batalla de Munda contra los hijos de Pompeyo. Autor de la *Lex Pedia (cf. infra* § 48, 2).

[144] Se refiere al célebre episodio de la fundación de Roma, cuando Rómulo fue elegido rey porque vio doce buitres mientras su hermano, Remo, solo vio seis.

[145] *Cf.* § 41, 3 y nota 132.

[146] Septimio Severo fue emperador desde 193 a 211 d. C. Todos estos hechos son coetáneos de Dion Casio.

[147] Gayo Fulvio Plauciano, prefecto de la guardia pretoriana de Septimio Severo, fue cónsul solo en una ocasión, en 203 d. C. (dos veces si contamos que también fue cónsul honorario, y así aparece en los *Fasti consulares:* G. Fulvius Plautianus II). Su yerno, Caracalla, lo acusó de planear un atentado contra Severo y lo ejecutó en el 211.

[148] Unos diez kilos de plata. Dion habla de 2.500 dracmas *(cf.* nota *supra* a § 31, 3).

[149] Didio Juliano, antecesor de Septimio Severo, fue emperador solo dos meses del año 193 d. C.

[150] Donde ya murió su padre adoptivo, Julio César.

[151] Décimo tenía diez legiones, pero cuatro estaban mermadas por el hambre y seis estaban integradas por jóvenes sin ninguna experiencia, por lo que, ante las continuas deserciones, decidió huir a Macedonia junto a Marco Bruto *(cf.* APIANO, *Guerras civiles* III 97). Pero esto ocurriría más tarde *(cf. infra* 53).

[152] Su nombre de nacimiento, el mismo que el de su padre, era Gayo Octavio Turino (Thurinus), mientras que el de su padre adoptivo era Gayo Julio César.

[153] A partir del año 27 a. C. *(cf.* LIII 16, 1) y será por sugerencia de Lucio Munacio Planeo *(cf. supra* § 29, 6 y nota).

[154] En adelante, pues, dejaremos de añadir entre paréntesis a César el sobrenombre de «Octavio» (si no hay lugar a confusión) y en cambio añadiremos el de «Julio» cuando se refiera a su padre adoptivo.

[155] Su padre adoptivo, Julio César.

[156] La *Lex Pedia*, presentada por el cónsul Quinto Pedio *(cf. supra* § 46, 1).

[157] La *interdictio aqua et agni* era una fórmula ancestral que significaba la expulsión definitiva de la ciudad y de la patria (un exilio permanente) y la pérdida de la ciudadanía: en suma, la pérdida de todos los derechos.

[158] Sobre L. Junio Bruto y L. Tarquinio Colatino, los dos primeros cónsules romanos, *cf. supra* § 19, 8 y nota.

[159] El tribuno Tiberio Sempronio Graco, que murió en el 133 a. C., organizó una votación para destituir a su colega Marco Octavio por oponerse a su ley de la reforma agraria.

[160] Lucio Cesecio Flavo. En los códices, por error de Dion o de los copistas, se lee Flavio. Sobre estos hechos, ocurridos en el año 44 a. C., entre los tribunos Helvio Cinna, Gayo Epidio Marulo y Cesecio véase XLIV 9-10.

[161] *Cf. supra* § 38, 7.

[162] El encuentro tuvo lugar en la Galia Narbonense, en Forum Iulii (hoy Fréjus,

cerca de Cannes), donde acampaba Lépido *(cf.* APIANO, *Guerras civiles* III 83).

[163] *Cf.* § 29, 6.

[164] Lugarteniente de Lépido *(cf. supra* § 38, 6-7).

[165] *Cf. supra* § 29, 6.

[166] La actual Vienne, situada al sur de Lyon.

[167] Pueblo celta situado entre el Ródano y Suiza.

[168] Antiguamente conocido como Arar.

[169] Hoy Lyon.

[170] Antonio.

[171] *Cf. supra* § 41, 5 y 42, 1.

[172] Marco Juvencio Laterensis.

[173] *Cf.* § 29, 5 y nota.

[174] Se refiere a que no lucharían contra las legiones que habían sido de Julio César y que ahora habían pasado a Antonio y a Lépido *(cf.* § 42, 3).

[175] Quinto Pedio, el cónsul colega de Octavio *(cf. supra* § 46, 1).

[176] La situación de Décimo, uno de los asesinos de César, se volvió ntuy difícil: antes, apoyado por Octavio, luchó contra Antonio, y todos estaban contra todos; pero ahora tenía enfrente a Antonio, a César y a Lépido; y Planeo, el que iba a ser colega en el consulado, era lugarteniente de Antonio.

[177] La región de toda la costa este del Adriático; limitaba al sur con el Epiro y Macedonia.

[178] El Reno, afluente del Po.

[179] Esta reunión en la que se acuerda la creación del llamado segundo triunvirato, entre Octavio, Antonio y Lépido (el primero fue el de César, Pompeyo y Craso), tuvo lugar a finales de octubre del 43 a. C. (véase nota siguiente).

[180] Este poder omnímodo de los triunviros, sancionado por la *Lex Titia* (publicada por el tribuno de la plebe Publio Tito), se estableció para cinco años, desde el 23 de noviembre del 43 al 31 de diciembre del 38, y después se renovó otros cinco años *(cf.* XLVIII 54, 6).

[181] Los griegos al principio llamaron Libia a todo el norte de África exceptuando Egipto. Después, en la Libia los romanos distinguieron cuatro provincias: la provincia de África (la región de Cartago), que se corresponde con la actual Túnez; la Mauritania, que abarcaba lo que hoy es Marruecos (la Mauritania tingitana) y parte de Argelia, y que Octavio convirtió en provincia romana *(cf.* XLIX 43, 7); la Numidia, una franja que corría desde la Mauritania hasta la Libia actual por el sur de Túnez, conocida también como África Nova; y la Cirenaica, desde Numidia hasta Egipto, aproximadamente la

Libia actual, y que incluía también a Creta. Cuando Dion habla de «las dos Libias», o simplemente de «Libia», hay que entender que no se refiere a todo el continente africano sino solo a dos provincias: África y Numidia (África Nova); la primera, de población cartaginesa (oriunda de Fenicia); la segunda, de población bereber. Quedaron fuera del reparto la propia Italia y todas las regiones del Mediterráneo oriental.

[182] La Galia Cisalpina o Togata (togada: que usa la toga), ya entonces en poder de Roma, era la zona norte de Italia, la región del Po. La toga, por lo demás, era símbolo de paz, por oposición al *sagum* celta. Y en la Galia Transalpina o Comata (melenuda: que lleva larga cabellera) podían distinguirse (según CÉSAR, *Guerras de las Galias* I, 1) tres pueblos celtas: los belgas (desde el Sena hasta el Rin), los aquitanos (al sur del Garona) y los galos propiamente dichos (la zona central de Francia junto con Helvecia, hoy Suiza). Quedaba excluida la Galia Narbonense, la actual Pro venza, que ya antes de César era provincia romana (del término latino *provincia* toma el nombre Provenza).

[183] Ese pasaje se ha perdido.

[184] César rompió su compromiso con Servilia, hija de P. Servilio, cónsul en el 48 y en el 41 a. C. *(cf. infra* XLVIII 13, 4). Y así, César (Octavio) se casó con Clodia Pulcra, hija de Fulvia y de su primer marido, P. Clodio Pulcro. Al morir Clodio asesinado *(cf. supra* § 2, 3), Fulvia se casó con Gayo Escribano Curión, que murió poco después en Numidia; y en su tercer matrimonio Fulvia se casó con Marco Antonio.

[185] Pompeyo se había casado con Tulia, hija de Julio César.

LIBRO XLVII

SINOPSIS

En el libro cuadragésimo séptimo de la *Historia romana* de Dion se incluye lo siguiente:

1. Cómo César, Antonio y Lépido llegaron a Roma y llevaron a cabo asesinatos (§ 1-19).
2. Acerca de Bruto y Casio y lo que hicieron antes de la batalla de Filipos (§ 20-36).
3. Cómo Bruto y Casio fueron derrotados por César y cómo murieron (§ 37-49).

La duración del tiempo ocupa el resto del consulado de Gayo Vibio Pansa y de Aulo Hircio (§ 1-15), y otro año más, en el que los magistrados que están registrados como cónsules fueron estos:

[712 / 42 a. C.] M. Emilio Lépido, hijo de M., por segunda vez, y L. Munacio Planco, hijo de L. (§ 16-49).

Después de llegar a estos pactos y haberse conjurado, se [**1**] apresuraban a entrar en Roma aparentando que todos mandaban por igual, pero cada uno pensando en obtener todo el poder para él solo, aunque ya antes sabían lo que iba a suceder de un modo evidentísimo, y en esos momentos de un modo aún más claro. [2] Así, en cuanto a Lépido, una serpiente, que se enroscó en la espada de un centurión, y un lobo que, colándose en el campamentó, entró en su tienda mientras cenaba y tiró la mesa, le vaticinaron el poder y al mismo tiempo la dificultad para conseguirlo. En cuanto a Antonio, la leche que manaba alrededor de todo el foso del campamento y un coro de voces que se oía de noche le presagiaron las delicias futuras y la ruina que sobrevendría [3] a estas. Estos hechos les sucedieron antes de llegar a Italia[1]. En cuanto a César, justo después de los pactos, un águila, que se posó sobre su tienda y mató a dos cuervos que volando sobre ella intentaban desplumarla, le dio la victoria sobre los otros dos.

[**2**] Así llegaron a Roma con todos los soldados: primero César y después aquellos, pero cada uno por separado. Y en seguida legislaron lo que les pareció sirviéndose de los tribunos. [2] Las órdenes que daban y las coacciones que ejercían adquirían el nombre de ley y, es más, incluso les llegaban como petición, pues era necesario suplicarles mucho para que actuaran así. Por eso se aprobó hacer sacrificios en honor de los triunviros, como si hubieran sido tocados por la fortuna; y cambiaron de vestiduras[2], como si aquellos fueran hombres venturosos, aunque mucho miedo tenían a sus actuaciones, [3]

pero mucho más miedo sentían por los prodigios. Pues los estandartes del ejército que guardaba la ciudad se llenaron de telarañas; y se vio cómo las armas se elevaban de la tierra hacia el cielo, y se oyó un gran estruendo producido por ellas; y en el templo de Esculapio[3] multitud de abejas se agruparon en la parte más alta y bandadas de buitres se posaron sobre el templo del Genio del Pueblo Romano y sobre el templo de la Concordia[4].

Y estando la gente ocupada, por así decir, en estos asuntos, [**3**] volvieron a producirse aquellos asesinatos a los que una vez recurrió Sila con sus listas de proscritos[5]: toda la ciudad se llenó de cadáveres. Muchos eran asesinados en sus casas y otros muchos aquí y allá: en las calles, en el foro o junto a los templos. Sus cabezas de nuevo se colocaban sobre la tribuna de oradores, [2] mientras el resto del cuerpo unas veces se dejaba tirado allí mismo y era devorado por perros y aves y otras se arrojaba al río. Todo cuanto había ocurrido antes en tiempos de Sila sucedió también entonces, con la única excepción de que ahora se expusieron solo dos tablas blancas: una con los nombres de los senadores y otra con los de los demás. La causa por la que se [3] hizo esta distinción no pude saberla por ninguna otra persona, ni yo mismo pude averiguarla. Pues si alguien considera que hubo una sola causa (que sediera muerte a un menor número de ciudadanos), esa es la causa menos verdadera; pues en las listas de proscritos fueron incluidos muchos más nombres que antes, porque también fueron más los que las confeccionaron. Pero esto no hizo que difirieran de los asesinatos que ocurrieron en la vez anterior. Pues el hecho de que no se confeccionara [4] una lista mezclando los nombres de los notables con los nombres de los de la plebe, sino aparte, no iba ser de mucha importancia para quienes iban a ser asesinados igualmente. Pero a diferencia de la vez anterior en la que, al parecer, aquellos no dejaron de cometer todo tipo de excesos, a estos sí se les puede cargar en su haber otras atrocidades, muy lamentables [**4**] y no pocas. Pues en tiempos de Sila los que cometían aquellas audacias lo hacían de forma inopinada, experimentándolo por primera vez, y no obraban deliberadamente: por eso la mayoría de las veces actuaban con menos maldad, en la medida en que no lo hacían con premeditación sino por azar. Y las víctimas, que caían en unas desgracias súbitas y nunca oídas antes, lo tomaban con cierta resignación ante lo inesperado de [2] sus infortunios. Pero esta vez en todas esas audacias participaron muchos: unos, siendo ellos mismos los ejecutores; otros, contemplándolas; y otros, oyéndolas con detalle momentos después. Pues, en efecto, muchas veces, en el intermedio de la espera entre unas atrocidades y otras, unos ideaban qué tormentos podían añadir y otros los aterrorizaban contándoles [3] antes lo que iban sufrir, pues ellos recurrían a lo más inaudito en su afán de emular las atrocidades anteriores y en su empeño de introducir novedades en sus maquinaciones con su inventiva; mientras, las víctimas, imaginando cuánto podían llegar a sufrir, muchos se desgarraban entre tanto el alma y el cuerpo, [**5**] como si ya estuvieran

recibiendo esas torturas. Y en esto se apartaban de las atrocidades cometidas en tiempos de Sila: por ejecutarse ahora de un modo más terrible y porque entonces perecieron solo los enemigos de Sila y de su círculo de poderosos, y también porque nadie de sus amigos ni de los amigos [2] de sus amigos fue asesinado, al menos no por orden de Sila; de modo que, excepto los muy ricos (pues en tales circunstancias no es posible que haya paz para ellos, cuando están a merced de un hombre más poderoso), los demás lo soportaban con resolución. Pero en esta segunda ocasión eran asesinados no solo los enemigos de los triunviros y los ricos, sino incluso los muy [3] amigos, y en contra de todo lo esperado. Por lo demás, nadie o casi nadie había caído en la enemistad de aquellos hombres por causas personales para acabar siendo asesinado por ellos. Pero los asuntos públicos y las rupturas entre los triunviros habían creado fuertes amistades y enemistades con ellos. Pues también [4] todos los que habían amparado a su vecino o colaborado con él eran colocados por los otros en el bando del enemigo. Así sucedía que todos se habían convertido en amigos de alguno de ellos y en enemigos de los tres; y, desde el momento que cada uno se deshizo en particular de los que conspiraban contra él, resultó que juntamente con aquellos mataron también a los que eran sus mayores amigos. A causa de la complicidad [5] que había entre los triunviros, todos fueron etiquetados como «amigo» o «enemigo», de modo que nadie podía vengarse de su propio enemigo, por ser este amigo de alguno de los triunviros, a fin de no ganarse otro enemigo. Y, al contrario, a causa del rencor por los hechos pasados y el temor acerca del futuro, sin importarles nada, fácilmente cambiaban la salvación del compañero por el castigo del enemigo. En consecuencia, los [**6**] triunviros se entregaban unos a otros a sus mejores amigos a cambio de sus peores enemigos, y así conseguían a sus mayores adversarios a cambio de sus más fieles compañeros: unas veces el intercambio se hacía a razón de uno por uno, pero otras veces el intercambio era de muchos por uno solo o también de menos por más; en otras palabras, se comportaban como en un mercado, superándose unos a otros en la puja como en una subasta. Si un hombre solo se consideraba del mismo valor que [2] otro, estimándose que era un reparto equitativo, el intercambio se hacía sin más; pero cuantos sobresalían por alguna virtud, dignidad o parentesco perecían a cambio de un número mayor. Pues en las guerras civiles, cuando duran mucho tiempo y suceden muchas cosas, son muchos los que durante el enfrentamiento acaban enemistándose con sus parientes más cercanos. Así, por [3] ejemplo, Antonio sufrió los ataques de su tío Lucio César[6], y Lépido los de su propio hermano, Lucio Paulo[7]. Sin embargo, estos se salvaron; pero muchos otros fueron asesinados en casa de sus propios amigos y parientes, precisamente aquellos de [4] quienes esperaban la salvación y un trato de honor. Y, para que nadie fuera más remiso a la hora de asesinar por temor a ser privado de su recompensa (porque Marco Catón[8], siendo cuestor, exigió a cuantos habían cometidos asesinatos en tiempos de Sila la

devolución de todo cuanto habían recibido por sus crímenes), promulgaron que ninguno de los asesinos sería incluido [5] en las listas oficiales de proscritos. Así, más decididos a todo por esta medida, mataban a los demás, y también a los más pudientes, aunque no estuviesen enemistados con ninguno de ellos. Pues los triunviros, necesitando mucho dinero y no teniendo ningún otro sitio de donde sacarlo para satisfacer los deseos de los soldados, propusieron una especie de enemistad [6] común contra los ricos. Otras muchas ilegalidades se cometieron por esta causa, incluso la de incluir a un adolescente entre los jóvenes en edad militar para que muriera, como si perteneciera ya a la clase de los adultos.

[**7**] Estos atropellos los cometían, sobre todo, Antonio y Lépido, pues habían sido enaltecidos por el primer César durante muchísimo tiempo y, al desempeñar cargos y desempeñar puestos de mando tantísimos años, se habían ganado muchos enemigos. [2] Pero parecía que César, por esa alianza para conseguir el poder, también los cometía, cuando no tenía ninguna necesidad de matar a tan gran número de hombres. En efecto, no era cruel por naturaleza, y se había criado en las costumbres de su padre. Además, siendo aún joven y habiendo entrado hacía poco en la política, no tenía en general motivos para odiar con encono a muchos y prefería ser amado. La prueba es que, desde que se [3] apartó del gobierno conjunto de aquellos y desempeñó el poder solo, no hizo después nada de eso. Y en aquel tiempo no solo no mató a muchos, sino que incluso salvó a muchísimos y trató con mucha dureza a los que traicionaron a sus amos y amigos, y muy generosamente a quienes habían amparado a alguien. Una muéstra: [4] Tanusia. Ella, una mujer ilustre, en un principio ocultó a su marido, Tito Vinio, que había sido incluido en la lista de proscritos, en un arcón en casa de un liberto, un tal Filopemén, de modo que dio fe de que aquel había muerto. Después de esto, mientras asistía a un festival público que organizaba un familiar de ella, consiguió, sirviéndose de Octavia[9], la hermana de César, que este entrara solo en el teatro, sin los otros dos triunviros. Entonces ella, abordando a César, ignorante del asunto, se [5] lo reveló y, haciendo traer el arcón, hizo salir a su marido de allí. Entonces, César, admirado, dejó en libertad a todos (pues la muerte era también la pena establecida para los que ocultaban a alguien), y a Filopemén lo elevó a la clase de los caballeros.

César salvó, en efecto, a muchos, a todos cuantos pudo. Y [**8**] Lépido permitió a su hermano Paulo huir a Mileto, y no era implacable con los demás. Pero Antonio mató cruelmente y sin piedad no solo a los que habían sido incluidos en las listas sino también a quienes habían intentado socorrer a alguno de ellos. Examinaba sus cabezas incluso si en ese momento estaba comiendo, [2] y se saciaba al máximo con la impía y lamentable visión de aquellas. Y también la propia Fulvia mató a muchos, por odio o por dinero, entre los que se encontraban hombres [3] que ni siquiera eran conocidos por su marido. Pues al menos una vez dijo él al ver la cabeza de uno de ellos: «A ese no lo conozco». Y

cuando les enviaron la cabeza de Cicerón (pues cuando huía fue apresado y degollado[10]), Antonio, después de dirigirle muchos y desagradables improperios, ordenó que la colocaran en un lugar destacado, más visible que las demás, en la tribuna de oradores[11], allí desde donde había pronunciado tantas soflamas contra él, y allí se podía ver junto con su mano [4] derecha, que le había sido amputada. Y Fulvia cogió la cabeza con las manos, antes de que se la llevaran, y, enfurecida con ella y escupiéndole, la colocó sobre las rodillas y abriéndole la boca le arrancó la lengua y la atravesó con los pasadores que utilizaba para el pelo, al tiempo que se mofaba con muchas y crueles [5] infamias. Ambos, sin embargo, salvaron a algunos, de los que recibieron más dinero del que esperaban obtener si aquellos hubieran muerto. Y para que no aparecieran lugares vacíos en las tablas de proscritos, por faltar sus nombres, pusieron a otros en su lugar. Antonio, si exceptuamos el comportamiento que tuvo con su tío[12], al que dejó escapar después de que mucho se lo implorara su propia madre, Julia, no hizo ninguna otra acción digna de alabanza.

[**9**] Por estos motivos los crímenes sucedieron de muy diversas maneras, y muy diversas también fueron las formas de salvación para algunos. Pues muchos murieron a manos de sus mejores amigos, y muchos se salvaron gracias a sus peores enemigos. Unos se quitaron la vida y otros fueron salvados por aquellos que venían a matarlos. Algunos que traicionaron a sus señores o a sus amigos fueron castigados, y otros fueron recompensados por esto mismo. De los que salvaron a alguien unos fueron condenados y otros recibieron recompensas. Pues no [2] siendo un hombre solo, sino tres, los que según el deseo de cada uno y de acuerdo con su conveniencia particular cometían todos estos excesos, y como ni siquiera consideraban a los mismos hombres como amigos o enemigos, se afanaban muchas veces en salvar a quien el otro condenaba y en eliminar a quien el otro salvaba, de modo que sucedieron muchos hechos curiosos, según la simpatía o el odio que cada uno de los tres sintiera hacia esa persona. Yo me abstendré de describir minuciosamente [**10**] uno por uno todos esos hechos, pues sería un trabajo ingente y nada importante aportaría al relato; pero narraré los que considero que son especialmente dignos de recordar.

Este fue el caso de un esclavo que ocultó a su amo en un [2] establo y después, puesto que él también iba a morir según se enteró por otro, se puso la ropa de aquel y, así vestido, como si fuera su amo, salió al encuentro de los sicarios y murió degollado. Aquellos se volvieron creyendo haber matado al que buscaban pero el amo, cuando ellos se alejaron, huyó a otro lugar. O [3] el caso de este otro esclavo que, habiéndose cambiado de vestimenta por otra igual que la de su señor, subió a una silla de manos cubierta e hizo que su amo llevara la silla. Por eso, al ser detenidos, el uno, sin que ni siquiera llegar an a mirarle a la cara, fue asesinado, mientras el otro se salvó por ser uno de los portadores. Probablemente estos esclavos, por haber recibido antes [4] favores de

sus amos, correspondieron con estas acciones a quienes antes se habían portado bien con ellos. Sin embargo, otro esclavo estigmatizado no solo no traicionó a quien le había estigmatizado, sino que incluso lo salvó con la mejor resolución. Pues al ser descubierto que había escondido a su amo en cierto lugar, iban también buscándolo a él. Entonces mató a un hombre que se topó casualmente con él y dio a su señor las ropas de [5] este mientras que el cuerpo lo arrojó al fuego. El, con las ropas y el anillo de su señor, salió al encuentro de los perseguidores y se inventó que había matado a su señor cuando huía, y fue creído precisamente por las prendas del amo y los estigmas[13]; de [6] ese modo salvó a su amo y él consiguió honores. Los sucesos anteriores se han conservado sin el recuerdo de los nombres. Pero a Hosidio Geta lo salvó su hijo al celebrar su funeral como si realmente hubiera muerto[14]. Y a Quinto Cicerón, el hermano de Marco, lo ocultó su hijo, aún un niño, y lo salvó en lo que de [7] él dependía. Pues escondió a su padre para que no pudiese ser descubierto y, aunque fue torturado, no soltó una palabra sobre él en ninguno de los suplicios. Pero, enterado el padre de lo que estaba sucediendo, y admirando a su hijo y a la vez sintiendo piedad de él, salió voluntariamente a la luz y se entregó a sus asesinos.

[**11**] Tantas muestras ejemplares de virtud y piedad se dieron entonces. Sin embargo, Popilio Lenas[15] mató a Marco Cicerón, [2] aunque este había actuado como su abogado defensor, y para demostrar no solo de oídas sino también con pruebas visibles que él lo había asesinado, colocó junto a la cabeza de Cicerón un busto suyo adornado con una corona en la que estaban grabados su nombre y la hazaña. Este agradó tanto a Antonio por [3] esta acción, que recibió más dinero del prometido. Y Marco Terencio Varrón, que no había cometido ninguna injusticia pero tenía el mismo nombre que uno de los proscritos, excepto por un solo cognomen[16], temiendo que por esta circunstancia le ocurriera algo malo, como a Cinna[17], sacó un bando aclarando este hecho (pues entonces era tribuno), razón por la cual era [4] objeto de críticas y burlas. De la inseguridad de la vida en aquella época fue una prueba el caso de Lucio Filustio[18], que primero fue declarado proscrito por Sila y, aunque entonces se libró, ahora fue incluido de nuevo en la lista de proscritos y murió. Y, al contrario, Marco Valerio Mésala[19], que fue condenado a muerte por Antonio, no solo vivió con total seguridad, sino que más tarde fue elegido cónsul en vez de Antonio. De modo que [5] muchos de los que se encuentran en la situación más apurada sobreviven mientras que mueren no pocos de los que se creen muy seguros. Por eso uno no debe caer en la desesperación ante las desgracias del momento ni instalarse en la despreocupación por una alegría efímera, sino, colocando la esperanza sobre el futuro en el término medio entre ambos extremos, hacer razonamientos sólidos sobre una y otra eventualidad.

Así se desarrollaron entonces estos acontecimientos. Y fueron [**12**] muchísimos los

que, sin haber sido incluidos en las listas de proscritos, perecieron por ser odiados o por sus riquezas, mientras que muchos de los proscritos no solo sobrevivieron, sino que regresaron del exilio, e incluso algunos de ellos desempeñaron magistraturas. El refugio lo encontraron en Bruto, Casio [2] y Sexto[20]. La mayoría huyó junto a Sexto. Pues este, que antes había sido nombrado comandante de una escuadra[21], se hizo fuerte durante cierto tiempo en el mar rodeándose de una poderosa flota propia, razón por la cual fue despojado del mando por César, y llegó a apoderarse de Sicilia; y, como después también fue declarado proscrito y se produjeron los demás asesinatos, con más razón ayudaba a quienes se encontraban en sus mismas [3] circunstancias. Pues, fondeando muy cerca de las costas italianas, mandaba emisarios a Roma y a las demás ciudades anunciando, entre otras cosas, que a los que habían salvado a alguien les daría el doble de lo establecido para los asesinos, y a los proscritos les prometía refugio, cuidados, dinero y honores. Por [**13**] eso muchos acudieron junto a él. No indico ahora el número de los proscritos, ni de los asesinados ni de los exiliados, porque muchos de los que al principio fueron inscritos en las tablas fueron después borrados, y después muchos fueron inscritos en vez de aquellos, y de ellos no pocos se salvaron y otros muchos [2] perecieron. Ni siquiera les era posible mostrar señales de duelo por las víctimas, pues muchos perdieron la vida precisamente por eso. Y finalmente, puesto que las desgracias superaban todo lo imaginado por ellos y ninguno podía hacerles frente, ni siquiera los muy valientes, sino que en todos sus gestos y palabras mostraban un semblante triste, y tampoco acudían a celebrar las fiestas de Año Nuevo como era costumbre, se les ordenó que se mostraran alegres a pesar de la proscripción, o serían condenados a muerte si no obedecían. Así, en las desgracias comunes, como si fueran hechos felices, fueron obligados a mostrarse [3] alegres. ¿Y por qué digo esto, cuando en honor de aquellos (me refiero a los triunviros) se votó, entre otras cosas, concederles las coronas cívicas[22] como si fueran benefactores y salvadores de la ciudad? Porque ellos no admitían ser responsables de la muerte de algunos, sino que incluso querían ser alabados por no haber matado a más. Y dijeron abiertamente al pueblo que no [4] habían emulado ni la crueldad de Mario y de Sila (para no ser odiados) ni la clemencia de César (Julio) (para no ser tampoco menospreciados y evitar así las conspiraciones contra ellos).

Tales cosas sucedían en relación a los asesinatos, pero mu chas [**14**] cosas sorprendentes ocurrían también con respecto a las haciendas de los que quedaron vivos. A pesar de todo, los triunviros anunciaron, como si fueran hombres justos y filantrópicos, que de los bienes de cada uno de los asesinados devolverían las dotes de las viudas, a los hijos varones les entregarían la décima parte de la hacienda y a las hijas, la vigésima. Pero ni siquiera se [2] entregó este dinero, salvo en contados casos. Y las haciendas de los que no fueron asesinados las saqueaban en su totalidad impunemente. Pues, por ejemplo, exigieron un impuesto anual para todas las casas que había en Roma y en el

resto de Italia según el valor que tenían como residencia, que debían pagar íntegro si la tenían alquilada y la mitad si vivían en ella. Otro ejemplo: a los que tenían tierras les quitaban la mitad de lo que producían. Y aún más, los triunviros también exigieron que los [3] soldados fueran alimentados gratis por las ciudades en donde aquellos tenían sus cuarteles de invierno y, enviándolos en cada región a por los bienes confiscados de los que aún se les oponían, pues también a aquellos los declaraban enemigos por no haberse cambiado a su bando dentro del plazo establecido por ellos, rapiñaban todo lo que aún quedaba. Los triunviros eneomendaban [4] estas tareas a los soldados para que, ganándose el salario por este procedimiento, les fueran totalmente leales, y por eso también les prometían que les iban a dar tierras y ciudades; para ello nombraron a los encargados de fundar las colonias y repartir entre ellos lotes iguales de tierras. En efecto, los soldados en masa los apoyaban, y de entre los más insignes a unos se los atraían con las riquezas de los que habían perecido, vendiéndoselas a un precio de ganga o incluso gratis, y a otros honrán dolos [5] con magistraturas y sacerdocios. Y los triunviros, para quedarse impunemente con las mejores tierras y las mejores casas y entregarles a sus soldados todo cuanto pedían, proclamaron que nadie podía acudir al mercado e irse sin comprar, pues el que acudiera y no comprara moriría. Y manipulaban de tal modo a los que se acercaban a comprar, que ni siquiera sospechaban nada raro y compraban a un precio altísimo todo lo que necesitaban, y así ya no volvían más al mercado.

[**15**] Esto fue lo que ocurría en cuanto a los bienes de los asesinados; y los cargos y los sacerdocios dejados vacantes por aquellos no los asignaron según lo establecido por las leyes sino [2] como les pareció. Así, por ejemplo, en el caso de los cónsules: cuando César renunció al consulado —pues dejó voluntariamente ese cargo que tanto deseó, hasta el punto de que entró en guerra para conseguirlo— y su colega[23] murió, designaron como cónsules a cierto ciudadano[24] y a Publio Ventidio[25], aunque era pretor, y para el cargo de pretor eligieron a uno de los [3] ediles. En cuanto a los pretores, después de esta componenda, los cesaron a todos —cuando llevaban en el cargo solo cinco días—, los enviaron al gobierno de las provincias[26] y nombraron a otros en su lugar. Y respecto a las leyes, suprimieron unos artículos e insertaron otros en su lugar. Para decirlo en pocas palabras, también en todo lo demás hacían lo que les parecía. Pues en cuanto a títulos no aspiraron a ninguno de los que, por [4] odiosos, habían sido eliminados[27], pero en sus actuaciones se comportaban según sus deseos y caprichos personales, hasta el punto de que el gobierno de (Julio) César parecía una edad dorada. Así obraron aquel año[28], y también votaron dedicar un templo a Sérapis e Isis[29].

Pero cuando Marco Lépido y Lucio Planco obtuvieron el [**16**] consulado, de nuevo se publicaron tablas con listas de proscritos, en las que ya no se condenaba a nadie a muerte, pero se les confiscaban los bienes a los que seguían vivos. Necesitados de [2] dinero, porque debían mucho y a muchos soldados y porque gastaban mucho también en

los asuntos que llevaban entre manos, y creyendo que gastarían aún mucho más en las guerras que sabían inminentes, se dedicaban a acumular dinero. Además, [3] el tema de los impuestos —tanto los que, habiendo sido antes suprimidos, ahora de nuevo se habían restablecido, como otros nuevos que habían introducido— y el tema de las muchas contribuciones que impusieron tanto sobre las tierras como sobre los esclavos, agobiaba bastante a los ciudadanos. Pero el [4] inscribir en las tablas a los que habían prosperado algo, por poco que fuese, ya se tratara de senadores, caballeros o incluso libertos, incluyendo por igual a hombres y mujeres, y el gravarlos con un nuevo diezmo afligió gravemente a todos. Pues [5] de palabra se practicaba sobre la décima parte de los bienes de cada uno, pero de hecho no les dejaban ni la décima parte. Y es que ellos ordenaron que se ingresara no la cantidad estipulada según el valor de sus posesiones, sino que las referencias fueron las estimaciones que cada uno hacía de sus propios bienes, por lo que eran acusados de no haber hecho una valoración correcta [**17**] de los mismos, y entonces perdían también el resto. Y si algunos escaparon a estas medidas, después, pasando por grandes estrecheces a causa de los impuestos y con una escasez terrible de dinero, también ellos acababan perdiendo todos sus bienes de un modo u otro. Sin embargo, ocurrió otra desgracia semejante [2] a esta, terrible de oír pero mucho más terrible de sufrir. Y es que a todos los proscritos que quisieran se les concedió, si abandonaban su hacienda, el derecho de recuperar más tarde un tercio de la misma: esto significaba no recuperar nada y, además, tener muchos quebraderos de cabeza; pues, si por la violencia habían sido privados públicamente de los dos tercios, ¿cómo podrían recuperar el otro tercio cuando lo habían vendido a un [3] precio bajísimo? Pues, por un lado, puesto que eran muchos los proscritos y la mayoría de los ciudadanos estaban sin oro ni plata, y los que tenían dinero no se atrevían a comprar nada para no mostrar que lo tenían, y así no exponerse a perderlo, los precios cayeron; y, por otro lado, todo se vendía a los soldados [4] a un precio por debajo de su valor. El resultado fue que ninguno de los ciudadanos particulares salvó nada digno de mención, porque, además de todo esto, también tenían que aportar esclavos para la flota, comprándolos si no los tenían; y los senadores debían arreglar las calles con su propio dinero. Solo los que [5] llevaban armas se enriquecieron. Y es que a los soldados no les parecía bastante ni la paga, aunque la recibían en su totalidad; ni los complementos extraordinarios, aunque fueron cuantiosos; ni las recompensas por los asesinatos, aunque habían sido enormes; ni tampoco las compras de terrenos, aunque en cierto modo les salieron gratuitos. Pero es que, además, unos solicitaban y obtenían las haciendas íntegras de los fallecidos, y otros entraban por la violencia en el linaje de aquellos que sobrevivieron pero eran ya ancianos y sin hijos. Se llegó a tal grado de [6] avidez y desvergüenza, que cierto individuo reclamó al propio César la hacienda de Acia, la madre de César (Octavio), que murió por entonces y había sido enterrada con honores de Estado.

Así actuaban aquellos tres hombres, a la vez que exaltaban [**18**] al primer César en grado máximo. Pues, habiéndose lanzado a por el poder único y ansiosos de conseguirlo, perseguían con furia a los demás asesinos de César, en la idea de que así iban a lograr la impunidad en lo que hacían y la seguridad en el futuro. Y todo cuanto pudiera proporcionar honor a aquel, se afanaban [2] en llevarlo a cabo con la expectativa de que también ellos serían un día dignos de los mismos honores. Por eso lo exaltaban con los honores que ya se habían votado antes y además con otros que entonces añadieron. El primer día de aquel año se comprometieron [3] los tres por juramento, e hicieron jurar a los demás, a considerar acertado todo lo que había hecho César —y esto sigue haciéndose también con aquellos que detentan el máximo poder hoy día[30], o con los que lo detentaron una vez y no se deshonraron—. Y levantaron en su honor un altar propio de un [4] héroe en el foro, allí donde había sido quemado[31]; y llevaban en procesión una estatua suya junto a otra de Venus[32] en las carreras de carros. Y, si se anunciaba una victoria desde cualquier lugar, en las fiestas de acción de gracias repartían la gloria por igual entre el autor de la victoria y César, aunque estaba muerto. [5] Y para celebrar el día de su nacimiento obligaban a todos a llevar coronas de laurel y a mostrar alegría en los rostros; y decretaban que los que incumplieran esos preceptos serían maldecidos por Júpiter y por el propio César, mientras que los senadores y sus hijos serían multados con un millón (de [6] sestercios)[33]. Y, como sucedió que los juegos Apolinares[34] cayeron el mismo día que su cumpleaños, se decretó que estos se celebrasen el día anterior, con el pretexto de que cierto oráculo de la Sibila[35] determinaba que esa festividad no se podía celebrar [**19**] en honor de ningún dios que no fuese Apolo. Estos honores, en efecto, se le concedieron a César, y además el día en que fue asesinado, que siempre era un día hábil para las sesiones del Senado, lo declararon nefasto. Y, como primera medida, clausuraron la dependencia donde fue asesinado, y después la transformaron en un lugar reservado[36]. Y, tal como se había votado, construyeron la Curia Julia, denominada así en su honor, junto al llamado Comido[37]. Además de estas disposiciones, prohibieron [2] que en los funerales de los parientes de aquel se portara ninguna imagen de él —como si fuera un verdadero dios—, costumbre que se observaba desde muy antiguo y aún también entonces. Y decretaron que nadie que se refugiara en su altar buscando protección podía ser expulsado o apartado de allí, [3] algo que ni siquiera habían concedido a ningún dios, excepto a los de la época de Rómulo. Sin embargo, aquel lugar, según multitud de autores, solo tuvo la inviolabilidad de nombre, pero sin ningún efecto, pues quedó tan preservado que de ningún modo se podía acceder a él.

Tales honores se concedieron a César (Julio). Y a cada una [4] de las vírgenes Vestales se les adjudicó un lictor, porque una de ellas, regresando al atardecer a casa después de la cena, no fue reconocida y fue ultrajada. Y la antelación con la que se designaban los cargos de la ciudad se hacía con más años, a la vez que con ellos

honraban a sus adictos y, mediante las sucesiones de los magistrados, fortalecían su control sobre la situación política a más largo plazo.

Después de tomar estas medidas, Lépido, como ya dije, se [**20**] quedó allí para administrar la ciudad y el resto de Italia, mientras César y Antonio partieron con sus ejércitos. Pues al principio, Bruto y Casio, tras el acuerdo que habían alcanzado con Antonio y los demás[38], entraban incluso en el foro y cumplían su labor como pretores con el mismo ceremonial. Pero cuando [2] algunos empezaron a pasar dificultades por el asesinato de César (Julio), se apresuraron a salir fuera de Roma como si tuvieran que ejercer ciertas funciones que les habían sido encomendadas. Sin embargo, Casio, que era pretor urbano[39], nunca había celebrado completos los juegos Apolinares; pero los de ese año, aunque estaba fuera, los organizó de la forma más espléndida [3] por medio de Antonio, su colega como pretor. Casio no zarpó inmediatamente de Italia, sino que pasaba el tiempo en Campania con Bruto observando los acontecimientos. Y, puesto que eran pretores, enviaron algunas cartas a Roma dirigidas al pueblo romano, hasta que César Octaviano comenzó a controlar la [4] situación y a ganarse a la gente. Entonces, desistiendo de la defensa de la república, y a la vez por temor a este, dejaron Italia. Los atenienses los acogieron magníficamente, pues casi todos los alababan por lo que habían hecho, y votaron erigir en su honor dos estatuas de bronce: una que se correspondía con la de Harmodio y otra con la de Aristogitón, como si fueran emuladores de aquellos[40].

[**21**] Y en esto, enterados de que César (Octavio) se elevaba más y más, se olvidaron de cretenses y bitinios[41], a donde habían sido enviados, pues vieron que ningún provecho importante iban a sacar de ellos, y emprendieron rumbo a Siria y Macedonia: aunque estas provincias no les correspondían, sin embargo [2] sobresalían por su situación estratégica, riquezas y tropas. Casio partió para Siria, puesto que tenía allí muchos amigos de cuando la expedición de Craso[42], y Bruto se estableció en Grecia y Macedonia. Pues, además, los griegos estaban de su lado por la fama de lo que había hecho y por la esperanza de hechos semejantes[43], y también porque contaba con numerosos soldados: unos, los que habían sobrevivido a la batalla de Farsalo[44] y aún andaban por allí, y otros, los que, bien por enfermedad o por indisciplina, habían sido apartados de las tropas que partieron con Dolabela[45]. Y también le llegaron muchas riquezas de Asia[46] enviadas por Trebonio[47]. Controlar Grecia le resultó [4] muy fácil, aunque no tenía un ejército significativo; pero, en cuanto a Macedonia, partió hacia allí en el preciso momento en que Gayo Antonio[48] acababa de llegar y Quinto Hortensio[49], que era su antecesor como gobernador de la provincia, iba a retirarse; sin embargo, no tuvo ningún problema. Pues de inmediato [5] este se le unió, y (Gayo) Antonio, impedido de hacer nada de lo que le correspondía por el cargo[50] ante la superioridad de César en Roma, estaba debilitado. Por otro lado, Vatinio[51] [6] era gobernador de la Iliria

Citerior[52] y desde allí atacó Dirraquio[53] y la tomó adelantándose a Bruto, pues en la lucha entre las distintas facciones estaba enfrentado a él; pero no le pudo causar ningún daño, pues los soldados de Vatinio, que estaban disgustados con él y lo despreciaban a causa de cierta [7] enfermedad, se cambiaron de bando. Así pues, Bruto, incorporando también a estos, marchó contra (Gayo) Antonio que estaba en Apolonia[54]. Cuando este le salió al encuentro, Bruto se ganó a sus soldados y lo cercó, pues se había refugiado dentro de las murallas; finalmente lo capturó vivo gracias a una traición, pero no le hizo ningún daño.

[**22**] Tras realizar estas acciones y apoderarse a continuación de toda Macedonia y del Epiro[55], Bruto envió una carta al Senado en la que exponía lo que había hecho y ponía a disposición del Senado las provincias y los soldados así como su propia persona. [2] Los senadores (pues se daba la circunstancia que sospechaban ya de César) lo elogiaron entusiásticamente y le encargaron que fuera el gobernador de todas las regiones de allí. Y, puesto que este decreto lo confirmaba en el mando, cobró más ánimo y consiguió que las tropas que acumuló se alzasen en [3] armas a su lado sin protestas. Entre tanto, poniéndose en contacto con César, creyendo que este iba a emprender la guerra contra Antonio, le exhortaba a enfrentarse a Antonio y a aliarse con él, pues se disponía a navegar a Italia, puesto que el [4] Senado lo había mandado llamar. Pero cuando César controló por completo la situación de Roma y castigaba públicamente a los asesinos de su padre, Bruto se quedó donde estaba y reflexionaba de qué modo podría eludir mejor el ataque de César cuando este se produjera. Entre tanto, gobernó Macedonia y las demás regiones de una manera excelente, y mantuvo con él las legiones, a las que (Gayo) Antonio incitaba a que hicieran defección de él.

Pues a (Gayo) Antonio, aunque ni tan siquiera había sido [**23**] despojado por Bruto del uniforme de pretor[56], no le gustaba la pasividad si se encontraba seguro y con honor, por lo que incitaba a los soldados de Bruto a cambiarse de bando. Al ser descubierto [2] en esta labor antes de causar un gran daño, fue despojado de las insignias de pretor y puesto en libertad vigilada, sin estar encerrado, para que no revolucionara al ejército; pero ni aun así se entregó a la inactividad, sino que soliviantó al ejército más que antes, hasta el punto de que algunos soldados llegaron a las manos entre ellos y otros marcharon a Apolonia con la idea de rescatar a (Gayo) Antonio. Pero esto no pudieron llevarlo [3] a cabo, pues Bruto, que sabía lo que iba a pasar por ciertas cartas que había interceptado, lo sacó fuera escondiéndolo en una litera cubierta como si se tratara de algún enfermo. Aquellos, al no poder encontrarlo y por temor a Bruto, tomaron una colina que dominaba la ciudad. Pero Bruto llegó a un acuerdo [4] con ellos: de entre los que eran más audaces ejecutó a unos pocos y a los otros los apartó del ejército, y maniobró de tal modo con el resto de amotinados que consiguió que ellos mismos detuvieran y mataran a los que habían sido enviados, como si fueran los responsables de

la sedición, y que reclamaran la entrega del cuestor y de los lugartenientes de (Gayo) Antonio. [**24**] Sin embargo, Bruto no les entregó a ninguno de ellos, sino que los embarcó en naves y los envió mar adentro como si tuviera la determinación de arrojarlos al agua, pero era para ponerlos a salvo. Sin embargo, temiendo que a su vez los soldados, informados de los acontecimientos de Roma (se anunciaban de forma [2] que produjeran el mayor pánico), se cambiaran de bando, dejó a (Gayo) Antonio en Apolonia, confiándolo a un tal Gayo Clodio para que lo vigilara, y marchó al interior de Macedonia con el grueso del ejército y desde allí, más tarde, navegó a Asia para alejar a sus soldados lo más posible de Italia y mantenerlos [3] sumisos. Mientras tanto se ganó, entre otros aliados, a Deyótaro[57], aunque era muy viejo y le había negado la ayuda a Casio.

Mientras Bruto pasaba el tiempo allí, Gelio Publicóla[58] conspiró contra él, y también Marco Antonio intentó liberar a [4] su hermano y envió a algunos hombres. Entonces Clodio, como no podía mantener vivo a su prisionero, lo mató, bien por propia iniciativa bien por órdenes de Bruto. Pues lo que se cuenta es que primero hacía todo por la salvación de aquel, pero luego, al saber que Décimo había perecido, ya no le importaba nada su [5] salvación. Gelio fue descubierto, pero no sufrió nada malo, pues Bruto lo consideró siempre entre sus amigos más íntimos, y además sabía que Marco Mésala, el hermano de este, era un seguidor incondicional de Casio, así que lo dejó escapar: sí, el que conspiró incluso contra Casio ni siquiera esta vez sufrió [6] mal alguno. La causa fue que la madre de Mésala, Pola, enterada de la conspiración y temiendo que Casio fuera apresado (pues sentía un gran afecto por él) y que su hijo fuera descubierto, denunció a Casio la conspiración de forma voluntaria y a cambio obtuvo la salvación de su hijo. Sin embargo, no hizo de él un hombre mejor, pues del bando de sus benefactores se pasó al de César y Antonio.

Así pues, Bruto, tan pronto como supo del intento de Marco [**25**] Antonio y del asesinato de su hermano, temiendo que en Macedonia se produjera otra revuelta durante su ausencia, se dirigió de inmediato a Europa y recibió la región que pertenecía a Sadalas[59] (pues al morir sin hijos este la legó a los romanos). Atacó a [2] los besos[60] con la intención de castigarlos por las fechorías que cometían y, al mismo tiempo, otorgarse el nombre y título de *imperator*[61], en la idea de que así le iba a ser más fácil combatir contra César y Antonio: ambas cosas las hizo con la ayuda, sobre todo, de Rascipóride, un jefe local[62]. Desde allí se dirigió a Macedonia y, poniendo bajo control todos los asuntos de allí, volvió de nuevo a Asia.

Bruto, además de tomar estas medidas, imprimía en las monedas [3] que acuñaba su propia imagen y también un gorro frigio y dos puñales[63], poniendo así de manifiesto, además de por la leyenda, que, junto con Casio, liberaría a la patria. Por ese mismo [**26**] tiempo Casio, adelantándose a Dolabela, pasó a Asia para contactar con Trebonio y, con

el dinero que consiguió de él, ganó para su causa un gran número de jinetes que Dolabela había enviado antes a Siria así como a otros muchos asiáticos y [2] cilicios[64]. Después de esto se atrajo a Tarcondímoto[65] y a los de Tarso[66], que antes se negaban a una alianza. Pues los de Tarso eran tan partidarios del primer César y, a causa de él, también del segundo, que en honor de aquel le cambiaron el nombre a su ciudad por el de Juliópolis. Después de estas acciones fue a Siria, donde puso sin lucha todo bajo su control, tanto el gobierno [3] de las ciudades como los ejércitos. La situación en Siria era entonces la siguiente. El caballero Cecilio Baso, que había luchado al lado de Pompeyo y se había retirado a Tiro[67], pasaba desapercibido allí viviendo en la zona del mercado. El gobernador de Siria era entonces Sexto[68]. A este, que era cuestor y pariente de César, le había confiado César todos los asuntos de esa [4] provincia cuando partió de Egipto contra Farnaces[69]. Baso al principio se mantenía inactivo, aspirando a que lo dejaran seguir vivo. Pero, como algunos de sus correligionarios se reunieron con él y se atrajo a algunos de los soldados de Sexto que de tanto en tanto pasaban patrullando por la ciudad, y además llegaban [5] de Africa muchas y malas noticias sobre César, ya no se contentó con la situación presente, sino que comenzaba a conspirar bien fuera congregando a los que habían luchado al lado de Escipión[70] y de Catón y a los pompeyanos o bien fuera invistiéndose de cierto poder. Al ser descubierto por Sexto antes de tener preparado un ejército dijo que reunía tropas para auxiliar a Mitrídates de Pérgamo[71] en una expedición contra el Bósforo: fue creído y liberado. Después de estos hechos Baso falsificó [6] ciertas cartas, que supuestamente le habrían sido enviadas por Escipión, y anunciaba que según ellas César habría sido derrotado y muerto en Africa y afirmaba que el gobierno de Siria le había sido asignado a él. Con este pretexto se apoderó de la [7] ciudad de Tiro con ayuda de las tropas que ya tenía preparadas y a continuación se dirigió contra las legiones de Sexto, pero, topando con él, fue herido y derrotado en la batalla. Tras sufrir este revés, ya no intentó nada contra aquel por la fuerza, pero enviaba recados a los soldados y a algunos de ellos los cautivó de tal manera que los hizo asesinos de Sexto.

Muerto Sexto, todo el ejército se puso a sus órdenes, excepto [**27**] unos pocos (pues los que pasaban el invierno en Apamea[72] se retiraron a Cilicia antes de que él llegara y, aunque los estuvo siguiendo hasta allí, no los ganó para su causa). Vuelto a Siria, Baso fue nombrado pretor y fortificó Apamea para tener una base de operaciones en la guerra. También hacía un alistamiento [2] de hombres en edad de combatir no solo de los libres, sino también de los esclavos; reunía dinero y acumulaba armas. Mientras llevaba a cabo estas actividades, cierto Gayo Antistio lo sitió y lo mantuvo encerrado; pero después, como en la lucha estaban muy igualados y ninguno de los dos podía sacar ventaja, en una tregua no pactada pusieron fin a las hostilidades para llamar a los respectivos aliados. En ayuda de Antistio acudieron desde las [3] regiones vecinas los partidarios de César y,

desde Roma, algunos soldados enviados por él; en ayuda de Baso acudió el árabe Alcaudonio. Pero este, que fue primero aliado de Lúculo, como ya dije antes[73], y después ayudó a los partos[74] en la guerra contra [4] Craso, ahora fue llamado por los dos bandos. Entonces, colocándose en medio, entre la ciudad y las tropas de asedio, antes de dar una respuesta puso públicamente en venta su apoyo. Como Baso superó a Antistio en dinero, Alcaudonio[75] auxilió a Baso y [5] en la batalla se mostró muy superior con sus arqueros. Vinieron también los partos, llamados por Baso; sin embargo, no se quedaron con él mucho tiempo a causa del invierno y, por consiguiente, tampoco hicieron nada digno de mención. Baso se mostró superior durante algún tiempo, pero después fue sitiado de nuevo por Marcio Crispo y Lucio Estayo Murco[76].

[**28**] En tal situación se encontraban estos, cuando llegó Casio, que de inmediato se había puesto a recorrer todas las ciudades, e incorporó a sus legiones las tropas de Baso y las de los otros sin ningún esfuerzo gracias a la fama que se había ganado durante su mandato como cuestor y, en general, al buen nombre [2] que había conseguido. Pero en cierta ocasión que acampaba en un mismo sitio con todas las tropas, cayó súbitamente del cielo una gran cantidad de agua al mismo tiempo que unos cerdos salvajes entraban en el campamento por todas las puertas[77] y tiraban todo lo que había y sembraban el caos, de modo que algunos concluyeron de eso que su poder era pasajero y que en seguida vendría su caída. Tras controlar Siria partió para Judea[78], [3] informado de que venían los soldados que César había dejado en Egipto: sin mover un dedo los puso de su lado y también a los judíos. Y a Baso, a Crispo y a otros que tampoco [4] querían sumarse a sus legiones, los despidió sin hacerles nada malo. En cuanto a Estayo, le conservó el mismo rango con el que había llegado y, más aún, le confió la escuadra.

Así, Casio también se hizo fuerte en breve tiempo, y envió [5] una carta a César proponiéndole un pacto y otra al Senado sobre la situación presente, redactada en los mismos términos que la de Bruto[79]. Y el Senado, por este motivo, le confirmó en el gobierno de Siria y aprobó encargarle la guerra contra Dolabela. [**29**] Pues a este se le había encargado antes el gobierno de Siria y había salido de Roma siendo cónsul[80], pero demorándose en su viaje a través de Macedonia y Tracia había llegado tarde a la provincia de Asia, y allí pasó el tiempo. Y, cuando le llegó la [2] noticia de este decreto, aún estaba en el mismo sitio; pero no prosiguió a través de Siria, sino que, quedándose allí mismo[81], manipuló a Trebonio de tal forma que despertó en este la firme creencia de su buena voluntad hacia él, hasta el punto de recibir voluntariamente de Trebonio la manutención para sus soldados y de llevar una vida sin peligro bajo su protección. Cuando, a [3] causa de este comportamiento, Trebonio tomó confianza y ya no adoptada ninguna medida de seguridad para sí, una noche Dolabela tomó por sorpresa Esmirna[82], que era la ciudad donde estaban, y, matando a Trebonio, arrojó su cabeza a una estatua

[4] de César (Octavio), y con ello conmocionó a toda Asia. Enterados de este hecho, los senadores le declararon la guerra, pues César aún no había vencido a Antonio ni controlaba los asuntos de la ciudad[83]. Y a los partidarios de Dolabela les señalaron un día para romper su amistad con él, de lo contrario también ellos [5] serían colocados en el bando de los enemigos. Y a los cónsules les encargaron que, en cuanto enderezaran la situación, adoptaran todas las medidas contra Dolabela y le hicieran una guerra total (pues todavía no sabían que Casio se había apoderado de Siria); sin embargo, para que con el transcurrir del tiempo el poder de Dolabela no fuera a más, les encargaron esta misión a [6] los gobernantes de las provincias vecinas. Pero después, cuando conocieron las actividades de Casio, antes de que estos hicieran lo más mínimo, aprobaron las medidas que ya dije[84].

[**30**] Dolabela, convertido así en dueño de Asia[85], marchó a Cilicia mientras Casio estaba en Palestina[86]. Incorporó a los de Tarso a su ejército, que lo hicieron voluntariamente; venció a una guarnición [2] de Casio que estaba en Egeas e invadió Siria. Fue rechazado en Antioquía[87] por la guarnición que la defendía, pero se adueñó de Laodicea[88] sin combate a causa de la amistad que sus habitantes tenían con el primer César. Desde ese momento fue poderoso durante unos días (entre otras cosas porque en seguida le llegó una escuadra desde Asia) y pasó a Arados[89], con el fin de obtener allí dinero y naves. Allí quedó aislado con unos pocos y corrió un [3] gran peligro; pero escapó y, topándose con Casio, que venía contra él, fue derrotado en el enfrentamiento. Al ser acosado acabó sitiado en Laodicea, quedando aislado totalmente por tierra (pues entre otros también algunos partos ayudaron a Casio). Sin embargo, [4] seguía siendo poderoso por mar gracias a las naves de Asia y de Egipto que Cleopatra le envió, además del dinero que recibía de ella. Así hasta que Estayo, reuniendo una escuadra, entró en el puerto de Laodicea y derrotó a los que le salieron al encuentro sitiándolo también por mar. Entonces Dolabela, privado por tie rra [5] y por mar del suministro de provisiones, hizo una salida ante la escasez de lo más necesario, pero en seguida fue rechazado al pie de la muralla. Entonces, viendo la situación perdida y temiendo que lo cogieran vivo, se suicidó; lo que también hizo su lugarteniente Marco Octavio. A ambos les concedió Casio el honor de [6] una tumba, aunque ellos tiraron el cadáver insepulto de Trebonio. Los que combatieron al lado de aquel y sobrevivieron consiguieron la salvación y el perdón, aunque habían sido declarados enemigos por los senadores. Tampoco los de Laodicea sufrieron [7] daños, excepto una sanción monetaria. Y nadie más fue castigado, aunque a partir de entonces fueron muchos los que conspiraron contra Casio.

Mientras sucedían estos hechos, los de Tarso intentaron cortar [**31**] los pasos por los montes Tauro a Tilio Cimbro[90], uno de los asesinos de César y gobernador de Bitinia, que venía a toda prisa para ayudar a Casio; pero aquellos, por miedo, los abandonaron y

en seguida hicieron un pacto con él creyendo que era muy poderoso. Sin embargo, más tarde, cuando comprobaron el escaso número de soldados, no lo dejaron entrar en la ciudad ni le dieron [2] provisiones. Tilio, después de haber construido una fortificación contra ellos, partió para Siria, pues consideraba más importante ayudar a Casio que destruir la ciudad. Entonces, los de Tarso atacaron la fortificación y se apoderaron de ella, y después marcharon contra Adana[91], una ciudad vecina con la que siempre habían mantenido rivalidad, poniendo como pretexto que actuaba [3] a favor de Casio. Informado Casio de estos acontecimientos, envió contra ellos primero a Lucio Rufo, cuando aún vivía Dolabela; pero después fue él personalmente y, puesto que ya se habían retirado sin combate ante la llegada de Rufo, no los castigó con nada terrible, pero sí les quitó todo el dinero público y privado [4] Por este motivo los de Tarso recibieron alabanzas de los triunviros y la esperanza (pues aquellos controlaban ya los asuntos de Roma) de obtener alguna compensación a cambio del dinero [5] perdido. En cuanto a Cleopatra, a causa de la ayuda que envió a Dolabela[92], se encontró con que el hijo que llamaba Tolomeo, y que pretendía haber engendrado de César y por eso lo llamaba Cesarión, ahora era llamado «Rey de Egipto[93] ».

[**32**] Casio, una vez que controló la situación de Siria y Cilicia, marchó hacia Asia para encontrarse con Bruto. Pues, cuando se enteraron de la conjura de los triunviros[94] y se dieron cuenta de las medidas que los triunviros adoptaban contra ellos, se reunieron para actuar aún con mayor coordinación. Y, puesto que luchaban [2] por la misma causa y corrían el mismo riesgo, y no queriendo abandonar entonces el proyecto de luchar por la libertad del pueblo, se empeñaron en aniquilarlos, aunque aquellos eran tres y actuaban conjurados; y desde entonces consultaban y hacían todo en común y con mayor empeño. En suma, acordaron [3] ir a Macedonia e intentar impedir que aquellos llegaran allí, o incluso pasar a Italia. Pero, como se decía que los triunviros aún estaban tratando de imponerse en Roma y se creía que iban a estar ocupados en la guerra contra Sexto[95], que los vigilaba desde cerca, no ejecutaron esos planes de inmediato, sino que, haciendo [4] ellos mismos visitas y enviando a intermediarios, se iban ganando a los que aún no eran afectos a su causa y así acumulaban dinero y soldados.

Y todos los de esa zona, incluidos los que antes desconfiaban, [**33**] se sumaron a ellos al instante; pero Ariobárzanes[96], los rodios y los licios[97], aunque en modo alguno se opusieron, tampoco querían ser sus aliados en el combate. Entonces, Bruto y [2] Casio, sospechando que eran simpatizantes de sus enemigos, puesto que habían sido beneficiados por el primer César, y temiendo que, si regresaban a su patria sin combatir, causarían cierta perturbación y arrastrarían con ellos a los demás, tomaron la decisión de ir tras ellos de inmediato, esperando que, puesto que eran muy superiores en fuerza militar y si los trataban con una gran generosidad, los convencerían con rapidez o [3] bien los obligarían por la fuerza. Los rodios confiaban mucho en una batalla naval, tanto

como para navegar hasta el continente contra Casio y enseñarles a los enemigos (puesto que creían que iban a apresar vivos a muchos) los grilletes que llevaban en las manos y con los que los iban a convertir en esclavos. Pero fueron derrotados por Casio, primero en una batalla naval cerca de Mindo[98] y después, al mando de Estayo, ante la misma Rodas: la pericia de aquellos la superó Casio con el mayor número [4] y poderío de sus barcos. Después de esto, el propio Casio pasó a la isla, pero no les infligió ningún castigo (pues tampoco le opusieron resistencia y además tenía un buen recuerdo de ellos desde su estancia allí, donde había llevado a cabo sus estudios[99]); pero les confiscó las naves, el dinero y los tesoros públicos y privados, excepto el carro de Helios[100]. Después apresó a Ariobárzanes y lo ejecutó.

[**34**] Bruto derrotó en una batalla al conjunto del ejército de los licios, que le había salido al encuentro en la frontera; capturó el ejército en el primer ataque, cuando todo él huía a las fortificaciones. Anexionó sin necesidad de combatir a la mayoría de las [2] ciudades; sin embargo, a Janto[101] tuvo que ponerle sitio. Pero, como los de Janto hicieron de improviso una salida y prendieron fuego a las máquinas de asedio a la vez que disparaban flechas y jabalinas, Bruto cayó en un gran peligro. Y habría perecido sin remedio si los soldados, espontáneamente, no hubieran pasado a través del fuego y entablado combate cuerpo a cuerpo con los licios, apenas armados; entonces los acosaron hasta las murallas y, entrando con ellos en la ciudad, prendieron fuego a [3] algunas casas: con esta acción dejaron anonadados a los que veían lo que estaba sucediendo y hacían creer a los que estaban lejos que se habían apoderado de absolutamente todo. A partir de ese momento los habitantes prefirieron quemar entre todos el resto de las casas y suicidarse, la mayoría dándose muerte unos a otros. Después, Bruto se dirigió a Pátara[102] y les pidió su amistad, [4] pero se la negaron (quienes impedían que se aceptara esa propuesta eran los esclavos y, entre los libres, los más pobres, porque se daba la circunstancia de que los primeros habían obtenido la manumisión y los segundos, el perdón de sus deudas). Lo primero que hizo Bruto fue entregarles a los prisioneros que había hecho en Janto (pues muchos tenían relaciones familiares con los de Pátara por matrimonio), con la esperanza de que a través de ellos los de Pátara se pondrían de su lado. Pero estos [5] no cedieron un ápice, a pesar de que a cada uno él le había entregado gratis sus parientes. Levantó entonces un mercado al pie de la muralla en un lugar seguro y, trayendo uno a uno a los más ilustres ciudadanos de Janto, los fue subastando, por ver si así podía atraerse a los de Pátara. Pero como ni aun entonces se pasaron a su lado, vendió a unos pocos y a los demás los dejó libres. Cuando los que estaban dentro de la ciudad vieron esto, [6] ya no se opusieron, sino que se sumaron a él por su nobleza, y no recibieron ningún castigo excepto una sanción económica Y lo mismo hicieron los de Mira[103] cuando Bruto apresó a su general en el puerto y luego lo liberó. Y así en poco tiempo puso las demás ciudades de su parte.

[**35**] Después de llevar a cabo estas acciones, Bruto y Casio volvieron de nuevo a Asia[104]. Y, una vez que todos los recelos surgidos de las calumnias que en tales situaciones suelen producirse, poniéndolos encima de la mesa y a solas, los solventaron, se [2] apresuraron a ir a Macedonia. Pero Gayo Norbano[105] y Decidió Saxa[106], atravesando el Jónico antes de que llegara Estayo, se les adelantaron y se adueñaron de todo el territorio hasta el monte [3] Pangeo[107], acampando cerca de Filipos[108]. Esta ciudad está junto a los montes Pangeo y Símbolo. Y también llaman «Símbolo[109]» a la llanura por donde este monte enlaza con el Pangeo, que corre tierra adentro, llanura que se extiende entre las ciudades de Neápolis[110] y Filipos; Neápolis da el mar y está situada frente a Tasos mientras Filipos está edificada entre montañas sobre la llanura. Daba la casualidad de que la parte más estrecha de la [4] llanura, con mucha diferencia, era la que Saxa y Norbano habían ocupado los primeros. Bruto y Casio ni siquiera intentaron pasar por ella, sino que dieron un rodeo por un camino más largo a través de las llamadas Crenides[111]. Encontraron allí una guarnición, [5] pero, tras arrasarla, se internaron en las montañas y acamparon junto a la ciudad ocupando los sitios altos; en teoría cada uno levantó un campamento, pero de hecho acamparon en uno solo. Ambos campamentos se levantaron en dos sitios diferenciados [6] para que así los soldados mantuvieran bien la formación y fuera más fácil dirigirlos; y, aunque todo el lado central común a ambos se había protegido con un foso y una empalizada, sin embargo el perímetro exterior era uno solo para ambos y compartían también la custodia del mismo.

Bruto y Casio eran muy superiores en número a los enemigos [**36**] que en esos momentos estaban allí, y por eso, expulsándolos del Símbolo, lo ocuparon ellos. Así las provisiones les llegaban desde el mar por un camino más corto y las cogían corriendo cuesta abajo desde la meseta. Norbano y Saxa ni se [2] atrevieron con todo su ejército a trabar batalla con ellos, limitándose a enviar destacamentos de jinetes cuando era factible. No llevaban a término acciones concretas, pues se ocupaban más de proteger el campamento que de exponerlo a peligros; entre tanto, enviaban insistentes llamadas a César y a Antonio. [3] Estos, mientras les llegaban informaciones de que Casio y Bruto estaban ocupados con los rodios y los licios, creyeron que estarían más tiempo enredados en esas luchas, así que no se dieron prisa, sino que enviaron por delante a Saxa y a Norbano a Macedonia. Pero, cuando supieron que rodios y licios al final [4] habían sido sometidos, César y Antonio los alabaron y les prometieron que los compensarían con dinero, y ellos salieron inmediatamente de Roma. Pero los dos perdieron tiempo: Antonio se demoró en Brindis, bloqueado por Estayo, y César en Regio[112], pues tuvo que desviarse para atacar a Sexto[113], que se había adueñado de Sicilia e intentaba pasar a Italia.

[**37**] Pero como les pareció que no podrían capturar a Sexto, y las maniobras de

Casio y de Bruto les causaron mayor preocupación, dejaron una parte de las tropas para defender Italia y con el grueso del ejército atravesaron el Jónico sin contratiempos. [2] César cayó enfermo en Dirraquio y tuvo que detenerse, pero Antonio continuó hacia Filipos y en seguida infundió ánimo a los suyos al preparar una emboscada contra algunos enemigos que transportaban trigo; sin embargo falló, y ni siquiera él mismo [3] conseguía animarse. Cuando César se enteró de esto temió las dos cosas: tanto que Antonio saliera derrotado en algo por actuar a solas, como que saliera vencedor (pensó que en el primer caso, Bruto y Casio dirigirían toda su fuerza contra su persona y en el segundo caso, Antonio). Así pues, César se apresuró [4] a seguir aunque aún estaba enfermo. Los partidarios de Antonio, al saber esto, se animaron. Y, puesto que acampar todos ellos por separado no les pareció seguro, los tres[114] ejércitos se reunieron en un mismo sitio protegidos por una misma fortificación. [5] Como los dos bandos estaban acampados frente a frente, se producían azarosamente ataques y contraataques por parte de unos y otros, pero durante un tiempo no hubo ninguna batalla en regla, aunque César y Antonio estaban ansiosos por [6] enfrentarse. Pues en fuerzas[115] eran superiores a los enemigos, y en provisiones ya no les iba igual de bien al no tener el control del mar, porque su escuadra luchaba contra Sexto Pompeyo.

Por estas razones y porque Sexto se había adueñado de Sicilia [**38**] e intentaba pasar a Italia[116], César y Antonio se desesperaban, no fuera que, mientras se demoraban en Filipos, aquel se apoderara de Italia y se dirigiera a Macedonia[117]. Por otro lado, Casio [2] y Bruto no eran en líneas generales reacios a la batalla (la inferioridad militar de sus soldados la compensaban con creces por su superioridad numérica); pero, al medir las fuerzas de los enemigos con las suyas propias y comprobar que cada día se les añadían nuevos aliados y que tenían abundancia de alimentos [3] que les llegaban en las naves, aplazaban el enfrentamiento hasta ver si podían vencer sin correr peligro y sin muchas bajas. Y, puesto que eran escrupulosos defensores del pueblo y luchaban contra ciudadanos romanos, tenían como objetivo que a aquellos no les fuera peor que a los de sus propias filas, y a unos y a otros por igual deseaban ofrecerles la salvación y la libertad. Por este [4] motivo esperaron cierto tiempo, pues no deseaban entrar en combate con ellos. Sin embargo, como los ejércitos de Casio y de Bruto estaban constituidos en su mayor parte por pueblos sometidos, se disgustaban con la espera y despreciaban a los enemigos que tenían delante, porque el sacrificio de purificación que se celebra antes de los enfrentamientos los triunviros lo hicieron dentro del campamento, como si tuvieran miedo; estaban [5] decididos a combatir y comentaban que, si eran retenidos más tiempo, abandonarían el campamento y se dispersarían. Así, Casio y Bruto, aunque no lo deseaban, entraron en combate.

[**39**] No sería un disparate pensar que este fue el enfrentamiento más importante de las guerras civiles entre los romanos, por encima de cualquier otro habido hasta entonces:

no porque difiera de los demás por el número y el valor de los combatientes (pues hombres mucho más numerosos y mejores se enfrentaron en otros muchos sitios), sino porque lucharon por la libertad [2] y la democracia como nunca antes lo habían hecho. Una vez más cayeron unos sobre otros, como antes. Sin embargo, los enfrentamientos anteriores se hicieron para ver a quién debían someterse, pero ahora unos luchaban para llevarlos a la autocracia y otros para empujarlos hasta la democracia[118]; desde este encuentro el pueblo romano ya nunca alzó una voz clara y libre, aunque no había sido derrotado por ningún ejército [3] extranjero. Pues los pueblos sometidos y las tropas aliadas presentes en aquellos ejércitos no eran nada más que un añadido en el ejército de ciudadanos. El pueblo venció al pueblo y al mismo tiempo fue vencido; el pueblo derribó al propio pueblo y a la vez fue derribado; como resultado, el partido demócrata [4] sucumbió y el monárquico[119] venció. Pero no digo que esto no beneficiara a los que entonces fueron derrotados. Pues, ¿qué otra cosa podría decir uno acerca de los dos bandos que combatieron, sino que los romanos fueron derrotados y que César venció? Pues aquellos ya no eran capaces de ponerse de acuerdo [5] para gobernarse según la forma establecida. Porque era imposible que una democracia en estado puro, una vez que alcanzó tal grado de poder, pudiera mantenerse así en el tiempo, pues los romanos habrían ido cayendo una vez tras otra en enfrentamientos semejantes a este contra muchos pueblos, hasta terminar un día por ser esclavizados o perecer[120].

Por las señales que entonces acontecieron a los romanos se [**40**] puede establecer que aquel fue, sin género de dudas, el mayor enfrentamiento que les sucedió. Pues la divinidad, que siempre acostumbra a anunciar de algún modo los sucesos extraordinarios, les predijo con detalle todos los acontecimientos que sucederían tanto en Roma como en Macedonia a consecuencia de aquel enfrentamiento. En Roma, unas veces el sol menguaba y [2] llegaba a ser pequeñísimo[121] y otras se mostraba grande, hasta el triple de su tamaño, y en cierta ocasión también brilló de noche. Caían rayos en muchos y muy diferentes sitios, incluso en el altar de Júpiter Victorioso, y también caían meteoritos aquí y allí. Se oían de noche sonidos de trompetas, estruendos de armas y gritos de guerra provenientes de los jardines de César y de Antonio, que eran vecinos junto al Tíber. Un perro, arrastrando [3] el cuerpo de otro perro hasta el templo de Ceres, cavó la tierra con los pies y lo enterró. Un bebé nació con diez dedos en cada mano. Una mula parió un monstruo de dos naturalezas: la parte delantera era de caballo y el resto, de mulo. El carro de Minerva [4] se rompió cuando lo subían al Capitolio desde un hipódromo. La estatua de Júpiter en el monte Albano[122] manó sangre de su hombro derecho y de su mano derecha cuando se celebraban las fiestas en su honor. La divinidad también les mostró con anterioridad [5] estos prodigios: de los ríos que había en la región unos se salieron de su curso y otros comenzaron a fluir hacia atrás. Pareció que todo lo que por azar hacían los hombres conducía siempre [6] a lo mismo. Pues, en cuanto a las fiestas,

el prefecto urbano celebró las fiestas Latiarias[123], aunque no le correspondía oficiarlas a él ni era costumbre celebrarlas en ese momento, y los ediles de la plebe celebraron en honor de Ceres certámenes de guerreros [7] armados en vez de certámenes de carreras de carros. En Roma estas eran las cosas que sucedían, y antes y después de ellas se pronunciaron también ciertos oráculos que salmodiaban en concreto el fin de la república. En Macedonia (pues se considera que el Pangeo y la tierra de su alrededor pertenecen a Macedonia) enjambres de abejas rodearon el campamento de Casio. En el sacrificio de purificación[124] del campamento alguien le [8] puso a Casio la corona al revés. En un desfile infantil, como el que hacen los soldados, un niño cayó cuando portaba la imagen de la Victoria. Pero la señal que especialmente les anunció su perdición, hasta el punto de que fue reveladora incluso para los enemigos, fue que muchos buitres y muchas otras aves carroñeras revoloteaban solo encima de los defensores de la república y solo en ellos fijaban su mirada, a la vez que graznaban y chirriaban de un modo terrible y estremecedor.

[**41**] A Bruto y a Casio estas señales les traían desgracias, pero a los otros ningún prodigio les ocurrió, que nosotros sepamos, aunque las visiones de los sueños les manifestaron lo siguiente. [2] Un hombre tesalio creyó que en sueños el primer César le había ordenado decirle a César (Octavio) que la batalla sería dos días más tarde y que cogiera algo de lo que él llevaba puesto cuando era dictador. Por esta razón, César se puso al momento un anillo de aquel y después lo llevaba muchas veces. Esta es la visión que tuvo ese hombre. Y el médico que atendía a César creyó [3] que en sueños Minerva le ordenaba que César saliera de la tienda, aun cuando entonces estaba muy enfermo, y ocupara su puesto de combate en la batalla. Y por eso precisamente se salvó. Pues lo que a los demás les da la salvación al permanecer dentro del campamento detrás de la empalizada, o los pone en peligro al acudir a las armas y a la batalla, eso mismo se invirtió en el caso de César. Porque está clarísimo que por haber salido [4] fuera del foso del campamento y mezclarse con los que luchaban se salvó, aun cuando se encontraba en una situación peligrosa al estar sin armas a causa de su debilidad.

La batalla[125] se desarrolló así. Aunque ambos bandos no habían [**42**] convenido cuándo iban a entablar la batalla, todos, como por un cierto acuerdo, salieron armados al amanecer y avanzaron al espacio que había en medio de los ejércitos como los luchadores que van a la palestra, y entonces, con toda tranquilidad, formaron en orden de batalla. Cuando estuvieron unos [2] frente a otros, hubo arengas, que los pretores, los lugartenientes y los demás mandos subalternos fueron pronunciando tanto al conjunto de las tropas como a cada uno en particular, en las que decían muchas cosas necesarias momentos antes de afrontar un peligro y también muchas otras apropiadas para el futuro: en suma, lo que diría cualquiera que de inmediato va a correr un gran peligro y también se preocupa ya por el futuro. Por lo general, [3] el contenido de los discursos era muy

parecido, puesto que unos y otros por igual eran romanos junto con sus respectivos aliados. Solo cambió que los partidarios de Bruto lanzaban proclamas a los suyos a favor de la libertad, de la democracia y de gobiernos sin tiranos ni soberanos, y traían a relación [4] todas las bondades propias de un sistema político igualitario y todas las arbitrariedades propias de un sistema autocrático, ya por haberlo vivido ellos mismos como romanos ya por haberlo oído de otros pueblos, contraponiendo una por una todas las diferencias, y les suplicaban que desearan con toda su alma un gobierno democrático y se apartaran del tiránico y que se afanaran [5] por el primero y procuraran no padecer el segundo. Los del otro bando exhortaban a los suyos a castigar a los asesinos de César, a apropiarse de los bienes de los contrarios y a desear un gobierno en el que todos se sintieran miembros de una misma familia, y lo que especialmente los animó: prometieron darle a cada uno veinte mil sestercios[126].

[**43**] Tras los discursos hicieron correr las consignas (para los seguidores de Bruto era «¡Libertad!»; para los otros, una que se usó ya en otra ocasión). A continuación, un trompeta por cada bando dio la señal de combate, y los demás trompetas respondieron con nuevos toques: primero unos, formando un círculo, entonaron con las trompetas el toque de «¡Firmes!» y «¡Preparados!», [2] y después tocaban los demás levantando el espíritu de los soldados y alentándolos para el choque. Después de los toques se hizo de pronto un gran silencio. Lo mantuvieron un tiempo, pero lo rompieron comenzando a dar gritos, y las filas [3] de uno y otro bando gritaron todas a la vez. Y en seguida los soldados de infantería, dando el grito de guerra, golpearon los escudos con las lanzas y las arrojaron unos contra los otros, mientras los honderos y los arqueros dispararon piedras y flechas. Finalmente la caballería de cada bando cargó contra el enemigo, y el grueso de soldados acorazados, arrancando a correr tras la caballería, entró en el combate cuerpo a cuerpo.

Hubo muchos choques de escudos y muchos choques de [**44**] espadas, procurando cada uno lo primero herir a los otros y no ser herido (pues querían matar a los que tenían enfrente y a la vez salvarse ellos). Pero después, cuando el ímpetu del ataque fue a más y los ánimos se inflamaron, se lanzaron al encuentro del otro desentendiéndose de todo y sin preocuparse por la propia seguridad, pues solo deseaban matar al adversario aunque fuese perdiendo la propia vida. Algunos arrojaban los escudos [2] y, agarrándose a los enemigos que tenían enfrente, los estrangulaban tirando del yelmo[127] mientras los herían por la espalda y otros, arrancándoles la coraza, los herían en el pecho. Otros, agarrando las espadas de sus enemigos y dejándolos como desarmados, hincaban las suyas en el contrario. Otros dejaban una parte del cuerpo expuesta a las heridas con tal de hacer un uso más eficaz de las otras partes del cuerpo. Algunos, quedando [3] abrazados, ya no podían golpearse y morían en una confusión de espadas y cuerpos. Unos morían de un solo golpe y otros, después de muchos golpes. Y no sentían las heridas, porque la

proximidad de la muerte los hacía insensibles al dolor; ni siquiera pronunciaban lamentos en el momento de morir, porque no llegaban a ser conscientes de lo que les iba a pasar. Había [4] alguno que, habiendo matado a otro, creía, por la euforia del momento, que él ya no iba a morir. Y todo aquel que caía herido se volvía insensible y ya no era consciente de su sufrimiento.

Ambos ejércitos mantenían escrupulosamente su posición, [**45**] y ninguno de los dos recurrió a la retirada ni a la persecución, sino que allí, tal como estaban, herían y eran heridos, mataban y eran matados hasta muy avanzado el día. Y si al menos todos [2] se hubieran mezclado con todos, como suele ocurrir en tales ocasiones, o si hubieran quedado Bruto frente a Antonio y Casio frente César, habría habido combates parejos. Pero Bruto explotó la debilidad de César mientras que Antonio se impuso [3] a Casio, que no estaba a su altura en el arte militar. Y entonces, puesto que todos no vencieron a la vez a sus contrarios, sino que unos y otros vencieron y fueron vencidos en parte, los dos bandos, por así decir, tuvieron el mismo resultado. Pues unos y otros vencieron y fueron vencidos; unos y otros pusieron en fuga a los que tenían enfrente y a la vez también huyeron; hubo persecuciones y huidas en los dos bandos por igual, y los [4] campamentos de ambos bandos fueron tomados. Al ser muchos, ocuparon la mayor parte de la llanura, hasta el punto de no poder reconocerse unos a otros, y nadie se enteraba de lo que sucedía en la batalla, solo de lo que ocurría ante él. Y, cuando se produjo la retirada, los derrotados de cada bando huyeron en dirección opuesta y sin mirar atrás, cada uno a su [5] campamento, muy distantes uno del otro. Por esta confusión y por la inmensa polvareda que se levantó no supieron el desenlace de la batalla. Los vencedores creyeron que habían obtenido una victoria total, y los vencidos una derrota total. No comprendieron lo que había sucedido hasta que los campamentos fueron arrasados y los vencedores de cada bando se retiraron al suyo.

[**46**] La consecuencia de esta batalla fue que, siendo así, unos y otros fueron vencedores y vencidos. Pues ya ni siquiera se les planteó volver de nuevo a la lucha, porque, tan pronto como los vencedores se vieron unos a otros al cruzarse cuando regresaban a sus campamentos, comprendieron lo que había pasado, y ya [2] ninguno se atrevió a emprender el ataque contra el otro. Unos y otros quedaron en ventaja y en inferioridad, porque, por un lado, el campamento conjunto de César y de Antonio había sido tomado con todo lo que en él había (por eso el sueño demostró clarísimamente su veracidad[128], pues, si César se hubiera quedado en ese sitio, habría perecido sin remedio con todos los demás); y, por otro, porqué Casio, aunque salió vivo de la batalla, [3] perdió el campamento y huyó a algún lugar donde, creyendo que Bruto había sido también derrotado y que algunos de los vencedores vendrían a por él, se dispuso a darse muerte. Pues [4] Casio envió a un centurión para que hiciera un reconocimiento y le informara de dónde estaba Bruto y de qué hacía. Pero, cuando este centurión se topó

con los jinetes que Bruto había mandado a que buscasen a Casio, volvió con ellos tranquilamente a donde estaba Casio, puesto que nadie los acosaba al no haber ninguna situación de peligro. Casio, al verlos de lejos, [5] supuso que eran enemigos y ordenó a cierto liberto de nombre Píndaro que le diera muerte; y luego el centurión, al saber que Casio había muerto por su lentitud, se dio muerte también.

Bruto, en secreto, envió de inmediato el cadáver de Casio a [**47**] Tasos[129], porque no se atrevía a celebrar el funeral en aquel lugar, no fuese que el ejército cayera en el duelo y en el desánimo si quedaba a la vista lo que había sucedido. Así pues, cogió a los [2] soldados supervivientes de Casio, los reconfortó con palabras y se los atrajo con una entrega de dinero en compensación por lo que habían perdido, y trasladó el campamento de aquellos dentro del suyo, protegido por una fosa más segura. A partir de entonces hostigó a los enemigos de muchas formas, entre otras atacando de noche el campamento. Pues Bruto no planeaba presentarles [3] de nuevo batalla campal, porque tenía muchas esperanzas de que con el paso del tiempo lo conseguiría sin peligro, así que intentaba molestarlos de cualquier forma y perturbarlos de noche; y una vez, desviando el cauce del río[130], les inundó [4] gran parte del campamento. César y Antonio andaban escasos de alimento y de dinero, por lo que no podían dar a los soldados nada en compensación por lo que habían perdido en el saqueo del campamento. Y peor aún, perdieron por obra de Estayo las tropas de refuerzo que venían en barcos de carga desde Brindis. [5] Y, puesto que no podían ir seguros a ningún otro sitio ni regresar a Italia, ponían únicamente en las armas no ya las esperanzas de victoria sino incluso de la propia salvación; así que decidieron arriesgarse a un combate antes de que la tragedia en el mar fuera conocida por sus propios soldados y por los enemigos.

[**48**] Como Bruto no quería entrar en combate con ellos, los del otro bando introdujeron, por algún procedimiento, hojas de papiro en el interior del campamento de Bruto en las que se incitaba a los soldados a pasarse a su bando (y les hacían promesas en ese sentido) o a luchar, si es que aún les quedaba un mínimo [2] de fuerzas. En el transcurso de esos días, algunos germanos desertaron para irse con Bruto y, a su vez, Amintas, el general del rey Deyótaro, y Rascipóride desertaron de Bruto para irse con ellos; pero Rascipóride, según dicen algunos, se retiró de inmediato a su patria. Temiendo Bruto que, a causa de estas deserciones, la insubordinación fuera a más, decidió combatir contra [3] ellos. Y, puesto que había muchos prisioneros en el campamento y no sabía qué hacer con ellos para vigilarlos durante la batalla ni cómo convencería a los suyos para que no los maltrataran, ejecutó a la mayoría, en contra de su voluntad y forzado por la necesidad; pero, además, los enemigos habían matado a todos [4] sus soldados que habían capturado vivos. Tras llevar a cabo esta acción, armó a sus soldados para la batalla. Y cuando los dos bandos ya estaban formados frente a frente, dos águilas, volando sobre los dos ejércitos, se pelearon entre ellas y así les predijeron el final de la

guerra. Pues, igual que el águila que estaba sobre Bruto fue vencida y huyó, casi del mismo modo el cuerpo de infantería, tras un combate[131] muy enconado, fue derrotado, y como consecuencia murieron muchos; y la caballería, aunque luchó noblemente, cedió. Después cada uno huyó [5] en una dirección y los vencedores los persiguieron, pero no mataron ni apresaron a ninguno, sino que, siguiéndolos de cerca durante la noche, no los dejaron agruparse de nuevo.

Bruto, que se había refugiado en un lugar bien protegido, [**49**] intentó llegar al campamento por algún acceso, pero no pudo. Entonces se dio cuenta de que algunos de sus soldados habían confraternizado con los vencedores y perdió ya toda esperanza. Renunciando a la salvación y odiando ser hecho prisionero se refugió también él en la muerte. Después de declamar en voz alta estos versos de Heracles[132]:

¡Oh infortunada Virtud! Eras solo una palabra, [2]
y yo te convertí en acción y te ponía en práctica.
¡Pero eras esclava de la Fortuna!

ordenó a uno de los que estaba con él que le diera muerte. Su cuerpo recibió sepultura por parte de Antonio, excepto la cabeza, que fue enviada a Roma. Sin embargo, durante la travesía a Roma desde Dirraquio, la cabeza rodó por la borda durante una tormenta y cayó al mar. Muerto Bruto, se promulgó una amnistía [3] para los vencidos, y los soldados en masa se pasaron al bando del vencedor. En cuanto a Porcia[133], se suicidó tragándose un carbón encendido. La mayoría de los hombres más importantes [4] que habían desempeñado algún cargo y los que aún vivían de los asesinos de César y de las listas de proscritos[134] se suicidaron de inmediato; o fueron apresados y ejecutados, como Favonio[135], Los demás huyeron por mar y terminaron uniéndose a Sexto[136].

[1] Venían de la zona norte de Italia, Galia Cisalpina, separada entonces de Italia por el río Rubicón, que desemboca en el Adriático, a unos quince kilómetros al norte de la actual Rímini.

[2] Se quitaron el vestido de duelo que hasta entonces llevaban *(cf.* XLVI 51, 5).

[3] Hemos dado el nombre latino a este dios romano en vez del nombre griego del texto, Asclepio.

[4] La diosa Concordia tenía su templo en el foro, al pie del Capitolio. Y junto a él estaba el altar dedicado al Genio del Pueblo Romano.

[5] Sobre las atrocidades de Sila *cf.* XLVI 33, 6 y nota. El texto legal de las prescripciones de los triunviros se recoge en APIANO, *G. C.* IV 8-11.

[6] Lucio Julio César, cónsul en el 64 a. C., fue partidario de Julio César y luego de su sobrino M. Antonio, pero acabaron enemistados y Antonio lo incluyó en las listas de proscritos; fue perdonado gracias a su hermana, Julia Antonia, la madre de Antonio *(cf. infra* § 8, 5).

[7] Lucio Emilio Lépido Paulo, cónsul en el 50 a. C., se opuso a los triunviros, y especialmente a su hermano Lépido.

[8] Marco Porcio Catón (el Joven o de Útica), defensor acérrimo de la república, fue elegido cuestor en el 65 a. C. Esta fue una de las muchas decisiones que tomó a lo largo de su vida y que le dieron la fama de hombre ejemplar por su integridad.

[9] Sobre Octavia, futura esposa de Marco Antonio, véase XLVIII 31, 3.

[10] Por Popilio Lenas *(cf. infra* 11, 1-2).

[11] Llamada Rostra *(cf.* XLVI 19, 4 y nota).

[12] Lucio César *(cf. supra* § 6, 3).

[13] Los estigmas, un castigo que se aplicaba a los esclavos que habían intentado huir, explicaban el odio hacia su amo.

[14] La misma anécdota sobre este tal Geta también la recoge Apiano (IV 41).

[15] El centurión que mató a Cicerón y le cortó la cabeza y la mano *(cf. supra* § 8, 3-4; APIANO, *G C.* IV 19-29).

[16] Marco Terencio Varrón Reatmo, celebre erudito y autor, entre otras muchas obras, de la *Historia de la lengua latina.* Luchó junto a Pompeyo y luego fue perdonado por Julio César, pero no por Antonio, que lo incluyó en las listas de proscritos. «Reatinus» era el *agnomen,* un sobrenombre que se añadía al nombre completo. Ese otro Varrón, el tribuno que no estaba acusado de nada, quizá sea el citado por Veleyo Patéruculo (II 71).

[17] Helvio Cinna, tribuno y amigo de Julio César, murió en los disturbios que sucedieron tras la muerte de César confundido con el pretor Cornelio Cinna, uno de los

conjurados *(cf.* XLIV 50, 4 y 52, 2).

[18] Quizá Dion (o un escriba) lo confunda con Marco Fidustio *(cf.* PLINIO, *Historia Natural* VII 134).

[19] Se puso de parte de los asesinos de César, pero después se pasó a Antonio y finalmente, después de la batalla de Nauloco, se pasó a Augusto, llegando a ser cónsul en el 31 a. C.

[20] Sexto Pompeyo, hijo de Pompeyo Magno.

[21] Sobre estos hechos *cf.* XLVI 40, 3; 48, 4.

[22] La *corona cívica* se la concedían al soldado que mataba a un enemigo en la batalla y además salvaba la vida de un compañero; se la imponía el compañero salvado *(cf.* AULO GELIO, V 6, 11-12).

[23] Quinto Pedio *(cf.* XLVI 45, 3-46, 1).

[24] Gayo Carrinas; fue gobernador de Hispania en el 41 a. C.

[25] Sobre la meteórica carrera política de Publio Ventidio Baso véase XLIII 51, 4-5: pasó de desfilar como prisionero en el triunfo de Pompeyo Estrabón (padre de Pompeyo Magno) sobre los aliados italianos a ser el primer romano en celebrar un triunfo sobre los partos *(cf.* XLIX 21, 3). Fue seguidor de Julio César y después optó por Marco Antonio, de quien fue lugarteniente.

[26] Los pretores, después de finalizar su mandato, podían ser nombrados por el Senado propretores para administrar una provincia. Así pues, a los cinco días fueron degradados de pretores a propretores.

[27] Los triunviros evitaron el título de «dictadores».

[28] Año 43 a. C.

[29] Dioses egipcios que recibieron culto en todo el Mediterráneo.

[30] Septimio Severo y aquellos otros que no fueron emperadores nefastos, como Nerón, etc.

[31] *Cf.* XLIV 50, 2.

[32] César se consideraba un protegido de Venus *(cf.* XLIII 43, 3).

[33] Equivalente a mil kilos de plata. Dion habla de 250.000 (dracmas). Sobre la equivalencia de las monedas véase nota a XLVI 31, 3.

[34] Festividad en honor de Apolo en la que se celebraban juegos circenses, teatrales, etc. Aunque los *Ludí Apollinares* se celebraban del 7 al 13 de julio, el día de Apolo era el último, el 13, y Julio César nació el 13 de julio del 100 a. C. Al adelantar un día la fiesta de su cumpleaños, para no coincidir con la de Apolo, se le otorgaba a César la categoría de dios.

[35] Los versos oraculares de la Sibila de Cumas estaban recogidos originariamente en

nueve libros escritos en griego, que con el tiempo se fueron perdiendo. Los tres originales que quedaban en tiempo de Tarquinio Prisco se quemaron en el 83 a. C., pero se pudieron recuperar por otras copias. Se guardaban en el templo de Júpiter en el Capitolio y los quindecinviros eran los encargados de su custodia y consulta. Se consultaban en momentos de especial gravedad *(cf.* XXXIX 60. 4).

36 Primero las sesiones del Senado se celebraban en la Curia Hostilia (por Tulio Hostilio); pero, como la Curia se quemó durante los funerales de Clodio (52 a. C.), las sesiones se celebraron, mientras Julio César la reconstruía, en el teatro de Pompeyo (hoy en el Largo di Torre Argentina), que quedaba fuera del pomerio, por lo que los senadores podían entrar armados (véase nota a «pomerio» en XLIX 15, 3). Allí fue asesinado César, y después su cadáver fue llevado al foro, donde fue quemado *(cf. supra* § 18, 4). La Curia del foro se terminó de reconstruir después de la muerte de César, y se llamó en su honor Curia Julia.

37 El Comicio era un recinto circular donde se celebraban las asambleas o comicios. Estaba en el foro, delante de la Curia.

38 *Cf.* XLVI 30, 4.

39 Según todas las fuentes, el pretor urbano sería Bruto y no Casio.

40 Los famosos tiranicidas atenienses, que acabaron con la tiranía de los Pisistrátidas. Los atenienses erigieron en el agora sendas estatuas en su honor.

41 Bitinia es una región costera de Asia Menor en el mar Negro, en el noroeste de la actual Turquía.

42 La desastrosa expedición de Craso contra los partos en el 53 a. C.

43 Es decir, los griegos esperaban que Bruto y Casio, lo mismo que habían librado a Roma de un dictador, también liberaran a Grecia del yugo romano.

44 Año 48, seis años antes de estos acontecimientos.

45 *Cf.* XLV 15, 2.

46 Recordemos que para los romanos la provincia de Asia era únicamente la zona costera del Egeo en Asia Menor, la antigua Jonia griega, aunque se internaba bastante más hacia el este.

47 Gayo Trebonio, aunque había luchado al lado de César en las Galias y luego contra Pompeyo, estuvo en la conjuración contra César: él fue el que entretuvo a Marco Antonio fuera del Senado mientras dentro se perpetraba el crimen.

48 Hermano de Marco Antonio (véase nota a XLVI 37, 1).

49 Era hijo de Quinto Hortensio Hortalo, el famoso orador rival de Cicerón. Q. Hortensio estaba del lado de Octavio, pero ahora se pasará al de Bruto.

50 Gayo Antonio, que había sido elegido pretor en el 44 a. C., iba a tomar el mando de Macedonia en nombre de su hermano, a quien le había correspondido por sorteo *(cf.*

XLV 9, 3).

[51] Publio Vatinio luchó al lado de Julio César, que le recompensó nombrándolo gobernador de Iliria. Ahora defiende a los triunviros.

[52] Dion parece estar pensando en las dos provincias en las que, muy poco después, se dividió Iliria: Panonia al norte y Dalmacia al sur, limítrofe con Macedonia.

[53] Hoy Durrës, en Albania.

[54] Ciudad del Epiro (hoy la actual Pojan, en Albania, situada unos setenta kilómetros al sur de Dirraquio).

[55] Región de la costa nororiental del mar Jónico; se corresponde hoy día con el sur de Albania y norte de Grecia.

[56] Bruto depara un trato exquisito a Gayo Antonio para no entorpecer posibles acuerdos con su hermano Marco Antonio.

[57] Rey de Galacia (región situada en el centro de la actual Turquía). Ayudó a los romanos frente a Mitrídates. Luego apoyó a Pompeyo frente a César, por lo que después tuvo que ser defendido por Cicerón (conservamos el discurso *En defensa del rey Deyólaró).* Y después se puso del lado Casio y Bruto frente a los triunviros.

[58] Lucio Gelio Publicóla, partidario de los triunviros, será cónsul en el 36 a. C. Su padre, del mismo nombre, fue cónsul en el 72 a C.; y, como se dice más abajo, era hermano de Marco Mésala *(cf. supra* § 11, 4).

[59] Rey de Tracia que, no teniendo hijos, dejó en herencia su reino a los romanos *(cf.* CÉSAR, *Guerras civiles* III 4, 3).

[60] Pueblo muy belicoso de Tracia.

[61] El título de *imperator,* además del Senado, lo podían otorgar las propias tropas al general que había triunfado en una campaña *(cf.* XLVI 38, 1).

[62] Jefe macedonio de extraordinario valor que luchó al lado de Pompeyo contra César *(cf.* CÉSAR, *Guerras civiles* III 4, 4).

[63] El gorro frigio (en griego, *pilíon,* en latín, *pileus)* lo llevaban los esclavos manumitidos y simbolizaba, por tanto, la libertad. Los dos puñales aluden, claro está, a los puñales que Bruto y Casio utilizaron para asesinar a César.

[64] Cilicia era una región costera de Asia Menor, al sur de la actual Turquía y frente a la isla de Chipre. Recordemos que asiáticos eran solo los de la provincia romana de Asia.

[65] Jefe local de Cilicia que antes se alió con Pompeyo *(cf.* XLI 63, 1).

[66] Tarso era la capital de Cilicia (hoy Tarsus, próxima a la costa).

[67] Véase nota a XLVIII 26, 1.

[68] No se trata de Sexto Pompeyo, el hijo de Pompeyo, sino de Sexto Julio, un pariente de César.

[69] *Cf.* XLII 47.

[70] Quinto Cornelio Metelo Escipión, cuya hija Cornelia fue la quinta mujer de Pompeyo Magno, después de Farsalo marchó a África con Catón de Útica.

[71] Hijo de Mitrídates VI, rey del Ponto, el célebre y terrible enemigo de los romanos.

[72] Ciudad de Siria junto al río Orontes, a unos cincuenta kilómetros al noroeste de la actual Hama.

[73] *Cf.* XXXVI 2, 5.

[74] Los partos eran una tribu escita que, desde la actual Turkmenistán, al este del mar Caspio, avanzaron hacia el sur y ocuparon la satrapía persa de Partía (de ahí tomaron el nombre). Fueron súbditos sucesivamente de Persia, de Alejandro Magno y del reino Seléucida; pero después, a partir del rey Arsaces I (238-215 a. C.), fundador de la dinastía arsácida, fueron adquiriendo más poder hasta ser independientes y conformar un gran imperio en Asia (se mostraban como continuadores del Imperio Persa). En su avance hacia el oeste chocaron con los romanos, y llegaron a convertirse en los grandes enemigos de Roma en oriente.

[75] No era la primera vez que Alcaudonio se pasaba al bando del más poderoso (*cf.* XL 20, 2).

[76] Ambos habían luchado junto a Julio César.

[77] Un campamento romano tenía cuatro puertas, cada una en el centro de los cuatro lados del cuadrado que conformaban el perímetro del campamento.

[78] Judea es el nombre posterior que se aplicó a Palestina (véase nota a § 30, 1)

[79] *Cf. supra* 22, 1.

[80] *Cf.* XLV 15, 2.

[81] Concretamente en Esmima *(cf. infra* § 29, 3).

[82] Hoy Izmir, ciudad turca en la costa del mar Egeo.

[83] Si Octavio hubiera tenido controlada la situación, habría evitado que el Senado declarara la guerra a Dolabela, que era partidario suyo.

[84] *Cf. supra* § 28, 5.

[85] Recordemos que para los romanos la provincia de Asia comprendía únicamente la zona costera del Egeo en Asia Menor.

[86] Palestina, tal como la define Dion, era el territorio comprendido entre Fenicia y Egipto a lo largo de la costa, y que también fue llamado posteriormente Judea. Sobre los judíos *cf.* XXXVII 16-17.

[87] Ciudad siria próxima a la costa (hoy Antakya, en Turquía).

[88] Ciudad siria en la costa, algo más al sur que Antioquía (también hoy en Turquía).

[89] Isla situada más al sur que las anteriores, ya en Fenicia, y muy próxima a la costa.

[90] Tilio Cimbro fue el que, al quitarle a César la toga, dio la señal para asesinarlo *(cf.* PLUTARCO, *César* 66, 6; SUETONIO, *César* 82, 1; etc.).

[91] A unos cuarenta kilómetros al este de Tarso.

[92] *Cf. supra* § 30, 4.

[93] Como Tolomeo XV. A Cleopatra, por su ayuda a los triunviros, se le reconoce su legitimidad como reina de Egipto, que quedó en el aire tras la muerte de César, aunque ya había muerto sin descendencia su hermano y esposo, Tolomeo XIV, con quien compartía el trono.

[94] *Cf.* XLVI 55.

[95] Sexto Pompeyo.

[96] Ariobárzanes III Filorromano, rey de Capadocia (región situada en el interior de lo que hoy es la actual Turquía), se puso del lado de Pompeyo contra César, pero después ayudó a César y este lo mantuvo como rey y agrandó sus territorios *(cf.* XLII 46, 2 y 48, 3).

[97] Licia, región costera en el sur de la actual Turquía, al este de Rodas y al oeste de Cilicia, conocida hoy día como la «Riviera turca».

[98] Pequeña ciudad próxima a Halicamaso, en el sur de la costa egea (hoy en el golfo de Bodrum, Turquía).

[99] En Rodas había una célebre escuela de retórica donde se habían formado César *(cf.* PLUTARCO, *César* 3), Cicerón *(cf.* PLUTARCO, *Cicerón* 4); etc.

[100] Se trata del carro del célebre Coloso, una estatua gigantesca de Helios, el dios Sol protector de la ciudad, que fue destruida por un terremoto hacia el 224 a. C. Pero los rodios, siguiendo la indicación de un oráculo, decidieron dejar intactos los restos de la estatua, y Casio tampoco los tocó.

[101] Ciudad de Licia, próxima a la costa, hoy la ciudad turca de Kinik, en el límite de la provincia de Antalya con Mugla.

[102] Ciudad costera de Licia, a unos quince kilómetros de Janto, llamada después Arsínoe; en ella había un famoso oráculo de Apolo.

[103] Otra ciudad costera de Licia, algo más al este que las anteriores.

[104] Recuérdese lo dicho *supra* en nota a § 21, 3.

[105] Gayo Norbano Flaco fue cónsul cuatro años más tarde, en el 38 a. C.

[106] L. Decidio Saxa luchó con César en las Galias y luego se puso del lado de Augusto contra Antonio.

[107] Monte macedonio próximo a Anfípolis. Hay un juego de palabras cuando Dion dice que se adueñaron de «toda la tierra hasta el Pangeo», pues *Pangeo* significa en

griego «toda la tierra».

[108] Ciudad macedonia refundada en el 385 a. C. por Filipo II, padre de Alejandro, y famosa por sus minas de oro. Antes se llamaba Crenides y actualmente, Krinides.

[109] *Sýmbolon* en griego significa «enlace, unión». Así, el Símbolo es tanto el monte como la llanura donde se va a celebrar la batalla entre los triunviros y los republicanos. En realidad era una meseta a casi doscientos metros sobre el nivel del mar, limitada al noreste por el Símbolo y Filipos, al sureste por unas zonas pantanosas y las pendientes que daban al mar, donde estaba Anfípolis, al suroeste por el Pangeo y al norte por el pequeño río Angites y más montañas (los montes Ródope).

[110] Hoy la ciudad de Kavala.

[111] Crenides, que significa «fuentes», era el antiguo nombre de Filipos.

[112] Regio Calabria, en el estrecho de Mesina frente a Sicilia.

[113] Sexto, el hijo de Pompeyo. Sobre este episodio *cf.* XLVIII 18.

[114] Las legiones de César, las de Antonio y las de Saxa y Norbano, que habían llegado antes.

[115] Las tropas de César y de Antonio (en su mayor parte eran las antiguas legiones de César), aunque inferiores en número, eran superiores por la técnica y el valor de sus soldados *(cf. infra* § 38, 2).

[116] El texto «Sexto [...] Italia» podría ser una interpolación, pues se repiten las palabras ya dichas en el § 36, 4.

[117] Entonces se encontrarían atrapados entre los ejércitos de Bruto y de Casio por un lado y de Sexto por el otro, que les cortaría la retirada por mar y la llegada de suministros.

[118] Traducimos por «democracia» el término griego *autonomía* utilizado aquí por Dion Casio, que en seguida recurre al término *dēmokratikón* (véase nota siguiente a § 39, 3), porque «autonomía» tiene en español un significado diferente: es solo «la potestad que tiene un territorio o comunidad dentro de un estado de legislar sobre ciertas competencias que les han sido concedidas».

[119] Dion Casio llama al partido republicano «democrático» *(dēmokratikón)* y al que defendía un gobierno unipersonal, «monárquico» *(monarchikón).*

[120] Según Dion, el advenimiento del imperio acabó con las guerras civiles, que de otro modo se habrían repetido hasta la autodestrucción de la república y de todo el pueblo.

[121] Nada tiene que ver con el solsticio de invierno, pues aún es septiembre.

[122] Monte del Lacio, a unos veinte kilómetros al sureste de Roma.

[123] Se celebraban en el monte Albano en honor de Júpiter «Latiaris», protector de la

confederación «del Lacio»; allí estaba la estatua de Júpiter que se acaba de mencionar. El ritual era muy parecido al de las fiestas Latinas *(cf.* XLVI 33, 4 y nota).

[124] *Cf. supra* § 38, 4.

[125] Este primer enfrentamiento en Filipos tuvo lugar el 3 de octubre del 42 a. C. Para el segundo véase *infra* § 48, 4.

[126] Una cantidad considerable: veinte kilos de plata. Dion Casio habla de cinco mil dracmas griegas (sobre las equivalencias de las monedas véase nota a XLVI 31, 3).

[127] Las aletas del casco tenían sendos orificios en la parte inferior por los que se hacía pasar una cinta de cuero bajo la barbilla para sujetarlo a la cabeza. Al tirar del casco hacia atrás asfixiaban al contrario con su propia cinta.

[128] *Cf. supra* § 41, 34.

[129] La isla de Tasos estaba muy próxima *(cf. supra* § 35, 3).

[130] El río Angites (véase *supra* nota a «Símbolo» en § 35, 3).

[131] Este segundo enfrentamiento en Filipos tuvo lugar el 23 de octubre del 42 a. C.

[132] *Trag. Graec.frag.,* p. 910, *F.* 374 NAUCK.

[133] Mujer de Bruto, hija de Catón de Útica *(cf.* XLIV 13).

[134] *Cf. supra* § 3, 2 y sigs.

[135] Marco Favonio desempeñó importantes cargos políticos, pero no participó en la conjura contra César, pues le argumentó a Bruto que «una guerra civil era peor que una monarquía ilegal» *(cf.* PLUTARCO, *Bruto* 12, 3).

[136] Como Estayo *(cf.* XLVIII 19, 3), etc.

LIBRO XLVIII

SINOPSIS

En el libro cuadragésimo octavo de la *Historia romana* de Dion se incluye lo siguiente:

1. Cómo César combatió contra Fulvia y Lucio Antonio (§ 1-15).
2. Cómo Sexto Pompeyo se adueñó de Sicilia (§ 16-20).
3. Cómo los partos extendieron sus conquistas hasta el Helesponto (§ 24-26).
4. Cómo César y Antonio alcanzaron un acuerdo con Sexto (§ 27-31; 36-38).
5. Cómo Publio Ventidio venció a los partos y se apoderó de Asia (§ 39-41).
6. Cómo César comenzó a luchar contra Sexto (§ 45-49).
7. Sobre Bayas (§ 50-51).

La duración del tiempo ocupa cinco años, en los cuales los magistrados que se citan como cónsules fueron estos:

[Año 713 / 41 a. C.] L. Antonio Pietas, hijo de Marco, y P. Servilio Isáurico, hijo de P., por segunda vez (§ 4-14).

[Año 714 / 40 a. C.] Gn. Domicio Calvino, hijo de M., por segunda vez, y G. Asinio Polión, hijo de Gn.[1] (§ 15-33).

[Año 715 / 39 a. C.] L. Marcio Censorino, hijo de L., y G. Calvisio Sabino, hijo de G.[2] (§ 34-42).

[Año 716 / 38 a. C.] Apio Claudio Pulcro, hijo de G., y G. Norbano Flaco, hijo de G.[3] (§ 43-49, 1).

[Año 717 / 37 a. C.] Vipsanio Agripa, hijo de L., y L. Caninio Galo, hijo de L.[4] (§ 49, 2-54, 7).

[**1**] Así murieron Bruto y Casio, con las mismas espadas con las que asesinaron a César (Julio). Los demás que participaron en la conspiración contra él, unos antes, otros entonces y otros después de esa batalla, murieron, excepto muy pocos: era como si la Justicia y la Divinidad hubieran llevado y arrastrado hasta sufrir este destino a aquellos que habían asesinado al hombre que era su benefactor y que alcanzó tal grado de virtud y fortuna. [2] César (Octavio) y Antonio mostraron en seguida su prepotencia ante Lépido, que no había participado con ellos en la victoria; pero no iban a tardar mucho en volverse unos contra otros. Es difícil que tres hombres, o incluso solo dos, con igual prestigio y convertidos en hombres poderosos por tan magníficas [3] acciones de guerra,

lleguen a ponerse de acuerdo. Por eso, cuantos actos llevaron a cabo hasta entonces de común acuerdo para eliminar a sus adversarios, a partir de entonces comenzaron a hacerlos como prueba de su ambición ante los otros dos. Al momento se repartieron el poder: César se quedó con Hispania y Numidia y Antonio, con la Galia y África. Y se estableció que, si Lépido mostraba su indignación por este reparto, le cederían la provincia de África[5].

Solo se repartieron estas provincias, porque Sexto aún dominaba [**2**] Cerdeña y Sicilia, y en las demás que estaban fuera de Italia había aún desórdenes. En cuanto a Italia no tengo que decir nada, porque siempre quedaba excluida en aquellos repartos. Pues estos en sus discursos nunca decían que luchaban para apoderarse de ella, sino para defenderla. César y Antonio dejaron [2] como territorio común esas regiones que no se repartieron. Antonio se encargó de reprimir a los que se habían opuesto a ellos y de recaudar tributos para pagar a los soldados el dinero que les habían prometido[6], y César, de cortar cualquier maniobra hostil de Lépido, de atacar a Sexto y de repartir la tierra que [3] habían prometido a los que habían luchado a su lado y que por la edad debían ser licenciados de inmediato. Y además, César entregó a Antonio dos de sus propias legiones, y Antonio, en contrapartida, se ofreció a entregarle otros tantos soldados de los que entonces se hallaban en Italia. Esto lo acordaron así [4] ellos dos a solas, y después lo pusieron por escrito y lo sellaron y se intercambiaron una copia de los acuerdos, para que, si alguno los transgredía, quedara así demostrado por los escritos. Después, Antonio partió hacia Asia y César, hacia Italia[7].

Durante el viaje de regreso y la travesía por mar la enfermedad [**3**] de César se agravó peligrosamente, hasta el punto de extenderse entre los romanos el rumor de su muerte. Pero después creyeron que su tardanza se debía no tanto a la debilidad como a que estaba maquinando algún tipo de represalias. De ahí que temieran que iban a sufrir toda clase de males posibles. Sin embargo, con motivo de aquella victoria aprobaron muchos [2] decretos en honor de César y Antonio, como también los habrían aprobado en honor de Bruto y Casio si hubieran sido los vencedores (pues en tales situaciones todos huyen siempre de los perdedores y honran a los vencedores). Y los senadores decidieron, aunque en contra de su voluntad, declarar como días festivos de acción de gracias prácticamente todos los días del año, pues César lo ordenó así para castigo público de los [3] asesinos de César (Julio). Así pues, al retardarse César, corrieron todo tipo de bulos y con ellos se provocaba toda clase de sentimientos: pues, entre otros bulos, unos divulgaban que había muerto, con lo que provocaban placer en muchos, y otros, [4] que planeaba algún mal, y así infundían miedo en la mayoría. Por eso unos ocultaban sus bienes y tomaban medidas para protegerse y otros miraban cómo podrían escapar. Otros, la mayoría, no pudiendo pensar nada a causa del miedo tan grande, [5] se preparaban para morir sin remedio. Las muestras de valor eran momentáneas y muy escasas, pues,

habiendo resultado vencidos, aceptaban que, ante la pérdida anterior de hombres y bienes, ya no podía ocurrirles nada peor o igual que [6] aquello. Precisamente por eso César, temiendo que se produjeran disturbios, provocados por Lépido, que estaba allí, escribió una carta al Senado exhortándolo a tener ánimos y prometía que en todo iba a actuar con benignidad y generosidad, como su padre.

[**4**] Eso fue lo que sucedió aquel año[8]. Al año siguiente fueron cónsules Servilio Publio[9] y Antonio Lucio[10], pero solo de nombre, porque, de hecho, lo fueron este último y Fulvia. Fulvia era suegra de César (Octavio) y mujer de Antonio[11]. No tenía a Lépido en ninguna consideración a causa de su parsimonia, y era ella la que administraba todos los asuntos, de modo que ni el Senado ni la plebe aprobaban nada contra su parecer. Pues, por [2] ejemplo, cuando Lucio se empeñó en celebrar el triunfo sobre ciertos pueblos que habitaban en los Alpes (como si realmente los hubiera vencido), nadie se lo autorizó mientras Fulvia mantuvo su oposición; pero cuando, tras muchos ruegos y halagos, cambió de opinión, todos votaron a favor; de modo que formalmente [3] se le concedió el triunfo a Antonio (aunque ni realizó nada digno de un triunfo ni impuso su dominio enteramente en aquellas regiones), pero, en verdad, aquel triunfo se celebró en honor de Fulvia [...][12] Y esta era ensalzada mucho más que aquel, pues lo era por un motivo más justificado. En efecto, dar [4] a alguien la posibilidad de celebrar un desfile triunfal proporciona mayor gloria que celebrar un desfile que se ha conseguido gracias a otro. Y, con la excepción de que Lucio se vistió con las galas del triunfo, subió al carro y realizó los demás actos propios de tales ceremonias, fue Fulvia quien parecía celebrar la fiesta triunfal teniendo a Lucio como simple servidor. El [5] triunfo se celebró el primer día del año y, por este motivo, Lucio era ensalzado igual que Mario, porque celebró la fiesta el primer día del mes del año en que comenzó su consulado[13]. Más aún, se vanagloriaba de haber superado a Mario diciendo que estaba impaciente por quitarse las galas del triunfo para acudir al Senado con la ropa de diario, mientras que Mario había hecho lo mismo con desagrado. Añadía también que a Mario todo [6] lo más que se le concedió fue una corona, mientras que él recibió del pueblo muchas coronas, una de cada tribu[14], lo que no le había sucedido nunca antes a nadie (gracias a Fulvia y al dinero que ocultamente tuvo que pagar a algunos).

[**5**] En ese año, en efecto, llegó César a Roma, y se dedicó a la celebración de los actos acostumbrados por la victoria y a la administración y gestión de los asuntos públicos. Lépido no maquinó nada, en parte por miedo a César y en parte por su debilidad de carácter. Y Lucio y Fulvia, que eran parientes y compartían el poder con César[15], al principio se mantuvieron [2] tranquilos. Pero conforme pasaba el tiempo comenzaron las diferencias: Lucio y Fulvia porque no recibieron el lote de tierras que correspondía a Antonio en el reparto, y César porque no recibió de aquellos las legiones

prometidas[16]. A causa de esto los lazos familiares por razón del matrimonio se disolvieron [3] y se lanzaron abiertamente a la guerra. Pues César, que no soportaba el difícil carácter de su suegra (quería aparentar que sus diferencias eran más con ella que con Antonio), devolvió la hija a su madre afirmando bajo juramento que aún seguía siendo virgen. No le preocupó ni que nadie creyera que su esposa siguiera siendo virgen después de haber estado tanto tiempo conviviendo con él ni que pareciera que lo tenía decidido [4] desde mucho tiempo antes con vistas a sus planes futuros. Después de ese divorcio, ya no hicieron nada como amigos, sino que Lucio, junto con Fulvia, se ocupaba de los asuntos políticos actuando siempre en defensa de los intereses de Marco, y no dejaba nada en manos de César (por la veneración que sentía hacia su hermano recibió el sobrenombre de «Pietas»[17]). Y, naturalmente, César no exigía nada a Marco, para no entrar [5] en guerra con quien tenía a su cargo las provincias de Asia; pero a Fulvia y a Lucio los recriminaba y adoptaba medidas contra ellos con el pretexto de que actuaban en todo contra la opinión de Antonio y de que aspiraban a un gobierno personal.

En el reparto de tierras habían puesto ambos bandos la mayor [**6**] esperanza de alcanzar el poder, y precisamente con él empezaron las diferencias. Pues César pretendía hacer personalmente el reparto entre todos los soldados que habían luchado con él y con Antonio, según lo acordado con ellos tras la victoria, para así conseguir una buena predisposición de los soldados hacia ellos. Pero Lucio y Fulvia exigían el derecho de repartir a los [2] suyos las tierras que les correspondían y de fundar colonias, para ganarse su apoyo[18]. Por lo demás, a ambos bandos les parecía que lo más indicado era entregar a los que los habían apoyado las tierras de los propietarios indefensos. Pero, en contra de lo que esperaban, hubo grandes tumultos y la situación se acercaba a un estado de guerra. Pues al comienzo, César quitaba las tierras [3] a los legítimos dueños, junto con los esclavos y los demás aparejos de labranza, y se las entregaba a los veteranos, por lo que aquellos que habían sido desposeídos de sus haciendas estaban terriblemente indignados con él (esto ocurría en toda Italia, pero no si el propietario era alguno de los veteranos que habían obtenido las tierras en pago a sus servicios o de alguno que las había comprado al Estado). Entonces Fulvia y el cónsul, creyendo [4] que tendrían más fuerza si se apoyaban en los que habían sido injustamente privados de sus tierras, cambiaron de opinión y abandonaron a los que debían recibir tierras. Se pusieron, pues, de parte de los desposeídos porque eran más y mostraban una [5] rabia justificada por haber sido despojados de sus bienes. A raíz de entonces, Lucio y Fulvia, cogiéndolos uno a uno, se los atraían y los organizaban, hasta el punto de que los que antes tenían miedo a César, ahora que disponían de líderes, cobraron ánimos y ya no cedían ninguna de sus propiedades; pues, además, creían que Marco aprobaba ese comportamiento.

[**7**] Así pues, Lucio y Fulvia se atraían a estos, pero a la vez evitaban enfrentamientos con los otros, con los seguidores de César; pues no proponían que los

propietarios no tuvieran que repartir algunas tierras, sino que sugerían que bastaría con repartir entre los soldados solo las tierras de los que se habían [2] opuesto a los triunviros. Y especialmente señalaron tierras y demás bienes de los enemigos, unas aún disponibles y otras ya vendidas: Lucio y Fulvia iban diciendo que era necesario entregarles a los soldados las que estaban libres y, de las ya vendidas, el importe de la venta. Y, si esto tampoco les fuera suficiente, se los ganaban a todos con las esperanzas puestas en las [3] conquistas de Asia. De este modo ocurrió que César, al confiscar por la fuerza las tierras a sus propietarios y, por ellas, hacer pasar penalidades y peligros a unos y a otros por igual, acabó muy pronto enfrentado a los dos bandos. Y, al contrario, sucedía que Lucio y Fulvia, como no privaban a nadie de sus tierras y, en aquella situación, explicaban cómo cumplir sin disputas la promesa hecha a los que debían recibir las tierras, se ganaban a [4] los dos bandos. Por estos motivos, y también por el hambre que entonces acució terriblemente a los romanos, al estar Sicilia dominada por Sexto[19] y el mar Jónico por Gneo Domicio Enobarbo[20], César se encontró en una situación delicada. Pues Domicio [5] era uno de los asesinos de César (Julio) y, habiendo conseguido huir en la batalla de Filipos, reunió una escuadra y durante cierto tiempo fue dueño del mar Jónico y destruyó un gran número de barcos enemigos.

Esto, en verdad, hacía sufrir terriblemente a César; y también [**8**] porque en las disputas surgidas entre, por una parte, los senadores y el resto de la plebe que poseía campos y, por otra, los veteranos (esas disputas fueron numerosísimas, pues para ambos bandos se trataba de una cuestión de la mayor importancia), no podía apoyar a ninguno de los dos bandos sin ponerse en peligro. Era imposible para César complacer a los dos bandos [2] a la vez. Pues unos querían recurrir a la violencia y apropiarse de bienes ajenos y los otros, salir indemnes y mantener sus propiedades. Cuantas veces César se ponía a favor de unos u otros, según le obligaban las circunstancias, tantas veces era odiado por el otro bando; pero no obtenía tanto el agradecimiento de aquellos a los que apoyaba como el rencor de aquellos a los que no ayudaba. Unos, al coger todo lo que se les daba [3] como si fuera algo que se les debía, no consideraban que se les hiciera un favor especial, y los otros, al ser privados de sus propiedades, experimentaban una pena terrible. Por eso César, según se enfrentara a unos o a otros, pasaba de ser llamado unas veces el amigo del pueblo a ser llamado otras el amigo de los soldados. Así pues, puesto que César no conseguía ningún progreso [4] y, además, aprendió de estos enfrentamientos que las armas de nada servían para poner en buena disposición hacia él a los que se sentían injustamente tratados (porque con las armas es posible, en efecto, destruir cualquier cosa que oponga resistencia, pero es imposible obligar a alguien a que ame si no quiere), [5] cedió en su empeño de mala gana. Y ya ni siquiera confiscó nada a los senadores (pues antes pretendía repartir todas las tierras de aquellos, preguntándoles: «¿De dónde sacaremos la recompensa para los veteranos?», como si alguno de ellos le

hubiera ordenado luchar o prometerles a los soldados semejante premio[21]). Y también se abstuvo de confiscar cuantas cosas de valor habían adquirido las mujeres para la dote de su matrimonio o las que algunos otros habían comprado y eran de menor valor que las tierras que se entregaban a un veterano.

[**9**] Al comportarse César así, los senadores y los que no habían sido privados de sus tierras se pusieron a bien con él. Pero los veteranos estaban indignados con César, pues creían que la consideración y la satisfacción que daba a esos era para ellos [2] deshonor y castigo, por cuanto iban a recibir menos. Y mataron a muchos centuriones y demás soldados que mostraban simpatía hacia César o que trataban de impedir los tumultos. Y poco faltó para que fueran a por el propio César para matarlo, pues [3] cualquier pretexto para la cólera estaba justificado. Y no cesaron en sus actos de violencia hasta asegurarse de que todas las tierras que algunos de ellos ya se habían adjudicado por su cuenta iban a ser repartidas entre los parientes, los padres y los hijos de aquellos que habían caído en las batallas. A partir de ahí las relaciones de César con los soldados se volvieron de nuevo más amigables. Pero a su vez la población civil se indignó [4] por esto mismo. Llegaban a las manos y había continuas batallas, hasta el punto de que muchos de ellos, de uno y otro bando, resultaron heridos o muertos. Unos se imponían por su armamento militar y su experiencia en las batallas y otros, por su [5] mayor número y por arrojarles objetos desde los tejados, motivo por el cual ardían muchas casas y, en consecuencia, a quienes vivían en Roma se les perdonó los primeros dos mil sestercios[22] del alquiler, y a los que vivían en el resto de Italia se les perdonó hasta pagar solo la cuarta parte, eso durante un año. En todas las ciudades donde existían las dos facciones se luchaba igual.

Así se desarrollaban estos acontecimientos. Por otra parte [**10**] los soldados enviados por César a Hispania provocaron algunos tumultos en Plasencia[23], y no se apaciguaron hasta recibir dinero de los lugareños; y, además, Caleno y Ventidio[24] dominaban la Galia Transalpina y les impidieron el paso por ella. César [2] temió que la situación fuera a peor y quiso llegar a un acuerdo con Fulvia y el cónsul. Pero, puesto que nada conseguía en el ámbito privado enviándoles intermediarios por iniciativa propia, recurrió a los veteranos y a través de ellos buscaba acuerdos con Fulvia y Lucio. Estos estaban envalentonados ante la [3] actitud de César y, además, se estaban ganando a los que habían sido desposeídos de sus tierras: Lucio iba por todas partes reorganizándolos y quitándoselos a César. Y Fulvia ocupó Preneste[25], donde tenía senadores y caballeros que le eran adictos, y allí planeaba todo con ellos y enviaba instrucciones a todas partes donde era necesario. ¿Por qué se iba a sorprender alguien de [4] esto, si ella llevaba una espada ceñida a la cintura, daba consignas a los soldados y muchas veces les dirigía arengas? Así pues, con todo aquello se afrentaba a César.

Sin embargo, César, como no tenía forma de derrotarlos [**11**] (pues no solo era muy inferior a los otros en tropas, sino también en la simpatía que despertaba en los demás,

pues él causaba dolor en muchos mientras los otros daban a todos grandes esperanzas), muchas veces los invitó a llegar a acuerdos, gestionándolo él personalmente a través de amigos comunes; pero, como nada conseguía, les envió como intermediarios a algunos [2] de los veteranos. Puso la mayor esperanza en alcanzar acuerdos, para así afianzar su situación de entonces y, a partir de ahí, hacerse más fuerte por si tenía que hacerles frente. Y, si fracasaba en ese intento, pensó que la culpa del enfrentamiento [3] no la tendría él sino ellos. Y así fue. Pues, al no conseguir nada por medio de los soldados, les envió senadores, a los que enseñó[26] los acuerdos que alcanzó con Antonio y, a la vez, los [4] hacía árbitros de lo que él llamaba «diferencias». Pero, como ni siquiera así se pudo hacer nada entonces (pues a esta iniciativa Fulvia y Lucio respondían proponiendo toda clase de contraofertas que César no iba a estar dispuesto a asumir y, por otro lado, decían que todo cuanto hacían lo hacían por orden de Marco Antonio), César recurrió de nuevo a los veteranos.

[**12**] Después de estas gestiones aquellos veteranos se reunieron en Roma en un gran número diciendo que iban a comunicar al Senado y al pueblo cierta propuesta; pero no se entretuvieron en esto, sino que, reunidos todos en el Capitolio, ordenaron que se les leyeran los acuerdos que Antonio y César habían firmado[27]; después los ratificaron y votaron que ellos mismos serían los [2] árbitros de las diferencias que había entre ambos. Escribieron todo eso en tablillas, las sellaron y las entregaron a las vírgenes Vestales para que las custodiaran. Ordenaron a César, que estaba allí presente, y a los otros dos por medio de una embajada, que acudiesen a Gabios[28] cierto día fijado para comparecer a un arbitraje. Como César estuvo dispuesto a someterse a ese arbitraje, [3] Fulvia y Lucio prometieron que irían; pero no acudieron, bien por temor bien por desprecio (pues bromeaban entre ellos y llamaban a los soldados, entre otros nombres, el «Senado caligado», por el uso de la cáliga[29] militar). Los veteranos declararon a Lucio y a Fulvia culpables de cometer delito[30] y abrazaron la causa de César. A partir de ese momento celebraron [4] muchas asambleas, hasta aprobar la declaración de una nueva guerra, cuyos preparativos llevaban a cabo sin titubeos. Acumularon dinero y todo tipo de bienes sacándolo de todas partes, incluso de los templos. Pues todos los exvotos que podían ser convertidos en dinero se los llevaron, tanto los de las zonas de Italia que estaban bajo su control como los que se hallaban en Roma. También les llegaron dinero y soldados de la Galia Togata[31], [5] que ya había quedado inscrita como otra región más de Italia para que nadie, con el pretexto de mantener el orden allí, pudiera disponer de soldados a este lado de los Alpes.

Así pues, César se preparaba para la guerra a la vez que Fulvia [**13**] y Lucio hacían acopio de todo lo necesario y reunían tropas. Durante ese tiempo ambos bandos maniobraban contra el otro despachando embajadas y enviando soldados y comandantes como emisarios en todas las direcciones: unas ciudades, si llegaban primero, las tomaban,

y de otras eran rechazados. Dejaré de lado la mayoría de aquellos episodios, porque allí no ocurrieron hechos importantes ni dignos de mención, pero relataré concisamente aquellos que por su especial interés merecen ser contados.

[2] César se dirigió contra Nursia[32], ciudad de los sabinos, para atacar una guarnición que acampaba delante de esta ciudad para su defensa, pero fue rechazado de la ciudad por Tisieno Galo[33]. Se dirigió entonces a Umbría y sitió Sentino[34]; sin embargo, [3] tampoco la tomó. Entre tanto, Lucio, con uno u otro pretexto, envió previamente y en secreto soldados a Roma, a las casas de sus amigos; después, él mismo se presentó en Roma por sorpresa y, tras derrotar a la caballería que le salió al frente, [4] aplastó contra las murallas a la infantería. A partir de ahí tomó Roma, pues los soldados que había enviado antes atacaron por la espalda a los que defendían desde dentro (y ni Lépido reaccionó haciéndole frente con la guarnición que tenía a su cargo debido a su peculiar parsimonia ni tampoco reaccionó el cónsul Servilio, que fue aún más indolente). Informado César de estos hechos, dejó el ataque contra Sentino a cargo de Quinto [5] Salvidieno Rufo[35] y él personalmente se dirigió a Roma. Cuando Lucio supo esto, se apresuró a salir de Roma, pero antes consiguió que se votara una moción por la que se le enviaba a la guerra al frente de una expedición[36]. Y con el uniforme de militar pronunció un discurso, cosa que ningún otro había hecho antes. Así, César fue recibido sin lucha en la ciudad. Después persiguió a Lucio; pero, como no lo alcanzó, se volvió y puso una guarnición que protegiera a Roma con más eficacia. [6] Entre tanto, en Sentino, como César se retiró rápidamente y Gayo Furnio[37], que defendía la muralla, salió en su persecución durante un largo trayecto, Rufo atacó a los que se quedaron dentro, que estaban desprevenidos, y tomó la ciudad, la saqueó y la quemó. Los de Nursia llegaron a un acuerdo y no sufrieron ningún daño; pero como, cuando enterraron a los que habían caído en la batalla que libraron contra César, en sus lápidas escribieron que habían muerto luchando por la libertad, fueron sancionados con una enorme suma de dinero, hasta el punto de que tuvieron que abandonar al mismo tiempo la ciudad y toda la región.

Mientras los del bando de César llevaban a cabo estas acciones, [**14**] fue cuando Lucio se largó de Roma y puso rumbo a la Galia pero, encontrándose con el camino bloqueado[38], se dirigió a Perusa[39], ciudad etrusca[40]. Allí los lugartenientes de César primero, y luego el propio César, lo aislaron y le ponían sitio. [2] Pero el asedio se prolongaba (pues la región tenía buenas defensas naturales y estaba abastecida de lo necesario en cantidad suficiente; y los jinetes enviados fuera por Lucio antes de estar totalmente cercados les ocasionaban graves daños a los sitiadores; y, además, muchos partidarios de Lucio, viniendo unos de [3] un sitio y otros de otro, se afanaban por socorrerlo). Fueron muchas las ocasiones en las que los soldados de César lucharon contra aquellos en enfrentamientos individuales y muchas las que lucharon junto a las murallas, hasta que, a pesar de que los seguidores de Lucio eran muy superiores en

número, fueron rendidos, sin embargo, por el hambre. Lucio y algunos otros obtuvieron el perdón, pero la mayoría de los senadores y caballeros [4] fueron condenados a muerte. Y se cuenta que no tuvieron una muerte ordinaria, pues trescientos caballeros y algunos senadores, entre ellos Tiberio Canudo, aquel que durante su tribunado convocó a la plebe para que César Octaviano pudiera hablarle[41], fueron llevados ante el altar consagrado al primer [5] César y allí fueron sacrificados. La mayoría de los perusinos y de los otros pueblos que allí fueron hechos prisioneros encontraron la muerte; y la ciudad, excepto el templo de Vulcano y la [6] estatua de Juno, fue quemada entera. La estatua, que se salvó por algún azar, fue llevada a Roma obedeciendo una visión que César tuvo en sueños, y concedió también a la ciudad de Perusa la gracia de poder ser reconstruida por quienes quisieran ir allí, aunque con la condición de que no podían adquirir ningún terreno de aquel lugar que superara la milla[42].

[**15**] Perusa fue tomada siendo cónsules Gneo Calvino, en su segundo consulado, y Asinio Polión[43]; y tras ella, unas por la fuerza y otras voluntariamente, las demás ciudades de Italia se pasaron al bando de César. Ante esto, Fulvia huyó con sus hijos a donde estaba su marido[44], y salieron huyendo también un gran [2] número de ciudadanos ilustres, unos para unirse a Antonio y otros, a Sicilia con Sexto. Julia, la madre de los Antonios, se dirigió al principio a Sicilia, y fue acogida muy cariñosamente por Sexto; después, Sexto la envió junto a su hijo Marco[45], y llevaba con ella mensajes de amistad para Antonio y emisarios para negociar. Entre aquellos que entonces huyeron de Italia [3] para unirse a Antonio se encontraba también Tiberio Claudio Nerón[46]. Este estaba al frente de una guarnición en Campania; pero, después de que la posición de César se hizo abrumadora, huyó con su mujer, Livia Drusila, y con su hijo, Tiberio Claudio Nerón[47], de modo que sucedió entonces el hecho más paradójico: [4] esta Livia, que entonces huía de César, después se casó con él; y este Tiberio, que acompañaba entonces a sus padres en la huida, heredó de César el mando del imperio.

Todo eso sucedería después. Entonces, los que estaban en [**16**] Roma volvieron a ponerse la ropa de la paz[48] (se habían despojado de ella sin decreto ante la presión del pueblo) y lo festejaban; a César, con su traje de triunfo, lo acompañaron en la entrada a la ciudad y lo honraron con una corona de laurel y con el derecho a adornarse con ella en cuantos actos es costumbre [2] la lleven los que celebran un triunfo. César, una vez que había controlado la situación en Italia y liberado el mar Jónico (pues Domicio[49], consciente de que ya no podía resistir por sí solo, navegó a donde estaba Antonio), se preparaba para atacar a Sexto. Y sabedor del poderío militar de aquel y de que negociaba una alianza con Antonio sirviéndose de la madre de este y de los [3] emisarios[50], temió luchar contra ambos a la vez. Considerando a Sexto más fiable y más poderoso que a Antonio, le envió a su madre, Muda[51], y se casó con la hermana[52] del suegro de Sexto,

Lucio Escribonio Libón, por si con este gesto de buena voluntad y con el nuevo lazo familiar podía ganárselo como amigo.

[**17**] Pues Sexto, según los acuerdos a que llegó con Lépido[53], salió entonces de Hispania y no mucho después estuvo al frente de una escuadra[54], pero luego fue apartado del mando por inidativa de César[55]. Sin embargo, Sexto se mantuvo al frente de la escuadra y se decidió a navegar hacia Italia. Pero, una vez [2] que se adueñaron de Italia los seguidores de César, se enteró de que había sido incluido entre los asesinos de su padre[56]. Entonces se apartó de Italia y, navegando por las islas, esperaba acontecimientos. Obtenía provisiones sin cometer atropellos y, puesto que no había participado en el asesinato[57], esperaba ser rehabilitado por César. Sin embargo, cuando su nombre apareció [3] en las tablillas de proscritos y supo que se publicaban bandos contra él, abandonó la idea de regresar y se preparó para la guerra: construyó barcos, admitió a los desertores, convirtió a los piratas en sus aliados y acogió a los exiliados. Con estas [4] medidas pronto se hizo poderoso y se adueñó de las costas de Italia: entraba en sus puertos, se llevaba los barcos y se dedicaba al pillaje. Los asuntos le iban bien, hasta el punto de conseguir soldados y armas con esta estrategia. Navegó a Sicilia y tomó sin combate Milas[58] y Tindáride[59], pero fue rechazado en Mesina[60] por Pompeyo Bitínico[61], gobernador de Sicilia entonces. Sin embargo, no se retiró del todo de Sicilia, sino que recorría [5] las costas de la provincia impidiendo la entrada de provisiones. De los que vinieron a socorrer a los sicilianos a unos se los ganó porque temían que iban a sufrir lo mismo que los demás, y a otros por el daño sufrido en alguna emboscada. Así fue como se ganó al cuestor de Sicilia con todo el dinero de la recaudación de impuestos. Finalmente tomó también Mesina y, según un acuerdo con Bitínico, este seguiría como gobernador [6] pero con la misma autoridad que Sexto. Ningún daño hizo Sexto a Bitínico entonces, pero a los de Mesina les quitó las armas y el dinero. Después de esto sometió a Siracusa y a algunas otras ciudades. Y con estas ciudades reunió más soldados y una flota más poderosa. Y Quinto Cornificio[62] le envió fuerzas desde África.

[**18**] Así creció el poder de Sexto. César no le prestó atención hasta entonces en parte por desprecio y en parte por los asuntos que traía entre manos. Pero, cuando a causa del hambre, se produjo en Roma una situación catastrófica y, además, Sexto atacó Italia, entonces sí, César comenzó a preparar una flota y envió [2] a Rufo Salvidieno a Regio con un gran ejército. Este expulsó a Sexto de Italia y, cuando Sexto se retiró a Sicilia, Salvidieno se dedicó a construir barcos forrados de piel como los que utilizan los que navegan por el océano, disponiendo una estructura con palos ligeros y cubriéndola por fuera con piel de buey sin curtir, [3] a la manera de un escudo redondo[63]. Pero como Salvidieno se exponía a la burla y, además, pensó que correría un gran peligro si intentaba atravesar con esas barcas el Estrecho[64], se desprendió de ellas y trató de

cruzarlo con la escuadra que César había preparado y que acababa de llegar. Pero no pudo, pues el mayor número y tamaño de sus barcos fue fácilmente superado por la experiencia y la audacia de los enemigos. César fue testigo ocular [4] de la batalla naval (pues esa batalla tuvo lugar cuando él pasaba con sus tropas hacia Macedonia) y sufrió mucho con la derrota; especialmente porque este fue el primer enfrentamiento en el que salía derrotado. Por eso ya no intentó atravesarlo por la fuerza, aunque la mayor parte de su flota se salvó. Pero a [5] escondidas intentó llegar a la isla muchas veces y de todas las maneras posibles, pues iba a ser muy superior con la infantería. Pero como no pudo atravesar el Estrecho, porque había una fuerte vigilancia de Sexto por todas partes, ordenó apostar algunos soldados frente a Sicilia y él se dirigió a Brindis para reunirse allí con Antonio, y desde Brindis atravesó el mar Jónico con la ayuda de los barcos[65].

Después de este episodio, Sexto dominó toda la isla y ejecutó [**19**] a Bitínico acusándolo de conspirar contra él. Celebró espectáculos por el triunfo, y con los que habían sido hechos prisioneros organizó una naumaquia en el Estrecho, frente a la misma Regio, para que la vieran los que estaban en la costa de enfrente, haciendo que unos barcos de madera chocaran contra otros de pieles para mofarse de Rufo. Después de esto construyó más [2] barcos y dominó todo el mar que rodea Sicilia y añadió a su persona la gloria y el orgullo de que era hijo de Neptuno, porque su padre una vez fue dueño de todo el mar[66]. Así actuó mientras Casio y Bruto habían mantenido su alianza. Y, muertos [3] aquellos, otros se refugiaron a su lado, entre ellos Lucio Estayo. Al principio Sexto lo recibió con agrado (pues vino con la escuadra que mandaba) pero después, al ver que era activo y orgulloso, lo condenó a muerte acusándolo de traición. A partir [4] de ese momento, cuando incorporó la escuadra de Estayo y acogió la multitud de esclavos que llegaban de Italia, Sexto creció enormemente. Y eran tantos los desertores, que las vírgenes Vestales pedían en los sacrificios que se detuvieran las deserciones.

[**20**] Por estas razones, y porque Sexto acogía a los exiliados, hacía amistad con Antonio[67] y saqueaba muchas partes de Italia, César deseó reconciliarse con Sexto[68]. Pero, al fallarle este plan, ordenó a Marco Vipsanio Agripa[69] que atacara a Sexto, [2] mientras él marchaba a la Galia. Cuando Sexto supo esto, esperó a que Agripa celebrara los juegos Apolinares[70]. Pues era pretor y se ufanaba de ser, entre otras muchas cosas, muy amigo de César; y celebró juegos circenses durante dos días y se enorgullecía de dirigir el juego llamado Troya[71] con los niños de la nobleza. Mientras Agripa celebraba estos festejos, Sexto cruzó a Italia y permaneció en ella saqueándola hasta que llegó Agripa. Entonces puso guarniciones en algunos sitios y abandonó [3] Italia para regresar en las naves a Sicilia. César intentó antes apoderarse de la Galia a través de otros, como ya ha quedado dicho[72], pero no pudo a causa de Caleno y de algunos más que actuaban a favor de Antonio; sin embargo, en esta ocasión se apoderó de ella al encontrar a Caleno

muerto a causa de una enfermedad y al atraerse al ejército sin lucha. En esos momentos [4] César, al saber que Lépido estaba indignado porque había sido privado de la provincia que le había correspondido, lo envió a África[73], con el objetivo de que Lépido, recibiendo la provincia de él solo y no de Antonio, se pusiera más de su parte.

Dos provincias tenían los romanos en Libia, como dije[74], y, [**21**] en nombre de los triunviros conjurados, mandaba en la Numidia Tito Sextio[75] y en la otra, Cornificio y Décimo Lelio[76]: el primero era partidario de Antonio y los otros dos de César[77]. Durante [2] un tiempo Sextio esperaba que aquellos (pues tenían muchas más tropas) entraran en su provincia, de modo que se preparaba para defenderse allí de ellos. Pero, como los otros dejaban pasar el tiempo, los despreció y, excitado por el mugido de un buey que, según cuentan, hablaba con voz humana y le ordenaba cumplir lo que tenía proyectado y porque, además, en un sueño [3] le pareció que un toro enterrado en la ciudad de Tuca[78] le exhortaba a que le cortara la cabeza y la pasease ensartada en una pica, como si con ese estandarte fuera a vencer, ya no esperó, sobre todo porque encontró el toro en el lugar en el que dijo que había sucedido el sueño; y así fue él el que invadió la provincia de [4] África. Al principio conquistó Hadrumeto[79] y algunos otros territorios cayendo sobre ellos por sorpresa. Pero después, en cierta ocasión en que estaba desprevenido por su propio éxito, fue sorprendido por el cuestor[80], y Sextio, tras perder gran parte de su ejército, regresó a Numidia. Pero dio la casualidad de que, cuando sufrió ese desastre, estaba sin la cabeza del toro, por lo que achacó la derrota a este hecho, así que se preparó para hacer [5] una nueva incursión. Sin embargo, en ese momento sus oponentes, adelantándose, invadieron su provincia: unos cercaban Cirta[81] mientras el cuestor[82] atacó a Sextio con la caballería; y, como lo venció en algunos enfrentamientos a caballo, cayó en sus manos su colega, el cuestor de Sextio. Ante estos hechos, Sextio se arriesgó a hacer un nuevo ataque en auxilio de su cuestor, derrotó ahora al cuestor de Cornificio y persiguió a Lelio por la provincia [6] hasta que lo cercó en una fortificación. Y entonces engañó a Cornificio, que venía en auxilio de su cuestor, diciéndole que Lelio había sido capturado: Cornificio entró en un estado de abatimiento y Sextio en la batalla lo mató, y también a Lelio, que había salido para atacar al ejército de Sextio por la espalda.

[**22**] Tras llevar a cabo estas acciones, Sextio se adueñó de la provincia de África y gobernó las dos provincias ya sin temer nada, hasta que César, según los acuerdos a que llegó con Antonio y Lépido, se hizo cargo de las dos provincias[83] y puso al frente de ellas a Gayo Fuficio Fangón[84]; y entonces Sextio las dejó sin poner objeciones. Sin embargo, cuando tuvo lugar la [2] batalla contra Bruto y Casio[85], y César y Antonio se repartieron las demás provincias, en cuanto a Libia César recibió Numidia y Antonio, África[86] (pues Lépido solo era gobernador de nombre, como ya dije[87], y muchas veces ni siquiera esta

adjudicación se recogía por escrito en los documentos). Como todo esto [3] sucedió así y Fulvia ordenó a Sextio que se hiciera cargo de la provincia de África (pues este se quedó en Libia aún un tiempo con el pretexto de pasar el invierno; pero el verdadero motivo era que estaba seguro de que iba a haber cambios políticos), Sextio no obedeció la orden de Fangón de abandonar la provincia, sino que se atrajo como aliados a los nativos, que estaban indignados con Fangón (pues había luchado en el ejército como mercenario y muchos de estos, como ya quedó dicho por mí[88], habían sido inscritos en el Senado) y, además, gobernaba mal. [4] Ante esta situación, Fangón se retiró a Numidia, pero los de Cirta lo odiaron porque les empeoró las condiciones de vida. Y a un jefe local de uno de los pueblos bárbaros[89] vecinos, un tal Arabión, que antes se había levantado en armas al lado de Lelio y después se unió a Sextio, lo expulsó de la provincia porque no [5] quería aliarse con él. Cuando este se refugió junto a Sextio, Fangón lo reclamó y, al no serle entregado, montó en cólera, invadió la provincia de África y la saqueó. Pero Sextio salió a su encuentro con un ejército y lo derrotó en breves pero numerosos combates, por lo que de nuevo tuvo que retirarse a Numidia. [6] Sextio tuvo entonces la esperanza de que, si se enfrentaba a él, lo vencería en breve, sobre todo si iba con la caballería de Arabión. Pero Sextio sospechó de este y lo asesinó a traición, y ya no tomó ninguna iniciativa, pues los jinetes, disgustados con su muerte, abandonaron a Sextio, y la mayoría de ellos eligieron el bando de Fangón.

[**23**] Sin embargo, por el momento Sextio y Fangón firmaron un tratado de amistad, como si el pretexto para una guerra entre ellos hubiera desaparecido. Tras la firma, Fangón, después de esperar a que Sextio se sintiera seguro a causa del pacto, invadió [2] la provincia de África. Allí se enfrentaron unos con otros y al principio ambos bandos vencieron y fueron derrotados (Fangón venció con la caballería númida y Sexto, con la infantería de la ciudad), de modo que cada uno saqueó el campamento del otro, sin que los soldados de ninguno de los dos bandos supiera [3] nada sobre la suerte de sus compañeros. Pero cuando regresaron al campamento y comprendieron lo sucedido, volvieron de nuevo al combate; entonces, como los númidas emprendieron la huida, Fangón se retiró a las montañas; pero durante la noche, corriendo los antílopes entre ellos, Fangón creyó que era la [4] caballería enemiga y se suicidó. Así fue como Sextio se adueñó del resto de la provincia sin esfuerzo; y a Zama[90], que había resistido muchísimo tiempo, la sometió finalmente por hambre. A partir de entonces fue dueño nuevamente de las dos provincias, hasta que Lépido fue enviado allí[91]. Pues ya no se opuso a [5] Lépido, bien porque los dos eran del mismo partido que Antonio, bien porque sus tropas eran muy inferiores a las de Lépido. Al contrario, Sextio se mantuvo tranquilo presentando lo que era inevitable como un favor personal a Lépido. De esta forma Lépido fue dueño de las dos provincias.

Así sucedieron estas cosas. Y por ese mismo tiempo, después [**24**] de la batalla de

Filipos, Marco Antonio marchó al continente asiático y allí, recorriendo él mismo unas provincias y enviando otros a las demás, recaudaba los impuestos de las ciudades y subastaba los cargos. Fue entonces, en Cilicia, cuando [2] al ver a Cleopatra quedó prendado de ella[92], y ya no le importó nada su reputación, sino que era esclavo de la egipcia y dedicaba todo el tiempo a su amor con ella. Y, entre otras muchas locuras que cometió, una de ellas fue asesinar a los hermanos de ella, arrancándolos del templo de Ártemis en Éfeso[93]. Finalmente, [3] dejando a Planeo a cargo de la provincia de Asia y a Saxa a cargo de Siria, viajó a Egipto. A partir de ese momento se produjeron muchos disturbios, hasta el punto que los de la isla de Árados se negaron a dar dinero a los que habían sido enviados allí por Antonio, y más grave aún, mataron a algunos de ellos; y los partos, que antes hacían incursiones, ahora atacaban [4] más a los romanos. Eran los guías de aquellos Labieno y Pácoro: este era hijo del rey Orodes[94]; aquel, el hijo de Tito Labieno[95]. He aquí cómo se presentó ante los partos y a qué [5] acuerdos llegó con Pácoro. Daba la casualidad de que, siendo Labieno uno de los que combatían en el bando de Casio y de Bruto, fue enviado a Orodes antes de la batalla[96] para obtener ayuda de aquel. Labieno pasó entonces mucho tiempo bajo su vigilancia, mientras Orodes observaba los acontecimientos, no [6] atreviéndose a hacer un pacto con él pero temiendo negarse. Después, cuando llegó la noticia de la derrota y los vencedores parecían no tener clemencia con los que habían luchado contra ellos, Labieno se quedó con los bárbaros prefiriendo una vida con ellos a una muerte en su patria. Así pues, tan pronto como supo de la desidia de Antonio, de su enamoramiento y de su viaje a [7] Egipto, persuadió al rey parto para que atacase a los romanos. Le dijo que de las legiones romanas unas estaban totalmente aniquiladas y destrozadas y que las otras estaban en una guerra civil y que iban a enfrentarse de nuevo. Dada esa situación le exhortó a apoderarse de Siria y de los pueblos vecinos aprovechando que César estaba en Italia ocupándose de Sexto y que [8] Antonio había partido para Egipto. Labieno se ofreció para dirigir esa guerra y prometió a Orodes que, si aceptaba esa propuesta, muchas provincias se cambiarían a su bando, porque eran hostiles a los romanos a causa de los continuos atropellos.

Tras exponer este plan persuadió a Orodes para que entrara [**25**] en guerra, y este le confió un gran ejército y a su hijo Pácoro. Con ellos Labieno invadió Fenicia y se dirigió contra Apamea, pero fue detenido por las murallas, aunque se atrajo a las guarniciones de la región, que se le unieron voluntariamente. Y es que [2] eran soldados de los que habían luchado junto a Casio y Bruto. En efecto, Antonio los había incorporado a su ejército y les ordenó que controlaran Siria, puesto que eran conocedores de la región. Así, Labieno se los ganó fácilmente, pues habían tenido trato con él, excepto a Saxa[97], que entonces era el jefe de aquellos (este, que era cuestor y hermano del general Saxa, fue el único que no se sumó al bando de Labieno). Pero también venció a [3] Saxa, el

general, en una batalla campal gracias al mayor número y valor de sus jinetes, y después Labieno lo persiguió, cuando huyó de noche salvando el foso del campamento. Pues Saxa, temiendo que los que estaban con él abrazaran la causa de Labieno, que se los atraía mediante ciertos escritos que introducía con flechas en el campamento, huyó. Labieno capturó a los escapados [4] y mató a la mayoría; pero Saxa huyó a Antioquía, y entonces Labieno tomó Apamea, que ya no opuso ninguna resistencia creyendo que Saxa había muerto. Después, cuando Saxa abandonó Antioquía, la ganó para su bando y, persiguiendo a Saxa, que ahora había huido a Cilicia, finalmente lo capturó y lo mató.

Muerto Saxa, Pácoro tomó posesión de Siria y la sometió [**26**] toda excepto Tiro[98]. Pues los romanos que quedaban en la región y los de los pueblos vecinos que simpatizaban con ellos la habían ocupado antes, y no pudieron ser persuadirlos ni obligados, pues Pácoro carecía de una escuadra. Y, efectivamente, [2] estos continuaron inexpugnables. Pácoro, tras tomar las demás ciudades, invadió Palestina y cesó a Hircano, a quien los romanos habían confiado entonces el gobierno, y en su lugar puso como gobernador al hermano de este, Aristobulo, a causa de la [3] enemistad que había entre ambos[99]. Entre tanto, Labieno sometió Cilicia y se atrajo a las ciudades continentales de la provincia de Asia (pues Planeo, que le temía, pasó a las islas), con la excepción de Estratonicea[100], la mayoría de ellas sin lucha; pero para tomar Mílasa y Alabanda[101] tuvo que arriesgarse a un combate. [4] Pues los de estas ciudades admitieron a los soldados de las guarniciones de Labieno, pero durante cierta fiesta los mataron e hicieron defección. Labieno tomó Alabanda y los castigó por aquella acción, y a Mílasa, después de desalojarla, la arrasó. En cuanto a Estratonicea, la sitió durante mucho tiempo, pero no [5] pudo tomarla de ninguna manera. Labieno conseguía mucho dinero con estas acciones y saqueaba los templos. Se llamaba a sí mismo *Imperator y Pórtico*[102] por el pueblo más hostil a los romanos. Pues atacó a los romanos bajo el mando de los partos y de ellos tomó el sobrenombre para sí mismo, como si hubiera vencido a aquellos en vez de a sus compatriotas.

Antonio estaba informado de estos hechos como de las demás [**27**] cosas que ocurrían en Italia[103] (pues nada en absoluto escapaba a su conocimiento); sin embargo, no intervino ni en la campaña de Labieno ni en los asuntos de Italia, pues a causa del amor y de sus borracheras no se ocupó ni de los aliados ni de los enemigos. Mientras había estado en puestos bajos y despreocupado [2] de alcanzar los primeros cargos, había llevado adelante los asuntos con energía; pero cuando estuvo en el poder, ya no se ocupó de ningún asunto con diligencia, sino que vivía en la voluptuosidad con Cleopatra y los demás egipcios, hasta que quedó totalmente consumido. Pero mucho tiempo después, forzado [3] por las circunstancias a levantarse, navegó a Tiro con la supuesta intención de ayudarlos pero, en cuanto vio que el resto del país había sido conquistado, los abandonó a su suerte poniendo como pretexto la guerra contra Sexto. Y, al mismo

tiempo, excusaba su tardanza en marchar contra aquel alegando los problemas con los partos. Así ni socorrió a los aliados a causa de Sexto [4] ni tampoco, claro está, a los italianos a causa de los aliados: lo que hizo fue navegar a lo largo del continente hasta llegar a la provincia de Asia y de ahí pasar a Grecia, donde, encontrándose con su madre y su mujer, declaró enemigo a César y selló su amistad con Sexto[104]. Después de esto pasó a Italia y tomó Siponto[105], [5] y cercó Brindis porque no quisieron unirse a él.

Mientras Antonio emprendía estas acciones, César reunió [**28**] sus tropas (pues ya había vuelto de la Galia) y envió a Publio Servilio Rulo a Brindis y a Agripa a Siponto. Agripa tomó la ciudad por la fuerza; sin embargo, Antonio, atacando por sorpresa a Servilio, mató a muchos hombres, pero además se ganó [2] a muchos otros para su causa. Como César y Antonio entraron en guerra, enviaron emisarios para pedir ayuda a las ciudades y a los veteranos, allí donde creían que podrían sacar algún provecho. Toda Italia estaba convulsionada de nuevo, y especialmente Roma. Unos se ponían ya de parte de uno o de otro, y los demás se lo pensaban. Y estando Antonio y César, con sus respectivos aliados, pendientes de este choque, Fulvia murió en [3] Sición[106], donde se encontraba en aquellos momentos. La culpa de su muerte recayó en Antonio por su amor a Cleopatra y por el desenfreno de esta. Pero cuando se anunció su muerte, los dos depusieron las armas y llegaron a un pacto, bien fuera porque realmente antes se habían enfrentado empujados por Fulvia, bien porque pusieron su muerte como pretexto ante el miedo que se tenían los dos, al estar igualados en fuerzas y [4] esperanzas. En ese acuerdo[107], César recibió Cerdeña, Dalmacia[108], Hispania y la Galia; Antonio, todas las demás de Europa y Asia que están al otro lado del mar Jónico; y Lépido, las provincias de Libia[109]. Sexto tenía Sicilia.

[**29**] Así se repartieron nuevamente el poder y emprendieron juntos la guerra contra Sexto, aunque Antonio mediante mensajeros se había comprometido con Sexto bajo juramento para luchar contra César[110]. Y este cambio de Antonio fue el principal [2] motivo por el que César aceptó dar una amnistía general y acoger a todos los que en la guerra contra Lucio, el hermano de Antonio, se habían pasado al bando de Antonio[111], aunque entre ellos había algunos de los asesinos[112], entre otros Domicio[113], y a todos los proscritos cuyos nombres aparecían en las tablillas, y también a los que de algún modo habían luchado a favor de Bruto y de Casio y después habían hecho causa común con Antonio. Tan sorprendente es todo lo que ocurre en las luchas entre [3] facciones y en las guerras, porque los que dirigen la contienda no creen nada en la justicia, sino que ellos deciden quién es amigo o enemigo según la necesidad y sus intereses; y por eso a las mismas personas, según el momento, unas veces las consideran enemigas y otras amigas.

Conseguidos estos acuerdos, unos y otros se invitaron para [**30**] celebrarlo en los campamentos levantados en tomo a Brindis: César al estilo militar y romano y Antonio al

estilo asiático y egipcio. Puesto que ambos bandos se habían reconciliado, al [2] menos en apariencia, los soldados que combatían junto a César, rodeando a Antonio, le pedían el dinero que ambos les habían prometido antes de la batalla de Filipos, pues con este fin Antonio había sido enviado a Asia: para recaudar la mayor cantidad posible[114]. Y le habrían causado algún daño a Antonio, que no [3] les daba nada, si de alguna manera César no los hubiera contenido dándoles nuevas esperanzas. Después de este incidente enviaron a los soldados de mayor edad a las colonias, para evitar más insubordinaciones, y emprendieron la guerra. Pues Sexto [4] vino a Italia, según los acuerdos pactados con Antonio, para combatir juntos contra César; pero, cuando supo el arreglo de ellos dos, regresó a Sicilia a la vez que ordenó a Menas[115], un liberto suyo en el que tenía plena confianza, que navegara por la costa con parte de la flota y causara destrozos en las posesiones [5] de los enemigos. Este saqueó muchas ciudades de Etruria[116]. Y a Marco Ticio[117], que era hijo de Ticio, uno de los proscritos y de los que entonces estaban en el bando de Sexto, lo capturó cuando este, Ticio hijo, estaba anclado en la provincia de Narbonense[118] preparando una escuadra para imponer su [6] propio dominio en el mar. Pero Ticio no sufrió ningún daño (pues, gracias a su padre y a que sus soldados llevaban en los escudos el nombre de «Sexto», se salvó). Sin embargo, no correspondió a su benefactor con la misma nobleza, sino que luchó contra él y lo mató [119], hasta el punto que esta acción es recordada [7] entre las peores de esta clase. Menas, después de cumplir así aquellas órdenes, navegó hacia Cerdeña y entró en guerra con Marco Lurio, gobernador de la isla. En los primeros encuentros, Menas se dio a la fuga; pero en una ocasión posterior, cuando Lurio lo perseguía insensatamente, le hizo frente y [8] obtuvo por contra una victoria inesperada. Después, puesto que Lurio abandonó la isla, ocupó todas las ciudades mediante acuerdos, excepto Cagliari[120], a la que puso cerco, pues muchos soldados de Lurio se habían refugiado en ella después de la batalla. Menas dejó a algunos de los prisioneros en libertad sin rescate, entre otros a Héleno[121], un liberto por el que César sentía especial afecto: un gesto de buena voluntad hacia César, que Menas hacía mirando al futuro y buscando un refugio para sí, por si algún día necesitaba algo de él.

Así actuaba Menas. Mientras, los habitantes de Roma, puesto [**31**] que Cerdeña estaba ocupada y la costa italiana sufría continuos saqueos, estaban privados del suministro de alimentos y, además, el hambre, el gran número de tasas, los impuestos de todo tipo y el gravamen que pesaba sobre los que tenían esclavos los hacían sufrir terriblemente. Ya no se quedaban tranquilos, [2] sino que, igual que se alegraron con los acuerdos entre César y Antonio, puesto que la concordia entre aquellos significaba la paz para ellos, tanto o más se indignaron ahora con la guerra que ambos emprendían contra Sexto. En aquellos días los hicieron [3] entrar en Roma a caballo, como en los desfiles

triunfales, los engalanaron con el vestido de la victoria, igual que a los que participan en un triunfo[122], y les hicieron contemplar el desfile multitudinario desde los asientos de autoridades[123], y comprometieron en matrimonio a Octavia[124], la hermana de César, con Antonio, puesto que su marido había muerto[125], aunque ella estaba [4] embarazada. Pero después cambiaron tanto de actitud que al principio, cuando participaban en reuniones o asistían a algún espectáculo de masas, exhortaban a ambos a hacer la paz, pidiéndoselo a gritos una y otra vez; pero como César y Antonio no les hacían caso, entonces renegaron de ellos y se inclinaron [5] por Sexto. Y, entre otras muestras públicas que hicieron a favor de Sexto, fue que en las carreras de carros honraban con grandes aplausos a una estatua de Neptuno[126] que era llevada en procesión, y sentían un gran placer con ello. Pero como algunos días la estatua no fue llevada al circo, echaron a pedradas del foro a los magistrados, derribaron las estatuas de César y Antonio y, finalmente, puesto que no conseguían nada, se lanzaron [6] impetuosamente sobre ambos con la intención de matarlos. César, aunque sus guardaespaldas habían sido heridos, se rasgó las vestiduras y se volvió para suplicarles calma; pero Antonio los trató de forma más violenta. La gente estaba muy enfadada con ellos por estos hechos y parecía decidida a hacer algo terrible en respuesta, por lo que Antonio y César, en contra de su voluntad, se vieron forzados a abrir negociaciones de paz con Sexto.

En ese tiempo, César y Antonio cesaron a los pretores y a [**32**] los cónsules, aunque el año en curso estaba ya terminando, y en su lugar pusieron a otros, sin importarles si iban a gobernar muy pocos días. Y uno de los que entonces se convirtió en consul [2] fue Lucio Cornelio Balbo[127], de Gades, que sobresalió tanto por encima de sus contemporáneos en riqueza y magnanimidad, que al morir dejó a cada romano cien sestercios[128]. Eso [3] hicieron; y, como el último día del año murió un edil, eligieron en su lugar a otro para las horas restantes. Y en ese tiempo fue traída a Roma la llamada Agua Julia[129] y los cónsules celebraron [4] la fiesta prometida por la guerra contra los asesinos de Julio César; pero fueron los pontífices quienes llevaron a cabo los ritos que les correspondían hacer a los llamados septenviros[130], puesto que no estaba presente ninguno de ellos. Y esto volvió a ocurrir en otras muchas ocasiones.

Así sucedieron estas cosas aquel año. Y César enterró con [**33**] un funeral de Estado a Esfero, que era su pedagogo y liberto, mientras a Rufo Salvidieno lo hizo matar como presunto conspirador. Este procedía de una familia muy humilde; pero un [2] día, cuando apacentaba el rebaño, de su cabeza salió una llama: fue tan encumbrado por César que fue designado cónsul[131] cuando ni siquiera era senador, y a su hermano, que murió antes cuando cruzaba el Tíber, lo sacó de la ciudad para ser enterrado a través de un puente que hizo construir con este único [3] fin. Pero nada de lo humano es seguro. Fue denunciado en la curia por el propio César y degollado como enemigo de él y de todo el

pueblo; se celebraron fiestas de acción de gracias por su muerte y, más aún, la guardia de la ciudad recayó en los triunviros con el acostumbrado epíteto de «Para que en ella nada [4] malo ocurra[132]». El año anterior a este unos hombres del orden ecuestre que celebraban los juegos Apolinares abatieron en el circo fieras salvajes[133]. Y se introdujo un día intercalar en una fecha desacostumbrada, para que el primer día del año entrante no coincidiera con el día del mercado que se celebraba cada nueve días, lo que se cumplía escrupulosamente desde muy antiguo: todos saben que de nuevo fue suprimido ese día para que el calendario estuviera de acuerdo con el sistema del primer [5] César[134]. Los reinos de Átalo y Deyótaro, que habían muerto en Galacia[135], fueron entregados a cierto Cástor[136]. También entonces fue promulgada por Publio Falcidio la ley que aún hoy está en pleno vigor en asuntos de herencias y sucesiones, la ley Falcidia, que asegura que uno reciba como mínimo la cuarta parte del valor de la hacienda heredada, porque, en el caso de que alguien se encuentre agobiado, puede tomar esa cuarta parte y renunciar al resto[137].

Esos hechos sucedieron en esos dos años; pero en el siguiente[138], [**34**] en el que Lucio Marcio y Gayo Sabino eran cónsules, las medidas tomadas por los triunviros desde que formaron la oligarquía adquirieron rango legal al ser ratificadas por el Senado. [2] Y añadieron algunos impuestos, porque los costos eran mucho mayores que los establecidos en tiempos del primer César. Pues, aunque por su propia cuenta gastaban muchísimo, especialmente en tropas, se avergonzaban solo si gastaban más de lo pactado. César, que hasta entonces tenía bozo juvenil, cuando se afeitó [3] por primera vez lo celebró por todo lo alto[139] ofreciendo una fiesta para todo el pueblo con dinero público. Y a partir de entonces se afeitaba la barbilla, como los demás, pues ya andaba enamorado de Livia, y por eso se divorció el mismo día que Escribonia le daba a luz una niña. Como los gastos eran mucho [4] mayores que antes y los ingresos en general no eran suficientes, pues entonces iban a menos a causa de las guerras civiles, introdujeron nuevos impuestos e inscribieron como miembros del Senado a todos cuantos pudieron, no solo de entre los aliados a soldados e hijos de libertos, sino también a esclavos. Pues al [5] menos a cierto Máximo que iba a convertirse en cuestor lo reconoció su amo y se lo llevó a casa. Para este Máximo que se atrevió a pretender el cargo no hubo castigo; sin embargo, a otro esclavo que fue descubierto entre los pretores lo despeñaron por las rocas del Capitolio, pero previamente le dieron la libertad, para que el castigo fuera acorde con su dignidad de pretor[140].

[**35**] La expedición que Antonio estaba preparando contra los partos les dio el pretexto para nombrar a esa multitud de futuros senadores. A partir de entonces propusieron con más años de antelación el nombramiento de todos los cargos, y a los cónsules los propusieron con una antelación de ocho años completos, y de ese modo

gratificaban a los que se habían puesto de su lado [2] y se atraían a otros. Y ya no eligieron cada año a dos cónsules, como era la costumbre, sino que entonces por primera vez eligieron directamente más cónsules en los comicios. Pues antes ningún cónsul ejerció el cargo después de otro el mismo año, a menos que este hubiera fallecido o caído en la ignominia o hubiera cesado por cualquier otra causa. Los cónsules de antes alcanzaron el consulado según el parecer de los magistrados que habían sido elegidos para el año completo; pero ahora ningún cónsul fue elegido para un año completo, sino que unos [3] fueron designados para una parte del año y otros para otra. Y los cónsules que ejercían el cargo al principio del año daban su nombre a todo el año, como sucede ahora. Sin embargo, los habitantes de Roma y los del resto de Italia llamaban cada parte del año según quién estaba desempeñando el consulado, tal como se sigue haciendo ahora; pero los habitantes de fuera de Italia solo conocían los nombres de algunos de ellos o de ninguno, y por eso los llamaban «cónsules menores».

[**36**] Esto es lo que hacían César y Antonio en casa. Y con Sexto al principio mantuvieron contactos por medio de amigos, para ver cómo y sobre qué condiciones podían llegar a reconciliarse. Y después incluso fueron a Miseno[141] para negociar la paz directamente. Se quedaron los unos en el continente y el otro, no lejos de ellos sobre cierta plataforma que el mar bañaba por todas partes, construida para su seguridad. Y estaba presente la [2] flota de Sexto y toda la multitud de soldados de César y Antonio, pero no colocados de cualquier manera, sino formados y con todas las armas, los unos en tierra y los otros en los barcos, de forma que por este mismo hecho estaba claro para todos que negociaban por miedo al ejército contrario y por necesidad: César y Antonio pactaban presionados por el pueblo y Sexto por los que lo apoyaban. Los acuerdos se hicieron en los siguientes [3] términos: que los esclavos que habían desertado quedaran libres y que los ciudadanos que habían huido pudieran regresar, excepto los asesinos de César. A ellos, claro está, los exceptuaron, pues, de hecho, algunos se disponían ya a regresar, puesto que el propio Sexto era considerado uno de ellos[142]. Se decretó [4] una amnistía para todos, excepto para los asesinos de César, y que un cuarto de los bienes que les fueron confiscados se les devolviera. Incluso a algunos de ellos se les permitió de inmediato ser tribunos, pretores y sacerdotes; y Sexto sería elegido cónsul y nombrado augur[143], le dieron setenta millones de sestercios [5] por la hacienda de su padre y lo nombraron gobernador de Sicilia, Cerdeña y Acaya[144] por cinco años. A cambio, Sexto no debía admitir a más esclavos fugitivos ni adquirir más naves [6] ni mantener guarniciones en Italia, sino que debía imponer la paz en los mares de Italia y enviar a los habitantes de Roma una cantidad determinada de trigo. Le fijaron este tiempo de cinco años, porque también ellos querían mostrar que tenían autoridad por un tiempo limitado y no para siempre.

[**37**] Tras llegar a estos acuerdos los pusieron por escrito, y los documentos fueron

enviados para que los custodiaran las vírgenes Vestales. Después Sexto, César y Antonio se dieron la diestra y se abrazaron. En cuanto se produjeron estos abrazos, se levantó un amplio e inmenso griterío, desde tierra firme y desde [2] los barcos. Pues se habían congregado muchos soldados y muchos civiles, y de forma espontánea lanzaron los gritos, porque estaban terriblemente afligidos por la guerra y firmemente deseosos de paz, de modo que incluso los montes retumbaron con el griterío, lo cual les produjo un gran escalofrío y estupor: muchos murieron a causa de esta emoción y otros muchos perecieron [3] pisoteados o ahogados. Pues los que estaban en las barcas no esperaron a llegar a tierra firme, sino que saltaban al agua, y los que estaban en tierra se lanzaban al mar. En el agua se abrazaban unos a otros mientras nadaban y, agarrándose al cuello del otro, se hundían, de modo que daban un espectáculo y unos gritos [4] muy contradictorios. Unos, al comprobar que sus parientes y amigos seguían vivos, viéndolos allí presentes, experimentaban una alegría sin límites. Y al contrario, otros, que los creían muertos tiempo atrás, al verlos entonces de forma inesperada, se quedaban totalmente aturdidos y permanecían sin decir palabra, no creyendo lo que veían y suplicando a los dioses que esa visión fuera verdad, y no los reconocían hasta que aquellos los llamaban [5] por sus nombres y oían su voz. Se alegraban igual que si hubieran vuelto a la vida, y sentían un gran placer y al mismo tiempo no podían dejar de llorar. Y otros, que no sabían que sus seres queridos habían muerto y creían que vivían y que estaban allí, los andaban buscando de acá para allá, y a todo el que encontraban le preguntaban por ellos. Mientras no sabían nada con [6] certeza, parecían locos y mantenían un comportamiento incoherente, pues tenían la esperanza de encontrarlos y al mismo tiempo temían saber que habían muerto, de modo que ni podían renunciar al deseo de saber de ellos ni podían sufrir ante la esperanza de encontrarlos. Pero, cuando sabían la verdad, se [7] mesaban los cabellos, se rasgaban los vestidos, los invocaban por sus nombres, como si los fallecidos pudieran oír algo, y hacían el duelo como si hubieran muerto en ese momento o estuvieran allí de cuerpo presente. Y, si a algunos nada de esto les [8] ocurría, quedaban igualmente afectados por los sentimientos de los demás; pues se alegraban con el que era feliz y se apenaban con el que sufría. Y así, aunque estaban ajenos a un dolor privado, no podían mantenerse impasibles a causa de sus relaciones con los demás. Por eso, porque sufrían con los demás, no había [9] para ellos ni hartura ni pudor, gastando todo el día y parte de la noche en demostrar sus penas y alegrías.

Después de esto todos se invitaban unos a otros, y principalmente [**38**] los jefes: primero Sexto en la nave, y después César y Antonio en tierra firme. Pues Sexto los superaba tanto en tropas, que no pasó a tierra firme hasta que aquellos no subieron antes a su nave. Aceptada esta propuesta, Sexto, aunque habría [2] podido asesinarlos a los dos cuando estaban en el barco con unos pocos guardaespaldas, como de hecho le aconsejaba Menas, no quiso. Al contrario, con Antonio, que se había quedado con la

casa que su padre tenía en las Carinas[145] (pues hay un lugar en Roma llamado así), bromeaba de la forma más amable, [3] pues dijo que estaban celebrando el banquete en las *carinas* (tal es la denominación de las quillas de los barcos). A pesar de todo no hizo nada que mostrara rencor alguno contra ellos; es más, al día siguiente, cuando fue él el invitado, prometió a su hija con Marco Marcelo[146], el sobrino de César.

[**39**] Esta guerra había quedado aplazada; pero la guerra de Labieno y los partos se desarrolló como sigue. Antonio se dirigió a Grecia desde Italia y allí pasó muchísimo tiempo satisfaciendo sus caprichos y a la vez esquilmando a las ciudades, para [2] que Sexto las recibiera lo más débiles posible. Y en este tiempo se apartó de las costumbres ancestrales romanas en muchos de sus comportamientos, como, por ejemplo, en que se llamaba a sí mismo «el joven Dioniso» y exigía ser llamado así por los demás. Cuando los atenienses, en vistas de esta conducta y de otras semejantes, le entregaron en matrimonio a la diosa Atenea, Antonio dijo que admitía ese matrimonio y les exigió como dote cuatro millones de sestercios[147]. Mientras él estaba ocupado en estas cosas, envió a Publio Ventidio a la provincia [3] de Asia. Este fue a enfrentarse a Labieno antes de que se conociera su llegada, y lo desconcertó con un ataque por sorpresa y con las legiones (pues Labieno estaba sin los partos, únicamente con los soldados de la región), de modo que de inmediato lo expulsó de allí, pues Labieno ni siquiera le presentó combate cuerpo a cuerpo; y, tomando las tropas más ligeras, lo persiguió mientras huía a Siria. Lo alcanzó al pie del monte Tauro[148] [4] y ya no le permitió seguir más adelante, sino que allí, los dos acampados, permanecieron muchísimos días sin atacarse: Labieno esperaba a los partos y Ventidio, a su infantería pesada.

Ambos ejércitos llegaron justo en los mismos días, y Ventidio, [**40**] por temor a la caballería de los bárbaros, aguardó en los sitios altos, donde había acampado. Los partos, que por ser más [2] numerosos y haber vencido en otra ocasión[149] despreciaban a los romanos, antes de juntarse con las tropas de Labieno avanzaron hacia la colina justo al amanecer y, como nadie les salía al encuentro, prosiguieron hacia arriba. Cuando ya estaban allí, [3] los romanos, echándose a la carrera sobre ellos, los hicieron huir fácilmente pendiente abajo. Muchos de los partos murieron en la lucha cuerpo a cuerpo, pero la mayoría cayeron por la forma de retirarse: unos ya se habían dado a la fuga y otros aún seguían avanzando. Los que sobrevivieron no huyeron hacia donde estaba Labieno, sino hacia Cilicia. Ventidio los persiguió [4] hasta el campamento, pero al ver a Labieno allí se detuvo. Labieno formó el ejército como para iniciar un ataque cuerpo a cuerpo, pero dándose cuenta de que los soldados estaban desmoralizados a causa de la fuga de los bárbaros, ni siquiera se atrevió a plantar cara a Ventidio, y cuando llegó la noche intentó huir a algún sitio. Pero Ventidio, enterado de esto por unos [5] desertores, les tendió una emboscada y mató a muchos cuando escapaban; a todos los demás, que habían sido abandonados por Labieno, los incorporó a su ejército. Labieno, entonces,

cambió de ropas y huyó, pasando un tiempo oculto en Cilicia, hasta que finalmente fue apresado por Demetrio. Este había sido un liberto [6] del primer César y entonces estaba en Chipre, donde había sido enviado por Antonio. Puesto que sabía que Labieno se ocultaba, lo buscó y lo apresó.

[**41**] Después de estos hechos, Ventidio partió para Cilicia y, mientras sometía esta provincia, envió a Pompedio Silón[150] con la caballería [2] al Amano. Esta montaña está en la frontera de Cilicia con Siria, y tiene un paso tan estrecho como para que en cierto momento se levantara entre sus paredes un muro con unas puertas, y [3] de ellas recibe el nombre el lugar[151]. Sin embargo, Silón no solo no pudo adueñarse de la región, sino que incluso estuvo a punto de morir a manos de Franapates, que era lugarteniente de Pácoro y vigilaba el paso. Pues Silón habría muerto si Ventidio, que por azar se encontraba por allí, no lo hubiera socorrido cuando libraba [4] el combate. Ventidio, cayendo sobre los bárbaros, que estaban desprevenidos y eran inferiores en número, mató a Franapates y a otros muchos, y así se apoderó sin lucha de Siria, que había sido abandonada por los partos, con la excepción de la isla de Arados. Después marchó a Palestina y, poniendo en fuga a Antígono[152], [5] que reinaba en la región, la tomó sin dificultad. Mientras llevaba a cabo estas acciones, Ventidio recaudó grandes cantidades de dinero que iba exigiendo individualmente a muchos, y enne otros también a Antígono, a Antíoco[153] y a Maleo[154] el Nabateo, porque se habían aliado con Pácoro. Pero Ventidio no recibió ninguna alabanza del Senado por estas proezas, porque no era general en jefe sino lugarteniente de otro; sin embargo, Antonio recibió elogios y se hicieron fiestas de acción de gracias en su honor. Los de [6] Árados, temiendo que se les castigara por haber osado enfrentarse a Antonio, no se unieron a Ventidio, por lo que fueron sitiados durante un tiempo por este, hasta que más tarde la ciudad fue tomada por otros con grandes dificultades[155]. Por ese mismo tiempo [7] ocurrió en Iliria la revuelta de los partinos[156], a la que Polión[157] puso fin tras algunos combates.

Y en ese tiempo ocurrió también en Hispania la revuelta de los [**42**] cerretanos[158]. Calvino[159] los sometió, pero previamente tuvo algunos éxitos, y también fracasos a causa de su lugarteniente, que fue emboscado por los bárbaros y abandonado por sus soldados. Pero [2] Calvino no intentó nada contra los enemigos hasta haber castigado a esos soldados. Los convocó con cierto pretexto y los rodeó con el resto del ejército; apartó dos centurias y ejecutó por sorteo a uno de cada diez[160], y aplicó este castigo a muchos centuriones, entre ellos al que combate con la llamada «primera lanza»[161]. Al [3] obrar así Calvino, como Marco Craso[162], adquirió renombre por la forma de mantener la disciplina militar, y entonces marchó contra [4] los enemigos y los sometió sin grandes dificultades. Obtuvo un triunfo, aunque Hispania había sido asignada a César[163] (pues, por deseo de los que ostentaban el mando, los honores también recaían en los

lugartenientes) y únicamente de las ciudades hispanas recibió el oro que, según la tradición, debe ser entregado para esta celebración. Una parte de ese oro lo gastó en el triunfo y la mayor [5] parte, en la Regia[164]. Pues habiéndose quemado la reconstruyó y la consagró, adornándola espléndidamente con todo tipo de lujos, incluidas estarnas que pidió a César para después devolverlas; pero después no devolvió las que recibió, haciendo bromas [6] eso. Pues, como si no tuviera suficientes sirvientes, le decía; «Envíame sirvientes y llévatelas». Así César, tan angustiado se sentía con el sacrilegio de llevárselas, que las dejó como offendas.

[**43**] Eso sucedió en ese tiempo. Pero cuando Apio Claudio y Gayo Norbano eran cónsules, que fueron los primeros en disponer de dos cuestores cada uno, la plebe se rebeló contra los recaudadores, porque los agobiaban de la forma más gravosa, y agredían a los recaudadores, a los asistentes de estos y a los [2] soldados que los ayudaban a cobrar el dinero. Fueron designados sesenta y siete[165] pretores, uno tras otro, y todos desempeñaron el cargo. Y como cuestor fue elegido uno entre los niños, que al día siguiente ingresó entre los *iuvenes*[166]; y otro que fue inscrito para el Senado quiso combatir como gladiador. Pero le [3] impidieron hacer tal cosa, porque se promulgó una ley que prohibía que un senador luchara como gladiador, que un esclavo pudiera ser lictor o que hubiera piras de cadáveres a menos de un radio de dos millas[167] de la ciudad. Antes de aquel tiempo [4] ocurrieron muchos prodigios (entre otros, que brotaba a borbotones aceite a lo largo del Tíber), pero también entonces ocurrieron otros muchos. La cabaña[168] de Rómulo se quemó a causa de cierta ceremonia religiosa que habían celebrado los pontífices. Una estatua de la Virtud que estaba delante de una puerta cayó de cara. Y algunos, inspirados por la Madre de los dioses, decían que la diosa estaba enojada con los romanos. Se [5] consultaron por este motivo los versos sibilinos[169] y, como estos decían también lo mismo, pues prescribían arrojar la estatua al mar y purificarla en el agua, la diosa fue llevada lo más lejos posible de la tierra y arrojada a las profundidades del mar. Allí estuvo hasta que finalmente fue traída mucho tiempo después. Durante ese tiempo, un miedo no pequeño embargó de nuevo [6] a los romanos, y no recuperaron el ánimo hasta que brotaron cuatro palmeras alrededor del templo de la diosa y en el foro.

Esto fue lo que sucedió entonces. Y César se casó con Livia. [**44**] Era hija de Livio Druso[170], que había sido uno de los proscritos incluidos en la listas y puso fin a su vida después de la derrota[171] en Macedonia, y esposa de Nerón, a quien acompañó en el destierro, como ya he contado[172]. Estaba embarazada de él de seis meses. [2] Como César dudaba, consultó a los pontífices si le era lícito casarse con ella estando embarazada. Le respondieron que si la paternidad era dudosa, había que retrasar el matrimonio. Pero, puesto que él estaba conforme con el embarazo, ningún impedimento

había para celebrar el matrimonio. Quizá los pontífices encontraron en verdad antecedentes como este entre las respuestas ancestrales; pero, si no la hubieran encontrado, lo habrían dicho [3] exactamente igual. El propio marido la entregó en matrimonio como un padre. Y en el banquete les ocurrió la siguiente anécdota. Uno de esos niños deslenguados que las mujeres criaban desnudos con ellas para su entretenimiento, al ver por un lado a Livia con César y por otro, aparte, a Nerón con otro que estaba recostado en el triclinio, se acercó a ella y le dijo: «¿Qué haces aquí, señora? Pues tu marido —dijo señalando a Nerón— está acostado [4] allá». Así se celebró este matrimonio y, viviendo ya la mujer con César, dio a luz a Claudio Druso Nerón[173]. Y César lo cogió en brazos en señal de que lo aceptaba y lo envió con su padre. En sus memorias escribió esto: «César devuelve el bebé engendrado por [5] Livia, su esposa, a su padre, Nerón». Y este, que murió no mucho después, dejó al propio César encargado de Claudio y de Tiberio. La gente, entre otras muchas cosas que se contaban sobre este matrimonio, decía que «los afortunados tienen hijos a los tres meses», de modo que este dicho se ha convertido en refrán.

[**45**] Mientras esto sucedía en Roma, por el mismo tiempo Bogud[174] el Moro navegó a Hispania, bien por encargo de Antonio bien por decisión propia. Causó muchos males, pero también sufrió otros muchos. Pues en su ausencia sus compatriotas que [2] vivían en la zona de Tánger[175] se sublevaron contra él y Bogud salió de Hispania y no recuperó el reino, pues tanto los que gestionaban los asuntos de César en Hispania como Boco[176], que se había unido a estos, eran más poderosos que aquel. Entonces, [3] Bogud marchó junto a Antonio, y Boco en seguida se apoderó de su reino y después fue confirmado en el trono por César, y a los de Tánger se les concedió la ciudadanía.

Por ese tiempo, o incluso antes, Sexto y César entraron en [4] guerra. Como habían llegado a un acuerdo que no deseaban, hecho no por voluntad propia sino obligados, no mantuvieron el acuerdo, por así decir, en ningún momento, por lo que rompieron la tregua de inmediato y desencadenaron el conflicto. Iban [5] a combatir de cualquier modo, aunque no encontraron ningún pretexto. Los motivos de uno y otro fueron los siguientes. Sexto desconfió de Menas, que seguía en Cerdeña y se comportaba como una especie de pretor, por haber dejado libre a Héleno[177] y porque mantenía contactos con César, y además porque los de su mismo rango, envidiosos de su poder, lo acusaban calumniosamente. Cuando por este motivo Sexto lo mandó llamar, con el [6] pretexto de que debía dar cuentas del trigo y del dinero que había administrado, Menas no obedeció, sino que apresando a los que habían ido a comunicarle esta orden los mató. Tras negociar con César mediante heraldos, le entregó la isla, la flota, el ejército de tierra y su persona. César se alegró al verlo y, [7] alegando que Sexto había acogido a los desertores en contra de lo establecido, había reunido un arsenal de trirremes y mantenía guarniciones en Italia[178], no lo entregó a Sexto cuando este lo reclamó, sino que incluso

lo trató con grandes honores, le impuso [8] anillos de oro y lo inscribió en la orden de los caballeros. El significado de los anillos es el siguiente. Pues a nadie de los antiguos romanos se le permitía lucir anillos de oro excepto a los senadores y a los caballeros, ni siquiera a los que habían nacido en una familia libre, y mucho menos a los esclavos, [9] como ya quedó dicho por mí[179]. Por esta razón los anillos son entregados a aquellos libertos a quienes el que ostenta el poder desea distinguirlos, pues, aunque puedan llevar oro por otros motivos, se hace en señal de honor, como a hombres que están por encima de su condición de libertos, y de ahí que pueden llegar a ser caballeros.

[**46**] Esto es tal como se ha contado. Y Sexto reprochó a César su comportamiento con Menas y, además, denunció que Acaya[180] había sido esquilmada[181] y que ni a él ni a los exiliados se les había concedido nada de lo acordado[182]. En consecuencia, Sexto envió a Italia a Menécrates, que era también un liberto suyo, y valiéndose de este saqueó varias ciudades de la Campania, [2] entre ellas Volturno[183]. Cuando César supo esto, retiró del templo de las Vestales los escritos del acuerdo y convocó a Antonio y a Lépido. Lépido no obedeció de inmediato, pero Antonio vino a Brindis, pues casualmente aún estaba en Grecia. [3] Pero antes de encontrarse con César, que estaba en la costa tirrena, asustado porque un lobo había entrado en su tienda de general y había matado a algunos soldados, navegó de nuevo a Grecia poniendo como pretexto que la situación de la guerra contra los partos se había vuelto apremiante. Ante esto César, [4] aunque estaba firmemente convencido de que Antonio lo había abandonado para que cargara él solo con el peso de la guerra, ni siquiera daba muestras de enfado. Por otro lado, Sexto propalaba que Antonio no aprobaba la conducta de César y, poniendo más empeño en sus objetivos, navegaba finalmente a Italia; allí hacía desembarcos y causaba muchos daños, pero también los sufría. Y entonces se produjo la batalla [5] naval ante Cumas[184] entre Menécrates y Calvisio Sabino[185]. En ella se perdieron más naves de César, porque tuvo que hacer frente a hombres experimentados en el mar. Y Menécrates, llevado por el ardor de la lucha, se lanzó sobre Menas; pero murió en el ataque y deparó a Sexto una desgracia que contrarrestaba su victoria. Por eso Sexto no sacó ningún provecho de la [6] victoria mientras César se consolaba de la derrota.

Se daba la circunstancia de que César estaba por el mismo [**47**] tiempo en Regio, y los seguidores de Sexto, temiendo que cruzara a Sicilia, y desmoralizados por la muerte de Menécrates, salieron de Cumas. Sabino, en su persecución, llegó sin dificultad [2] hasta el cabo de Escila[186], el punto más extremo de Italia. Pero cuando lo estaba bordeando se levantó un gran viento que estrelló muchas naves contra el acantilado, otras las hundió en alta mar y a las demás las dispersó. Sexto, cuando supo esto, [3] envió su escuadra contra estas y puso al mando a Apolófanes[187]. Este, cuando se topó con César, que costeaba por aquellos lugares para pasar a Sicilia junto con Sabino, se abalanzó

contra él. Al instante César ancló las naves unas junto a otras e hizo formar a los soldados en la cubierta de las naves, y rechazaron con [4] gran valor el primer ataque de Apolófanes. Pues las naves, colocadas con la proa hacia delante, no permitieron hacer ningún ataque eficaz contra él; es más, al ser las naves de César más fuertes y más altas, dañaban a las que se acercaban, y los soldados, como luchaban contra aquellos desde una posición más [5] elevada, se mostraron muy superiores. Pero después, Apolófanes comenzó a trasladar a los heridos y a los que se iban quedando exhaustos, remando hacia atrás, a otras naves colocadas detrás, y los sustituía por otros que estaban frescos; y, como además hacía continuas arremetidas y lanzaba proyectiles incendiarios, César huyó y, encontrando un refugio en tierra, atracó. [6] Pero, puesto que los enemigos, aun así, los seguían hostigando, algunos hombres de César soltaron de repente las anclas y de forma inesperada atacaron a Apolófanes. Esta maniobra impidió que Apolófanes incendiara unas naves y se llevara a remolque las demás, y también porque sobrevino la noche.

[**48**] Tal fue lo que sucedió ese día. Y al día siguiente un viento desmedido se abatió sobre César y Sabino, que habían anclado en el mismo lugar, e hizo parecer pequeño el daño sufrido el día [2] anterior, aunque la escuadra de Sabino resultó menos dañada. Pues Menas, que llevaba muchos años bregando en el mar, previo la tormenta y zarpó dirigiendo las naves directamente a alta mar y remando cara al viento, hasta anclarlas distantes entre sí y con los cables del ancla muy flojos, para que no se rompieran con la tensión; y así Menas, sin ni siquiera tensar los cables, permanecía siempre en el mismo lugar: todo cuanto reculaba empujado por el viento, lo contrarrestaba con los remos. Los [3] otros, que habían sufrido terriblemente el día anterior y aún no sabían con certeza nada de las cosas del mar, fueron arrojados contra la tierra más próxima y perdieron muchas naves. La noche, lo mismo que la vez anterior les había sido de gran ayuda, esta vez les causó los mayores daños; pues el viento, soplando con fuerza durante la noche, desprendía las naves de las anclas y las estrellaba contra las rocas. Así fue como las naves se perdieron [4] y los remeros y los soldados perecieron, porque no podían ni ver nada de lo que tenían delante a causa de la oscuridad ni entender nada a causa del estrépito y del eco que provenía de las montañas y, sobre todo, por el viento ensordecedor. Ante [5] esta situación, César renunció a Sicilia y se dio por satisfecho con defender la línea costera de Italia, mientras Sexto se vanaglorió aún más, creyéndose realmente hijo de Neptuno[188]: se puso un vestido azul marino y en el Estrecho metió vivos unos caballos[189] y, según cuentan algunos, también a hombres. En [6] tanto él saqueaba Italia, envió a Apolófanes a Libia[190]. Pero Menas persiguió a Apolófanes hasta alcanzarlo y le causó graves daños. Y, como los habitantes de las islas[191] próximas a Sicilia se pasaron al bando de Sexto, César se adelantó y se lo impidió a los habitantes de Lípari[192], pues los hizo salir de la isla y llevándolos a Campania los obligó a permanecer

en Nápoles mientras duró la guerra.

Durante este tiempo, César se hacía construir barcos a lo largo [**49**] y ancho, por así decir, de toda Italia, y como remeros iba reservando a los esclavos que primero los amigos le entregaban, se supone, voluntariamente y después los demás —senadores, caballeros y plebeyos ricos—; también reclutaba soldados para la flota y acumulaba dinero de los ciudadanos, de los aliados y de los [2] particulares, tanto de Italia como de fuera de Italia. Y ese año y el siguiente lo empleó en construir naves y en reunir y entrenar a los remeros; y él personalmente supervisaba y organizaba estos y los demás asuntos de Italia y de la Galia, donde hubo algún incidente. [3] Pero dejó los preparativos de la flota en manos de Agripa. Lo hizo llamar cuando combatía contra los galos que se le habían sublevado, en el preciso momento en que cruzaba el Rin para combatirlos, y era el segundo[193] romano en hacer tal cosa. Lo honró con la concesión de un triunfo y le ordenó aplicarse a esa [4] tarea y poner en funcionamiento la flota. Pero Agripa, que era cónsul con Lucio Galo, no celebró el triunfo, considerando que sería una afrenta enorgullecerse públicamente cuando César había salido malparado contra Sexto, y se aplicó con gran ánimo en dejar terminada la flota: había barcos a lo largo de toda la costa [5] italiana. Y, puesto que ningún punto de la costa lo encontraba seguro para atracarlos, pues entonces la mayor parte de esa península estaba aún sin puertos, concibió y construyó una obra formidable[194] de la que yo, mediante una descripción detallada, voy a hacer su representación con palabras, y también de todo lo que hoy día queda aún relacionado con ella[195].

[**50**] En Cumas, en Campania, hay una región en forma de media luna entre Miseno y Puteoli[196], rodeada por montes pequeños y

pelados, excepto en algunos puntos, y encierra un golfo dividido en tres lagunas. Una de ellas, la exterior, se extiende ante las [2] ciudades[197]; la del centro está separada de la exterior por una estrecha franja de tierra, y la que se ve en el fondo es de tipo pantanoso. Esta última se llama Averno; la de en medio, lago Lucrino, y la de fuera, que es parte del mar Tirreno, pertenece a este y de él recibe el nombre. En ese mar interior que estaba [3] entre las otras dos partes, Agripa, abriendo entonces dos canales estrechos en la franja de tierra que separaba el lago Lucrino del mar abierto, cada uno cerca de tierra firme, creó dos puertos excelentes para anclar los barcos. Mientras se realizaban las [4] obras, una estatua que se erigía sobre el lago Averno, quizá de Calipso, a quien está consagrado este lugar, pues hasta allí dicen que navegó Ulises, o quizá de otra divinidad femenina, se cubrió de sudor como si fuera un cuerpo humano. Si esto entonces tuvo algún significado, no puedo decirlo. Pero todo cuanto vi digno de mención en aquel lugar, voy a describirlo.

Esos montes[198] que se encuentran junto a los mares interiores [**51**] tienen fuentes de donde mana en grandes cantidades fuego mezclado con agua. Pero no es posible

encontrar ni fuego solo ni agua sola en ningún sitio, pues no se ve ni el propio fuego ni el agua líquida, sino que por efecto de la unión de ambos el agua se vaporiza y el fuego se humidifica. Y esa mezcla avanza [2] pendiente abajo por las laderas hasta los depósitos marinos, y el vapor de esa mezcla es conducido a través de tubos hasta las habitaciones altas de los edificios, donde se toman baños de vapor. Cuanto más se eleve sobre la tierra y el agua, más seco

es. Estas costosas instalaciones se emplean para proporcionar baños tanto de agua como de vapor, y son excelentes para la [3] vida diaria y como terapia[199]. Todo esto es regalo de aquel monte, que además da a la tierra las siguientes propiedades. El fuego no puede arder (pues toda llama que surge de él es apagada por el contenido de agua de la mezcla) pero, aun así, puede desintegrar y fundir cualquier cosa que lo toque: sucede que la grasa de la tierra es derretida por ese fuego; pero lo rocoso —los [4] huesos, por así decir— permanece. Los componentes de esa tierra son necesariamente porosos: al entrar en contacto con el calor seco se convierten en ceniza, pero en seguida, en contacto con el agua, forman un amasijo de agua y polvo que se va endureciendo y cuanta más humedad contengan, más se solidificarán y petrificarán. La causa de este fenómeno es que, aunque los componentes más frágiles se tensan y rompen a causa del fuego que es connatural en esa masa, al mismo tiempo se condensan a causa de la humedad de la mezcla y, por esto, al quedar totalmente [5] cohesionada por dentro, se vuelve indisoluble. Tal es la ciudad de Bayas[200]. Y en Bayas fue donde entonces Agripa, tan pronto como terminó los canales de entrada a las lagunas, fue reuniendo las naves, que protegía con un armazón de planchas, y a los remeros, a los que entrenaba haciéndolos remar en los bancos.

[**52**] Los habitantes de Roma estaban conmocionados con las señales divinas. Pues les llegaron noticias de muchos y diversos prodigios. Entre otros, que muchos delfines se habían peleado y se habían matado cerca de la ciudad de Aspis[201] en la provincia de África. Y allí también, cerca de la ciudad, llovió [2] sangre del cielo y las aves la esparcieron por todas partes. Y en los Juegos Romanos[202] ningún senador celebró el banquete en el Capitolio, como era la costumbre; y también a esto lo denominaron con la palabra «prodigio». Lo que le ocurrió a Livia [3] fue motivo de placer para ella, pero a los demás les causó miedo: un águila dejó caer en el regazo de Livia un ave blanca que llevaba una ramita de laurel que ya había fructificado. Como el prodigio no parecía insignificante, Livia se ocupaba del ave con toda clase de cuidados y plantó el laurel. La rama, echando [4] raíces, creció tanto que Livia proporcionaba laurel más que suficiente a quienes celebraron triunfos después de este hecho, e iba a concebir en su seno la fuerza de César y a dominarlo en todos los ámbitos.

Sin embargo, a los demás romanos estos prodigios y los [**53**] continuos cambios de magistrados les causaban gran inquietud. Y esto no solo porque los cónsules y los pretores se sucedían continuamente unos a otros, sino también los cuestores[203]; esto

duró un tiempo. La causa era que todos se afanaban por los [2] cargos no para mandar en la patria el mayor tiempo posible, sino para quedar incluidos entre los magistrados y, con ello, recibir los honores y los atributos externos. Sin embargo, algunos ni siquiera eran elegidos para un periodo determinado, sino que tomaban posesión del cargo y lo dejaban cuando les parecía a los que ostentaban el poder. Muchos hicieron ambas cosas el [3] mismo día; pero también hubo otros que tuvieron que renunciar al cargo por razón de su pobreza, y no voy a mencionar ahora a los que habían estado antes con Sexto[204], que fueron desposeídos [4] de los derechos ciudadanos con cierta razón. En efecto, cuando un tal Marco Opio[205] decidió renunciar al cargo de edil por razón de su pobreza (pues él y su padre se contaban entre los proscritos[206]), la plebe no lo consintió, sino que se le entregó todo lo necesario para su manutención y para los gastos ocasionados [5] por el desempeño del cargo. Sobre este hombre se cuenta también que algunos delincuentes, entrando en el propio teatro con máscaras, como si fueran actores que iban a actuar, aportaron también dinero. Y así vivió, amado por la gente; y, cuando poco después murió, fue llevado en cortejo al Campo de Marte [6] y allí fue incinerado[207] y enterrado. Pero el Senado, indignado con la plebe por todas las atenciones que había tenido con este hombre, ordenó, siguiendo el consejo de los pontífices, que sus huesos fueran trasladados a otro lugar, porque era una impiedad que descansaran en ese lugar sagrado. Sin embargo, antes y después el Senado enterró a otros muchos en ese mismo lugar.

[**54**] En este mismo tiempo, Antonio vino de nuevo a Italia desde Siria, con el pretexto de que iba a participar en la guerra contra [2] Sexto a causa de los fracasos de César. Sin embargo, no se quedó allí, porque habiendo llegado más para espiar a César que para hacer algo concreto, le entregó algunas naves y prometió entregarle otras, a cambio de las cuales se llevó soldados, y se marchó diciendo que iba a emprender la expedición contra los partos. [3] Pero antes de partir, uno y otro se acusaron de los agravios recibidos, primero a través de amigos y luego personalmente. Y, puesto que no tenían tiempo para luchar entre ellos, se reconciliaron más o menos, desempeñando Octavia en este asunto un papel muy importante. Y, para estrechar más los lazos de parentesco, [4] César entregó a su hija[208] a Antilo[209], el hijo de Antonio, y Antonio prometió la hija[210] que había tenido con Octavia a Domicio[211], aunque era uno de los asesinos de César (Julio) y había sido incluido en la lista de proscritos para morir. Todo esto eran [5] para ambos simples componendas, pues, de hecho, no pensaban cumplirlas, sino que decidían los acuerdos según la necesidad que tenían en el momento presente. Antonio envió de inmediato a Octavia desde Corcira[212] a Italia, naturalmente para que no corriese peligro si lo acompañaba en la guerra contra los partos. Sin [6] embargo, entonces no solo tomaron aquellos acuerdos, sino que eliminaron a Sexto del sacerdocio y del consulado para los que había sido designado[213]; pero ellos prorrogaron su poder

por otros cinco años, puesto que el periodo anterior había expirado[214]. Tras esto, Antonio se apresuró a ir a Siria y Octavio se aplicó a su guerra. Todas las cosas le iban a César según sus planes; pero [7] Menas, que era desconfiado por naturaleza y siempre se pegaba al más poderoso, y además estaba indignado porque no tenía ningún poder y se había convertido en subordinado de Sabino, desertó de nuevo al bando de Sexto.

[1] Ese año fueron cónsules *suffecti* Lucio Cornelio Balbo (*cf. supra* § 32, 2) y Publio Canidio Craso.

[2] Ese año fueron cónsules *suffecti* G. Coceyo Balbo y P. Alfeno Varo.

[3] Ese año fueron cónsules *suffecti* L. Cornelio Léntulo y L. Marcio Filipo.

[4] Ese año fue cónsul *suffectus* T. Estatilio Tauro.

[5] Este es el segundo reparto de las provincias, muy diferente al primero que hicieron tras la creación del triunvirato (*cf.* XLVI 55, 2-4).

[6] *Cf.* XLVII 42, 5.

[7] Salen desde Macedonia, donde se firman estos acuerdos tras la batalla de Filipos y a espaldas de Lépido. Marco Antonio, tras una visita a varias ciudades de Grecia (*cf.* PLUTARCO, *Antonio* 23), marcha hacia Asia Menor, donde conoce a Cleopatra en Cilicia, y en seguida se establece en Egipto (*cf. infra* 24, 2-3).

[8] Aquí terminan los hechos del año 40 a. C., en el que habían sido cónsules Lépido y Munacio Planeo.

[9] El nombre real era Publio Servilio Vacia Isáurico, que ya fue cónsul en el 48 a. C., con Julio César como colega. Tenía el mismo nombre que su padre, que fue también cónsul en el 79 a. C.

[10] Hermano menor de Marco Antonio (véase nota a XLVI 37, 1).

[11] *Cf.* XLVI 56, 3 y nota *ad locum.*

[12] En los códices L y M hay una laguna de unas tres líneas.

[13] En alusión al quinto consulado de Gayo Mario, en el 101 a. C., cuando le llegó el nombramiento mientras celebraba el triunfo sobre los ambrones y teutones (*cf.* PLUTARCO, *Mario* 22).

[14] En Roma el número de tribus o distritos fue aumentando hasta 35.

[15] Recuérdese que Fulvia, casada con Marco Antonio, era cuñada de Lucio Antonio, y César, casado con Clodia, hija de Fulvia, era yerno de ésta (véase nota a XLVI 56, 3).

[16] *Cf. supra* § 2, 3.

[17] En efecto, se le conoció como Lucio Antonio Pietas (en latín *pietas* significa «piedad, veneración, cumplimiento con el deber»).

[18] Lo tradicional era entregar dinero a los soldados en activo y tierras a los que se licenciaban por edad.

[19] Sexto Pompeyo se había hecho dueño de Sicilia y dominaba la parte sur del mar Tirreno (*cf.* XLVII 12, 2-3).

[20] Fue uno de los asesinos de César. Después se pasó al bando de Antonio (*cf. infra* § 16, 2) y finalmente al de César (*cf.* L 13, 6). No hay que confundirlo con su padre, del mismo nombre, que fue cónsul en el 96 a. C.

[21] *Cf.* XLVII 42, 5.

[22] Es la misma medida, y por la misma cantidad, que ya adoptó Julio César *(cf.* XLII 51, 1). Quinientas draemas equivalían a dos mil sestercios, unos dos kilos de plata (sobre el valor de las monedas véase nota a XLVI 31, 3).

[23] Es la antigua *Placentia,* hoy Piacenza, ciudad del norte de Italia (nada que ver con la española Plasencia).

[24] Ambos son partidarios de Marco Antonio. Sobre Caleno *cf.* XLVI 1, 1 y nota; sobre Publio Ventidio *cf.* XLVII 15, 2 y nota.

[25] La actual Palestrina, a unos cuarenta kilómetros al este de Roma.

[26] *Cf. supra* XLVIII 2, 4.

[27] Véase nota anterior.

[28] Pequeña ciudad situada a unos veinte kilómetros al este de Roma, justo a medio camino entre Roma y Preneste (la actual Palestrina), donde se habían hecho fuertes Fulvia y Lucio *(cf. supra* § 10, 3).

[29] La càliga era la sandalia que utilizaban los soldados romanos, con lo que Fulvia y Lucio daban a entender que el Senado había sido sustituido por la soldadesca.

[30] Incumplir los acuerdos firmados por César y Antonio.

[31] La Galia Cisalpina (véase nota a XLVI 55, 5).

[32] La actual Norcia, hoy en el sureste de Umbría.

[33] Personaje poco conocido, que después se pondría de parte de Sexto Pompeyo frente a César *(cf.* XLIX 8, 1-2).

[34] Situada a casi cien kilómetros más al norte que Nursia, hoy en la región de Las Marcas y no en Umbría, cerca de la actual Fabriano.

[35] Fue al principio un fiel servidor de Octavio, pero después, en un turbio asunto, fue acusado por el propio Antonio de haberse ofrecido para pasarse a su bando, por lo que Augusto lo condenó a muerte *(cf. infra* § 33, 1).

[36] Según Apiano *(cf. Guerras civiles* V 30-31), Lépido huyó para refugiarse junto a Octavio, mientras Lucio habló al pueblo de Roma y consiguió que lo aclamaran como *imperator* y que aprobaran una expedición de castigo contra César y Lépido, acusado de haber ejercido el poder ilegalmente.

[37] Antonio lo nombró después gobernador de la provincia de Asia (*cf.* XLIX 17, 5); y su hijo, del mismo nombre, fue cónsul en el 17 a. C.

[38] Por Q. Salvidieno y M. Agripa *(cf.* APIANO, *Guerras civiles* V 31).

[39] La actual Perugia, hoy en la Umbría.

[40] Etruria es la región donde se asentaron los etruscos y hoy se corresponde, aproximadamente, con la Toscana. «Toscana» y «Tirreno» derivan de los vocablos con

que latinos y griegos denominaron respectivamente a este pueblo: *toscanus* (más frecuente era *etruscus)* y *tyrrēnós* (o *tyrsēnós).*

[41] César no tuvo en cuenta los favores que recibió de Canudo *(cf.* XLV 6, 3 y 12, 4).

[42] Se entiende que los terrenos no podían superar una milla de lado. La milla romana (mil pasos) equivalía a unos 1.480 m. Dion lo expresa con medidas griegas y habla de siete estadios y medio (7,5 x 185 = 1.388 m). Véase nota a XLVI 44, 4.

[43] Año 40 a. C.

[44] Marco Antonio, después de la batalla de Filipos, marchó a Asia Menor y allí estuvo un tiempo recaudando dinero, hasta que conoció a Cleopatra en Cilicia y se estableció con ella en Egipto *(cf. infra* § 24, 2-3). El encuentro con Fulvia tuvo lugar en Grecia, a donde acudió Antonio desde Egipto *(cf. infra* § 27, 4).

[45] Véase nota anterior.

[46] Tiberio prestó grandes servicios a Julio César, aunque era defensor de la república, y después tomó partido contra Octavio. Es más conocido por haber accedido al divorcio de su esposa, Livia Drusila, para que pudiera casarse con César Augusto. Tiberio tuvo con Livia dos hijos famosos: Tiberio, el futuro emperador, y Druso el Mayor, al que Livia llevaba en el vientre cuando se casó con Augusto. Sobre este matrimonio véase *infra* § 44.

[47] El futuro emperador, del mismo nombre que su padre (véase nota anterior).

[48] Véase nota a XLVI 29, 5.

[49] *Cf. supra* § 7, 4-5.

[50] *Cf.* supra § 15, 2.

[51] Era hija de Q. Mucio Escévola, cónsul en el 95 a. C. Se casó primero con Pompeyo (para Pompeyo era el tercer matrimonio) y con él tuvo tres hijos: Gneo Pompeyo (murió después de ser derrotado por Julio César en Munda), Pompeya Magna y Sexto Pompeyo; pero Pompeyo Magno se divorció de ella acusándola de infidelidad (entre sus amantes podría haber estado el propio Julio César). Después de este divorcio, Pompeyo se casó con Julia, hija de Julio César, y Mucia, con M. Emilio Escauro.

[52] Dion se refiere a Escribonia. Esta y su hermano, el suegro de Sexto, eran hijos de Lucio Escribonio Libón (padre e hijo tenían el mismo nombre); Sexto se había casado con una hija de Escribonio hijo, llamada también Escribonia y sobrina de la anterior. Escribonia era mayor que Augusto y había estado casada dos veces antes, y con ella tuvo Augusto a su única hija, Julia la Mayor. Fue la segunda mujer de Augusto, después de divorciarse de Clodia, hija de Fulvia (véase *supra* § 5, 3). El mismo día que Escribonia daba a luz a Julia, Augusto se divorciaba de ella para casarse con Livia (sobre este divorcio véase *infra* § 34, 3).

[53] *Cf.* XLV 10, 6.

[54] *Cf.* XLVI 40, 3.

[55] Eso fue antes de la formación del triunvirato *(cf.* XLVI 48, 4).

[56] Se refiere a Julio César, padre adoptivo de Octavio.

[57] Era sabido que Sexto de ninguna manera participó en la conjuración contra César, y además en esos momentos estaba en Hispania *(cf.* XLV 10, 3).

[58] Milas (hoy Milazzo), ciudad de la costa noreste de Sicilia.

[59] Tindáride (hoy Tindari), ciudad de la costa noreste de Sicilia, algo más al oeste que Milas.

[60] Mesina (el nombre antiguo es Mesana), ciudad al norte de la costa este de Sicilia, en el estrecho al que da nombre.

[61] Aulo Pompeyo Bitínico fue nombrado gobernador de Sicilia por Julio César, a pesar de que su padre, Q. Pompeyo Bitínico, luchó al lado de Pompeyo Magno y murió con él en Egipto *(cf.* Orosio, VI 15, 21). Ahora los hijos de estos dos compañeros y amigos están enfrentados.

[62] Q. Cornificio, hombre de letras y de armas, luchó al lado de Julio César y fue amigo de Catulo y de Cicerón, con quien mantuvo un intercambio epistolar *(cf.* CICERÓN, *Cartas a familiares* XII 17-30). Era republicano y enemigo de los triunviros *(cf. infra* § 21, 1 y nota).

[63] Del mismo tipo que las que usaban los britanos *(cf.* CÉSAR, *Guerra civil* 154; PLINIO, *Historia Natural* IV 104 y VII 206).

[64] El estrecho de Mesina, entre Regio (Italia) y Mesina (Sicilia).

[65] Al quedar bloqueado el estrecho de Mesina, César tuvo que bordear Sicilia para llegar a Brindis en el Adriático *(cf.* APIANO, *Guerras civiles* IV, 86).

[66] Cuando Pompeyo Magno limpió el Mediterráneo de piratas.

[67] *Cf. supra* § 15, 2.

[68] *Cf. supra* § 16, 3.

[69] Fue el general más valioso para César y su mano derecha, como se comprobará más adelante. Cuando Agripa era ya muy mayor, César lo casó con su única hija, Julia la Mayor, y ellos le dieron a César cinco nietos: Gayo y Lucio, que murieron jóvenes; Póstumo Agripa, exiliado por su abuelo Augusto; Vipsania, y Agripina la Mayor. Agripa fue quien hizo construir el Panteón de Roma.

[70] En honor de Apolo, organizadas por el pretor urbano *(cf.* XLIII 48, 3).

[71] Una competición hípica que practicaban los hijos de los patricios y los del orden ecuestre, unos a caballo y otros en carros. Se consideraba un juego muy peligroso *(cf.* XLIII 23, 6).

[72] Véase *supra* § 10, 1.

[73] *Cf. supra* § 1, 3.

[74] *Cf.* XLVI 55, 4 y nota.

[75] Había sido legado de César en las Galias y obtuvo de él este cargo como recompensa.

[76] Luchó al lado de Pompeyo y, por lo tanto, enemigo de los triunviros. En estos momentos es cuestor de Q. Cornificio.

[77] Es un error de Dion Casio: Q. Cornificio y Lelio eran republicanos y enemigos de los triunviros *(cf. supra* § 17, 6), y Sextio era partidario de los triunviros.

[78] Ciudad costera próxima a la desembocadura del río Ampsaga (hoy Oued El-Kebir, al este de Argelia).

[79] En otros autores aparece como Hadrumentum. Ciudad próxima a la actual Susa, en el norte de la costa este de Túnez.

[80] El cuestor de la legión era el encargado del abastecimiento de las tropas y de la administración del dinero: compra de víveres, reparto de suministros, pago a los legionarios, reparto del botín, etc. Además, como segundo en el mando después del pretor, podía hacerse cargo de las tropas en ausencia de este y administrar justicia.

[81] Cirta, ciudad de la Numidia, a unos ochenta kilómetros de la costa, hoy Constantina, en Argelia.

[82] Se refiere a Décimo Lelio, cuestor de Cornificio.

[83] *Cf.* XLVI 55, 4.

[84] Fue soldado de Julio César, que lo elevó al rango senatorial en recompensa a los servicios prestados. Y Augusto ahora lo nombra gobernador de las provincias de África y Numidia.

[85] La batalla de Filipos.

[86] *Cf. supra* § 1, 3.

[87] *Cf. supra* § 1, 3; 20, 4.

[88] *Cf.* XLIII 47, 3; y más adelante véase *infra* § 34, 4; LII 42, 1.

[89] Quizá aquí el término griego *bárbaros* aluda a una tribu «bereber», pues el nombre de este pueblo deriva etimológicamente de *bárbaros* a través de *berberer (cf.* «berberisco»).

[90] Se trata de Zama Regia, una antigua ciudad númida, donde tuvo lugar la batalla en la que Escipión venció definitivamente a Aníbal en el 202 a. C. (quizá hoy próxima a Kbor Klib o Seba Biar, a unos veinticinco kilómetros al suroeste de Siliana, en el centro de Túnez).

[91] *Cf. supra* § 20, 4.

[92] Otras fuentes más prolijas sobre este momento histórico son PLUTARCO, *Antonio* 25-27; APIANO, *Guerras civiles* V 8 y 11; etc.

[93] Arsínoe y Tolomeo el joven (Tolomeo XIV Filópator, también llamado Tolomeo Teos Filópator II), hermano y esposo de Cleopatra, con quien compartía el trono de Egipto (según otras versiones, este habría muerto antes, envenenado por Cleopatra). Ambos hermanos habían huido de Egipto ante el temor de ser asesinados por Cleopatra, que tras dar a luz en el 47 a. C. a Cesarión (Tolomeo XV César), el hijo que tuvo supuestamente con Julio César, se aseguraba la continuidad en el trono por línea masculina.

[94] Orodes II, rey de los partos, hijo de Fraates III (a quien asesinó para hacerse con el trono). Surena, general de Orodes II. fue el que derrotó a Craso en Carras (año 53 a. C.). Tras la muerte prematura de su hijo Pácoro, le sucedió Fraates IV, hermanastro de este.

[95] T. Labieno, el padre, luchó con Julio César en las Galias, pero murió en la batalla de Munda (45 a. C.) combatiendo al lado de G. Pompeyo Fástulo, el hijo mayor de Pompeyo Magno. Q. Labieno, el hijo, era del bando republicano y luchó al lado de Casio y Bruto.

[96] La batalla de Filipos.

[97] Hermano de L. Decidio Saxa, del que se habla en seguida *(cf.* XLVII 35, 2).

[98] Tiro, ciudad de Fenicia, era casi inexpugnable, pues tenía parte de la población en la costa y parte en una isla cercana bien fortificada, que solo Alejandro Magno, tras un difícil asedio de siete meses, pudo conquistar.

[99] Error de Dion, pues quien gobernará a partir de entonces será Antígono, hijo de Aristobulo II, como más adelante confirma el propio Dion *(cf. infra* § 41, 4). Ambos hermanos, Hircano y Aristobulo, hijos de Alejandro Janneo y Salomé Alejandra, se disputaron el trono durante mucho tiempo en luchas intestinas. Cuando Pompeyo llegó a Judea en el año 63 a. C. impuso como rey a Hircano II, que había sido desposeído del trono por su hermano Aristobulo II *(cf.* XXXVII 16, 4). Después, en el 47 a. C., César confirmó a Hircano II como etnarca (pero no rey) de Judea *(cf.* JOSEFO, *Antigüedades judías* XIV 211). Aristobulo murió envenenado en Siria en el 48 a. C. (ocho años antes de los hechos ahora narrados). Ahora, en el 40 a. C., vuelve a reinar Antígono, hijo de Aristobulo II.

[100] Ciudad de Caria, situada algo al sur de Mílasa (véase nota siguiente).

[101] Mílasa (hoy Milas) y Alabanda. ciudades de Caria, estaban situadas en el suroeste de Turquía, muy próximas a la antigua Mileto.

[102] El título de *imperator* se otorgaba al general vencedor en una campaña, y a veces también se le otorgaba además el sobrenombre, *agnomen.* del pueblo al que había

vencido *(cf.* P. Cornelio Escipión *el Africano).*

[103] El enfrentamiento de Fulvia y Lucio contra Octavio y la toma de Perusa.

[104] Antonio aceptó la alianza que le había propuesto Sexto a través de su madre *(cf.* § 15, 2).

[105] Ciudad italiana de la Apulia, junto a la actual Manfredonia, en la costa del Adriático.

[106] Ciudad griega en el norte del Peloponeso, próxima a Corinto.

[107] Es el tercer acuerdo al que llegan César y Antonio *(cf.* XLVI 55, 2-4, y XLVIII 1, 3).

[108] La zona sur de la costa este del Adriático. Al norte limitaba con Libumia y Panonia y al sur, con el Epiro y Macedonia (según las épocas se interponía entre Dalmacia y Macedonia la región de Mesia (Moesia).

[109] África (Túnez) y Numidia, llamada también África Nova *(cf.* XLVI 55, 4 y nota).

[110] *Cf. supra* § 27, 4.

[111] Como, por ejemplo. Tiberio Claudio Nerón *(cf. supra* § 15, 2-3).

[112] Los asesinos de Julio César.

[113] Domicio Enobarbo.

[114] *Cf. supra* § 2, 2.

[115] Menas (Menodoro según Apiano) era un pirata de Asia Menor a quien Pompeyo concedió la manumisión. Sirvió a Pompeyo y luego a su hijo Sexto.

[116] Sobre Etruria véase nota a § 14, 1.

[117] L. Ticio, el padre, si apareció en la lista de proscritos fue porque debía ser del bando republicano, y después se pasó al bando de Sexto. Su hijo, L. Ticio, también sería del bando republicano, pero se habría pasado al bando de Antonio y, si estaba en la Galia, es porque huía de César tras la toma de Perusa; pero después se pasó al bando de César y llegó a ser cónsul *suffectus* en el 31 a. C.

[118] La provincia de *Narbonensis* se corresponde con la actual Provenza (véase nota a XLVI 55, 5).

[119] Se refiere a Sexto Pompeyo *(cf.* XLIX 18, 4-5).

[120] Cagliari es la antigua Caralis, fundada por los fenicios en el sur de la isla, hoy capital de Cerdeña.

[121] Un liberto que César empleó como general y, por lo tanto, tenían entre ellos la misma relación que Menas y Sexto.

[122] Dion señala que celebraron un triunfo sin que hubiera motivo alguno, puesto que no habían vencido sobre nadie.

[123] Se trata de la silla curul (una silla plegable de tijera, construida en marfil y oro), que solo podía ser utilizada por el dictador, los cónsules, los pretores, el maestro de la caballería, los censores, los ediles curules y el flamen *Dialis.* Ni César ni Antonio tenían, pues, derecho a utilizarla, puesto que no ocupaban entonces ninguna de estas magistraturas.

[124] Octavia la Menor u Octavia Turina era la única hermana de Octavio, mayor que él. Eran hijos de G. Octavio Turino y de Atis, la hermana de Julio César. También tenían una medio hermana, Octavia la Mayor, fruto de un matrimonio anterior de su padre. Julio César, tras la muerte de su hija Julia, casada con Pompeyo, le ofreció a Pompeyo como esposa a su sobrina, Octavia la Menor, pero Pompeyo declinó esta proposición.

[125] Gayo Claudio Marcelo, cónsul en el 50 a. C. A pesar de su relación familiar con Julio César, mantuvo siempre una actitud en defensa de la república y contraria a Julio César. Con Octavia tuvo un niño, con el mismo nombre que su padre *(cf. infra* § 38, 3), y dos niñas, una de ellas la que Octavia llevaba en el vientre cuando él murió.

[126] Sexto se proclamaba hijo de Neptuno *(cf. supra* § 19, 2).

[127] Natural de Gades (Cádiz), Balbo procedía de una rica familia púnica. Dotado de un gran olfato político y para los negocios, luchó primero al lado de Pompeyo contra Sertorio; después se puso al lado de César contra Pompeyo y, finalmente, apoyó a Octavio frente a Antonio. Fue uno de los ciudadanos más ricos de su época y consiguió una gran influencia en Roma. CICERÓN escribió para él el discurso *En defensa de Balbo,* en el que defendía la legalidad de la ciudadanía romana conseguida por Balbo.

[128] Aproximadamente cien gramos de plata. Dion habla de veinticinco dracmas griegas (sobre el valor de las monedas véase nota a XLVI 31, 3).

[129] Este fue el cuarto acueducto de los once con los que llegó a contar Roma.

[130] Los cuatro colegios mayores de sacerdotes en Roma eran el de los pontífices (entre los que estaban incluidos los flámines y las vestales), el de los augures, el de los quindecinviros y el de los septenviros. Los septenviros o epulones eran siete sacerdotes encargados de organizar los banquetes sagrados.

[131] Para el año 39 a. C., pero no llegó a ejercer.

[132] *Cf.* XL 49, 5. Es la traducción del latín *«ne quod res publica detrimentum caperet» (cf.* TÁCITO, *Anales* IV 19; etc.).

[133] En tiempos de Pompeyo ya se celebraron *venationes* en el circo *(cf.* XXXIX 38, 1-2).

[134] La reforma del calendario la introdujo Julio César en el 46 a. C., y así se pasó de un calendario lunar (muy arbitrario en manos de los pontífices) a un calendario solar, tomado de Egipto *(cf.* XLIII 26).

[135] Región de Asia Menor ubicada en lo que hoy es el centro de Turquía. Recibió el

nombre de los galos que la invadieron en el siglo III a. C., los llamados gálatas.

136 Nieto de Deyótaro.

137 En realidad, la ley Falcidia garantizaba al heredero recibir una cuarta parte de la herencia (la que conocemos como «legítima»), ya que las otras tres podían ser dispuestas libremente por el testador.

138 El 39 a. C.

139 Se trata de la ceremonia conocida como *«depositio barbae»,* en la que los muchachos se afeitaban por primera vez, lo que representaba su entrada en el mundo de los adultos. Con este motivo se componían a veces epigramas de felicitación *(cf* p. ej. MARCIAL, *Epigramas* III 6).

140 Por la roca Tarpeya solo pedían ser despeñados los ciudadanos libres. Los esclavos eran crucificados o recibían otro tipo de castigo igualmente denigrante y doloroso.

141 Cabo situado en el extremo oeste del golfo de Nápoles, frente a la actual Pozzuoli.

142 Sexto había salido en la lista de proscritos como uno de los asesinos de César *(cf. supra* § 17, 3): si Sexto podía volver, los demás pensaban que también podrían volver.

143 Sacerdote del colegio de los augures (véase nota a § 32, 4).

144 Acaya era el nombre que recibía la provincia romana de Grecia (no era solamente la antigua región griega del norte del Peloponeso).

145 Las Carinas era un barrio muy elegante de Roma, junto al Esquilmo. Y *carina* en latín es también la quilla o carena del barco, de ahí el juego de palabras de Sexto. Sobre el modo que Antonio aprovechó para quedarse con los bienes de Pompeyo Magno véase XLV 28, 3 y XLVI 14, 1.

146 Marco Claudio Marcelo (su padre, del mismo nombre, fue cónsul en el 51 a. C.) era hijo de Octavia la Menor, la hermana de Octavio. Con este matrimonio Sexto también enlazaba con Antonio, que ahora era padrastro de Marcelo al estar casado con Octavia *(cf. supra* § 31, 3). Pero después, en el año 25 a. C., Marcelo se casó con su prima Julia, hija de Octavio. Este lo tenía destinado a sucederle, pero Marcelo enfermó y murió muy joven, quizá envenenado por Livia.

147 Dion habla de un millón de dracmas, unos cuatro mil kilos de plata (sobre el valor de las monedas véase nota a XLVI 31, 3).

148 Cadena de montañas al sur de la actual Turquía que, en forma de arco, rodean la Cilicia.

149 En la célebre batalla de Carras (53 a. C.), donde murió Craso.

150 Sobre Quinto Pompedio (o Pupedio) Silón *cf.* TITO LIVIO, *Períocas* 76.

[151] Serían o bien las Puertas del Amano o bien las Puertas Sirias, ambas al este de Cilicia; están muy próximas y comunican Cilicia y Siria (sobre la Puertas Sirias *cf.* JENOFONTE, *Anábasis* 14, 4; ARRIANO, *Anábasis* II 6, 1-2; sobre las Puertas del Amano, *cf.* ARRIANO, *Anábasis* II 7, 1). Pero no pueden ser las célebres Puertas Cilicias, al norte, en el Tauro, que comunican Cilicia y la meseta de Anatolia.

[152] Antígono II Matatías, hijo de Aristobulo II, era en esos momentos el rey de Judea, impuesto por los partos, y no su padre, Aristobulo, como por error afirmó antes Dion (véase nota a § 26, 2).

[153] Antíoco I Teos, rey de Comagena, región del norte de Siria *(cf.* XLIX 20, 3 y nota).

[154] Maleo o Málico era rey de los nabateos, en la actual Jordania, cuya capital era Petra.

[155] El relato de los acontecimientos en Oriente del año siguiente (38 a. C.) continúa en el libro XLIX, capítulo 19.

[156] Pueblo de origen parto, como ya lo deja entrever su nombre, que se había establecido cerca de Dirraquio, en la actual Albania *(cf.* XLVII 21, 6).

[157] Gayo Asinio Polión, cónsul en el 40 a. C., había sido con Julio César gobernador de Hispania *(cf.* XLV 10, 3).

[158] Pueblo ibero al sur de los Pirineos, que ocupó la zona del Segre (lo que hoy es la Cerdaña) y cuya capital era Livia.

[159] Gneo Domicio Calvino, partidario de Julio César y luego de los triunviros, fue cónsul en los años 53 y 40 a. C.

[160] La *decimatio* era un castigo colectivo terrible, que consistía en «diezmar» a un grupo de soldados: ejecutar por sorteo a uno de cada diez a la vista de todo el ejército.

[161] El *primipilus* (de *primus pilus)* es el primero, y el de mayor prestigio, de los sesenta centuriones de una legión, así llamado porque lleva la «primera lanza».

[162] También M. Craso aplicó este castigo a los que huyeron en la lucha contra Espartaco *(cf.* PLUTARCO, *Craso* 10, 4).

[163] Según el reparto de Antonio y Octavio *(cf. supra* § 1, 3).

[164] Un edificio del foro de Roma, sede del colegio de Pontífices, cuyo origen se remonta a la época monárquica; fue la residencia de los reyes y de ahí su nombre.

[165] Antes, con César, solo había catorce pretores *(cf.* XLIII 47, 2).

[166] Dion habla de *éphēbos,* que en Atenas eran los jóvenes que habían cumplido los dieciocho años.

[167] Unos tres kilómetros. Dion habla de quince estadios (véase nota a XLVI 44, 4).

[168] La *casa o culmus Romuli* era una cabaña hecha con cañas de trigo en el

Capitolio, que ardió en varias ocasiones. Era considerada la residencia de Rómulo *(cf.* VIRGILIO, *Eneida* VIII 654).

169 Véase nota a XLVII 18, 6.

170 Marco Livio Druso (Claudiano) fue defensor de la república y contrario a César; y luego partidario de Bruto y Casio frente a quien iba a ser su futuro yerno, Octavio.

171 La batalla de Filipos.

172 *Cf. supra* § 15, 3-4.

173 Claudio Druso Nerón (el Mayor) se casó con Antonia la Menor, hija de Marco Antonio y de Octavia, la hermana de Octavio. Murió en Germania a los veintinueve años y fue padre de Germánico y del emperador Claudio.

174 Bogud luchó al lado de Julio César contra Pompeyo y fue nombrado rey de Mauritania Tingitana (hoy Marruecos) por Julio César *(cf.* XLI 42, 7).

175 El nombre antiguo era Tingis.

176 Boco, como Bogud, luchó también al lado de Julio César contra Pompeyo y fue nombrado rey de Mauritania (hoy Argelia) por Julio César *(cf.* XLI 42, 7).

177 *Cf. supra* § 30, 8.

178 *Cf. supra* § 36, 5.

179 Ese pasaje se ha perdido (pero *cf.* ZONARAS, IX 1, 15-16). Sobre el significado del anillo de oro, que era el distintivo para indicar que se pertenecía a la clase de los caballeros, *cf.* SUETONIO, *César* 33.

180 Grecia *(cf.* XLVIII 36, 5 y nota).

181 Por Antonio *(cf. supra* § 39, 1).

182 *Cf. supra* § 36, 4-5.

183 Ciudad costera a unos cuarenta kilómetros al norte de Nápoles.

184 Ciudad costera a unos veinte kilómetros al noroeste de Nápoles, fuera de la bahía de Nápoles, donde estaba el célebre oráculo de la Sibila.

185 Era un *homo novus* y llegó a ser cónsul el año anterior, el 39 a. C. Fue uno de los dos únicos senadores que intentaron defender a Julio César cuando murió asesinado.

186 El promontorio de Escila, en Italia, frente a la mítica Caribdis en Sicilia, daba paso por el norte al estrecho de Mesina.

187 Otro liberto de Sexto.

188 *Cf. supra* § 19, 2.

189 Aunque Neptuno era dios del mar, el animal con el que estaba asociado era el caballo *(cf. supra* § 31, 5).

190 Es decir, la costa africana *(cf.* nota a XLVI 55, 4).

[191] Las islas Eolias, un grupo de islas volcánicas situadas a unos veinte kilómetros de la costa noreste de Sicilia.

[192] La mayor de las islas Eolias (véase nota anterior).

[193] El primero había sido Julio César *(cf. Guerras de las Galias* IV 17-18).

[194] El Puerto Julio.

[195] El puerto fue abandonado después de esta guerra. Dion lo visitó unos doscientos treinta años después *(cf. infra* § 50, 4).

[196] Una bahía en el extremo noroccidental del golfo de Nápoles, entre el cabo Miseno y Puteoli (hoy Pozzuoli), que actualmente tiene una anchura de unos tres kilómetros.

[197] La ciudad de Pozzuoli en un lado y la de Bayas al otro (*cf. infra* § 51, 5).

[198] En realidad son volcanes: ni los griegos ni los latinos poseían un término para designar un volcán; siempre se habla del monte Etna, del monte Vesubio, etc. En toda esta zona hay numerosos volcanes: a solo treinta kilómetros está el Vesubio; y entre la bahía exterior y el lago Averno hay actualmente un pequeño volcán, el Monte Nuevo, con un lago interior.

[199] Se desprende de aquí que junto a los sitios donde la lava caía en el mar produciendo grandes cantidades de vapor se construían baños y los vapores se conducían hasta las habitaciones de los pisos altos.

[200] Era una ciudad de recreo famosa por sus baños.

[201] Aspis (en latín *Clupea,* y hoy Kélibia o Qalibiyah) está situada en el norte de la costa oriental de Túnez.

[202] Según la tradición se remontaban a Rómulo, y se celebraban en honor de Júpiter en el mes de septiembre.

[203] *Cf. supra* § 32, 1-3 y 43, 2-3.

[204] *Cf. supra* § 36, 4.

[205] Este joven causó la admiración de los romanos por salvar a su padre, uno de los proscritos, llevándolo a hombros hasta Sicilia, como Eneas a su padre, Anquises *(cf.* APIANO, *Guerras civiles* IV 41).

[206] Probablemente, muchos de los proscritos se quedaron sin recuperar nada de los bienes confiscados *(cf. supra* § 36, 4).

[207] Aunque en esos momentos la incineración en la ciudad de Roma estaba prohibida *(cf. supra* § 43, 3).

[208] Julia la Mayor, hija de Escribonia y única hija de Octavio (véase nota a § 16, 3).

[209] Marco Antonio Antilo, hijo de Fulvia y M. Antonio. De este matrimonio hubo otro hijo. Julo Antonio.

[210] Julia Antonia la Mayor, que en estos momentos tenía dos años. De este matrimonio hubo también otra hija, Julia Antonia la Menor, madre del emperador Claudio.

[211] Domicio Enobarbo.

[212] La isla de Corfú, en el mar Jónico.

[213] *Cf. supra* § 36, 4.

[214] *Cf.* XLVI 55, 3 y nota.

LIBRO XLIX

SINOPSIS

En el libro cuadragésimo noveno de la *Historia romana* de Dion se incluye lo siguiente:

1. Cómo César venció a Sexto y eliminó a Lépido (§ 1-18).
2. Cómo Ventidio venció y mató a Pácoro y expulsó a los partos al otro lado del Éufrates (§ 19-21).
3. Cómo Antonio fue derrotado por los partos (§ 22-33).
4. Cómo César sometió a los panonios (§ 34-38).
5. Cómo Antonio capturó a Artavasdes, rey de Armenia, mediante un engaño (§ 39-41).
6. Cómo fue consagrado el pórtico de Paulo (§ 42).
7. Cómo la Mauritania Cesariense cayó en poder de los romanos (§ 43).

La duración del tiempo ocupa cuatro años, en los cuales los magistrados que están registrados como cónsules fueron estos:

[Año 718 / 36 a. C.] L. Gelio Publicóla, hijo de L., y M. Coceyo Nerva, hijo de... (§ 1-18, 5 y § 24-32).

[Año 719 / 35 a. C.] L. Cornificio, hijo de L., y Sexto Pompeyo, hijo de Sexto[1] (§ 18, 6-7; y 33-38, 2).

[Año 720 / 34 a. C.] M. Antonio, hijo de M., por segunda vez[2], y L. Escribonio Libón, hijo de L. (§ 38, 3-42).

[Año 721 / 33 a. C.] César, por segunda vez[3], y L. Volcacio Tulo, hijo de L. (§ 43-44).

[**1**] Así sucedieron aquellos hechos en el invierno en el que Lucio Gelio y Coceyo Nerva fueron cónsules. Pero César, cuando tuvo dispuesta la flota y entró la primavera, zarpó de Bayas y navegaba junto a la costa italiana con no pocas esperanzas de poder cercar por completo Sicilia, pues navegaba con muchas naves[4] y las de Antonio ya estaban en el Estrecho; y Lépido, [2] forzado, le prometió ayudarle. César confiaba muchísimo en la altura de los barcos y en el grosor de los cascos, que se habían construido con un grosor y un tamaño enormes, para que pudieran llevar el mayor

número posible de soldados (pues incluso se habían construido torretas sobre ellos, para combatir desde posiciones más altas, igual que desde una muralla) y para que resistieran las embestidas de los enemigos y rechazaran los espolones de las naves contrarias haciendo que la colisión fuera más [3] violenta. Con tales planes, César se lanzaba sobre Sicilia. Pero cuando doblaba el promontorio llamado Palinuro[5], una gran tempestad se abatió sobre él y destruyó muchas naves, mientras Menas, acercándose a la demás, que estaban en medio de una gran confusión, a muchas de ellas les prendió fuego o las remolcó[6]. Si Menas no hubiera cambiado otra vez de bando bajo [4] la promesa de ser perdonado y de algunas otras esperanzas y si, tras aguardar a unas trirremes que simulaban desertar, hubiera entregado a traición toda la escuadra que estaba a su mando, César habría hecho también esa vez la expedición en vano. Pero Menas actuó así porque Sexto, que ya no se fiaba nada de él, ni siquiera lo envió a luchar contra Lépido. César en esa ocasión [5] recibió todavía a Menas de la forma más amigable, pero ya no le confió ninguna misión. Y después de reparar las naves que habían sufrido daños, conceder la libertad a los esclavos[7] que remaban en las naves de guerra y recomponer la escuadra de Antonio, que estaba falta de hombres (pues muchos se salvaron tirándose al agua cuando las naves se hundieron en el naufragio), se dirigió a Lípari. Allí dejó a Agripa y las naves y [6] él marchó a la península, para pasar la infantería a Sicilia cuando se presentara la ocasión.

Sexto, al conocer estos movimientos, fondeaba las naves en [**2**] Mesina, para observar la travesía de César, y ordenó a Demócares[8] que fondeara en Milas frente a Agripa. Estos dos gastaron [2] la mayor parte del tiempo tanteándose uno a otro en cuanto tenían ocasión, pero no se atrevieron a arriesgarse a un ataque con toda la flota, pues no conocían las fuerzas del contrario y todos los rumores que corrían entre ambos bandos tendían a exagerar [3] y a presentar como más temibles las fuerzas del enemigo. Finalmente Agripa, comprendiendo que el dejar pasar el tiempo no le convenía (pues los de Sexto, que estaban anclados en casa, no tenían ninguna prisa) cogió las mejores naves y se dirigió a Milas para comprobar el número de los enemigos. Pero, puesto que ni pudo verlos a todos ni ninguno de ellos quería salir a alta mar, los despreció y, regresando, hacía los preparativos para [4] atacar Milas con todas las naves al día siguiente. Y lo mismo pensó también Demócares; pues, creyendo que las naves que se habían acercado eran las únicas y viendo que navegaban muy lentamente a causa de su tamaño, hizo llamar a Sexto por la noche y también hacía los preparativos para atacar la propia Lípari. Cuando se hizo de día, ambos navegaban en la idea de que el contrario era inferior en número.

[**3**] Pero, cuando estuvieron cerca unos de otros, los dos vieron con sorpresa que los contrarios eran mucho más numerosos de lo que habían pensado. Al principio ambos se turbaron por igual, y algunos incluso hicieron retroceder los barcos ciando. Pero después,

temiendo más la huida que la batalla y confiando en que si combatían iban a salir vencedores, mientras que si huían solo podían esperar morir sin remedio, se lanzaron contra [2] el contrario y, entrando en contacto, libraron la batalla naval. Unos eran superiores por el número de naves y otros por la experiencia en la navegación. A unos los ayudaba la altura de las naves, el grosor de las serviolas y las torretas; y a otros, la maniobrabilidad para pasar entre las naves enemigas. El poderío de los soldados de César era contrarrestado por el valor de los soldados de Sexto, pues la mayoría de ellos habían desertado de [3] Italia y estaban desesperados. Puesto que unos y otros eran a la vez superiores en algunas cosas que acabo de decir e inferiores en otras, el resultado es que tenían la misma fuerza que el contrario dada la igualdad de circunstancias en las que se encontra ban. Por eso durante un tiempo lucharon con todas sus fuerzas en un combate igualado. Pero los hombres de Sexto impresionaban [4] a los enemigos con su griterío ensordecedor y dañaron algunas naves al embestir contra ellas violentamente y romperles la proa o la popa[9]; pero en los enfrentamientos recibían una lluvia de proyectiles desde las torretas y al mismo tiempo eran acosados con lanzamientos de manos de hierro[10], de modo que sufrían no menos daño del que causaban. En cambio los de César, [5] cuando entraban en el combate cuerpo a cuerpo y saltaban a las naves contrarias, se mostraban superiores; pero entonces los otros se tiraban al mar cuando el barco se hundía y, puesto que nadaban bien y tenían un equipo ligero, subían fácilmente a otros barcos, de modo que los de César quedaban a su vez en desventaja. Y sucedió lo mismo en el caso de los barcos: la ágil [6] navegación de las naves de Sexto fue contrarrestada por la solidez de las naves de César, y el mayor peso de estas fue compensado por la ligereza de aquellas.

Bastante tiempo después y ya casi de noche, los de César [**4**] vencieron; sin embargo, no persiguieron a nadie, porque, según creo yo y es una explicación natural, tampoco podían capturarlos, y porque temieron encallar en una costa llena de escollos que ellos desconocían. Pero, según dicen otros, Agripa, que luchaba para César y no para sí mismo, pensaba que le bastaba con poner en fuga al enemigo. Pues acostumbraba a decir ante [2] sus amigos íntimos que la mayoría de los que están en el poder no quieren que nadie esté por encima de ellos, y llevan a cabo personalmente la mayoría de las acciones, al menos aquellas que proporcionan un éxito fácil; pero las que son más difíciles [3] y desagradables se las encargan a otros. Y si alguna vez se ven obligados a encomendar a otros alguna misión brillante, soportan mal y se afligen con la fama de sus subalternos. Y, como no pueden ufanarse de ser derrotados o de fracasar, prefieren que [4] aquellos no obtengan un éxito total y que queden sin gloria. El consejo de Agripa para el subordinado que quiera salir vivo es que libre a sus jefes de los problemas y vigile la buena marcha de sus asuntos. Y yo, aunque sé que esto es así por naturaleza y que Agripa seguía estos principios, no estoy escribiendo que esta fuera la causa de que Agripa no llevara a cabo la persecución, pues, ni por mucho que hubiera querido, habría podido

perseguirlos.

[**5**] Mientras se desarrollaba la batalla, César, tan pronto como vio que Sexto zarpaba de Mesina y que el Estrecho quedaba abandonado y sin vigilancia, no dejó escapar esta sorprendente[11] oportunidad que deparaba la guerra, sino que embarcando de inmediato en las naves de Antonio atravesó el Estrecho en dirección a Tauromenio[12]; pero la fortuna no estuvo de su parte. [2] Nadie le impidió navegar ni desembarcar, sino que con la mayor tranquilidad lo hizo todo y levantó el campamento. Pero, acabada la batalla naval, Sexto llegó apresuradamente a Mesina y, cuando supo que César estaba allí, embarcó a toda prisa las [3] tropas que estaban frescas y atacó a César con las naves, a la vez que los soldados de infantería lo hacían por tierra. César ni siquiera salió a hacerles frente a los de infantería, sino que llevado por el desprecio hacia tan escaso número de naves enemigas, y porque ya antes habían sido derrotadas, hizo salir el grueso de la flota y él mismo estuvo a punto de morir. Sin embargo, [4] ni siquiera pudo escapar uniéndose a los suyos que estaban en Sicilia, sino que apenas si pudo salvarse huyendo a la península. Allí él estaba sano y salvo, pero sufría terriblemente viendo a su ejército bloqueado en la isla. Y no recobró el ánimo hasta [5] que de improviso un pez saltó del mar y cayó a sus pies. Pues con este suceso se reanimó, porque creía en los augures que le habían dicho que haría del mar su esclavo.

Y César hacía llamar con urgencia a Agripa para que los socorriera, [**6**] porque las tropas estaban sitiadas. Y, puesto que empezaban a faltarles las provisiones y no aparecía ninguna ayuda, Cornificio[13] (éste era quien mandaba el ejército) temió que, si se quedaba en aquel lugar, con el tiempo iba ser rendido por el hambre. Creía, en efecto, que, si permanecía allí con la misma [2] actitud, ningún enemigo iba a acercarse para entablar un combate, puesto que su infantería era superior; sin embargo, si salía de allí en cualquier dirección, pensaba que ocurriría una de estas dos cosas: o que, si aquellos le atacaban, los vencería, o que, si se no se atrevían a atacar, avanzaría sin peligro, encontraría provisiones y podría recibir alguna ayuda de César o de Agripa. Así [3] pues, Cornificio quemó cuantos barcos habían resistido la batalla naval o habían embarrancado y, levantando el campamento, ponía rumbo a Milas. La caballería y la infantería ligera enemigas le arrojaban proyectiles desde lejos, pues no se atrevían a acercarse y hacerles frente, y le ocasionaban un terrible daño. [4] Los de Sexto atacaban cuando se les presentaba la oportunidad y se retiraban en seguida, mientras que los de César, como eran soldados totalmente armados, no podían perseguirlos a causa del peso del equipo, y además rodeaban a los que se habían salvado de la batalla, que iban sin armadura, para protegerlos, de modo que era mucho y horrible lo que sufrían y no podían responder a los ataques. Pues, si en determinado momento perseguían a algunos, los hacían huir; pero, como no podían perseguirlos muy lejos, los de Sexto se volvían muy peligrosos cuando aquellos se [5] quedaban solos en la carrera de vuelta. Durante toda la marcha,

pero especialmente en el paso de los ríos, sufrían las peores penalidades. Pues los de Sexto los rodeaban y les hacían frente cuando encontraban grupos pequeños, lo que ocurría en tales casos, pues entonces avanzaban de prisa y desordenadamente. En esas ocasiones disparaban a los que iban sin armadura en las partes vitales, cuando caían en el cieno o en las corrientes y quedaban atrapados o eran arrastrados.

[**7**] Durante tres días completos los de Sexto emplearon esa táctica, y en el último les asestaron el golpe definitivo, sobre todo cuando Sexto se presentó ante ellos con la infantería. Entonces ya no se lamentaban por los que morían, sino que veían como ganancia el dejar de sufrir y querían, a causa de la desesperación, [2] contarse entre los ya muertos. Los heridos, que eran muchos, más que los muertos, padecían terriblemente, pues eran atacados desde lejos con piedras y venablos (no recibían ningún golpe en combate cuerpo a cuerpo) y sufrían heridas en muchas [3] partes del cuerpo, pero no en sitios vitales. Pero los heridos causaban a los que seguían ilesos más problemas que los enemigos, pues si eran llevados con las tropas, los de Sexto herían fácilmente a los que los transportaban, y si los abandonaban, con sus llantos llevaban a todo el ejército a la desmoralización. Todos habrían muerto si los enemigos no hubieran sido obligados [4] a retirarse. Pues Agripa, después de vencer en la batalla naval, regresó con la escuadra a Lípari y, al saber que Sexto había huido a Mesina y que Demócares había escapado a algún otro lugar, pasó a Sicilia y, tomando Milas y Tindáride, les envio trigo y soldados. Sexto, creyendo que Agripa venía personalmente [5] contra él, tuvo miedo y emprendió la huida con tanta prisa que dejó en el campamento equipos y provisiones, de las que se apoderaron los que estaban con Cornificio, y tuvieron suficiente para subsistir hasta la llegada de Agripa. César los [6] recibió con elogios y regalos, aunque empleó el tono más desdeñoso para la batalla naval de Agripa, consciente de que era este quien había llevado a cabo la guerra[14]. Por su parte, Cornificio se pavoneaba tanto de haber salvado a los soldados, que en Roma se hacía llevar a lomos de un elefante cada vez que salía a comer fuera de casa.

Tras esto, César pasó a Sicilia y Sexto instaló su campamente [**8**] frente él cerca de Artemisio[15]. Pero no libraron de inmediato ninguna batalla importante, simplemente algunas breves escaramuzas con la caballería. Mientras estaban acampados uno frente al otro, a Sexto se le unió Galo Tisieno y a César, Lépido con sus tropas. Pues este, habiendo encontrado primero una [2] tempestad, que ya mencioné[16], y después a Demócares, perdió muchas naves y no se dirigió de inmediato a César[17] (bien por el pesar ante sus pérdidas, bien para que César tuviera que apañárselas solo o bien porque deseaba alejar a Sexto de César[18]), sino que se dirigió a Lilibeo[19]. Y Galo fue enviado allí por Sexto [3] y acosaba a Lépido. Pero, puesto que ninguno de los dos intentaba nada serio contra el otro, llegaron así desde Lilibeo hasta Artemisio. Galo reforzó a Sexto, pero Lépido se distanció de César (pues él se creía con derecho a tratar todos los asuntos en

igualdad de condiciones que César, puesto que era compañero de triunvirato; pero César lo trataba en todo como a un subordinado). Por esta razón Lépido se inclinó por Sexto y mantuvo [4] conversaciones con él en secreto. César, en efecto, lo sospechó, pero no se atrevió a revelarlo temiendo que Lépido se volviera entonces abiertamente contra él. Pero tampoco podía sentirse seguro si simulaba, pues creía que levantaría sospechas si no consultaba nada con él, pero que también sería peligroso compartir con Lépido todos los planes. Así pues, decidió arriesgarse lo más pronto posible, antes de que Lépido hiciera defección; [5] aunque por lo demás no tenía motivos para darse prisa. Pues Sexto ya no tenía ni comida ni dinero, por lo que César esperaba que en no mucho tiempo iba a abandonar sin lucha. Sin embargo, puesto que creía que era el momento, César, en tierra, sacó el ejército y lo hizo formar delante del campamento, y al mismo tiempo Agripa sacó la flota y la fondeó en alta mar. Pero Sexto, que tenía unas fuerzas muy inferiores a las de ellos, no [6] salió a hacerles frente a ninguno de los dos. Esto sucedió más días. Finalmente Sexto, temiendo que, despreciado por esa pusilanimidad, sus aliados lo abandonaran, en cierto momento ordenó sacar las naves para combatir, pues confiaba más en ellas que en la infantería.

[**9**] Cuando[20] la enseña fue izada y la trompeta dio la señal, todas aquellas naves entraron en combate junto a la costa, mientras la infantería de cada bando seguía a su escuadra por la orilla escarpada, de modo que el espectáculo era memorable. Todo [2] el mar de allí estaba atestado de naves (y al ser muchas ocupaban un espacio enorme), y la zona de tierra próxima al mar estaba ocupada por los soldados de infantería, y las colindantes, por las demás gentes que seguían a cada bando. Desde el principio pareció que el enfrentamiento iba a ser solo naval, pero lo cierto es que entraron los demás cuerpos. Pues los que estaban [3] en las naves se esforzaban por hacer la mayor demostración de valor ante los que los contemplaban desde tierra, y los de tierra, aunque estaban muy alejados unos de otros, también combatían en cierto modo ante la visión de lo que sucedía. Y, como la batalla estuvo equilibrada mucho tiempo, pues luchaban con la misma táctica que la vez anterior[21], los de la orilla se mantuvieron durante todo el tiempo en la incertidumbre y en la indecisión sobre el desenlace. Pues esperaban ante todo que aquella [4] batalla pusiera fin a toda la guerra. Pero si no era así, unos, los de César, pensaban que, si conseguían imponerse de nuevo, nada grave iban a sufrir ya, y los otros, los de Sexto, que, si al menos vencían en aquella ocasión, se harían fuertes, convencidos de que no volverían a ser derrotados. Por eso, en silencio, [5] para poder concentrarse en lo que sucedía ante sus ojos y no distraer a los que estaban en plena acción, solo daban pequeños gritos para dar ánimos a los combatientes o invocar a los dioses; aplaudían a los suyos cuando vencían y maldecían a los que eran derrotados. Y se pasaban muchas voces entre los del mismo [6] bando, pero también lanzaban muchos gritos hacia los contrarios: lo primero para que los suyos pudieran oír mejor las consignas

que se les daban y lo segundo para que los enemigos no pudieran oír bien a sus compañeros.

[**10**] Mientras estaban igualados, este modo de actuar era el mismo en los dos bandos que estaban en tierra, y también les hacían señales con el cuerpo como si pudieran verlas y comprenderlas. Pero, cuando los de Sexto emprendieron la huida, entonces ya todos juntos y a un tiempo comenzaron unos a cantar el peán [2] de la victoria y otros a entonar lamentos. Estos, como si también ellos hubieran sido vencidos en la batalla, se dirigieron de inmediato a Mesina. Entre tanto, César se encargaba de aquellos de los vencidos que huían a tierra y, metiéndose mar adentro, [3] quemó todos los barcos que habían encallado en los bajíos. De modo que no había escapatoria ni para los que huían navegando, pues se encontraban con Agripa, ni para los que huían a cualquier punto de la costa, pues perecían a manos de César, excepto los pocos que huyeron a Mesina. En medio de aquel desastre, Demócares, a punto de ser capturado, se degolló él [4] mismo. Y Apolófanes, que tenía la nave intacta y habría podido escapar, se unió a César. Y lo mismo hicieron otros: Galo, todos los jinetes que estaban con él y después también algunos soldados de infantería.

[**11**] Fue sobre todo por esto por lo que Sexto, perdiendo toda esperanza, decidió huir. Cogió a su hija y a algunos otros, el dinero y las cosas de más valor y, subiendo todo a bordo de las naves que mejor navegaban de las que se habían salvado, zarpó de noche. Nadie lo persiguió, pues salió a escondidas y César, además, se encontró en seguida en un gran apuro.

[2] Pues Lépido vino a caer en Mesina y, admitido en la ciudad, quemó unas casas y saqueó otras. Cuando César se enteró de esto, marchó contra él a toda prisa con la intención de obstaculizarlo. Lépido, temeroso, entonces abandonó la ciudad y, acampando el ejército en una colina fortificada, le hacía llegar reproches a César, enumerando todos los agravios que creía haber sufrido. Y entre otras cosas exigía cuanto le había correspondido [3] la primera vez que se conjuraron[22], y reclamaba Sicilia como si él hubiera contribuido a subyugarla. Envió estas peticiones a César y, llamando a algunos como testigos, lo invitaba a un arbitraje. (Lépido tenía las fuerzas que había traido [4] de la provincia de África y a todos los que había dejado dentro de Mesina, puesto que había sido el primero en entrar en la ciudad y les había dado esperanzas de cambios en la situación política.) César no contestó a estas demandas (pues creía que la razón [**12**] estaba de su parte y en las armas, y él era más fuerte que Lépido), sino que directamente fue a su encuentro con unos pocos soldados, para desconcertarlo con una visita sorpresa (y es que Lépido carecía de iniciativa) y ganarse a sus soldados. Entró en [2] el campamento y les hizo creer, al llegar con tan pocos acompañantes, que iba en son de paz. Pero, como nada respondía a los requerimientos de aquellos, se enfurecieron y, lanzándose sobre él. incluso mataron a algunos de sus acompañantes; pero él se salvó al

conseguir ayuda rápidamente. Después fue de nuevo [3] hasta ellos, pero ahora con todo el ejército: los encerró dentro del foso del campamento y los sitió. Ellos, temiendo ser capturados, no decidieron en asamblea cambiar de posición por respeto a Lépido, pero, de modo particular o en pequeños grupos, uno a uno lo fueron abandonando y pasándose al lado de César. Y así también aquel se vio obligado a presentarse por su propia voluntad como suplicante de César con el vestido gris[23]. A partir [4] de ese momento, Lépido fue despojado de todo poder y no podía estar en Italia sin una guardia de vigilancia. Los caballeros y los senadores que habían apoyado a Sexto fueron castigados, excepto unos pocos. Los soldados del ejército de Sexto que eran libres fueron incorporados al de César y los que eran esclavos fueron entregados de nuevo a sus amos para recibir el castigo. [5] Y si no se encontraba al dueño, eran empalados[24]. Y, en cuanto a las ciudades, las que voluntariamente se unieron a él obtuvieron el perdón y las que se resistieron fueron castigadas.

[**13**] Mientras César tomaba estas medidas, los soldados se amotinaron. Pues, por lo demás, no eran pocos, y se envalentonaban a la vista de su gran número. Alegando los peligros afrontados y las esperanzas depositadas en ellos, se mostraban insaciables a la hora de exigir recompensas: pedían para todos los demás lo [2] que cada uno deseaba para sí. Como protestaban sin resultado (pues César los despreciaba, porque por el momento no tenía ningún enemigo frente a él), provocaban alborotos. Le expusieron todas las desgracias que habían padecido, le exigían lo que en algún momento les había prometido y le lanzaban muchas amenazas creyendo que lo iban a hacer su esclavo contra su [3] voluntad. Pero, puesto que nada conseguían, pedían al menos, con gestos airados y enormes voces, un merecido retiro, como si estuvieran exhaustos de tanta guerra; pero no porque quisieran de verdad retirarse del ejército (pues la mayoría de ellos estaba en la flor de la edad), sino porque sospechaban que César iba a enfrentarse con Antonio y por ese motivo se hacían vender caros. Suponían que todo lo que no iban a conseguir con ruegos lo iban a obtener con la amenaza de abandonarlo. Pero ni siquiera [4] tuvieron éxito en eso. Pues César, aunque sabía con absoluta certeza que iba a haber una guerra y también conocía con claridad las intenciones de sus soldados, no cedió ante ellos, pues creía que el que está en el poder no debe hacer nada contra su voluntad obligado por los soldados, porque tras este paso iban a intentar sacar ventaja en otras ocasiones.

César, aparentando estar de acuerdo con ellos en que reciamaban [**14**] cosas razonables y que sus peticiones estaban dentro de lo humano, licenció primero a los que habían combatido a su lado en Módena contra Antonio; y después, como también los demás seguían con sus demandas, licenció, de entre estos, a los que llevaban diez años en el ejército; y para contener a los demás, añadió que ya no volvería a emplear a ninguno de los soldados licenciados, aunque lo pidiera insistentemente. Cuando oyeron

esto, [2] no pronunciaron una palabra, sino que comenzaron a escuchar lo que decía con mucha atención, porque anunció que no a todos los licenciados les iba a dar todo cuanto les había prometido y a repartirles tierras, sino solo a los primeros y, de los restantes, únicamente a los que más méritos habían hecho; y porque a todos ellos les dio dos mil sestercios[25], y a los que habían combatido en la batalla naval les concedió además una corona de olivo. Después [3] hizo muchas promesas también a los mandos según el rango: a los centuriones les prometió que los iba a inscribir en la curia de sus ciudades de origen y a cada uno de los lugartenientes le prometió una cosa; pero a Agripa le regaló una corona de oro labrada con espolones de naves, algo que no se concedió nunca a [4] nadie ni antes ni después. Y para que cada vez que Agripa, por celebrar un triunfo, llevara siempre en vez de la corona de laurel la corona de «vencedor en una batalla naval», sancionó más tarde la concesión con un decreto. Así aplacó entonces a los soldados y les entregó cumplidamente el dinero y, no mucho después, las [5] tierras. Pero, puesto que entonces el terreno estatal no era suficiente, compró además otros terrenos, muchos de ellos en Campania, a los habitantes de Capua[26] (pues la ciudad necesitaba de muchos colonos), y en compensación les dio la llamada Agua Julia[27], de la que se sienten plenamente orgullosos, y también la [6] región de Cnosos[28], de la que aún hoy disfrutan. Todo esto sucedió después. Antes organizó la situación de Sicilia y tomó posesión sin combate de las dos provincias de Libia[29] por medio de Estatilio Tauro[30]; y a Antonio, para compensarle por las naves que se habían perdido, le devolvió el mismo número de naves[31].

[**15**] En este mismo tiempo las insurrecciones en las ciudades de Etruria se apagaron, en cuanto conocieron la victoria de César. Mientras, en Roma, el pueblo unánimemente lo alabó, le erigió estatuas, le concedió la presidencia, levantó un arco de triunfo en su honor y le otorgó el privilegio de entrar en Roma a caballo, de llevar siempre una corona de laurel y de celebrar en el día en que había obtenido la victoria, que fue señalado en adelante como Día de Acción de Gracias, un banquete con su mujer y sus hijos en el templo de Júpiter Capitolino[32]. Esto fue lo que [2] inmediatamente después de la victoria aprobaron. La victoria la anunció primero uno de los soldados que entonces estaba en la ciudad, el cual, poseído ese mismo día por cierta divinidad, decía y hacía muchas cosas, hasta que finalmente subió al Capitolio y colocó su espada a los pies de Júpiter dando a entender que ya no iba a necesitarla; y después la anunciaron los otros, los que estuvieron presentes en la batalla y fueron enviados a Roma por César. Cuando César llegó a Roma, reunió al pueblo fuera [3] del pomerio[33] según la tradición, rindió cuentas de lo que había hecho y renunció a algunos de los decretos aprobados en su honor; suprimió la contribución que se pagaba según los censos, incluso si aún se debía algo al Estado por el tiempo anterior a la guerra civil, y eliminó algunos impuestos. No aceptó el

sacerdocio[34] de Lépido que le ofrecían (pues no se podía quitar a nadie mientras viviera). Y se aprobaron otros muchos privilegios en su honor. Y ya algunos murmuraron que César actuaba [4] entonces con tanta magnanimidad para desacreditar a Antonio y a Lépido, a fin de hacer responsables solo a ellos dos de todas las injusticias cometidas antes. Y otros murmuraron que, puesto que César de ninguna manera podía cobrar las deudas, convirtió la imposibilidad de aquellos para pagar en un favor personal [5] que no le costaba nada[35]. Pero en general estas cosas eran solo rumores. Acordaron por entonces concederle una casa a costa del Estado, pues compró el terreno que está en el Palatino con la intención de construir una; pero la donó al Estado y la consagró a Apolo, porque cayó un rayo en el lugar. Votaron, en efecto, que la casa fuera para él[36], y que no debía ser injuriado ni de [6] palabra ni de obra. Y si alguien hacía tal cosa, que fuera castigado con las mismas penas establecidas para las ofensas a los tribunos, lo que era lógico, pues aceptó el ofrecimiento que le hicieron de sentarse con ellos en sus bancos.

[**16**] Estos privilegios le fueron concedidos a César por el Senado. Y a Mésala Valerio, uno de los proscritos al que antes había mandado matar, lo inscribió entre los augures sobrepasando el número[37]. Y a los de Útica[38] les concedió la ciudadanía. Y ordenó que nadie, excepto los senadores que desempeñaban alguna magistratura, pudiera llevar la toga purpurada[39], pues ya cualquiera [2] la utilizaba. Y en ese año no hubo ni ediles, debido a la falta de candidatos (pero los pretores y los tribunos llevaron a cabo lo que les correspondía a los ediles) ni hubo ningún prefecto que organizara las fiestas Latinas[40] (pero algunos pretores se hicieron cargo de lo que le tocaba al prefecto). Los demás asuntos de Roma y del resto de Italia los administró antes y durante mucho tiempo después un tal Gayo Mecenas[41], uno de los caballeros.

Sexto se hizo a la mar desde Mesina pero, como temía que [**17**] lo persiguieran y además sospechaba alguna traición por parte de los que le acompañaban, les dijo que iba a hacer el viaje por alta mar. Apagó las luces que las naves capitanas exhiben en [2] las travesías nocturnas para que las demás las sigan de cerca y navegó paralelo a la costa italiana; después cruzó hacia Corcira y desde allí llegó a Cefalonia[42]. Allí dio la casualidad de que los demás, extraviados por una tormenta, se reunieron de nuevo con él. Los convocó y, tras quitarse el uniforme de general, [3] les dijo entre otras cosas que, si iban todos juntos, ni se podrían prestar ayuda entre ellos ni pasarían desapercibidos pero que, si se dispersaban, les sería más fácil huir. Les exhortó a que de modo particular cada uno por sí mismo buscara su salvación. Con este razonamiento la mayoría se convenció y cada [4] uno partió en una dirección; él emprendió la travesía hacia Asia con los restantes[43], pues tenía la intención de marchar inmediatamente junto a Antonio. Ya en Lesbos[44] se enteró de que Antonio estaba en la expedición contra los medos[45] y que César y Lépido se habían enfrentado, y entonces decidió pasar [5] el invierno allí. Los

lesbios, a causa del recuerdo que guardaban de su padre[46], lo acogieron y lo intentaron retener pero, cuando supo que Antonio había fracasado en Media y que Gayo Fumio[47], entonces gobernador de Asia, no tenía una buena [6] disposición hacia él, no se quedó allí. Y, como esperaba hacerse con el poder de Antonio, puesto que fueron muchos hasta él desde Sicilia y porque también se le sumaban otros (unos a causa de la fama de su padre y otros faltos de medios para vivir), vistió de nuevo las ropas de general y hacía preparativos para apoderarse de la región costera que tenía enfrente.

[**18**] Y en esto Antonio, que había llegado sano y salvo a territorio amigo, cuando supo lo que Sexto estaba tramando, le prometió el perdón y su apoyo si deponía las armas. Sexto le contestó por escrito que iba a obedecerle pero, sin embargo, no lo hizo. Pues, renegando de Antonio por sus fracasos, y porque que en seguida partió para Egipto, se mantenía con sus planes y al mismo tiempo mandaba heraldos a los partos[48]. Cuando Antonio [2] se enteró de esto no se desentendió, sino que envió contra él una escuadra al mando de Marco Ticio, que antes, desde el bando de Sexto, se había pasado al suyo y entonces estaba con él. Entonces Sexto, que ya estaba informado de esto, tuvo miedo, pues aún no estaba suficientemente preparado, y se hizo a la mar. Se dirigió a donde le pareció que podía huir mejor, y así [3] llegó a Nicomedia[49]. Pero allí, siendo bloqueado por Ticio, negoció con él, porque confiaba en su benevolencia a causa de que en otra ocasión había sido su benefactor[50]. Pero como Ticio le contestó que no haría ningún pacto con él si antes no recibía las naves y el resto de sus fuerzas, Sexto desesperó de una salvación por mar y entonces metió en las naves los bagajes más pesados, las quemó y se dirigió hacia el interior. Pero Ticio y [4] Fumio lo persiguieron y le dieron alcance en Mideo, en Frigia[51]; allí lo rodearon y lo capturaron vivo. Cuando Antonio se enteró de esto, en un arrebato de cólera envió un mensajero de inmediato con la orden de que lo mataran. Pero no mucho después, cambiando de opinión, para que se salvara [...][52] Pero [5] como el segundo mensajero llegó antes que el primero y Ticio cogió la carta con la orden de darle muerte después, creyendo que en realidad esa era la segunda carta (o, sabiendo la verdad, no quiso considerarla verdadera), se atuvo al orden de llegada y no a la intención del remitente. Así, Sexto murió siendo cónsules [6] Lucio Cornificio y cierto Sexto Pompeyo[53]. Y para celebrar esta muerte César organizó carreras de carros, y en honor de Antonio hizo colocar un carro delante de la tribuna de oradores y estatuas en el templo de la Concordia; le concedió el derecho de poder celebrar allí un banquete con su mujer y sus hijos, [7] como antes habían votado para él[54]. César simulaba todavía que era su amigo y, claro, le daba ánimos ante las derrotas que le infligieron los partos y, de paso, aplacaba sus celos por su victoria y por los decretos aprobados con motivo de ella.

[**19**] Esto es lo que hacía César, mientras que los asuntos de Antonio con los

bárbaros iban como sigue. Publio Ventidio[55], sabiendo que Pácoro había reunido un ejército y entraba en Siria, tuvo miedo, puesto que las ciudades no estaban bajo control y las legiones estaban aún repartidas en sus cuarteles de invierno. Decidió entonces hacer lo siguiente para hacer perder el tiempo [2] a Pácoro y ralentizar la marcha de su ejército. Como conocía a Cananeo[56], un jefe tribal, que mantenía buenas relaciones con Pácoro y sabía que simpatizaba más con los partos, lo honraba como a persona de toda confianza y lo hacía consejero de aquellos asuntos en los que no iba a salir perjudicado, pero con los que, claro está, iba a crearle al otro la certeza de que compartía [3] con él los asuntos más secretos. Puesto que estaba en ese grado de confianza, Ventidio simuló que temía que los bárbaros cruzaran el Eufrates por el lugar de costumbre (cerca de donde está la ciudad de Zeugma[57]), y no por el otro camino que sigue corriente abajo, pues decía que en el primero había llanuras apropiadas para el enemigo, mientras que por el otro las colinas favorecían más a los romanos. Y convenció al cananeo para que [4] se lo creyera, y por medio de él engañó a Pácoro. Pues este optó por la llanura por la que Ventidio simulaba que no quería que fuera, y al ser más larga que la otra, le dio la oportunidad de reunir las legiones.

Y así Ventidio, atacando a Pácoro cuando estaba en la Cirréstica[58], [**20**] en Siria, lo derrotó. Porque, como ni les impidió atravesar el río ni tampoco los acosó después cuando lo cruzaron, tildaron a los romanos de blandos y de faltos de coraje. Desde allí avanzaron hasta las fortificaciones de los romanos, aunque estaban en zonas altas, con la idea de tomarlas con el primer asalto. Pero, produciéndose una salida por sorpresa y [2] cuesta abajo por parte de los romanos, los rechazaron sin esfuerzo, porque los otros iban a caballo. Y, aunque se defendieron valientemente, pues la mayoría iba con armadura, estaban aturdidos por lo inesperado del ataque y se estorbaban unos a otros, por lo que fueron derrotados por los soldados de infantería y, sobre todo, por los honderos; pues, llegando muy lejos con sus potentes lanzamientos, fueron para los partos los enemigos más difíciles. Y en tan penoso combate Pácoro, cayendo [3] muerto, trastornó a la mayoría de ellos. Pues, tan pronto como se dieron cuenta de que su jefe había muerto, unos pocos lucharon alrededor de su cadáver valerosamente; pero muriendo también estos, todos los demás se retiraron: unos quisieron huir a su patria a través del puente pero no pudieron, porque, siendo alcanzados antes, perecieron, y otros huyeron a Comagena[59] [4] con Antíoco[60]. Y a las demás poblaciones de Siria, que estaban pendientes del desenlace de la guerra, Ventidio las dominó fácilmente paseando la cabeza de Pácoro por las ciudades (pues amaban a Pácoro, por su sentido de la justicia y su bondad, igual que a los mejores reyes que habían tenido alguna vez). [5] Ventidio inició entonces una expedición contra Antíoco con el pretexto de que este no le había entregado a los que le habían suplicado asilo; pero en realidad era por las muchísimas riquezas que aquel poseía.

[**21**] Cuando Ventidio ya estaba en plena campaña, se presentó Antonio por sorpresa, y no solo no aprobó su comportamiento sino que sintió celos, porque le parecía que se portaba por su cuenta como hombre de gran valía. Por este motivo apartó a Ventidio del poder y ya no le encargó ninguna misión ni entonces ni después, aunque gracias a Ventidio obtuvo por ambos hechos[61] un triunfo y se celebraron fiestas de acción de gracias [2] en su honor. Los habitantes de Roma aprobaron estos honores para Antonio por su labor sobresaliente y de acuerdo con la ley, porque era Antonio quien ostentaba el mando supremo de las legiones; pero también lo votaron para Ventidio, porque creían que el desastre que les sucedió con Craso quedaba suficientemente vengado con el que les ocurrió a los partos con Pácoro, sobre todo porque uno y otro hecho sucedieron el mismo día de aquellos dos años[62]. Pero ocurrió que Ventidio celebró él solo el [3] triunfo, como también había vencido solo, pues Antonio murió antes[63], y por eso, contra toda lógica y por azar, recibió mayor gloria: un día desfiló entre los prisioneros en el triunfo de Pompeyo Estrabón[64] y ahora era el primer romano en celebrar un triunfo sobre los partos.

Pero esto sucedió tiempo después. En este momento Antonio [**22**] atacó a Antíoco y, encerrándolo en Samósata[65], le ponía sitio. Como nada conseguía, sino que malgastaba el tiempo sin más y sospechó que los soldados mantenían una actitud distante hacia él a causa de la deshonra de Ventidio, entabló negociaciones secretas con Antíoco y pactó acuerdos falaces para poder retirarse honrosamente. Antonio, claro está, ni consiguió los rehenes[66], [2] excepto dos (y no eran de los ilustres), ni las riquezas que pretendía. Pero para complacer a Antíoco sí consintió la muerte de cierto Alejandro[67] que había desertado de Antíoco para pasarse a los romanos. Tras llevar a cabo estos hechos partió para Italia. Mientras, Gayo Sosio[68], a quien había dejado al [3] mando de Siria y de Cilicia, sometió a los de Arados, que hasta entonces estaban cercados y pasaban grandes penalidades a causa del hambre y las enfermedades[69]. Y venció a Antígono[70] en una batalla, pues había matado a los guardias que los romanos le habían puesto[71], y como encontró refugio en Jerusalén, la [4] conquistó tras ponerle sitio. Muchos daños terribles causaron los judíos a los romanos, pues es un pueblo muy violento cuando se enoja; pero, con mucha diferencia, ellos sufrieron más. Los primeros en ser capturados fueron los que defendían el recinto sagrado del dios, y después los demás, en el día llamado [5] también entonces «de Saturno[72]». Tan extremado es el celo con que adoran a su dios, que los primeros que fueron hechos prisioneros cuando la toma del templo consiguieron permiso de Sosio, cuando de nuevo llegó el día de Saturno, para, volviendo de nuevo al templo, realizar con el resto del pueblo todos los [6] ritos acostumbrados. Antonio confió el mando de los judíos a cierto Herodes[73], mientras que ató a Antígono a una cruz y lo azotó, un castigo que ningún otro rey había sufrido antes

por parte de los romanos, y luego además lo degolló.

[**23**] Eso fue lo que ocurrió en el consulado de Claudio y de Norbano[74]. Al año siguiente los romanos no hicieron en Siria nada digno de mención. Pues Antonio empleó todo el año en llegar a [2] Italia y regresar de nuevo a Siria. Pero Sosio, haciendo crecer el poder de Antonio, pero no el suyo, y, por la misma razón, no queriendo despertar la envidia o la cólera de aquel, procuró cumplir la norma de no caer en desgracia por perjudicarlo en algo, sino de agradarlo manteniéndose comedido[75]. Pero el asunto de los partos cambió enormemente a partir del siguiente hecho. Orodes, rey de los partos, puesto que estaba cansado por [3] la edad y desolado por la muerte de su hijo Pácoro, dejó en vida el trono a Fraates[76], el mayor de los hijos que le quedaban, el cual se convirtió en el más impío de los hombres. Pues a los [4] hermanos habidos de la hija[77] de Antíoco los asesinó alevosamente, porque eran mejores que él por su valor y por el linaje de su madre; y por eso mató a su padre, que no podía soportar sus crímenes; y después mató a los más nobles de los partos. Así [5] fue como muchos de los partos más ilustres lo abandonaron para escapar: unos a cualquier parte y otros con Antonio, entre los cuales se encontraba Moneses. Eso fue lo que sucedió en el consulado de Agripa y de Galo[78].

Y durante lo que quedaba de invierno, cuando eran cónsules [**24**] Gelio y Nerva[79], Publio Canidio Craso[80] emprendió una expedición contra los iberos[81] de esa zona y derrotó a su rey, Famabazo[82]. Después se lo atrajo para hacer una alianza, y con él atacó la región vecina de Albania[83]. Venció a los albanos y a su rey, Zober, y del mismo modo llegó también a pactos con este. Antonio, [2] que estaba con la moral muy alta por estos éxitos, y sobre todo porque esperaba mucho de Moneses (este le había prometido liderar la expedición y anexionar la mayor parte de Partia sin lucha), emprendió la guerra contra los partos y, entre otros regalos, dio a Moneses tres ciudades romanas para que las gobernara mientras durase la guerra, y, más aún, también le prometió el [3] trono de Partía. Puesto que estos dos mantenían tan buena relación, Fraates tuvo miedo (y porque, además, los partos llevaban muy mal la huida de Moneses) y mandó un heraldo a Moneses: no hubo nada que no le prometiera, de modo que lo convenció [4] para que regresara. Cuando Antonio lo supo, montó en cólera, como es natural. Sin embargo, no mató a Moneses, aunque lo tenía en su poder, pues, si hubiera hecho tal cosa, ya no podría esperar ganarse a ninguno de los bárbaros; pero les tendió una [5] trampa. En efecto, lo dejó ir como si aquel fuera a poner en sus manos el gobierno de los partos, y con él envió embajadores a Fraates. Antonio, de palabra, negociaba la devolución de los estandartes y los prisioneros de cuando el desastre de Craso, para coger desprevenido al rey con la esperanza de un acuerdo; pero, de hecho, llevaba a cabo todos los preparativos para la guerra.

[**25**] Antonio llegó hasta el Eufrates, pensando que el río estaba desprovisto de vigilancia. Pero, cuando encontró que toda la zona de allí estaba escrupulosamente vigilada con guarniciones, se volvió de allí y se dirigió contra el rey de los medos, Artavasdes[84], porque el rey de Armenia Mayor[85], que tenía el mismo nombre que aquel pero que era su enemigo, lo persuadió para hacer de inmediato, tal como estaba, se dirigiera hacia Armenia. [2] Y, cuando supo que el rey de los medos se había alejado mucho de casa para aliarse con el rey parto, dejó las bestias de carga y una parte del ejército con Opio Estaciano[86], y le ordenó que los siguiera. Y él, tomando los jinetes y lo mejor de la infantería, salió a toda prisa con la intención de tomar todos los territorios enemigos en el primer asalto. Antonio cayó sobre la residencia [3] real de Praaspa[87] y, levantando terraplenes de tierra, hacía ataques. Pero el rey medo y el parto, informados de esto, lo dejaban esforzarse en vano, pues sus murallas eran fuertes y estaban defendidas por muchos soldados. Mientras, aquellos dos, cayendo [4] sobre Estaciano, que estaba desprevenido, falto de tropas y agotado, mataron a todos, excepto a Polemón[88], rey del Ponto, que en esos momentos iba en la expedición con Estaciano; pues solo a él cogieron vivo y luego lo liberaron a cambio de dinero. Pudieron [5] hacer esa masacre porque el rey armenio no estuvo presente en la batalla. Y, aunque habría podido socorrer a los romanos, según dicen algunos, ni hizo esto ni marchó junto a Antonio, sino que se retiró a casa.

Antonio se apresuró a ir en ayuda de Estaciano en cuanto [**26**] recibió el primer mensaje que este le envió, pero llegó tarde. Pues, excepto cadáveres, no encontró a nadie. Y por eso tuvo miedo; pero al no encontrar a ninguno de los bárbaros, sospechó que habían huido por miedo, y entonces Antonio recobró el ánimo. Por eso, cuando se encontró con ellos no mucho después, [2] los hizo huir. Pues siendo muchos los honderos y disparando más lejos que los arcos, causaron graves daños a todo el ejército, incluso a la infantería armada; sin embargo, no hubo un número importante de bajas, pues los bárbaros huyeron veloces a caballo.

[3] Antonio de nuevo reanudó el combate contra los de Praaspa y los sitió; pero no causaba graves molestias a los enemigos: los de dentro los rechazaban violentamente, mientras que los de fuera no podían entablar combate con facilidad. Perdió a muchos de los suyos mientras buscaban o acarreaban provisiones, [4] pero a muchos también por castigarlos él mismo. Al principio, mientras cogían los alimentos de las zonas de allí, el número de soldados era suficiente para las dos cosas: para asegurar el asedio y el abastecimiento de alimentos. Pero, cuando todo el alimento de las proximidades se agotó y los soldados tenían que [5] alejarse mucho, les ocurría lo siguiente: o que, si eran enviados pocos, no solo no traían nada sino que además los mataban, o que, si eran enviados en mayor número, al dejar la murallas sin soldados que las sitiasen, los bárbaros hacían salidas contra ellos matando a muchos hombres y destruyendo muchas máquinas

de asedio.

[**27**] Ante esta situación, Antonio les dio a todos cebada en vez de trigo y, haciendo algunos grupos, ejecutó a uno de cada diez[89]: aunque supuestamente era Antonio el que sitiaba, era él [2] quien sufría las penalidades de los sitiados. Los que estaban dentro de las murallas buscaban atentamente las ocasiones de hacer salidas y, cuando los de Antonio se dividían en dos grupos, los otros, saliendo de improviso y volviendo al poco tiempo, hacían terribles ataques contra los que se habían quedado en la zona. Y a los que se retiraban para coger alimentos no los molestaban cuando iban hacia las aldeas; pero cuando, tras haberse repartido, volvían de regreso, entonces caían súbitamente [3] sobre ellos. Sin embargo, como Antonio continuaba con el sitio de la ciudad, Fraates temió que con el tiempo la ciudad acabara sufriendo penalidades, bien porque él solo encontrara alguna manera bien porque alcanzara alguna alianza con alguien. Y entonces lo convenció, enviándole en secreto algunos heraldos, para que entablara negaciones con él haciéndole creer que iba a ser muy fácil llegar a un acuerdo. Por este motivo, Fraates negoció [4] con los que había enviado Antonio sentado en un carro de oro y haciendo vibrar la cuerda del arco, y, tras dirigirles muchas invectivas, prometió finalmente que ofrecería la paz si Antonio levantaba de inmediato el cerco. Cuando Antonio oyó [5] esta oferta, temiendo el orgullo de aquel y al mismo tiempo confiando en que, si se retiraba a algún sitio, alcanzaría un pacto, levantó el cerco sin destruir ninguna de las maquinarias del asedio, como si estuviera en un país amigo.

Después de hacer esto Antonio y mientras aguardaba los [**28**] pactos, los medos quemaron las máquinas de asedio y esparcieron la tierra de los terraplenes. Los partos, por su parte, no le enviaron ninguna propuesta de paz; al contrario, cayendo muchas veces de improviso sobre ellos, les causaban daños terribles. Cuando se dio cuenta de que había sido engañado, ya no [2] se atrevió a enviar embajadores (pues sospechaba que ni con propuestas moderadas por su parte pondría fin a las hostilidades, y tampoco quiso llevar a los soldados al desánimo por un nuevo desacierto en los pactos). Así pues, decidió apresurarse a ir a Armenia, una vez que había levantado el cerco. Fueron por [3] otro camino (pues por el que vinieron pensaban que estaría totalmente cortado por los enemigos) y sufrieron muchas desgracias insospechadas. Como entraron en una región desconocida, cometieron muchos errores; además, los bárbaros se habían adelantado a bloquear los pasos estrechos unas veces con zanjas y otras con empalizadas, y dificultaban en todas partes el abastecimiento de agua y destruían los pastos. Y, si por casualidad [4] iban a pasar por lugares más favorables, engañados con falsas noticias de que ya habían sido ocupados, los dejaban de lado, y así los enemigos les hacían tomar otros caminos emboscados, de modo que muchos perecieron en las emboscadas y muchos, por hambre.

[**29**] Por estos motivos hubo también alguna deserción. Y todos se habrían pasado al

enemigo si los bárbaros no les hubieran [2] clavado flechas en los ojos a los que se atrevieron a hacer eso. Así pues, se abstuvieron de desertar; pero por suerte les ocurrió un día lo siguiente. Como cayeron en una emboscada y recibían una lluvia de flechas, instintivamente formaron la tortuga[90] juntando [3] los escudos e hincando la rodilla izquierda en tierra. Los bárbaros, que nunca habían visto tal cosa, creyeron que se habían desplomado a consecuencia de las heridas y que estaban a falta de un golpe de gracia, así que arrojaron los arcos, desmontaron de los caballos y, desenvainando las dagas, se dirigieron a [4] ellos para degollarlos. Pero en esto se levantaron los romanos y, a la voz de mando, desplegaron a la vez toda la legión en formación de combate y, atacando en masa cada uno al que tenía más cerca frente a sí, los destrozaron como soldados armados frente a quienes están desarmados, como soldados bien entrenados frente a quienes están desprevenidos, como soldados de infantería frente a simples arqueros, como romanos frente bárbaros, de modo que todos los demás se retiraron al instante y ya no los acosaron más.

[**30**] La tortuga es como sigue y se forma de la siguiente manera. Los animales y carros que llevan los bagajes, los soldados que no usan escudo y los jinetes se colocan en medio de la legión. Y, de los que llevan armas defensivas, unos, los que van armados con los escudos alargados, curvados y cilindricos, se colocan en el exterior formando un rectángulo y, mirando hacia fueran y con las armas dirigidas hacia delante, protegen a los demás, y los otros, los que van armados con escudos planos, [2] diseminándose por el centro, levantan los escudos por encima de sí mismos y de todos los demás, de modo que en toda la legión no se ve otra cosa más que escudos, y así todos ellos quedan a cubierto de la lluvia de proyectiles bajo la capa protectora formada con los escudos. La cubierta de escudos es tan resistente [3] que algunos andan por encima de ella; es más, cuantas veces pasan por lugares hondos o estrechos, los caballos y los carros avanzan sobre ella. Tal es la disposición de esta formación, y de ahí ha tomado el nombre de tortuga, por la resistencia y protección que ofrece. Los romanos la utilizan en dos sitúaciones: [4] cuando se acercan para atacar una fortaleza, y muchas veces hacen subir a algunos hasta la misma muralla, o cuando alguna vez son rodeados por los arqueros: entonces se agachan todos juntos (pues también a los caballos se les ha enseñado a doblar las rodillas y tumbarse) dando a los enemigos la impresión como si estuvieran cansados y, en un momento dado, se levantan de repente cuando el enemigo está cerca y les infunden un enorme pánico.

Tal clase de formación es esa tortuga. Antonio ya no sufrió [**31**] nada terrible por parte de los enemigos; pero padeció graves penalidades a causa del frío. Pues ya era invierno y en Armenia, en la zona de las montañas (solamente a través de ellas pudo hacer el camino, y gracias), siempre hay hielo. Las muchas heridas que padecían sus soldados les causaron entonces los mayores sufrimientos. Y, puesto que a causa del frío

eran muchos [2] los muertos y muchos los que quedaban inválidos, Antonio no soportó que le dieran noticias sobre cada uno de ellos, e incluso prohibió tajantemente que alguien le hablara de tales asuntos. Y aunque estaba enojado con el rey armenio porque los había abandonado[91], y deseaba castigarlo, se humilló y lo trató con [3] mimo para obtener de él provisiones y dinero. Finalmente, como los soldados tampoco podían seguir caminando, y es que era invierno, y además iban a sufrir en vano (pues Antonio tenía en mente regresar a Armenia no mucho tiempo después) adulaba mucho al rey y le hacía toda clase de promesas para que les permitiera invernar en el país, diciéndole que en primavera haría [4] de nuevo una expedición contra los partos. Entonces le llegó dinero enviado por Cleopatra, de modo que a cada soldado de infantería le dio cuatrocientos sestercios[92], y a los demás la cantidad proporcional. Pero, como el dinero enviado no era suficiente para todos, añadió dinero suyo para los restantes; y, aunque el gasto fue para él, hizo que la gloria de la donación fuera para Cleopatra. Por consiguiente, Antonio recaudó mucho dinero de los amigos y muchos tributos de los aliados.

[**32**] Después de concluir estas gestiones, Antonio partió para Egipto; pero los ciudadanos de Roma sabían todo lo que había pasado; no porque él les hubiera enviado cartas diciendo la verdad (Antonio ocultaba todos los reveses, y había algunas cosas [2] que las describía al contrario, como si hubiera tenido éxito), sino porque los rumores sí contaban la verdad. Y César y sus partidarios más próximos indagaban todos los detalles y los divulgaban: no desmentían en público sus éxitos, sino que celebraban sacrificios y los festejaban. Pues, mientras César sufriera reveses ante Sexto, no era oportuno ni conveniente desmentir las noticias [3] de Antonio. Sin embargo, Antonio actuó como hemos dicho y, en cuanto al mando de las regiones, lo repartió así: a Amintas[93] le dio el reino de Galacia, aunque solo era secretario de Deyótaro, y añadió a su reino Licaonia y una parte de Panfilia[94]; a Arquelao[95] le dio el reino de Capadocia[96] tras expulsar a Ariárates[97] (este Arquelao, por parte de padre, provenía de aquellos Arquetaos[98] que lucharon contra los romanos; y por parte de madre era hijo de Gláfira, una meretriz[99]). No obstante, [4] este era el motivo menor por el que los ciudadanos hablaban mal de Antonio (pues se trataba de su arrogancia con los extranjeros). Pero sí que lo criticaban enormemente por su relación con Cleopatra, porque reconoció a los hijos que tuvo con ella: a los dos mayores, Alejandro y Cleopatra (pues había dado a luz a gemelos) y al menor, Tolomeo, también llamado Filadelfo[100]. Y también porque a estos les regaló muchas regiones de la Arabia [5] de Maleo[101] y de Iturea (pues a Lisanias[102], al que había hecho rey de aquellas regiones, lo mató como si hubiera actuado en favor de Pácoro), y también les regaló muchas regiones de Fenicia, Palestina, algunas zonas de Creta, Cirene[103] y Chipre.

[**33**] Eso hizo Antonio aquel año. Y al siguiente, en el que eran cónsules Pompeyo y

Cornificio[104], intentó hacer la expedición contra Armenia[105], habiendo puesto no pocas esperanzas en el rey medo[106], pues este estaba indignado con Fraates porque no recibió de él ni mucho botín ni ninguna otra recompensa. Antonio, queriendo castigar al rey de Armenia por haber abandonado a los romanos[107], le envió a Polemón para que hiciera con él [2] un tratado de amistad y una alianza. Antonio se alegró tanto con el acuerdo al que llegó, que hizo el pacto con el armenio y a Polemón le regaló más tarde Armenia Menor[108] en recompensa a su gestión como embajador. Lo primero que hizo Antonio fue invitar al rey armenio a Egipto, supuestamente como amigo, pero con la intención de capturarlo sin esfuerzo y acabar con él. Sin embargo, como aquel sospechó esto y no respondió a la [3] invitación, Antonio maquinó otra manera de engañarlo. En público no manifestaba que estaba enojado con él, para que el otro no se convirtiera en enemigo. Pero entonces, como si en aquellos momentos fuera a emprender una expedición contra los partos para coger a Fraates desprevenido, Antonio salió de Egipto[109]. Sin embargo, cuando supo por el camino que Octavia salía de Roma, ya no avanzó más lejos y se volvió de nuevo a [4] Egipto, aunque le había ordenado en seguida que volviera a casa y después había aceptado los regalos que aquella le había enviado, entre otros los soldados que Octavia había pedido a su hermano para esta expedición contra los partos.

Antonio entonces era incluso más esclavo del amor y de los [**34**] encantos de Cleopatra. Entre tanto, César, puesto que Sexto había muerto y la situación en la Libia[110] necesitaba ser controlada, se dirigió a Sicilia con la intención de navegar hasta Libia; pero allí se detuvo a causa de una tempestad y ya no avanzó más lejos. Pues los salasos, los tauriscos, los liburnios y los [2] yápides[111], si ya de verdad antes no tenían en absoluto un comportamiento respetuoso con los romanos, ahora habían dejado de pagar los tributos y había ocasiones en que atacaban y saqueaban los territorios que lindaban con ellos; pero ahora se sublevaron abiertamente ante la ausencia de César. Por esta razón [3] se volvió e hizo todos los preparativos para marchar contra ellos. Y, puesto que algunos legionarios, los que habían sido despedidos cuando se amotinaron y no habían recibido ningún dinero[112], ahora querían enrolarse de nuevo en las legiones, los agrupó a todos en una misma legión para que, estando en un lugar apartado y manteniendo relaciones solo entre ellos, no pudieran corromper a otras legiones; y si intentaban provocar alteraciones, fueran detectados de inmediato. Pero como no [4] fueron capaces de contenerse por más tiempo, a unos pocos de ellos, los de más edad, los envió a la Galia, donde iban a recibir tierras, creyendo César que los demás iban a abrigar esperanzas con este ejemplo y se iban a aplacar. Pero como incluso así se enardecieron, entregó a algunos de ellos para que fueran castigados. Sin embargo, puesto que con esta medida los ánimos de los otros se excitaron aún más, los llamó como si fuera a comunicarles algo y, rodeándolos con el ejército, les quitó las armas [5] y los licenció. Y

así, conscientes de su debilidad y conociendo la determinación de César, cambiaron realmente de actitud y, suplicándoselo mucho, volvieron al ejército. Pues César, necesitado de soldados y temiendo que Antonio se los quitara, dijo que los perdonaba, y le fueron muy útiles en todo tipo de circunstancias.

[**35**] Esto ocurrió más tarde; pero entonces César dirigió una expedición contra los yápides y ordenó que el resto de las tropas sometiera a los otros pueblos[113]. Y a los que estaban a este lado de las montañas, que vivían no muy lejos del mar, los anexionó sin el mayor esfuerzo; pero a los que estaban en las zonas escarpadas y a los de la vertiente del otro lado los sometió condes [2] penalidades. Pues haciéndose fuertes en Metulo, la mayor ciudad de aquellos, rechazaron muchos ataques de los romanos, incendiaron muchas máquinas de guerra e hirieron al propio César cuando desde una torre de madera intentaba pasar a la [3] muralla[114]. Y finalmente, como César no se replegaba lo más mínimo, sino que además enviaba por más tropas, simularon que querían una tregua y admitieron un destacamento en la ciudadela; pero durante la noche los mataron a todos y quemaron [4] las casas. Después unos se suicidaron y otros, además, mataron a sus mujeres y niños, de modo que no dejaron a César absolutamente nada; pero estos no fueron los únicos, también los que fueron cogidos vivos se dieron muerte no mucho después por voluntad propia.

Una vez que estos murieron y los demás habían quedado [**36**] sometidos sin oponer una resistencia digna de mención, César emprendió la expedición contra los panonios[115], sin aducir ningún pretexto para atacarlos (pues ninguna agresión habían cometido): la finalidad era ejercitar a los soldados y alimentarlos con recursos extranjeros, pues César consideraba que todo lo que era agradable para el mejor con las armas era una cosa justa para los más débiles. Los panonios se distribuyen hasta Dalmacia, [2] siguiendo justamente el Danubio[116], desde el Nórico[117] hasta la Mesia[118] de Europa. Son los hombres que llevan una vida más miserable (pues ni la tierra ni el clima son buenos: no cultivan ni aceite ni vino, excepto en pequeñísimas cantidades y de la peor calidad, porque viven la mayor parte del año en un [3] invierno durísimo; beben y comen cebada y mijo[119]). Pero están considerados como los más valientes por todo lo que sabemos sobre ellos. Son los más fieros y sanguinarios, pues no poseen [4] nada que les proporcione una vida agradable. Estas cosas las sé no por haberlas oído o leído, sino porque las comprobé de hecho cuando fui gobernador de ellos[120]. Pues después de ser gobernador de la provincia de África fui designado para el gobierno de Dalmacia, de la que mi padre también fue gobernador cierto tiempo, y de la llamada Panonia Superior[121], por lo que [5] escribo sabiendo muy bien todo lo relacionado con ellos. Se llaman así porque a los mantos les cosen de un modo peculiar unas mangas que cortan de otros mantos y los llaman *pannos*[122]. Estos panonios se llaman así bien sea por esta razón o

por alguna [6] otra. Pero algunos griegos, que ignoraban la verdad, llamaron peones[123] (y esta denominación es antigua) a estos; sin embargo, no es apropiado para ellos, sino para los de Ródope[124], en la región próxima a Macedonia, la que hoy día llega hasta el mar. Por eso yo llamo a estos peonios y a los otros panonios, tal como se llaman a sí mismos y los llaman los romanos.

[**37**] Contra los panonios hizo César entonces una expedición. Al principio ni asolaba la región ni saqueaba, aunque aquellos habían abandonado las aldeas de las llanuras, pues esperaba que ellos voluntariamente se sometieran. Pero, como le causaron muchas penalidades en su camino hacia Siscia[125], se enojó y les iba quemado sus territorios y rapiñaba todo cuanto podía. Cuando [2] estuvo cerca de la ciudad, los nativos, persuadidos por sus jerarcas, en seguida llegaron a un acuerdo con él y le entregaron rehenes. Pero después de esto cerraron las puertas y se dispusieron para el asedio, pues teman también fuertes murallas; pero, sobre todo, tenían total confianza en dos nos navegables. Pues el [3] llamado Cólope, que corre pegado a la misma muralla, no muy distante del Savo[126], donde desemboca, hoy día rodea toda la ciudad; pues Tiberio[127] lo forzó a este recorrido con un gran foso, a través del cual, tras rodear la ciudad, vuelve a su antiguo cauce. Pero entonces, puesto que por un lado el Cólope fluía [4] junto a las mismas murallas y, por el otro lado, el Savo corría paralelo y no muy lejos, había quedado un espacio vacío que había sido fortificado con empalizadas y fosos. César, consiguiendo [5] barcas hechas por los aliados de allí, las condujo a través del Danubio hasta el Savo y, a través de este, hasta el Cólope. Entonces los atacó al mismo tiempo con la infantería y con las barcas, y tuvieron lugar algunos combates navales en el río. Los [6] bárbaros, a su vez, habían construido barcas de un solo tronco con las que se arriesgaban al combate[128]. En el río mataron a muchos, entre otros a Menas, el liberto de Sexto, y en tierra rechazaron violentamente a César, hasta que supieron que algunos de sus aliados habían caído en una emboscada y habían perecido. Entonces, desanimados, se entregaron. Así fueron capturados aquellos y el resto de los panonios se avino a un tratado.

Después de esto, César dejó allí a Fufio Gèmino[129] con una [**38**] pequeña fuerza, mientras él regresó a Roma. Aplazó el triunfo votado en su honor; pero a Octavia y a Livia les concedió que se les dedicaran estatuas, que administraran sus asuntos sin ningún tutor y que gozaran de la seguridad y de la inviolabilidad[130] [2] igual que los tribunos. Y, cuando intentaba hacer también una expedición contra Britania para emular a su padre[131], pues ya había llegado hasta la Galia tras el invierno en el que eran cónsules Antonio, por segunda vez, y Lucio Libón[132], algunos de los pueblos recién conquistados, y los dálmatas con ellos, se [3] sublevaron. Gémino, aunque fue expulsado de Siscia, recuperó la Panonia tras algunos combates. Valerio Mesala sometió a los salasos y a los

demás que se habían sublevado con ellos. Y contra los dálmatas marchó primero Agripa, y después César [4] dirigió una expedición contra ellos. La mayoría de los dálmatas fueron sometidos, pero a cambio ios romanos sufrieron muchas y terribles penalidades, hasta el punto de que César fue herido y de que a algunos soldados se les dio cebada en vez de trigo [133], y, más aún, otros soldados que habían abandonado la formación, elegidos por sorteo uno de cada diez, fueron ejecutados[134]. De hacer la guerra contra los demás pueblos se encargó Estatilio Tauro.

[**39**] Entre tanto, Antonio dejó el consulado el mismo día que entró y puso en su lugar a Lucio Sempronio Atratino: de ahí que algunos incluyan a Antonio y no a Lucio en el registro de los cónsules[135]. Antonio, buscando cómo castigar al rey armenio[136] [2] de la forma más cómoda posible, pidió la mano de su hija para casarla con su hijo Alejandro[137] (y para esta misión envió a cierto Quinto Delio[138], que era su favorito) y prometió al rey que le haría muchos regalos. Finalmente se presentó de improviso en [3] la Nicópolis[139] de Pompeyo justo al comienzo de la primavera. Entonces mandó llamar al rey como si necesitara que aquel le aconsejara y le ayudara en ciertas cuestiones sobre la expedición contra los partos. Pero, puesto que el armenio no se presentaba, pues temía una trampa, envió de nuevo a Delio para que mantuviera conversaciones con él, mientras que Antonio marchó con no menos prisa a Artaxata[140]. Y así, después de [4] mucho tiempo, persuadiéndolo unas veces mediante amigos, otras amedrentándolo con los soldados y, en una palabra, escribiéndole y actuando en todo como con un amigo, lo atrajo para que fuera a su campamento. Allí Antonio lo retuvo; primero lo [5] tenía libre y visitaba con él las fortalezas donde estaban guardados los tesoros, por si podía apoderarse de ellos sin lucha, y le explicaba que, si lo tenía retenido, era únicamente para exigir tributos a los armenios a cambio de la protección que le daba a [6] él y a su reino. Pero como ni siquiera los guardianes de los tesoros atendían sus peticiones y los armenios que tenían armas eligieron rey en su lugar a Artaxias[141], el mayor de sus hijos, Antonio lo encadenó con grilletes de plata. Pues, según parece, consideraba vergonzoso que aquel, habiendo sido rey, estuviera preso con cadenas de hierro.

[**40**] A partir de ese momento Antonio, tomando unas ciudades voluntariamente y otras por la fuerza, sometió a toda Armenia. Pues Artaxias, después de enfrentarse a Antonio y salir derrotado, [2] se retiró junto al rey parto[142]. Tras someter a Armenia, Antonio prometió en matrimonio a la hija del rey medo con su hijo[143], para estrechar aún más los lazos con él. Dejó las legiones en Armenia y regresó a Egipto, llevando con él mucho botín y [3] al rey armenio junto con su mujer e hijos[144]. Y, enviando previamente a Alejandría a estos junto con los demás prisioneros, celebró una especie de triunfo[145] entrando montado en un carro. Todo lo regaló a Cleopatra, y al rey armenio lo llevó en el desfile ante Cleopatra, junto con sus familiares y encadenado con grilletes de oro; iba en

medio del gentío, sentado sobre un carro guarnecido de oro, que a su vez estaba colocado sobre una plataforma [4] guarnecida de plata. Pero los bárbaros ni suplicaron a Cleopatra ni se prosternaron ante ella, aunque se lo exigieron de muchas formas y también trataron de convencerlos dándoles muchas esperanzas; al contrario, llamándola por su nombre en voz alta, adquirieron fama por su dignidad, pero sufrieron por este comportamiento muchos malos tratos.

Después de esto Antonio dio una fiesta a los alejandrinos. [**41**] En una asamblea sentó a su lado a Cleopatra y a los hijos de esta y, en su alocución, les ordenó que a ella la llamaran «Reina de reinas», y a Tolomeo, al que llamaban Cesarión, «Rey de reyes». A ambos, haciendo una distribución distinta de las provincias, [2] les dio Egipto y Chipre. Pues decía que tanto la mujer como el hijo lo eran realmente del primer César, y explicaba que había decidido hacer eso como homenaje a César; pero era para desacreditar a César Octaviano, porque era hijo adoptivo y no hijo natural de César. Eso fue lo que repartió entre ambos. [3] Y a los hijos que le había dado Cleopatra prometió darles lo siguiente: a Tolomeo[146], Siria y todos los territorios desde el Éufrates hasta el Helesponto[147]; a Cleopatra, la Cirenaica[148] en África; y al hermano de ambos, Alejandro, Armenia y todos los territorios que hay más allá del Éufrates hasta la India. Estos territorios los dio como si ya fueran suyos. Y esto no solo lo [4] dijo en Alejandría, sino que lo comunicó por carta a Roma, para que fuera sancionado por los romanos; sin embargo, no se leyó nada de aquello en público. Pues Domicio y Sosio, que ya entonces eran cónsules[149] y eran fervientes partidarios suyos, no quisieron, aunque César los presionó para que lo hicieran público a todos. Pero aquellos se impusieron en este asunto; sin [5] embargo, César consiguió en contrapartida que tampoco se hiciera público nada de lo que había escrito sobre el rey de Armenia; pues sentía piedad por el rey armenio, porque había negociado en secreto con él contra Antonio; y también porque César sentía celos de Antonio por la celebración de sus victorías. [6] Después de obrar de tal manera, Antonio se atrevía a escribir al Senado que deseaba renunciar a su cargo y dejar todos los asuntos en manos del Senado y del pueblo. Pero lo decía no porque pensara hacer algo de eso, sino para que, llevados de sus promesas, obligaran a César a deponer las armas primero, puesto que estaba allí en Roma, o, si desobedecía, para que lo odiaran.

[**42**] Eso fue lo que sucedió entonces. Y los cónsules celebraron las fiestas en honor de Venus Genétrix[150]. En las fiestas Latinas[151] actuaron como prefectos urbanos adolescentes seleccionados por César, que eligió a hijos de caballeros pero no de [2] senadores. Y el llamado pórtico de Paulo, que construyó Emilio Lépido Paulo[152] con su propio dinero, lo consagró él mismo durante su consulado, pues fue cónsul durante una parte de ese año. Y Agripa restauró con su propio dinero el acueducto llamado Agua Marcia, que estaba abandonado por las roturas en la [3] conducción, y lo distribuyó por

muchos barrios de la ciudad. Estos dos, que obtuvieron honores a cambio de su dinero particular, sin embargo se comportaron con discreción y moderación. Pero otros, que tenían cargos menos importantes, consiguieron que se aprobara para ellos la celebración de triunfos, unos recurriendo a la influencia de Antonio y otros, a la de César; y, con este pretexto, exigían a los pueblos sometidos a Roma mucho oro para las coronas.

[**43**] Al año siguiente[153], Agripa fue edil voluntariamente y, sin tomar nada del erario público, restauró todos los edificios públicos y todas las calles, limpió las cloacas y, a través de ellas, navegó hasta el Tíber[154]. Y en el circo, viendo que los espectadores [2] se equivocaban en el número de vueltas completas, puso los delfines y las figuras ovoides[155] para que con ellas quedara claro el número de vueltas que llevaban recorridas. Además distribuyó aceite y sal para todos. Dio entrada gratis a los baños [3] durante ese año, para que hombres y mujeres pudieran bañarse. En las fiestas, que organizó muchas y de todas clases (incluso los hijos de los senadores pudieron participar en el juego de Troya[156] montando a caballo), fue él quien pagó a los barberos, para que nadie se gastara nada en ellos. Y, finalmente, en el [4] teatro arrojó fichas sobre las cabezas del público: en unas había como premio dinero; en otras, un vestido; en otras, cualquier otra cosa; y puso en el centro otras muchas mercancías de todo tipo y dejó que se pelearan por llevárselas. Y a la vez que hacía [5] esto, expulsó de Roma a los astrólogos y a los embaucadores. En esos mismos días se promulgó un decreto por el que nadie de la clase senatorial podía ser juzgado por piratería[157], y así a algunos se les concedió, de hecho, la impunidad para cometer fechorías en el futuro. César, en efecto, renunció al consulado [6] (comenzó su segundo consulado con Lucio Tulo[158]) justo el primer día de mandato, igual que antes había hecho Antonio[159]. Y a algunos de la plebe los elevó a la clase de los patricios, votándolo [7] el Senado. Y, puesto que cierto Lucio Aselio, uno de los pretores, quiso renunciar al cargo a cusa de una larga enfermedad, designó en su lugar a su hijo. Y, muriendo otro pretor en el último día del mandato, puso a otro para las horas que quedaban[160]. Cuando murió Boco[161] no dio a nadie el reino, sino que lo [8] registró como una de las provincias de Roma. Como los dálmatas ya estaban totalmente subyugados, César restauró con el botín de aquellos los pórticos y las bibliotecas «Octavianas», llamadas así por el nombre de su hermana.

[**44**] En este tiempo Antonio marchó hasta el río Araxes[162], con la supuesta intención de emprender una expedición contra los partos; pero se contentó con llegar a un acuerdo con el rey medo[163]. Establecieron que se ayudarían en sus guerras respectivas: el uno [2] en su lucha contra los partos y el otro contra César. Y con este motivo se intercambiaron soldados; el rey medo recibió una parte de la recién adquirida Armenia[164], y Antonio recibió a la hija del rey, Yótape, para casarla con Alejandro, y las insignias de la [3] legión perdidas cuando la batalla de Estaciano[165]. En contrapartida

Antonio regaló Armenia Menor a Polemón, como ya dije[166]. Eligió a Lucio Flavio para el consulado, a la vez que lo hacía cesar[167] (pues era uno de sus partidarios). Y se dirigió a Jonia[168] y Grecia para comenzar la guerra contra César. El rey medo, al [4] principio, teniendo como aliados a los romanos, venció a los partos y al rey Artaxias cuando lo atacaron. Pero, como Antonio mandó llamar a los soldados que le había dejado y además se quedó también con los de aquel, el rey medo fue derrotado y capturado: así se perdió Armenia junto con Media.

[1] No se trata de Sexto Pompeyo, hijo de Pompeyo Magno, sino de otro personaje que, por ironía del destino, o de César, llevaba su mismo nombre: así, César y Antonio cumplieron el compromiso de nombrar cónsul a Sexto Pompeyo *(cf.* XLVIII 36, 4).

[2] Antonio renunció al consulado el primer día de su mandato y puso en su lugar a Lucio Sempronio Atratino *(cf. infra* § 39, 1). Y a este le sucedió después como segundo cónsul *suffectus* Lucio Emilio Lépido Paulo *(cf. infra* § 42, 2). También a Escribonio le sucedieron dos cónsules *suffecti*.

[3] César, como Antonio, también renunció al consulado el primer día de su mandato; lo sustituyó Lucio Autronio Paeto, sustituido ese mismo año por Lucio Flavio, que estuvo un solo día *(cf.* § 44, 3).

[4] La invasión de Sicilia es triple: por un lado viene Lépido desde Africa con setenta barcos de guerra y mil de carga; por otro, Estatilio Tauro desde Tarento con ciento dos naves de Antonio (veintiocho se habían perdido en una tormenta); y por otro, Octavio con casi cuatrocientas *(cf.* APIANO, *Guerras civiles* V 98).

[5] En línea recta está unos ciento cincuenta kilómetros al sur del punto de partida (Puerto Julio, en Bayas, junto a Nápoles).

[6] Menas, en secreto, había pactado con Sexto su deserción; pero, como se nos dice ahora, volverá a cambiar de bando *(cf.* XLVIII 54, 7).

[7] César concedió la libertad a los veinte mil esclavos que remaban en la flota *(cf.* SUETONIO, *Augusto* 16, 1).

[8] Otro liberto de Sexto Pompeyo, como Menas y Menécrates.

[9] Las partes del barco que no tenían remos, pues estos actuaban como una protección del casco en caso de choque.

[10] Garfio de cinco puntas (de ahí el nombre de «mano») para aferrar las naves en los abordajes.

[11] El texto de Dion *(kainòn toû polémou,* «lo nuevo, las sorpresas» de la guerra) parece una expresión tomada de TUCÍDIDES (III 30, 4); pero los manuscritos ofrecen distintas variantes: los manuscritos C y M de Tucídides dan otra lectura, *kenón* («el vacío» de la guerra), y en el códice A de Dion se lee *kairón* («la oportunidad» que ofrece la guerra).

[12] Tauromenio (hoy Taormina) es una ciudad en la costa este de Sicilia, a unos cuarenta kilómetros al sur de Mesina.

[13] Lucio Cornificio, distinto de Quinto Cornificio, citado antes *(cf.* XLVIII 17, 6), prestó grandes servicios a César y fue nombrado cónsul al año siguiente, en el 35 a. C.

[14] César actúa como todo jefe celoso de su subordinado *(cf. supra* § 4, 2-3).

[15] Artemisio es hoy la pequeña ciudad de San Filippo del Mela, a cinco kilómetros al sur de Milas (en la actualidad Milazzo), donde había un templo dedicado a Diana

(Ártemis) Facellina. Se llamaba así porque Orestes había llevado a Sicilia la estatua de la diosa escondida entre «haces» de leña (en griego *phákelos* y en latín *fascisf, cf.* HIGINIO, *Fábulas* 261.

[16] En verdad Dion no la ha mencionado, pero sí APIANO *(cf. Guerras civiles* V 98).

[17] Lépido siempre mantuvo una actitud, si no hostil, sí distante con César *(cf.* XLVIII 3, 6; 46, 2).

[18] Para llegar a nuevos acuerdos con Sexto *(cf.* XLV 10, 6; XLVIII 17, 1).

[19] Lilibeo (hoy Marsala), ciudad y promontorio en la costa oeste de Sicilia, en el punto más próximo a África, de donde viene Lépido.

[20] Empieza el relato de la batalla de Nauloco, que tuvo lugar el 3 de septiembre del 36 a. C. entre Milas y Nauloco, la ciudad más oriental de la costa norte de Sicilia, muy cerca del estrecho de Mesina. En la descripción, Dion sigue el relato que Tucídides hace de la batalla entre atenienses y siracusanos, librada, por lo demás, también en Sicilia *(cf.* TUCÍDIDES, VII 70 y sigs.).

[21] *Cf. supra* § 3.

[22] *Cf.* XLVI 55, 4. Pues Lépido había perdido Hispania y la Galia Narbonense en los acuerdos posteriores entre César y Antonio *(cf.* XLVIII 1, 3; 20, 4; 28, 4).

[23] Probablemente vestido con la toga *pulla (cf.* nota a XLVI 29, 5).

[24] Los romanos solían utilizar como castigo en estos casos la crucifixión (el verbo griego es *staurô),* pero Dion utiliza el verbo *anaskolopízō,* «empalar», aunque tardíamente también significó «crucificar» y algunos traductores optan por este significado; pero más adelante el propio DION (LXII 11, 4) emplea este verbo con el significado de «empalar», cuando habla de que era preferible morir luchando que ser hecho prisionero y «ser empalado, ver las propias entrañas fuera del cuerpo y ser asado en un espeto...». Por su parte, APIANO *(cf. Guerras civiles* V 131) simplemente dice *ékteine*, «mató, ordenó matar». Terrible la suerte de esos esclavos, a los que, según los acuerdos entre Sexto y los triunviros, les esperaba la libertad *(cf.* XLVIII 36, 3).

[25] Equivalían a unos dos kilos de plata; Dion habla de quinientas dracmas (véase nota a XLVI 31, 3).

[26] Antigua e importante población, quizá de origen etrusco, que dio nombre a la región de Campania. Estaba situada en el interior, entre la actual Capua y Caserta, a unos treinta kilómetros al norte de Nápoles.

[27] Un acueducto. Con el mismo nombre había otro acueducto en Roma *(cf.* XLVIII 32, 3).

[28] Cnosos es la célebre ciudad de Creta donde estaba situado el palacio de Minos, el mítico Laberinto.

[29] La actual Túnez y la Numidia, que Antonio y Augusto habían asignado a Lépido

(*cf.* XLVIII 28, 4).

[30] Había sido cónsul *suffectus* el año anterior (37 a. C.). Mandaba la flota de Antonio, pero después de la batalla de Nauloco se pasó a Augusto (véase *supra* § 1, 1 y nota 4).

[31] Es decir, las ciento treinta naves que envió al mando de Estatilio Tauro (véase nota anterior).

[32] Esta fiesta de acción de gracias se celebraba cada año el 13 de septiembre. El honor de comer en el templo de Júpiter se le concedió también a Antonio (*cf. infra* § 18, 6).

[33] El *pomerium* es una línea imaginaria que delimitaba jurídica y religiosamente la ciudad de Roma; solo en parte coincidía con las murallas: así el Capitolio, el Campo de Marte, el teatro de Pompeyo, etc., quedaban fuera. Dentro del pomerio no se podían llevar armas, y de ahí que las legiones tuvieran que quedarse fuera.

[34] Lépido era Pontífice Máximo.

[35] El exceso de impuestos que añadieron los triunviros hacía imposible que los ciudadanos pudieran pagar sus deudas con el Estado: César, al condonarlas. pasaba de recaudador a bienhechor del pueblo (*cf.* XLVII 16, 3; XLVIII 31, 1; etc.).

[36] La casa de Augusto en el Palatino, muy bien conservada, era a la vez también templo de Apolo, por lo que Augusto vivía en un templo, como los dioses: es el primer paso que da el «Divino» Augusto para su deificación.

[37] César aumentó el número de los augures y de los pontífices, e incluso los quindecinviros (los «quince») pasaron a ser dieciséis (*cf.* XLII 51, 4).

[38] Útica era una ciudad próxima a Cartago (sus ruinas están hoy a unos cuarenta kilómetros al norte de Túnez y a unos diez kilómetros de la costa) y fue la capital de la nueva provincia de África tras la destrucción de Cartago por Escipión. No sabemos el motivo por el que concedió la ciudadanía a los de Útica; pero sorprende, porque allí se suicidó Catón, que dirigió la resistencia de la ciudad contra Jubo César.

[39] Véase nota a XLVI 29, 5.

[40] *Cf.* XLVI 33, 4.

[41] Es el célebre Mecenas que protegió a tantos literatos: Virgilio, Horacio, Propercio, etc. Fue la mano derecha de Octavio en asuntos administrativos y políticos, junto con Agripa.

[42] Corcira (hoy Corfú) y Cefalonia son islas del mar Jónico; esta última está muy próxima a la costa griega.

[43] Esa minoría que no se había dejado convencer: los últimos y más fieles amigos (*cf.* APIANO, *Guerras civiles* V 139).

[44] Lesbos, patria de Safo, es una gran isla del Egeo próxima a la costa turca actual.

Allí pasó Sexto una temporada con su madrastra, Cornelia, mientras su padre combatía contra César. Tras la derrota en Farsalo, Pompeyo pasó por Lesbos para recoger a su mujer e hijo; pero no quiso quedarse para no comprometer a los lesbios, un gesto que los lesbios agradecieron *(cf.* PLUTARCO, *Pompeyo* 74-75; APIANO, *Guerras civiles* V 133; DION, XLII 2, 3-4). Ahora Sexto, como su padre, ha llegado allí derrotado.

[45] Los medos, al sur del mar Caspio, ocupaban la zona noroeste del actual Irán (su capital Ecbatana es hoy Hamadan). Hacia el 553 a. C., el antiguo imperio medo fue anexionado a Persia por Ciro II el Grande, por lo que medos y persas eran para los griegos el mismo pueblo. Con los Diádocos la satrapía de Media se dividió en dos: la del norte, más pequeña, se llamó Media Atropatena. Así pues, los medos tenían como vecinos en el este a los partos y al oeste el pueblo armenio, que se extendía al sur del Cáucaso. Medos y partos eran ahora aliados *(cf. infra* § 25, 1-2).

[46] Véase nota a «Lesbos» en la sección anterior (§ 17, 4).

[47] Véase nota a XLVIII 13, 6.

[48] Sexto intenta hacer lo mismo que Labieno *(cf.* XLVIII 24, 5 y sigs.).

[49] Nicomedia (hoy la ciudad turca de Izmit), situada en el mar de Mármara, era la capital de Bitinia.

[50] *Cf.* XLVIII 30, 6.

[51] La Frigia está situada en el interior de la actual Turquía. Mideo es un lugar no bien identificado.

[52] Hay una laguna de entre veinte o treinta caracteres según los códices. El texto que falta podría ser algo así como «mandó un segundo mensajero»,

[53] Año 35 a. C. Sobre este desconocido Sexto Pompeyo véase nota 1 en la Sinopsis de este libro XLIX.

[54] *Cf. supra* § 15, 1.

[55] Dion relata aquí los hechos ocurridos en Oriente tres años antes (38 a. C.) y que dejó en el libro XLVIII 41, 6.

[56] Dion le da el nombre de su pueblo. Canaán era la franja costera que abarcaba el sur de Fenicia (hoy el Líbano) y norte de Israel hasta el valle del Jordán por el este. En gran parte coincide con lo que luego sería Palestina.

[57] Zeugma (en griego significa «puente»), conocida también como Seleucia junto al Puente, era una ciudad de Comagena *(cf. infra* § 20, 3 y nota), en el lado oeste del Éufrates, cerca de la frontera actual entre Siria y Turquía. Allí existía un puente de barcas que ya utilizó Alejandro Magno *(cf.* XL 17, 3).

[58] La zona nororiental de Siria, desde Antioquía y los montes Amano al oeste hasta el Éufrates por el este; lindaba al norte con la región de Comagena *(cf. infra* § 20, 3 y nota).

[59] Región entre los montes Tauro y el Éufrates (hoy en la zona centro del sur de Turquía), al norte de la Cirréstica (véase *supra* § 20, 1 y nota). La ciudad más importante era Samósata.

[60] Antíoco I Teos, rey de Comagena, fue antes aliado de Pompeyo Magno y mantuvo excelentes relaciones con Cicerón cuando este fue gobernador de Cilicia.

[61] La victoria sobre los partos y el sometimiento de Siria.

[62] La batalla de Carras tuvo lugar el 9 de junio del 53 y esta, conocida como la batalla de Gíndaro, en el 38 a. C.

[63] Error de Dion: Ventidio celebró el triunfo ese mismo año, cuando volvió a Roma (38 a. C.), y Antonio murió ocho años después, en el 30 a. C.

[64] Gneo Pompeyo Estrabón era el padre de Pompeyo Magno *(cf.* XLVII 15, 2 y nota 25).

[65] Capital del reino de Comagena (véase *supra* § 20, 3 y nota).

[66] Era el pretexto de Ventidio para atacar a Antíoco *(cf. supra* § 20, 5).

[67] Probablemente este Alejandro era un aspirante al trono de Comagena con el que Antonio pensaba sustituir a Antíoco.

[68] Este notable lugarteniente de Antonio llegó a ser cónsul en el 32 a. C.

[69] *Cf.* XLVIII 41, 6.

[70] El rey de Judea impuesto por los partos *(cf.* XLVIII 26, 2 y nota).

[71] Flavio Josefo, *Guerra de los judíos* I 323-324, dice que perecieron cinco cohortes de soldados bisoños.

[72] El sábado. Y así, por ejemplo, se sigue llamando hoy en inglés *Saturday.* Con la misma estratagema, aprovechando el descanso del sábado, tomó Pompeyo el templo *(cf.* XXXVII 16, 1-4).

[73] Herodes I el Grande, el autor, según los Evangelios, de la matanza de los Santos Inocentes.

[74] Año 38 a. C.

[75] La misma actitud que seguía Agripa con César *(cf.* § 4, 2-4).

[76] Fraates IV de Partia (véase nota a XLVIII 24, 4).

[77] Laódice, madre de Pácoro pero no de Fraates.

[78] Año 37 a. C.

[79] Año 36 a. C.

[80] Empezó como legado de Lépido, pero luego se pasó a Antonio, de quien fue lugarteniente hasta el final. Llegó a ser cónsul *suffectus* en el 40 a. C.

[81] Los iberos del Cáucaso, en la zona que hoy es Georgia.

[82] Famabazo II era hijo de Artoces, derrotado en el 65 a. C. por Pompeyo *(cf.* XXXVII 1, 2-2, 7).

[83] También en el Cáucaso, pero más al este que los iberos, en la región que hoy es Azerbaiyán.

[84] Artavasdes I de Media (sobre Media véase nota a § 17, 4).

[85] Artavasdes II de Armenia, hijo de Tigranes II el Grande. La región de Armenia se extendía al sur de la Iberia Caucásica y Albania (véase *supra* § 24, 1 y notas) y, en gran parte, coincide con la actual Armenia; pero con Tigranes II el Grande, en la primera mitad el siglo I a. C., llegó a extenderse hasta Siria. La zona que quedó al oeste del Éufrates pasó a Roma y se llamó Armenia Menor (la parte occidental de la región del Ponto), mientras que la antigua Armenia se llamó desde entonces Armenia Mayor.

[86] Lugarteniente de Antonio.

[87] La capital de Media Atropatena (véase nota a § 17, 4).

[88] Polemón I del Ponto había ayudado a Antonio en la lucha contra la invasión parta del año 40 a. C. (*cf* XLVIII 24-26) y este lo recompensó haciéndolo rey de una parte de Cilicia *(cf.* APIANO, *Guerras civiles* V 75). Después, cuando regaló Cilicia a Cleopatra, lo nombró rey del Ponto (la región suroriental del mar Negro, que lindaba al este con Armenia y al oeste con Bitinia).

[89] Sobre el terrible castigo de la *decimatio* véase XLVIII 42, 2 y nota.

[90] La *testudo.* En seguida Dion explica en qué consistía esta formación de combate *(cf.* § 30, 1-4).

[91] *Cf. supra* § 25, 4-5.

[92] Dion habla de cien dracmas (400 g de plata). Sobre el valor de la monedas véase nota a XLVI 31, 3.

[93] Probablemente alguien de la nobleza gálata.

[94] Licaonia era la región situada al sur de Galacia *(cf.* XLVIII 33, 5) y Panfilia era la región situada al sur de Licaonia, en la zona central de la costa sur de la actual Turquía, entre Licia y Cilicia: de este modo Galacia tenía una salida al mar.

[95] Su nombre era Sisines y, de hecho, Antonio lo nombró sacerdote del santuario de la ciudad de Comana, lo que equivalía al título de rey *(cf.* APIANO, *Mitrídates* 114).

[96] Región situada al este de Galacia y Licaonia y al norte de Cilicia y Siria, sin salida al mar; al norte limitaba con la región del Ponto y al este con Armenia.

[97] Ariárates era hermano de Ariobárzanes III *(cf.* XLVII 33, 1).

[98] El Arquelao más famoso fue el general de Mitrídates *(cf.* APIANO, *Mitrídates* 17 y sigs.).

[99] Según Apiano, Antonio eligió a Arquelao por la belleza de su madre *(cf.* APIANO,

Guerras civiles V 7), mientras Marcial llega a afirmar que Antonio mantuvo relaciones con Gláfira *(cf.* MARCIAL, *Epigramas* XI 20).

100 Alejandro Helios («Sol») y Cleopatra Selene («Luna») II, o Cleopatra VIII, nacidos en el 40 a. C.; y Tolomeo Filadelfo («Amante de la hermana», título del segundo faraón de origen macedonio), nacido en el 36 a. C.

101 *Cf.* XLVIII 41, 5.

102 Lisanias era rey de Iturea, una región del sur de Siria, al este de Fenicia y al norte de Palestina.

103 Las regiones en tomo a la ciudad de Cirene (hoy Sahdhdat, en Libia) y Creta constituían la provincia romana de la Cirenaica.

104 Año 35 a. C. (este Pompeyo nada tiene que ver Sexto Pompeyo, hijo de Pompeyo Magno).

105 *Cf. supra* § 31, 3.

106 Artavasdes I de Media.

107 *Cf. supra* § 25, 5.

108 Pertenecía a Roma (véase *supra* nota a § 25, 1 y nota).

109 La historia del rey armenio se retoma más adelante *(cf.* § 39, 2).

110 Las provincias de África (Túnez) y de Numidia o África Nova *(cf.* XLVI 55, 4 y nota).

111 Todos ellos son celtas o de fuerte influencia celta. Los salasos eran un pueblo de los Alpes, en tomo al valle del Aosta. Los tauriscos, a veces identificados con los nóricos, ocupaban la zona norte del Adriático, en lo que hoy es Eslovenia. Los liburnios eran un pueblo situado más al sur, en la costa norte de la actual Croacia. Y los yápides, mezcla de celtas e ilirios, eran un pueblo situado en el interior, al este de tauriscos y liburnios.

112 *Cf. supra* § 14, 1-2.

113 Esto es: salasos, tauriscos y libumios.

114 El puente que unía la torre de madera con la muralla se rompió por el sobrepeso. César no sufrió graves daños y volvió a subir a la torre para que todos vieran que seguía vivo *(cf.* APIANO, *lliria* 20).

115 Panonia era la región contigua a los yápides, entre estos y el Danubio; coincide con lo que es hoy la parte occidental de Hungría, más algunos territorios vecinos de lo que hoy es Austria, Eslovenia y Croacia. Dentro de Panonia se distinguió la Panonia Inferior, que era una estrecha franja que limitaba al este con el Danubio, y la Panonia Superior, que era la parte occidental. Panonia y Dalmacia fueron después las dos provincias romanas en que se dividió Iliria.

116 El nombre antiguo era Istro.

[117] Esta región se corresponde aproximadamente con lo que hoy es Austria; limitaba al norte con el Danubio, al este con Panonia, al sur con panonios, tauriscos e italianos (sin salida al Adriático) y al oeste con Recia.

[118] Mesia (Moesia) era la zona sur del Danubio en su tramo final; se corresponde con lo que hoy es el norte de Bulgaria. Los griegos la llamaban *Mysía,* pero con el mismo nombre había otra región en Asia Menor, en lo que hoy es el noroeste de la actual Turquía: de ahí la precisión de Dion al añadir «de Europa».

[119] Esto es: hacían también cerveza.

[120] Dion fue gobernador de la Panonia Superior entre el 224 y el 228 d. C.

[121] Véase lo ya dicho sobre Panonia en la nota a § 36, 1.

[122] En latín era *Pannonia.* Para explicar la etimología, Dion acude al término latino *pannus,* «paño, tela», de donde, por cierto, proviene el español «paño».

[123] Peonia era la región situada al norte de Macedonia, entre Iliria al oeste y la Tracia al este. Más tarde, en la época de Dion, en la antigua Tracia (lo que hoy es Bulgaria) se distinguieron dos regiones: al norte Mesia (o Moesia) y al sur Ródope, con salida al mar Negro y al Egeo.

[124] La montañas de Ródope se extienden entre Grecia y Bulgaria (véase nota anterior).

[125] Hoy Sisak, en Croacia (a unos cincuenta kilómetros al sureste de Zagreb).

[126] Hoy el Kupa y el Sava, respectivamente.

[127] Tiberio fue enviado allí por Augusto.

[128] Es decir, barcas tipo canoa que podían girar y volcar fácilmente.

[129] No tenemos más noticias de este personaje.

[130] La *sacrosanctitas* tribunicia.

[131] Julio César invadió Inglaterra en el año 55 y, por segunda vez, en el 54 a. C. *(cf.* CÉSAR, *Guerra de las Galios* IV 23 y V 8).

[132] El 34 a. C.

[133] Igual que Antonio hizo con los soldados que luchaban contra los partos *(cf.* § 27, 1)

[134] Los mismos castigos que aplicó Antonio a sus soldados *(cf. supra* § 27, 1). Sobre el terrible castigo de la *decimatio cf.* XLVIII 42, 2 y nota.

[135] Los listados de los cónsules se escribían en los *Fasti consulares*, una especie de registros que desde muy antiguo eran confeccionados por los pontífices y grabados en mármol. Los más importantes para esta época son los *Fasti Venusini.*

[136] Artavasdes II de Armenia *(cf. supra* § 25, 5; 33, 1).

[137] Alejandro Helios, hijo de Antonio y Cleopatra, tenía entonces seis años *(cf.*

supra § 32, 4).

[138] Este Delio fue el que preparó la primera entrevista de Antonio con Cleopatra *(cf.* PLUTARCO, *Antonio* 25). Pasó por todos los bandos: de Dolabela (partidario de Julio César) a Casio (asesino de César), de este a Antonio y finalmente a Augusto. Horacio le dedicará un poema *(Oda* II 3).

[139] Esta Nicópolis, «ciudad de la victoria», estaba situada en la región del Ponto y fue fundada por Pompeyo para celebrar su victoria sobre Mitrídates *(cf.* XXXVI 50, 3). Era la capital de Armenia Menor *(cf. supra* § 33, 2).

[140] La capital de Armenia Mayor (hoy Artashat, en Armenia, muy próxima a la frontera turca y no lejos de Irán).

[141] Artaxias (o Artaxes) II de Armenia.

[142] Fraates IV.

[143] Artavasdes I de Media. El compromiso de la boda de su hija Yótape se ratificará más adelante *(cf. infra* 44, 2). Antes Antonio había comprometido a su hijo con la hija del rey de Armenia, Artavasdes II *(cf. supra* 39, 2).

[144] Entre estos niños iba el que sucedió a su hermano mayor Artaxias y reinó como Tigranes III.

[145] No había sido votado por el Senado, como si el de Augusto *(cf.* 38, 1).

[146] Sobre los tres hermanos véase *supra* § 32, 4 y nota.

[147] El estrecho de los Dardanelos.

[148] *Cf. supra* § 32, 5 y nota.

[149] Año 32 a. C.

[150] Venus «Madre». Se celebraban para conmemorar las victorias de Julio César, que se consideraba descendiente de Venus *(cf.* XLIII 43, 3). Octavio las costeó en el 44 a. C. *(cf.* XLV 6, 4).

[151] *Cf.* XLVI 33, 4 y nota.

[152] Año 34 a. C. (véase en la «Sinopsis» nota a los cónsules del año 34).

[153] Año 33 a. C.

[154] La cloaca Máxima llegaba a tener 4,20 m de alto y 3,20 m de ancho.

[155] Para contar el número de vueltas, en el muro central *(spina),* alrededor del cual tenían que dar siete vueltas los carros, había en el centro siete huevos (en honor de Cástor y Pólux) y en cada extremo, siete delfines (representaban a Neptuno, también dios de los caballos): a cada paso por meta se quitaba un huevo y en cada giro se desplazaba de lugar un delfín, de modo que cualquier espectador podía saber el número de vueltas que quedaban.

[156] *Cf.* XLVIII 20, 2 y nota.

[157] Para que los senadores que habían estado en Sicilia con Sexto Pompeyo no fueran continuamente acosados con denuncias por haber practicado la piratería *(cf.* XLVIII 36, 4).

[158] Su padre, Lucio Volcacio Tulo, fue cónsul con Lépido en el 66 a. C.

[159] *Cf. supra* § 39, 1.

[160] Antonio y César ya habían hecho lo mismo cuando murió un edil el último día de su mandato *(cf.* XLVTII 32, 3).

[161] Rey de Mauritania *(cf.* XLVIII 45, 2).

[162] El actual Árax, en la frontera entre Armenia y Turquía.

[163] Artavasdes I.

[164] Ya se la había prometido a su hijo Alejandro Helios *(cf. supra* § 41, 3).

[165] *Cf. supra* § 25, 4.

[166] *Cf. supra* § 33, 2.

[167] Como premio para que apareciera en las listas de cónsules. Fue cónsul por un día y sustituía al cónsul *suffectus* L. Autronio Paeto (véase nota a los cónsules del año 33 a. C. en la «Sinopsis»).

[168] La antigua Jonia griega era ahora la costa de la provincia de Asia.

ÍNDICE GENERAL

Nota sobre la presente traducción

Libro XLVI
Libro XLVII
Libro XLVIII
Libro XLIX

Índice

Anteportada 2
Portada 6
Página de derechos de autor 9
Nota sobre la presente traducción 10
Libro XLVI 11
Libro XLVII 53
Libro XLVIII 88
Libro XLIX 133
Índice 169